

Aporte de
Max Uhle
a la arqueología
del austro ecuatoriano

Lenín Moreno Garcés
Presidente Constitucional de la República del Ecuador

Juan Fernando Velasco Torres
Ministro de Cultura y Patrimonio

Ana María Armijos
Viceministra de Cultura y Patrimonio

Catalina Tello Sarmiento
Subsecretaria de Memoria Social

Tamara Landívar Villagómez
Directora Ejecutiva Museo y Parque Arqueológico Pumapungo

Francisco Salgado Arteaga
Rector Universidad del Azuay

Martha Cobos Cali
Vicerrectora Académica Universidad del Azuay

Jacinto Guillén García
Vicerrector de Investigaciones Universidad del Azuay



Los artículos escritos por Max Uhle han sido reproducidos tal y como se encuentran en el libro original, sin ningún cambio ortotipográfico.

Toa Tripaldi Proaño
Directora de Comunicación y Publicaciones Universidad del Azuay

Tamara Landívar, Jaime Idrovo, Marcos Sempertegui, Marcelo Guiracocha
Coordinación editorial Museo Pumapungo

Verónica Neira Ruiz, Priscila Delgado Guerrero, Paula Zabala Torres
Levantamiento de textos Universidad del Azuay

Santiago Vanegas Peña, Cristian Sotomayor Bustos, Esteban Ayala Álvarez, Evelyn Guarango Chalco, Andres Campoverde Baculima
Escuela de Arquitectura / Universidad del Azuay
Levantamiento de planos

Unidad de Arqueología del Museo y Parque Arqueológico Pumapungo
Marcelo Guiracocha, Mauricio Velasco, Fredy Dominguez

Corrección de estilo
Verónica Neira Ruiz / Universidad del Azuay
Hernán Rodríguez / Museo Pumapungo

Bernardo Zamora Arízaga
Diseño y diagramación Museo Pumapungo

Septiembre, 2019
Cuenca - Ecuador

© Museo y Parque Arqueológico Pumapungo y Universidad del Azuay

Museo y Parque Arqueológico Pumapungo
Calle Larga y Av. Huayna Capac
www.museopumapungo.com

Ministerio de Cultura y Patrimonio
Av. Colón E 5-34 y Juan León Mera
<http://www.culturaypatrimonio.gob.ec>

Universidad del Azuay
Av. 24 de Mayo 777 y Hernán Malo
<https://www.uazuay.edu.ec>

Primera edición
Tiraje: 1000 ejemplares
Impresión: Imprenta digital Universidad del Azuay
ISBN: 978-9942-822-18-5
E-ISBN:
Derecho de autor: XXXXXX

Aporte de
Max Uhle
a la arqueología
del austro ecuatoriano

La arqueología se compone tanto de historias y anécdotas como de teoría e investigación, esta amalgama evoca a perfección el sentimiento que despierta el estudio del pasado en los aventurados en la disciplina. A nivel orgánico, el Estado guarda la responsabilidad y competencia de asegurar que esta memoria, construida a través de milenios de desarrollo cultural sea presentada hacia los ecuatorianos como un recurso de incalculable valor. El Ministerio de Cultura y Patrimonio como ente rector del Sistema Nacional de Cultura, es el encargado del desarrollo de la política pública nacional sobre este importante sector, garantizando los derechos culturales sobre el acceso y disfrute del patrimonio arqueológico a todos los ciudadanos del país.

Bajo este precepto, la promoción del legado cultural debe siempre sentarse bajo las bases de la investigación y el desarrollo científico, que brinde perspectivas argumentadas y promueva el debate y crítica hacia los procesos sociales pretéritos y actuales. La arqueología propone un escenario ideal para el desarrollo de estos procesos de discusión, llevando hacia la colectividad una oportunidad de conocer sus raíces y sentar perspectivas a futuro. Precisamente, en esta obra se pretende rememorar un episodio de trascendental importancia para la historia de la arqueología ecuatoriana. La obra de Max Uhle en el Ecuador, es traída a consideración de la comunidad buscando despertar nuevos adeptos hacia el estudio del pasado precolombino, así como involucrar a las nuevas generaciones a conocer un episodio de su propia historia y hacerla parte de sus proyectos venideros.

El siglo XX presentó un acápite de gran interés en el desarrollo de la ciencia arqueológica en el país. Basándose en los esfuerzos particulares de investigadores que dieron inicio a las primeras sociedades de investigaciones históricas y a las primeras publicaciones de lo que hoy llamamos arqueología ecuatoriana. Federico González Suárez y Jacinto Jijón y Caamaño sentaron las bases de la actual y vigente Academia Nacional de Historia, y en el austro, Julio Matovelle, Remigio Crespo, y Jesús Arízaga, entre otros, establecerían el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay. Este es el contexto en el que Max Uhle llega al Ecuador y desarrolla sus trabajos. En tal cuestión, es preciso presentar un merecido tributo a aquellos pioneros que excavaron en las olvidadas huellas del pasado y trajeron a la luz una vez los legados del ingenio humano en tiempos distintos pero de gran valor para nuestro porvenir.

Piedra sobre piedra —quizá la apología hacia el carácter estructural de la vida en sociedad— se han establecido los muros de los grandes vestigios arquitectónicos de las sociedades prehispánicas del austro ecuatoriano, que llamaron la atención de Max Uhle y se plasmaron en sus letras, dibujos, planos y fotografías. Este trabajo llama también a la reflexión sobre la conservación de este legado para la posteridad, llamando a la consideración de modelos de desarrollo que permitan la sostenibilidad y permanencia de nuestro patrimonio arqueológico. Es así que el Ministerio de Cultura y Patrimonio se complace en presentar esta obra como un aporte a cumplir con una sociedad analítica y culturalmente empoderada.

*Juan Fernando Velasco Torres
Ministro de Cultura y Patrimonio del Ecuador*

Palabras de apertura

Los vínculos entre arqueología y patrimonio histórico han sido bien descritos por los autores Jaime Idrovo, Dominique Gomis y Benigno Malo, en el libro *Max Uhle: aportes a la arqueología del austro ecuatoriano*, sobre la labor del alemán en el campo de la arqueología local, cuyos hallazgos nutrieron el patrimonio de Cuenca y la región. A él le debemos los insumos que guiaron el proyecto de restauración de Pumapungo, antigua sede administrativa de Tomebamba, en tiempos prehispánicos.

A cien años de su presencia en Cuenca, el Museo y Parque Arqueológico Pumapungo del Ministerio de Cultura y Patrimonio, ha decidido subrayar el impulso que diera a la construcción de la historia prehispánica de los habitantes de la región del austro andino del Ecuador, mediante la realización del Proyecto *Max Uhle, 100 años de su llegada a Pumapungo*, propuesta que recoge una exposición museográfica, un encuentro internacional de expertos en arqueología urbana y la presente publicación *Max Uhle: aportes a la arqueología del austro ecuatoriano*, que ponemos al servicio de la comunidad, gracias a la colaboración de los investigadores Jaime Idrovo, Dominique Gomis y Benigno Malo, y al apoyo de la Universidad del Azuay, sus autoridades y equipo técnico, liderado por Francisco Salgado, Rector de la Entidad.

Los diferentes componentes planteados en esta propuesta del Museo Pumapungo vienen a contribuir al debate y a la exploración de ámbitos investigativos en los campos de las ciencias sociales, el patrimonio cultural, la identidad histórica, el desarrollo territorial y el conocimiento de saberes. Además de cubrir aspectos propios de la realidad local y las bases teórico-metodológicas de la producción de conocimiento, la pesquisa archivística y el carácter interdisciplinario de la reflexión científica, lo que redunda en la generación de un conocimiento crítico y analítico del pasado, a partir de una perspectiva histórica de los problemas contemporáneos de Cuenca y la región.

El interés que este proyecto tiene para las instituciones culturales de nuestro país, para los futuros arqueólogos e historiadores, y para todos los ciudadanos corresponsables de la preservación del patrimonio cultural, exigió el desarrollo de un tratamiento interdisciplinario para promover la construcción conjunta de conocimientos sobre la memoria histórica, ejercicio sobre el cual esta publicación constituye un imprescindible resultado.

Enclaves arqueológicos como Pumapungo, y su Museo de Sitio, han concitado el interés de antropólogos, arqueólogos y etnohistoriadores, cuyas exhaustivas investigaciones orientaron la mirada a un sitio convertido en documento histórico destinado a promover diversas líneas de análisis con el propósito de afinar herramientas que permitan perfeccionar sus metodologías de investigación y arribar a conclusiones definitivas.

El homenaje que brinda el Museo Pumapungo a Max Uhle, en los diferentes apartados del proyecto, revela detalles de la vida y obra del reconocido arqueólogo alemán y contribuye con el debate sobre la historia antigua de Tomebamba. No cabe duda que el proyecto en el que se embarcó el Museo ha alcanzado su objetivo. Punto tangible constituye precisamente el libro que usted tiene en sus manos, cuyos temas y apartados, siempre en relación al trabajo investigativo del arqueólogo alemán, se caracterizan por una vocación integradora de enfoques y disciplinas. Bajo esta perspectiva fue concebido esta publicación por el equipo técnico del Museo, que de la mano de la coordinación científica de Jaime Idrovo, presenta una correcta comprensión del rol que jugó el arqueólogo alemán en nuestra región, cumpliendo el propósito de contribuir a la conformación y desarrollo de una agenda de políticas culturales que involucre de manera permanente a personas e instituciones en la discusión de métodos y estrategias que consoliden procesos de valoración, apropiación y salvaguarda del patrimonio arqueológico.

A inicios de 2019, la planeación de este proyecto, tomaba progresiva conciencia de la necesidad de abarcar contenidos que no solo facilitaran la formación de un apropiado marco estructural para su concreción, sino que permitieran llevar a la ciudadanía de manera clara y precisa, el análisis de los paradigmas de la arqueología tendiente a ampliar la divulgación de los registros históricos del pasado y el enorme legado de Max Uhle a la historia local.

El Museo Pumapungo en la perspectiva de consolidar propuestas e implementar políticas culturales de fortalecimiento de la memoria social, elabora programas de valoración y difusión del patrimonio cultural y arqueológico. En lo relativo a la sinergia investigativa en Pumapungo, se refuerzan lazos con otros proyectos e instituciones, con la certeza de que se requiere ahondar esfuerzos para la implementación de nuevos planes y programas que involucren el campo de la arqueología y el patrimonio histórico, de cara a la reflexión contemporánea sobre procesos de investigación, conservación y gestión de sitios patrimoniales.

Tamara Landívar Villagomez
Directora Ejecutiva
Museo y Parque Arqueológico Pumapungo

Prólogo

El alemán Max Uhle pertenece al canon de científicos europeos que dedicaron su vida y conocimiento al análisis de la cultura andina. Este libro se aproxima a la obra del egregio personaje en tierras ecuatorianas.

Las provincias australes del país, caracterizadas por su acervo arqueológico, durante muchas décadas habían esperado la publicación de una obra que abordara el trabajo de Max Uhle en estos lares, que contara sobre el impulso que diera al proceso de construcción de la memoria histórica y del pasado aborigen. A cien años de su presencia en Cuenca, con el propósito de compensar la ausencia de información sobre su estancia en Ecuador, el Museo Pumapungo hace posible que esto suceda, con la recapitulación de tres capítulos, parte de la huella del científico alemán en la lectura del patrimonio arqueológico de Cuenca y la región, plasmada en trazos e informes, aquí analizados por autores calificados.

Max Uhle, procedente de Alemania –país con historial intelectual y poder económico– llega a la cordillera de los Andes trayendo consigo todo el bagaje académico que invierte en conocer el desarrollo histórico de las culturas locales y sus manifestaciones materiales –característica de la arqueología. A finales de 1892, el Museo Etnológico de Berlín, le delega a Suramérica para realizar investigaciones y alimentar su fondo arqueológico, más tarde, en 1919, arriba a Cuenca, la antigua Tomebamba.

Durante la clausura del Congreso Internacional de Americanistas en Buenos Aires, en mayo de ese mismo año, Jacinto Jijón y Caamaño le propone continuar las investigaciones en el Ecuador, el arqueólogo ecuatoriano pretendía contar con la ayuda de Uhle, para superar la vieja dificultad de la arqueología nacional originada en la falta de integración de esquemas cronológicos en la lectura de las sociedades andinas, y la exclusión de sus vecinas asentadas en Colombia, Perú y Brasil. No obstante, sería el mismo Jijón y Caamaño quien en 1949, consigue sintetizar la primera secuencia arqueológica del país, dada a conocer en el libro, publicado después de su muerte bajo el título, *Antropología prehispánica del Ecuador*, enfatizando el aporte del viajero prusiano al esquema aplicado a la ubicación temporal de sociedades del pasado prehispánico en Suramérica.

A través de los años, las contribuciones de Uhle a la arqueología nacional, sus significancias y valoraciones, crecen y se modifican en la medida en que la disciplina arqueológica también avanzaba y las visiones del mundo sufren considerables resignificaciones. En aquel periodo, Uhle empieza a intuir que el tiempo histórico podía medirse a partir de la estratigrafía. Aplica ese método a su programa de investigación y organiza la expedición a los Andes Septentrionales. Todos los resultados que allí produce la labor arqueológica son recopilados en informes en los que da a conocer a la comunidad científica internacional y al público en general, de sus hallazgos. Parte de ellos –tres documentos seleccionados– son materia de esta entrega mediante el relato autorizado de autores cuencanos que analizan los textos originales publicados por Uhle en 1820–1923.

Max Uhle: aportes a la arqueología del austro ecuatoriano, es un acercamiento al registro de los sitios que investigó y lugares que visitó. Es una publicación con la que el Museo Pumapungo honra al fundador de la arqueología sistemática y los métodos aplicados en investigaciones arqueológicas en Los Andes, al trabajo que legara a la región sur andina del Ecuador, y a su entrega al conocimiento de las culturas aborígenes.

La labor del arqueólogo alemán fue inagotable, no solo se limitó a la región sur ecuatoriana, también trabajó en la región litoral, en la isla Puná, donde centró su interés en los navegantes guerreros y el comercio por balsa, investigación truncada en 1929 cuando se fractura la pierna tras la caída en las terrazas del cerro Puná Vieja. En el sur del país intervino en los sitios arqueológicos del Cañar, Azuay y Loja. En la ciudad de Cuenca investigó varios e importantes yacimientos de los que levantó valiosa información cartográfica: mapas temáticos con indicadores de puntos en la ciudad de Tomebamba, que sirvieron como documentos guía de nuevas exploraciones, por ejemplo, la dirigida por Jaime Idrovo para la puesta en valor de los monumentos arqueológicos Pumapungo y Todos Santos.

En efecto, varios planos de los sitios visitados fueron de utilidad para nuevas intervenciones en los complejos arqueológicos Ingapirca, Domapara, otros del valle Jubones, estos últimos, basados en dos planos, uno de Rivet y otro de Uhle. Los trabajos en el sitio Moche, de Claude Chauchat arqueólogo de la Universidad de París, también se apoyaron en planos de este sitio arqueológico levantados por Uhle, en las fotos por él tomadas, y en las notas de campo que no solo orientaron los trabajos de restauración de la huella cultural andina, sino ubicaron el contexto, lo que sirvió para ponerlo en valor. Otra parte de su legado está conformado por 50 manuscritos, 175 cartillas de campo, 2150 cartas, 95 planos, 1000 fotos, de acuerdo a la catalogación de 2003.

Pocos arqueólogos, como Uhle han cubierto tantos y tan variados medio ambientes en el Ecuador, lo que le llevó a apreciar las evidencias del tráfico a larga distancia, que caracterizó la economía prehispánica del área septentrional andina –para alimentar su hipótesis de la influencia maya en los Andes.

La redacción asequible, fresca, pero nada superficial del libro, está ilustrada con tomas fotográficas, algunas capturadas por Uhle, más los relatos que conforman la síntesis del estado de la cuestión. La obra ofrece una visión actualizada del trabajo del arqueólogo, cuya propuesta descriptora del pasado guía el discurso de la historia prehispánica. Los cuadernos de notas, informes y ensayos del arqueólogo alemán son analizados por los investigadores Jaime Idrovo, Dominique Gomis y Benigno Malo, desde perspectivas conforme a su tradición disciplinaria, en el compromiso de buscar y encontrar nuevas luces sobre el legado científico de Uhle. Han sido seleccionados tres documentos de su autoría: "Influencia maya en el Alto Ecuador", "Tumbas ricas en oro en la provincia del Azuay", y "Las Ruinas de Tomebamba" para que los autores los resuelvan desde la lente de las teorías sociales contemporáneas.

El primer tema desarrollado por Benigno Malo Vega, en el apartado *El mensaje de Uhle*, analiza el documento original de Uhle: "Tumbas ricas en oro en la provincia del Azuay". Aquí muestra la forma como algunos sitios con acervo arqueológico son víctimas del expolio y la huaquería (actividad excavatoria que devasta huellas de patrimonio arqueológico), modalidad ajena a contextos arqueológicos en el curso de una excavación controlada, que expone los bienes culturales al tráfico ilegal, lo cual atenta a la memoria histórica y la reconstrucción del pasado de los pueblos.

Practicado por personas inmersas en la ignorancia y avaricia, la huaquería se ha generalizado a pesar de la vigencia de instrumentos jurídicos que prohíben el saqueo, exportación y transferencia de bienes culturales a otros contextos. Esta actividad ilícita también obedece al afán de colecciónismo privado y a la elevada cotización de estos objetos en el mercado internacional de arte y antigüedades. Aquí el autor crea conciencia conservacionista del patrimonio histórico frente a hechos producidos en el pasado, que aún subsisten. Acontecimientos relacionados a tesoros arqueológicos prehispánicos reducidos a objetos de consumo por el colecciónismo privado.

Malo Vega, caracteriza a los huaqueros en el contexto de la destrucción del cerro Narrío, del cantón Cañar, donde se extrajo de su lecho importantes piezas en oro, algunas, señala el autor "reposan en el Museo Nacional del Indígena Americano, en Washington D.C., debido a los buenos oficios de Marshall Saville, quien coincidentalmente estuvo en Guayaquil cuando Nicolás A. Rivadeneira, quien las había comprado en el Sígsig, las exhibía en la ciudad porteña. Una corona similar a la que se encuentra en Washington, también procedente de ese cantón azuayo y de los referidos saqueos, es parte de la colección del Deutsches Museum für Völkerkunde de Munich, Alemania". Menciona el "aberrante saqueo" que se produjo en Chordeleg en 1850, epílogo mencionado por Max Uhle, que terminó en la fundición de las piezas arqueológicas de oro llevadas a Lima para acuñarlas en la Casa de Monedas.

Max Uhle fue testigo de la peregrinación de cientos de huaqueros rumbo al cerro Narrío del cantón Cañar. Impotente ante la destrucción y saqueo generalizado colocó un letrero en su hotel con la leyenda "se compra arqueología", las piezas adquiridas eran sometidas a someros análisis antes de su tráfico a museos de Alemania. Malo Vega sostiene que "desde esos tiempos, hasta el presente, no ha cambiado la tendencia [...] ante la vista y paciencia de las autoridades de patrimonio".

De otro lado, Dominique Gomis Santini desarrolla el tema denominado "Max Uhle y el tiempo en la América andina, evolucionismo, difusiónismo y medición del tiempo relativo", para con John Rowe concluir que la primera cronología arqueológica fue una hazaña intelectual de primer orden protagonizada por Max Uhle, situando al personaje en la élite de la arqueología suramericana. La introducción de la idea del tiempo en arqueología, dice la autora, animó a emprender la tarea que más amaba: explorar el pasado de la región andina.

Después, describe el acontecer histórico de la época en que Uhle trabaja en los Andes ecuatorianos. Analiza la forma cómo el arqueólogo alemán se aproxima a la cultura originaria a través de la mirada europea, desde los eventos que tuvieron lugar en cada una de las regiones geográficas hasta culminar con procesos de colonización de territorios ancestrales que, en el caso de Norteamérica "arrasaba con

los pueblos originarios o se los delimitaba en reservas vigiladas, los Estados Unidos perfilaba su reflexión desde la realidad de estas culturas vivas, aunque destinadas al genocidio y a la aculturación”, dice la autora.

Visualiza a Max Uhle en el directorio europeo de intelectuales, cuyos miembros “en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, consagraron su vida en dar forma a la historia del Hombre amerindio, en su dimensión histórica y antropológica”, para luego caracterizar su aporte a la arqueología en general, y ecuatoriana en particular. Al primer legado le define como *unidad del pensamiento* en el hombre “si retomamos la idea de una sola cultura que hubiera dado origen a las otras en América, no es difícil vincular la misma al andamiaje establecido por su mentor en Berlín, sobre los pensamientos elementales (*elementargedanken*) que se transforman en pensamientos de los pueblos (*völkergedanken*)”. Al segundo refiere como *horizonte*, para analizar a las etnias desde un plano horizontal “porque el hombre en su totalidad, posee una sola *psique* que se atomiza en la diversidad cultural, creando esos pensamientos de sociedad”, concluye.

El apartado final “Max Uhle y sus huellas en la arqueología austral del Ecuador”, escrito por Jaime Idrovo Urigüen, inicia contextualizando la región andina en las variables social, económica y política, para introducir el análisis de Tomebamba. Luego el autor pasa revista a los discursos sobre las monumentales edificaciones antiguas y el legado de Uhle a la identidad arqueológica cuencana.

El autor grafica la forma cómo Max Uhle se inserta en la sociedad cuencana de aquella época, particularmente en el grupo de intelectuales “que habían comenzado a sondear este difícil capítulo [de la arqueología local], sin mucha dirección o norte, una parte del clero ilustrado, formándose así el núcleo de todo un despertar de historiadores y aficionados a la arqueología, cuando el siglo XX comenzaba a sentirse con alguna fuerza en Cuenca”, ese grupo de amigos solían reunirse en casa de Remigio Crespo Toral.

Desde esta panorámica, Idrovo Urigüen ubica el trabajo pionero sobre la arqueología americana y ecuatoriana que tiene “como punto de partida la obra del arzobispo quiteño, Federico González Suárez [...] dando inicio a la arqueología ecuatoriana, pero también constituyendo los referentes que podrían catalogarse entre los más antiguos de la arqueología andina y americana”.

Rescata la figura del clérigo cuencano Julio María Matovelle, quien motivara a Uhle a investigar Pumapungo “el señor Julio Matovelle, en un paseo a la quinta Pumapungo, llamó la atención sobre numerosos fragmentos de alfarería incaica dispersos en las faldas que allá cae hacia el río, y así debo a este primer investigador conectado con los problemas del antiguo Tomebamba, también el primer estímulo para hacer en aquella localidad que de principios originalmente pequeños, se desarrollaban más y más, hasta dar con los resultados que me cabe el honor de describir en seguida” (Uhle, 1923). Finalmente, el autor, traza el itinerario académico del personaje y sus expediciones iniciadas hacia 1919, en las provincias australes de Cañar, Loja y Azuay.

Para los autores, los Informes de investigación de Max Uhle son material de discurso científico actual, su contenido documental ha contribuido a la lectura de la historia regional y es materia prima para futuros proyectos arqueológicos. Su obra es referencia científica e investigativa de arqueólogos y de historiadores. La perspectiva de los espacios de la historia, del patrimonio y de la memoria contenidos en el libro *Aportes de Max Uhle a la arqueología del austro ecuatoriano*, concitan interés y entusiasmo en los lectores que pronto se apropián de los conocimientos sobre patrimonio abordados desde las bases profundas de la investigación de la memoria.

El patrimonio arqueológico constituye la seña de identidad histórica de los pueblos, aquello que otorga razón de ser y sentido a la sociedad. Los autores, enfocan los textos desde el ámbito socio- cultural de esta parte de la región andina, desde su perspectiva histórica, porque a través de la memoria y visión del pasado se puede entender el presente. Los textos de este volumen, su mirada y la selección de los contenidos, modelan la lectura de Uhle y la resignifican.

Porque la huella Uhle no se agota ni estanca, deberá ser recogida por arqueólogos, antropólogos, etnohistoriadores y otros profesionales, para emprender nuevas investigaciones. De su parte, la ciudadanía debe asumir su corresponsabilidad y participación activa en la planificación y gestión de los yacimientos arqueológicos. Respecto al destino de la obra de Uhle, los editores deberán acoger la propuesta que hiciese el etnólogo alemán Gregor Wolff, al enfatizar sobre la necesidad de “publicar las obras inéditas de Uhle, y con los colegas de Berkeley, crear un fondo de imágenes digitales de las colecciones que tienen en Berkeley y juntar ahí los documentos escritos o fotos que tenemos en Berlín”. Con ello se propone crear una base de datos, una red que recupere porciones de su legado disperso en diferentes partes geográficas, considerando que los datos de pequeños informes y los elementales apuntes de diarios completan los resultados de grandes investigaciones.

El pensamiento y aporte de Uhle, sus avances y proposiciones construyen una parte importante del patrimonio de la conciencia histórica nacional. Sus investigaciones son una proeza intelectual que exige

continuar la huella de este pionero distante al ejercicio de una arqueología y antropología esencializantes y patrimonialistas, poco relacionadas con la comunidad, con los sectores sociales y con toda la complejidad de la trama etno-cultural. Así como de Uhle y de otros americanistas extranjeros, el país necesita de expertos nacionales que descubran sus propios procesos culturales, y su trabajo fortalezca la identidad.

El contexto ambiental donde se desarrollaron los estudios de Max Uhle, permite a los arqueólogos continuadores visitar los lugares donde trabajó y percibir la magnitud de su investigación. Con el propósito de que los nuevos profesionales puedan intervenir en los 7000 sitios arqueológicos identificados en suelo ecuatoriano, a la luz del legado que dejó, de los proyectos de investigación ejecutados en la región austroandina, y los hallazgos arqueológicos de 1919, para reafirmar la vigencia del aporte del célebre antropólogo alemán.

Marcos Sempértegui Cárdenas
Unidad de Investigación
Museo y Parque Arqueológico Pumapungo

Aporte de
Max Uhle
a la arqueología
del austro ecuatoriano

ECUADOR

145197

BOLETIN

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

VOL. V

QUITO, JULIO - DICIEMBRE DE 1922

NUMS. 12, 13 y 14

MAX UHLE

INFLUENCIAS MAYAS EN EL ALTO ECUADOR

EPILOGO

Influencias mayas en el Alto Ecuador

por MAX UHLE

En el artículo anterior "Influencias centro-americanas" he tratado de probar que los principios de las civilizaciones americanas expuestos en la civilización arcaica mejicana eran debidos, en su mayor parte, a los Mayas, y no a los Nahuas, obteniendo así una extensa base para descubrir la influencia de la civilización maya en varios períodos y en diversas regiones.

Las influencias mayas conocidas en Centro América alcanzaban hasta los Chorotegas, al Sur del lago de Nicaragua en Costa Rica. En Salvador eran bastante grandes, como H. J. Spinden mismo ha probado (*Notes on the Archeology of Salvador: American Anthropologist*, 1915, vol. 17, pág. 459 y sig.). Efectos locales de la civilización maya en Nicaragua eran los que Spinden dejó dudosos entre los efectos del arte nahua y de los Mayas; las esculturas de piedra de la isla Zapatero que clasifica como "esculturas de tribus nahuas" y la escultura encontrada en el río Cholulteca, cuya presencia en ese lugar atribuye al comercio (Spinden, *A Study of Maya Art*, Cambridge 1913, pág. 240). También entre los Chorotegas el arte maya tuvo una vez una época más grande que la indicada por las figuras 59 a 66 de la obra de Spinden, *Ancient Civilization of Mexico and Central America*, New York 1917, pág. 166-172, compare W. Lehmann, *Die Archäologie Costaricensis*, Nuernberg 1913, pág. 86 y sig. con figura 20. Las influencias conocidas ya en Centro-América alcanzan hasta Panamá (vea Spinden, 1. c.), aunque hasta ahora en forma muy débil.

Todo eso, al menos, nos hace comprender mejor cómo era posible que las civilizaciones mayas invadieran por tres veces la Costa del Perú, asentando allá firmemente sus reales e iniciando un desarrollo que duró por mil quinientos años, mientras otros vestigios de colonias de las civilizaciones mayas se encuentran aparentemente en la región de Esmeraldas y más al Norte.

Puede ser, como Spinden dice (*Civilizations*, pág. 223), que, generalmente, los caracteres exactos de la civilización maya posterior (post-árcaica) no fueron reproducidos en otras partes. Pero el área de la influencia de la civilización era, de todas maneras, muy vasta. Encontramos una civilización maya en el interior del Ecuador, -con Colombia y Costa Rica, uno de los tres países de que Spinden, (*Maya Art*, 1. c..) dice, que «ofrecen poca evidencia constructible para indicar afiliaciones con México», -y esto en circunstancias que claramente indican que tanto el interior del Ecuador como el de Colombia habían recibido influencias parecidas, y en vario sentido estaban en este respecto en relación mutua.

Antes de entrar en la descripción detallada de esta civilización, debo manifestar mi profunda gratitud al Sr. J. Jijón y Caamaño, por haberme ayudado desde Quito con la literatura necesaria que en las Provincias del Sur no encontraba.

Encontramos, en numerosos puntos del Ecuador, entre las dos Cordilleras y entre el Nudo del Azuay (2° 39' lat. Sur) y el valle de Loja (4° lat. Sur.), diseminados en el suelo extensos estratos de tiestos pequeños de una loza pintada muy fina, que, a primera vista, por su tipo, discrepa completamente del carácter común de las otras civilizaciones allí conocidas. Estudiando el carácter de su civilización más de cerca se descubre que pertenecieron a una gente de una civilización igualmente fina, que, sin poseer metales o llamas como los peruanos, sino viviendo, probablemente, de la agricultura, y sacando una parte importante de sus subsistencias de la caza de venados, se había avenida y formado colonias, especialmente, cerca de los ríos. Debe haber llegado al país en un tiempo bastante antiguo, porque en un lugar cerca de Loja sus tiestos se mezclan con la arcilla nativa casi como los primeros restos del hombre. Pero se distribuyó casi simultáneamente por todas partes, porque sus restos en los diferentes lugares no presentan a distancias grandes tal variedad de carácter como la que, en circunstancias iguales, estamos acostumbrados a observar con otras civilizaciones. La altura sobre el mar predilecta de sus colonias era de, más o menos, 900 a 2.400 metros; pero en la región del Cañar se encuentran también en alturas de 2.900 y 3.100 metros.

Distribución de los restos

Los restos de la civilización pudieron observarse hasta ahora en los siguientes lugares.

Región del Cañar:

Cerro Narrío (3.100 m. s. el m.) y alrededores, al Oeste de la villa, sobre el río Zhamzhan, (fig. 1^a).

Puntos de Nar (2.900 m. s. el m.), al Noreste de la villa sobre el río Nar;

Región de Cuenca:

Orilla derecha del río de Cuenca, desde Challuabamba (12 km. de la ciudad) hasta la hacienda de Huancarcuchu; altura: 2400-2350 m.; algunos restos también en la cumbre del cerro Huahualzhuma (más de 3000 m. de altura); hacienda Sta. Marta, orilla izquierda del río de Azogues, afluente del río de Cuenca; enfrente de la hacienda Monjashuaico: haciendas Carmen (y Cahuazhun), orilla derecha del río de Cuenca, 2200 m. s. el m.; sepulturas también en la hacienda Bulcay; según pág. 52, abajo, parece que los restos de la civilización continúan en el curso inferior del río de Cuenca por Paute a Piudilic y Taday;

Región del río de Sigsig, afluente del río de Cuenca:

Cuzhin sobre Gualaceo (sepulturas); hacienda Arcadia, orilla izquierda del río; Guazhalán, orilla derecha del río; alrededores de Chordeleg, alrededores de Sigsig (Tasqui etc.), 2.400 m. s. el m.;

Región de Saraguro.

Hacienda Concordia cerca de Tenta, en el río de Llaco, afluente del río de Saraguro, 2.400 m. s. el m.;

Región de Loja:

Chinguilanchi y hacienda Amable María, al Norte de la ciudad, orilla derecha del río Zamora, 2.200 m. s. el m.;

Valle de Yunguilla y río Jubones:

Alrededores de Chahuarurco: Chahuarurco mismo (1.600 m.), río Naranjo, Lunduma (1.800 m.); río Rircay, orilla izquierda cerca de su desembocadura en el Jubones (1.000 m. s. el m.); a mitad del camino, entre el río Rircay y las ruinas de Minas, orilla derecha del río; hacienda Uchucay en el río Uchucay, afluente del Jubones (900 m. s. el m.).

Hay razones para suponer que la misma civilización poseyó otras estaciones más, si no en la región interandina del país al Norte del Nudo de Azuay, al menos, en algunas partes de la Costa. Pero en este respecto disponemos hasta ahora sólo de uno que otro indicio y todavía de ninguna observación de hechos reales.

La condición de los restos

Por la distancia en el tiempo, el clima, en pocas partes benigno, las crecientes de los ríos, que, cambiando continuamente su curso, se llevaron, a veces, la tierra, de kilómetros y leguas enteras, etc., muchos de los restos que antes existían habrán desaparecido. Otros se habrán vuelto invisibles con el lodo, que, bajando con las lluvias de los cerros, durante siglos, en tantas ocasiones los tapaba. En todas partes, la condición y la poca visibilidad de los restos, concediendo muy pocas excepciones, indican el gran número de siglos que desde el desaparecimiento de esta civilización deben de haber pasado por el suelo ecuatoriano.

Sin embargo, la variedad de los restos dejados por esta civilización es todavía más grande que la de todas las civilizaciones hasta la llegada de los Incas.

En varias partes-Challuabamba, Huancarcuchu, Carmen-se encuentran en el suelo, dejados por esta civilización, cimientos, formados, generalmente, de piedras de río, que, como fundamentos, indican todavía la traza de sus edificios antiguos. Iguales fundamentos de un edificio del período se notan todavía sobre el suelo en el lado derecho del río Jubones, entre el Rircay y Minas.

Se notan gradas en las faldas de los cerros, contenidas por murallas de este período, por ejemplo, en la hacienda Uchucay, en el cerro Narrio, cerca de Cañar, y en el cerro Llaver, al lado Norte de Chordeleg (fig. 2). Estas últimas murallas son muy bien construidas de numerosas capas de piedras chatas, de manera que han resistido al efecto del tiempo (figs. 3 y 4); tienen dos a tres metros de altura y bordan terrazos de, más o menos, siete metros de ancho, dos o tres uno sobre otro. La forma de la construcción es un poco parecida a las de Copan (compare Spinden, Maya Art. lám. 3, fig. 1). Sobre uno de los terrazos encontré un fragmento de la alfarería típica del período.

Ninguno de los períodos subsiguientes de la región hasta el último indígena de los Cañaris y el de los Incas parece, igualmente, haber legado restos de tales construcciones de piedra a nuestro tiempo.

En la hacienda Uchucay quedaron de este período cinco montículos de tierra con unas pocas piedras adentro. Tienen un diámetro que varía de seis a diez y siete metros, y diversas alturas, desde medio metro hasta un metro y medio (fig. 5). Posiblemente soportaban habitaciones.

Una curiosa especialidad del período parecen sus varias atenciones y aparadores para el culto. En Chinguilanchi, cerca de Loja, se descubrió, a 80 centímetros debajo de la superficie presente, un piso de tierra blanca, con 11 metros de largo y, más o menos, 4 de ancho. A dos metros de distancia de su borde Sur se observó en el piso mismo una mancha cuadrada roja de 88 centímetros de ancho y otro ojo blanco excéntrico (distancia 7 centímetros de dos de sus lados), con una extensión propia ovalada de 45 por 48 centímetros, adentro. La tierra blanca del ojo y la roja del cuadrado presentaban, en su corte vertical, la apariencia de sectores de 5 y 8 centímetros de altura. Evidentemente, se trató, en este caso, de uno de los altares usados en el período para el culto. Todo el subsuelo del piso contenía numerosas conchas de *Spondylus* (*pictorum*) votivas llenadas con mullus verdes, colorados, blancos, de piedra y concha, y objetos de otras clases. En varias partes del subsuelo se encontraron también grupos de las diferentes clases de mullus, en estado libre; debajo del altar mismo, un grupo de, más o menos, 40 conchas de *spondylus* amontonadas.

Otro altar parecido existía, evidentemente, antes en Challuabamba: una excavación de 4 metros de hondura, y de más de 10 metros de extensión en la superficie, había sido rellenada desde 3 cuartos a 2 y medio metros para arriba con piedras de río. Un piso de tierra amarilla, encima de ésa, sin duda, en un tiempo había formado el altar antiguo, según la basura que todavía lo cubría. Pero ya en el mismo período antiguo también el agujero se había rellenado hasta la superficie moderna con implantación de algunas sepulturas del mismo período encima.

Muy adicta era esta gente a enterrar ex-votos. Como los Incas, acostumbraban a enterrar ex-votos, en muchas partes, para pagar el pasto a la Pachamama, en la cumbre de los cerros etc.; de la misma manera, se encuentran, en muchas localidades, enterrados por esta gente ex-votos, como caracoles (*Strombus* sp. etc.), conchas de *spondylus*, cuentas de diferentes materiales, formas y colores, figuras pequeñas y otros artefactos artísticos pequeños, de concha y piedra, que, como parece, deben su forma únicamente a las intenciones del culto.

Muy natural es el empeño de buscar las sepulturas hechas por esta gente. Pero tales, en muchas partes, ya no se encuentran, debido, quizás, a las destrucciones causadas por avenidas y diferentes otras circunstancias más. Las que se hallan forman, generalmente, sólo pequeños grupos. Excavadas en la tierra son, generalmente, de poca hondura, a veces, con algunas piedras en las esquinas. En éstas se acomodó el muerto en forma doblada y en posición echada, acompañado, generalmente, de un pequeño número de vasos. En muchos casos, un montón de piedras tapa la sepultura (fig. 5A) y ha contribuido aún más a destruir en ella la frágil alfarería que, principalmente, nos debería dar cuenta de la civilización pasada.

Los objetos dejados por aquella civilización consisten en artefactos de barro, piedra, hueso y concha. En muchos casos, para conocer su tipo, tenemos que fijarnos en sólo fragmentos. Además, encontramos en cierto número, huesos de animales y conchas, que nos proporcionan el medio para juzgar de una parte de su forma de subsistencia.

A). Alfarería

Los objetos de alfarería se componían de vasos, objetos útiles conseguidos por la transformación de fragmentos de alfarería, otros utensilios y figuras fabricados de barro.

I. Vasos

Técnicamente, los productos de esta alfarería se cuentan entre los más finos de la antigua alfarería sudamericana.

El barro es, casi sin excepción alguna, siempre finísimo, de color gris, muy raras veces de color rojo, y siempre de un cocimiento excelente. En muchos casos, se puede comparar en calidad y dureza con la loza europea.

Numerosos vasos son de una sutileza como de cartulina. Su redondez exterior es siempre perfecta, como producida con la rueda moderna de los alfareros.

Por el lado interior se notan muchas veces, especialmente en ollas, las impresiones y el estriado fino producidos por un pequeño manojo de paja, que servía, por este lado, para sujetar la superficie del vaso. En el fondo del interior de botellas se reconocen, a veces, las impresiones de los dedos en el barro.

Hay vasos de color claro y otros negros. Los primeros tienen una superficie uniforme, roja o gris, o están pintados sobre un fondo blanco amarillento, generalmente, de rojo, (muy raras veces, de varios colores: negro y rojo, o negro, blanco y rojo). Hay también un fragmento de vaso fino gris, pintado de color café.

Los vasos negros (participando raras veces los rojos, comp. fig. 6 b) tienen una ornamentación típica, producida por el pulimento de la superficie todavía húmeda y mate del vaso crudo y todavía no cocida, en forma de planos y líneas que dan un dibujo deseado. La misma técnica se observa en vasos salvadoreños que Spinden considera como arcaicos (Notes, 1. c., pág. 457 y sig.), pero que pertenecen, probablemente, a la misma clase de cultura maya que tratamos. Según la comunicación del Señor Jijón, también se repite en vasos de la región de Manabí, circunstancia muy curiosa, si mentamos que esta técnica decorativa parece de un solo período, propia del Ecuador y Centro - América.

El lustre de los vasos pintados y de los negros pulidos es, generalmente, finísimo, comparable sólo a los vasos de las mejores civilizaciones centro y sudamericanas.

La variedad en las formas de los vasos es bastante grande, hay:

- Ollas (de tipo y carácter muy variado),
- Platos (representación de dos formas),
- Fuentes, en formas muy variadas,
- Tazas,
- Copas,
- Botellas sin y con cuello, las últimas en tipos sumamente

variados,
Cántaros,
Aisladamente: sartenes.

Las llamadas «compoteras» (vasos para beber) en esta civilización no tienen representación ninguna. Trípodes (con pies pequeños), son en esta civilización extremadamente raros (se encontraron, en todo, un pie pequeño en Challuabamba, (fig. 7) y uno en el Narrío). El fondo de los vasos es, generalmente, redondeado, muy raras veces, completamente llano, pero, a veces, provisto de un pequeño marco. Asas chatas y anchas, pero no muy abiertas, son comunes, y casi la regla, en las botellas con cuello; otras estrechas y originalmente figurativas adornaron varias veces las ollas (fig. 6 a). Por el resto, la cuestión de las asas en los vasos no era muy desarrollada (comp. fig. 9).

La decoración de los vasos es sumamente variada y, generalmente, muy rica. Muy frecuente, especialmente en las ollas y botellas, es la decoración plástica. Botellas muestran, en este caso, figuras o representaciones figurativas enteras; y las ollas, añadiduras plásticas en el cuerpo, en forma de medios cuerpos o cabezas humanas, cabezas de pájaros, figuras de ranas etc. La variación en la forma y posición de las cabezas humanas y de pájaros es, en este caso, muy grande. Muy común es en las ollas la imitación de la forma del melón (fig. 10).

Serpientes, volutas y botones en relieve (fig. 11) se conocen de vasos negros.

Listoncitos de varias formas grabados y botoncitos ordinarios se encuentran aplicados como ornamento en varias ollas (fig. 12).

La decoración pintada (figs. 13, 14) y la producida por pulimento dan ambas, en parte, dibujos geométricos, en parte, figurativos. En los de esta última clase se han conservado numerosos recuerdos muy claros de un arte maya muy antiguo, como expondremos más tarde.

Una decoración muy original en el interior de fuentes exteriormente pintadas es por aspersiones irregulares y arbitrarias, producidas con una brocha, en color rojo sobre un fondo blanco amarillento. Producio efectos que casi parecen de arte moderno (fig. 15).

El grabado para la decoración se usaba en cuatro formas: grabado sencillo (figs. 16 -18) (*) punzadas con un instrumento apuntado (fig. 20), impresiones producidas con las uñas (fig. 21), y arreglos lineales de muescas en el borde exterior de algunos vasos (fig. 22). El más curioso de éstos es el producido con las uñas, porque esta técnica rara se repite en el Ecuador en vasos cerca del período de los Incas.

1. Ollas

El uso de las ollas era sumamente extenso en esta civilización, pero, al mismo tiempo, en oposición a otras, eran siempre muy decoradas y artísticamente tratadas. Realmente nos ha de sorprender cómo objetos destinados para la cocina y para el uso al fuego pudieron ser tratados en esta forma como objetos de arte.

¹ El dibujo del grabado en fig. 19 es muy parecido al de bandejas de Manizales (comp. Kultur u. Industrie, lám. 3, fig. 6) y de copas conocidas de Antioquia en Colombia.

Hay de todos tamaños, las más chicas, muchas veces, igualmente finas.

El cuerpo, generalmente de la forma de un globo algo aplastado, se abre para arriba, o sólo finamente con un labio o con bordes pequeños o grandes en formas sumamente variadas (figs. 22A, 23, 24). La pared de las ollas es, generalmente, en sumo grado delgada. Frecuente es entre las ollas la forma de melón (fig. 25). Muchas muestran fuera de su pintura, ornamentos plásticos en forma de figuras (figs. 26, 27) o cabezas humanas (figs. 27 A, 28-29, 29 A, 30) o de pájaros (figs. 31-33), figuras de ranas etc., (figs. 34- 36); otras están pintadas de rojo sobre fondo blanco, además, grabadas o provistas de aplicaciones plásticas, adornadas con puntos en relieve etc. Hay también numerosas de uniforme me color rojo.

Una olla grande reproducida aquí (fig. 37) muestra, sobre fondo blanco, dos representaciones opuestas de una cara ancha de una fiera, probablemente, del jaguar.

Otra olla de forma extraña consiste en un cuerpo cónico y de una tapa arqueada que la cierra casi entera (fig. 38). La tapa está pintada con cuatro arcos en tres colores. Además, está perforado el borde con diez y seis agujeros, probablemente, para ornamentos colgados. El vaso provino con la botella figurativa (fig. 76) de la misma sepultura.

Una gran clase de ollas (compare forma fig. 39), representada, además, por cientos de fragmentos igualmente pintadas, (vea fig. 40) posee un tipo sumamente constante: el cuerpo del vaso en el color del barro natural, pero de pared muy fina; el borde, por su lado interior, pintado sobre fondo blanco y muy bien ilustrado. La pintura roja muestra dos o tres fajas uniformes, que dan la vuelta al borde (no contando otras pequeñas variaciones), o encima de las dos fajas, repetido úna o dos veces, este dibujo: tras de un báculo, seguido por úna a tres líneas verticales, un triángulo escalerado, que sólo en su fin está en conexión con la faja de abajo, por una línea como un cuello. Termina el dibujo, en muchos casos, un medio círculo pegado al borde superior del vaso.

Evidentemente, el dibujo más elaborado es el más original. Su forma es también convencional, derivación de un ornamento originalmente figurativo. El medio círculo final es el mismo que el visible en el fragmento (fig. 47), a la distancia de la representación de una boca, que significa un ojo. Sumamente parecida en la parte esencial es la decoración 330 (a) de una fuente totonaca en la obra de *Strebel, Ornamente auf Tongefaessen aus Alt Mexico, 1904*, y el parentesco con nuestros dibujos ecuatorianos convincente. La obra de Strebel da también en numerosos otros dibujos la historia de este ornamento.

El dibujo original representa la cabeza en perfil de un Dios-Calavera en estilo maya, compare la decoración 228 (b) de una taza en la obra de Strebel. Sobre la importancia de este dibujo en el arte maya aprendemos lo necesario por las palabras de Spinden, *Maya. Art*, pág. 85: «Si podemos fiarnos de la evidencia muy repetida por el arte, el Dios de la Muerte estaba andando encima de todas las otras divinidades», y pág. 87: «El Dios de la Muerte ha sido llamado por Schellhas Dios A». La línea frontal de la cabeza se transformó en una escalera en el dibujo 219 (c) (compare también N°. 162) (d) de la misma obra, quedando, como distintivos del dibujo de la cabeza, el ojo y un gancho en representación del apófisis. Suprimiéndose el ojo quedaron dibujos como en Nos. 157, 160 y 158 (e). Innumerables son en el arte mejicano y maya las ²repeticiones de este dibujo y de

2 a) Cerro Montuoso -Vide fig. A.

sus alteraciones (compare N°. 161 y otros (f) que, como acabamos de ver, tienen por base la figura de la cabeza del Dios de la Muerte. Soltándose el gancho en forma de báculo, (compare N° 158) que, originalmente, indicaba el apófisis del triángulo que marcaba la línea frontal, resultaban dibujos como el N°. 330 mencionado arriba. Nuestro dibujo representa, en el principio, el mismo, con la única variación de la escalera inversa y de la conversación, en muchos casos, de la figura del ojo.

2. Platos

Se parecen técnicamente y por el carácter de su ornamentación, en muchos sentidos, a las últimas ollas descritas. Relativamente pequeños (diámetros 15 centímetros etc., en el fondo como 9), su pared inclinada se eleva a alturas como de 4 centímetros. Tratados exteriormente, como las ollas mencionadas, muestran en su interior, en la pared: el mismo dibujo que el borde de aquellas ollas, en el fondo una estrella, una roseta u otro dibujo simétrico parecido pintado (figs. 41, 42).

Había también platos cóncavos, en el color natural como las ollas, de, más o menos, 20 centímetros de diámetro, 4 de altura, y pintados de rojo en el borde reforzado.

3. Fuentes

Esta clase de vasos presenta tanta variedad en las formas, que casi con la misma razón se la podría dividir en cuatro o cinco diferentes.

Estas cinco clases serían las siguientes:

- a) Fuentes con paredes inclinadas,
- b) Fuentes redondeadas,
- c) Fuentes con bordes anchos horizontales (bandejas),
- d) Fuentes con paredes verticales,
- e) Fuentes con bordes contraídos.

Las de las primeras dos clases son, por el lado interior, generalmente, del color natural del barro; pero, a veces, también por este lado, de color rojo. En el lado exterior son, generalmente, rojas. Pocas son de color natural por ambos lados, con sola pintura roja del borde. Son, por eso, generalmente, de color uniforme, con falta de otras decoraciones.

Los fragmentos de bandejas existentes indican vasos de color negro uniforme adentro y de color gris natural afuera.

Las fuentes de la clase d aparecen en dos subclases, negras y de color claro; pero ambas son extensísimamente decoradas y en el fondo, por el carácter de su decoración, las mismas.

Las fuentes de la quinta clase son, generalmente, grises, y aunque también todavía muy buenas, en la técnica de su exterior sólo un poquito inferiores. Característica para ellas es la decoración de su canto exterior con muescas.

b) Id. Id. Vide fig. B.

c) Id. id. Vide fig. OC.

d) Id. id. Vide fig. D.

Pies en forma de marcos se encuentran en fuentes de las tres primeras clases; para las de la tercera clase son características.

Una fuente de la primera clase está por un lado algo apuntada, como una canoa (fig. 43); varias son en su borde superior esquinadas y provistas de cuatro a cinco puntas, como las canastas (fig. 44). La fuente (fig. 45) muestra, fuera de las esquinas, en el borde, la cabeza y brazos de una rana; recuerda, por eso, doblemente productos de la alfarería del valle Cauca (compare las figuras en Kultur und Industrie suedam. Voelker, ,vol. I, lám. 1-5). La idea de la bandeja, clase *c*,-aquí, por ejemplo, en esta forma: fondo algo cóncavo, pared vertical de un centímetro de altura, borde horizontal de 5,5 centímetros de ancho, diámetro total cerca de 30 centímetros -es también de origen setentrional, compare, por ejemplo, Kultur und Ind., I. c., lám. 3, fig. 6.

Las fuentes de la clase *b* o son solamente cóncavas o algo redondeadas, como las calabazas (fig. 46).

Según Spinden, Notes, pág. 456, está marcada la alfarería «arcaica» desde México hasta Salvador, principalmente, por fuentes globulares con cuello contraído y por fuentes de boca abierta. Es, por eso, posible que formas de fuentes como de las clases *a* y *b* tienen allá cierta continuación.

De todas maneras, parece que las fuentes de las clases *a-c*, formalmente (Centro-América Meridional), por el carácter de sus ornamentaciones eventuales (Cauca), y por la falta completa de un tipo grande de decoración, como en las de la clase *d*, más se estrechan con las producciones más sencillas del valle Cauca y las comunes de la Centro-América Meridional, que directamente con los elaborados modelos que originaron fuentes como las de la clase *d*.

Las fuentes de clase *d* son, generalmente, vasos grandes de 27 a 40 centímetros de diámetro, con paredes verticales, a veces, provistas de un borde pequeño, de una altura de 2,5 a 7 centímetros y con un fondo redondeado. Estas de mayor tamaño tienen, generalmente, una decoración de estilo grande. Además, hay en la misma forma varias fuentes pequeñas de, más o menos, 13 a 21 centímetros, que, cuando son negras, tienen como ornamentación sólo su lustre, o cuando de color, sólo una ornamentación diferente.

Típica para las fuentes grandes en esta clase es la representación de una o dos caras grandes con una boca muy ancha, (figs. 47 - 52); además, indicación eventual de los ojos (fig. 47) y relleno de los intersticios con varios ornamentos geométricos, como cruces de líneas alternadas con líneas verticales, triángulos escalerados, rejas, rombos concéntricos líneas paralelas, y varios otros sistemas de dibujos lineales (compare figs. 52-54); todo indicado en los vasos negros por el pulimento de la superficie (figs. 47 -50, 52-55), en las fuentes de color claro por la pintura roja bordadas de líneas grabadas sobre un fondo blanco amarillento (figs. 51, 60 b). A la manera de un estilo animal

(«Tierstil») aparecen, a veces, líneas indicativas de la boca, también entremezcladas a otros sistemas de líneas a donde no pertenecen (fig. 49c).

El interior de estas fuentes de color muestra siempre la curiosa decoración por aspersión, descrita más arriba (fig. 56).

Ejemplos de la decoración de las fuentes de color más chicas están presentados en (figs. 56 A, 57).

Varias de las fuentes, sin mostrar una indicación de caras, tienen, sin embargo, una decoración en estilo grande:

Fig. 58. Fuente negra de esta forma, de la que sólo un gran fragmento se ha conservado. Originalmente, de 36 centímetros de diámetro y de, más o menos, 14 centímetros de altura. De fondo muy cóncavo (9 centímetros de profundidad) y de una pared lateral de sólo 4 centímetros de altura, inclinada para adentro y provista de un pequeño borde mostraba, en su lado exterior, sobre fondo mate, entre dos grandes botones, varias volutas grandes y bien pulidas en relieve. Hay transiciones formales entre esta fuente y las de la clase *e*.

Fig. 58 a. Fragmento de una fuente negra de 16 y medio centímetros de diámetro y 6 centímetros de altura. La pared rebozada muestra dos figuras de serpiente en relieve y ornamentos lineales, producidos por pulimento, sobre el fondo mate, como una cara estilizada, un triángulo escalerado y figuras de dientes cerca del borde.

Fig. 59. Fragmento de una fuente con ornamento grabado y pintada de rojo sobre un fondo de color natural. El lado interior rojo.

Fig. 60a. Fragmento de una fuente con indicación³ de una cara humana triangular.

Fig. 61. Fragmento de una fuente con indicación de una cara humana rectangular, como si todo el vaso hubiese significado una cabeza.

La ornamentación de las fuentes de la clase *d* repite, en su carácter grande, conocidos modelos mayas. También en numerosos otros detalles depende enteramente de los característicos de este último estilo.

La misma fuente totonaca citada arriba para la explicación de la decoración de ciertas ollas (obra de Strelbel, 1. c, Nº. 219) muestra también dos caras en el carácter de las de nuestras fuentes. Igualmente se notan allá en los dibujos Nº. 220 (a), 221 (b), 230 (c), 212 (d), etc. Recuerdan, de cierta manera, las panelas de máscaras en los edificios mayas. (Spinden, Maya Art. pág. 118 y sigs.). Anula limitación oblicua de bocas entre triángulos escalerados etc. allá visible, (compare Nºs. 212 y 231 (e) se repite en varios de los ejemplos presentes (figs. 50 ab, 51b).

Muy común es en la decoración de nuestras fuentes para dibujos el empleo de líneas curvas, (compare figs. 49bc, 54d, 60b) características también en grado tan grande para el arte maya, compare las figuras de la obra de Spinden, A Study of Maya Art. y en Notes, 1. c., pág. 461 y sigs.). La representación lineal de la cara en fig. 58 es íntimamente parecida a la reproducida en el último dibujo de Notes, 1. c., pág. 463, fig. 66. Compare también el dibujo reducido de una cara en Strelbel, 1. c., Nº. 162. Muy parecidos son numerosos dibujos abreviados de cabezas humanas en vasos protonazcas. El dibujo en líneas curvas de la fig. 62 resultó de la abreviación del dibujo de la cara de fig. 58; pero tiene, en la conducción de varias líneas, además, semejanzas estilísticas propias con otros dibujos mayas (compare Notes, J. c., Strelbel, 1. c., Nº. 228, etc.).

Por otro lado, recuerda, por su parte, la cara humana del fragmento (fig. 61), la del segundo vaso en Spinden, Notes (fig. 62), una vez ya citada por su técnica igual de decoración por pulimento. Tendremos que citar repetitivamente este vaso y el otro de la misma figura, más abajo.

³ e) Cerro Montuoso, fig. M.

Las fuentes de la quinta clase (con borde contraído) eran también muy numerosas; pero, de tipo sencillo, por lo general, variadas sólo en los tamaños, representaban, probablemente, casi como bateas, uno de los utensilios domésticos más comunes. Hay pocos vasos chicos de esta forma (a veces, sin la decoración por muecas). Las grandes variaban, según los ejemplos, entre 31 y 47 (pero habiendo aparentemente también más de 80) cm. de diámetro, siendo su concavidad siempre algo menor que la mitad de su anchura. Su borde grueso, unido con el fondo casi en ángulo recto, variaba entre 2 y 3 cm. de altura (fig. 63).

4. Tazas

En esta civilización hacen el servicio que en el Ecuador las «compoteras» a las otras.

Aparecen en tres tipos:

a). De forma redonda, algo parecida a la de la taza: Strelbel, 1. c., fig. 228 (tipo maya). La taza era negra, decorada con un borde de ornamentación geométrica, pulida sobre fondo mate, y tenía, con más de nueve centímetros de altura, un diámetro de doce.

b). De pared escotada, fondo redondo y más ancha que alta (fig. 64). Esta taza colorada de los Puntos de Nar, cerca de Cañar, repite, en forma exacta, un tipo clásico de la civilización protonazca (Perú) y de la original maya centroamericana.

c). De pared derecha y fondo llano; alturas de 7 a 8 cm. y diámetros de 13 a 15 en el fondo; las paredes, las paredes, en parte, contraídas hacia la boca. De color gris o negro; las negras decoradas con dibujos geométricos pulidos (dibujo de rejas, rombos concéntricos, etc.) sobre fondo mate (figs. 65-67, 68a).

5. Copa

Un fragmento algo escotado, pintado en forma geométrica de rojo sobre fondo blanco amarillento (fig. 69); es resto de una copa, de 13 cm. de diámetro y 8 de altura, que, en su tipo, al parecer, imitaba copas del valle Cauca y centroamericanas, de tipo maya. El dibujo pintado se parece al de Spinden, Maya Art., pág. 134, fig. 184 a.

6. Botellas

Con la presencia de botellas y su grado de desarrollo se pueden medir los niveles de las civilizaciones. La presente civilización poseyó tanto botellas de tipo sencillo globulares sin cuello (compare pág. 254, figs. 90-91), -que tampoco fueron en el patrimonio de todas las civilizaciones ecuatorianas antiguas,-como los tipos clásicos de las botellas con cuello, usuales en las mejores civilizaciones centro y sud americanas.

Estos tipos son:

- a). Botellas con cuello central, con un asa apoyada, en el mismo;
- b). Botellas figurativas largas, con un asa horizontal, que une el cuello con otra prominencia del vaso;
- c). Botellas con cuello bifurcado.

Además, hay algunos tipos extraordinarios, variaciones en los tipos principales y el uso de numerosas modificaciones formales en varios de los detalles.

Las botellas de la primera clase tienen, por regla general, un cuerpo globular, con o sin pequeño marco (fig. 68 b) como pie. El cuello, generalmente, sólo de 4 cm. de largo, y de 2 y medio de diámetro, se ensancha en forma cónica hacia arriba, terminando, en muchos casos, en una tapa abovedada, que estrecha la boca hasta la tercera parte del diámetro entero (fig. 70 b). El asa (71 a) es ancha y chata, pero, por su estrechez, apenas deja pasar dos dedos. Un botón hueco y perforado hacia arriba con un pequeño agujero, como hecho con un alfiler, facilita la circulación del aire al vaciarse el vaso (figs. 71 b-f); corresponde, por eso, en su idea y forma a la previsión idéntica que muestran las botellas con asa de tipo protolimeño.

Al lado de este tipo principal hay una enorme variación en la forma de los cuellos (hay cilíndricos, estrechados o ensanchados en forma cónica hacia arriba, largos de 1,4 a 5 cm., anchos de 1,3 a 6,5 cm.; bocas de 0,7 a 3,5 cm. de ancho, sencillas, provistas de un labio o de un cuello figs. 700. 72-74, variaciones en las asas (faltan al lado de los cuellos, fig. 74a b); son poco anchas y sumamente estrechas (fig. 74c); o violentan el canal del cuello, entremetiéndose su camino (fig. 72f), etc. Es difícil decir si esta gran variación, que, por tantas veces, interrumpió la observancia de la regla, significa un defecto o una riqueza de la curiosa civilización que tratamos.

Las botellas de la segunda clase se conocen tanto por un hermoso vaso encontrado en el cerro Narrío (figs. 75) como por numerosos fragmentos sacados en otras estaciones. Un vaso como el presente, aunque en todo conserva su propio carácter, se distingue técnica y artísticamente, en nada, de las hermosas botellas figurativas del periodo protochimu. También había, como allá, representaciones de cabezas de pájaros en la segunda prominencia de los vasos.

La presencia anterior de botellas de tipo c se conoce, al momento, sólo por fragmentos sacados en Challuabamba y en el cerro Narrío, (fig. 70 a). Pero el tipo era absolutamente el mismo que en la civilización protochimu, quizás, con la pequeña variación que el ojo de bajo del asa, también aquí era más estrecho. Un pequeño tubo derecho (fig. 72d), originalmente, en un vaso de posición horizontal, sacado en una de las estaciones, parece indicar la existencia anterior de variaciones del tipo c.

Una botella bastante artística, pero de tipo extraordinario, es la figurativa reproducida en (fig. 76). Se sacó, junto con la olla (fig. 38) y la fuente (fig. 46), que cabría, como un gorro, el cráneo del muerto, de una tumba en Huancarcuchu. Se compone de un vaso en forma de una olla con tapa firme, que sirve de apoyo a un arco macizo y bifurcado, como el rabo de una fruta, y de una figura humana hueca, de más de la doble altura de la olla, que, teniendo el vaso de frente, mantiene con las manos los dos cabos del tallo sobre sus hombros. La figura está en posición parada; el tronco, del mismo largo que las piernas. Las facciones de la cara triangular están marcadas en forma de aplicaciones plásticas. En relieve están indicadas también una cinta que adorna la frente y tres vueltas de una faja en la cadera. El tronco, los brazos, las piernas de la figura y el vaso sin el tallo son de color rojo pulido; todo el resto en el color natural del barro. Una abertura tubular y de ornamentación espiral en el occiput de la cabeza servía de desembocadura del vaso, pasando el fluido por todo el cuerpo humano intermedio desde las rodillas.

Todo el vaso, por el grado artístico de su composición, representa un tipo arcaico. Pero une, por otro lado, con caracteres típicos de la presente civilización (lustre y forma de la olla) en la expresión y técnica de la cara, forma alargada del tronco y en la forma de la faja, semejanzas muy cercanas al tipo de conocidas representaciones cundinamarqueñas de figuras humanas. La representación de la

misma civilización cundinamarqueñas en el valle del Cauca puede haber servido de eslabón para la combinación de los dos caracteres.

El tipo de las teteras está representado por dos tubos cortos (único de Challuabamba, fig. 76 A, y uno de Narrío), que tenían una posición lateral en un vaso formado como fuente. Tienen semejanza con los tubos de los dos vasos salvadoreños representados por Spinden, Notes, 1. c., pág. 458, fig. 61. La forma de estos dos vasos (compare arriba las ollas), su tipo de ornamentación llana parecida (vide supra) y la semejanza de la cara (fig. 61) con la del segundo vaso de Spinden, de la cara (fig. 83), con la del primero I. c., se unen, en este caso, con la identidad formal de las teteras para hacer probablemente que aquellos dos vasos salvadoreños representan el mismo tipo de civilización maya centroamericana que nuestros vasos ecuatorianos.

En varias estaciones de nuestra civilización se hallan fragmentos de representaciones figurativas, como fig. 77a con la mano apoyada en la rodilla, y figs. 77b y 78, ojos de lechuzas, figs. 79-85, 85A (partes de cabezas y cuerpos humanos, figs. 86 ab, 87 ab, partes de cabezas grandes de tigres y venados, etc., que, por todo su carácter y tamaño, difícilmente podrían en su origen haber pertenecido a otra clase de objetos que vasos, botellas u ollas (compare Spinden, 1. c.). La forma de botellas habrá sido en estos vasos siempre la más frecuente. De todas maneras, enseñan un gran adelanto artístico y técnico (al aparecer, sin uso simultáneo de moldes) en la aplicación de la alfarería para la formación de vasos figurativos, que nos hace aparecer a esta gente casi en el mismo grado de cultura que en el Perú los protochimus, los representantes de la mejor desarrollada de las civilizaciones sudamericanas, y, al mismo tiempo, en su forma artística como muy parecidos.

7. Cántaros

En todas las estaciones de nuestra civilización se encuentran también siempre algunos fragmentos del cuello de cántaros, de barro regular y bien cocido, sólo de superficie blanca más ordinaria, que en el ángulo entre el cuello y el cuerpo del vaso exhiben como adorno una fila de impresiones en forma de escudillitas, (fig. 88). En un fragmento igual de Carmen se repite en el cuerpo la pintura típica de las ollas del período, con que se asegura el origen de los fragmentos de vasos del mismo tiempo.

II. Uso de fragmentos como utensilios

La trasformación de fragmentos de vasos y de vasos malogrados durante el proceso de su fragmentación útiles y herramientas de otra clase era bastante común en esta civilización, prestándose también la buena preparación del barro de los vasos, de excelente manera, para este nuevo servicio.

Aunque la transformación de fragmentos de vasos en discos redondeados se conoce de casi todas las civilizaciones sudamericanas antiguas, atribuyéndose a estos nuevos artefactos, generalmente, la destinación para el fuego, ha de sorprender que, por ejemplo, sólo en Chaullabamba se recogieron unos 23 de éstos, de diámetros de 2 a 7 cm. También en todas las otras estaciones de la civilización se encontraron.

La transformación de tiestos en husos para hilar es en Sudamérica igualmente común. En la estación de Chaullabamba de nuestra civilización se encontraron, por ejemplo, de éstos, siete: seis de 28 a 42 mm. de diámetro, y otro, aparentemente imperfecto, de 60.

El uso de tiestos a manera de herramientas de alfarería se conoce, por ejemplo, de una de las civilizaciones posteriores del valle del Rímac. Instrumentos de carácter parecido son aquí extremadamente numerosos. En Challuabamba, por ejemplo, se pudieron recoger de éstos 55, todos de forma parabólica (como de cucharas) y de 5 a 9 y medio cm. de largo, 3 y medio a 7 de ancho (figs. 89 a-c). En Huancarcuchu, donde también estaban muy comunes, tenían más bien una forma lineal irregular o de media luna. Varios manifiestan cierto desgaste de su borde (figs. 89d-f). Pero también parecen varios de estos instrumentos de Challuabamba haber estado expuestos al fuego. Hay también de tipo idéntico algunos instrumentos de piedras (vea fig. 126).

Más curiosos que todas las tres clases de instrumentos anteriores son ciertos utensilios como pantallas, conseguidos por la escisión de la parte de la boca de botellas sin cuello (figs. 90-91). De éstos hay de Challuabamba once ejemplares, hay ejemplos idénticos del cerro Narrío. Varios muestran todavía de la botella original la pintura de la boca u ornamentos plásticos del exterior de su cuerpo (fig. 91 ab). Unos cinco originan de botellas malogradas: la escisión de la parte de la boca se hizo, en este caso, al estar el vaso fresco, todavía húmedo y faltando aún su pulimento y su pintura (comp. fig. 90). El borde superior es, generalmente, aguzado; el inferior, bien redondeado. Varios muestran también vestigios de haberse afilado en su faz interior. Ha de quedar indeciso, si todos estos detalles formales se explican suficientemente atribuyéndose a los utensilios el uso de embudos.

III. Utensilios y figuras fabricados de barro

a. Figuras

Después de la clasificación de numerosos fragmentos figurativos como partes de tales representaciones en botellas y ollas, en todo su conjunto ahora perdidas, quedan todavía otros restos que, o con toda seguridad originan de figuras suelta, o, al menos, podrían tener este origen, quedando, por el momento, indeciso, si la figura a que pertenecieron servía, al mismo tiempo, como vaso (figs. 92-94; 92 f imitación de un asta de venado).

Curiosa es una pequeña figura humana trunca, sin cabeza ni la mayor parte de las piernas, también groseramente ejecutada, (fig. 92 b). Exagerada es la indicación del sexo, debajo de la cual se nota una prolongación inexplicada parecida a un rabo.

El fragmento (fig. 92 c). muestra una concavidad como de una cuchara en la barriga, superada por la indicación de una cabeza humana.

Hay numerosos pies huecos, negras y pintados, de dos, cuatro, cinco y seis dedos, y, en parte, sin indicación de dedos (fig. 93); además, un brazo humano hueco (fig. 94), que antes formaron todos partes de figuras humanas y de animales. Uno de los pies de cuatro dedos se reconoce por el taco, como perteneciente a una figura humana; uno que otro sin dedos, por otras circunstancias, como pie de un cuadrúpedo; los de dos dedos habrán originado de figuras de venados; varios de los con cuatro, cinco y seis dedos, de figuras de jaguares (comp. también fig. 96), por lo grueso de las piernas encima.

Curioso es el fragmento del pecho de una figura femenina (fig. 92 d), por mostrar de la misma manera la indicación del ombligo, que varias de las figuritas arcaicas centro -americanas reproducidas por Spinden, Notes, 1. c., lám. XXII.

b.Utensilios

Fig. 95. Rondador de dos flautas. Con un agujero, para llevarlo colgado (Narrío).

Recuerda, por su material, los grandes rondadores de barro del período protonazca en el Perú.

Sellos para estampar.

Esta clase de utensilios, encontrada en dos formas, planas y redondas, es muy conocida de países centro-americanos y de Colombia, hallada también por Erland Nordenskiöld en Mojos, Bolivia, adonde penetraron civilizaciones de tipos colombianos y costarricenseño, por el Este. En la Costa del Ecuador se encuentran sellos redondos y planos sólo con los hallazgos más antiguos de tipo maya, sellos planos, faltando los redondos o cilíndrico, también con los de otras épocas, como la de las sillas y la de los Incas (comunicación del Sr. J. Jijón y Caamaño).

Su representación en la presente civilización es amplia. Se encuentran con ella en sus dos formas, y con variados dibujos. Algunos de los dibujos son los siguientes:

a). Llanos:

Jaguares agachados (fig. 97);

Cabezas de animales con labios superiores enrollados hacia arriba (fig. 98ab);

Triángulo parecido a una hoja (fig. 98 d);

Figuras concéntricas de cruces (fig. 99);

Líneas curvas (fig. 98c);

b). Rollos:

Caras estilizadas de líneas curvas (Narrío, fig. 100);

Dibujo geométrico de líneas curvas (fig. 101).

La forma de los jaguares agachados recuerda el dibujo costarricense de origen maya (Spinden, Ancient Civilizations, pág. 168, fig. 60).

Las cabezas de animales con labios enrollados hacia arriba tienen en este detalle semejanza con el dibujo de Copan: (Spinden, Maya Art, pág. 134, fig. 184 b, y otros de las cercanías del lago Nicaragua: Spinden Civilizations, pág. 170, fig. 62). El mismo detalle se repite también en numerosas representaciones de cabezas de animales del estilo tiahuanaqueño, circunstancia a que llamó la atención W. Lehmann, suponiendo que su repetición en dibujos centro-americanos tuvo por origen influencias ejercidas en el Norte por estilos peruanos. (Die Archäologie Costaricensis, 1913). Pero siendo el estilo de Copan de mayor antigüedad que el estilo tiahuanaqueño (Spinden, Maya Art., pág. 155 y sig.), y precediendo también, en el Ecuador nuestro estilo (con su falta de llamas etc.) al tiahuanaqueño, una relación histórica de esta clase, si existía, sólo podría haber tenido por origen las civilizaciones centro-americanas.

Además, se han encontrado en Challubamba, en el relleno, encima del altar antiguo, doce fragmentos de grandes rollos o anillos huecos (figs. 102-106) parecidos a los sellos redondos por lo primero, sólo por su forma general, por ser grabados también en su lado exterior de una manera más o menos profunda, y por la repetición aislada de uno que otro dibujo menos importante en unos y otros (comp. fig. 106 ab con figs. 98d y 99). Pero se diferencian de ellos por sus proporciones siempre mucho más grandes (diámetros de 6,5 a 10,3 cm., anchos de 5 a 8,8), su pequeño espesor (4 a 7 cm.); de manera que, realmente, más parecen anillos que rollos; y por su largo y anchura interior (5,7 a 9,2 cm.), bien podían ser llevados

como brazaletes, por su variación en el color (hay varios también de color negro), por su ejecución y superficie siempre mucho más finas, y por los diseños de sus grabados en un estilo especial que tienen representación sólo en estos objetos y supera en calidad a todos los otros artefactos del mismo período.

La correlación con el estilo maya original es todavía más intensa en estos objetos que en otros productos del mismo período. Abundan en los diseños, las líneas curvas, muchas veces, finísimas (comp. figs. 102 y 105). Encuentro cierta semejanza entre la representación del maxilar superior con sus dientes, su nariz y la lengua extendida de una serpiente (fig. 105)- por sí mismo una idea netamente maya y la representación especial de una serpiente de Copan reproducida por H. J. Spinden, Maya, Art., pág. 47, fig. 44. La forma de la voluta ha variado en los monumentos mayas de diferente manera, según los tiempos. Las volutas reproducidas en los dos fragmentos (figs. 103 d y 104) repiten muy exactamente una de sus formas más clásicas, en nada inferior a las que se encuentran elaboradas en prominentes obras del siglo cuarto de nuestra era de Copan (comp. Spinden, Maya Art., p. ej.: lám. 19, fig. 3, pilar 3, año 308; lám. 18, fig. 4, pilar 6, a. 314; lám. 20, fig. 2, altar K., a. 320; lám. 19, fig. 4, pilar N, a. 393 etc).

Resulta de todo eso, que la diferencia fundamental entre estos anillos y los sellos redondos anteriores, quizás es más bien úna del grado de su perfección y del destino especial que se les daba en las costumbres de la civilización, que úna de diferencias completas del uso. Muy posible es que los anillos tenían una aplicación más intensamente religiosa.

La posibilidad de llevar los anillos en el brazo tampoco ha de determinar definitivamente todo su uso (*4).

Por el resto, me inclino a suponer que tanto la forma del maxilar en (fig. 105) como la buena forma de las volutas artísticas en los objetos (figs. 103d y 104) presentan buenos indicios que nuestra civilización, por su edad, corresponde, quizás, a los mejores tiempos de Copan (compare H. J. Spinden, Ancient Civilization, 1917, págs. 130-131).

Doy en seguida algunas de las medidas de los fragmentos existentes:

Objetos de color negro:

Nº 1, fig. 102, diámetro externo 85, interno 74, ancho 88, grueso 5,5, profundidad del grabado 1-2 milímetros.

Nº 2, fig. 130c, diámetro externo 78, interno 68, ancho 88, grueso 5, profundidad del grabado 1-2,5 milímetros.

Nº 3, fig. 103 a, diámetro externo 73, interno 63, ancho 88, grueso 4,5-5, profundidad del grabado 2-3 milímetros.

Nº 4, fig. 103 b, diámetro externo 83, interno 72, ancho 88, grueso 5,5, profundidad del grabado 3 milímetros.

Nº 5, fig. 103 d, diámetro externo 85, interno 74, ancho 88, grueso 5,5, profundidad del grabado 2 milímetros.

Nº 6, fig. 104, diámetro externo 103, interno 92, ancho 88, grueso 6, profundidad del grabado 3 milímetros.

Objetos del color del barro natural:

Nº 7, fig. 105, diámetro externo cerca de 100, interno 00, ancho

⁴ Los protochimus daban la forma de brazaletes también a ciertos anillos gruesos y dentados de cobre, que les servían de donde apartar fácilmente pedazos de cobre, como moneda monuda.

50, grueso 5, profundidad del grabado 2 milímetros.

Nº 8, fig. 106 e, diámetro externo 85, interno 72, ancho 00, grueso 6, profundidad del grabado 2 milímetros.

Nº 9, fig. 106 d, diámetro externo 65, interno 57, ancho 00, grueso 4, profundidad del grabado 3 milímetros.

Nº 10, fig. 106 a, diámetro externo 80, interno 68, ancho 00, grueso 6, profundidad del grabado 2-3 milímetros.

Nº 11, fig. 106 b, diámetro externo 85, interno 70, ancho 00, grueso 7, profundidad del grabado 2-4 milímetros.

Nº 12, fig. 106 c, diámetro externo 85, interno 75, ancho 00, grueso 3- 5,5, profundidad del grabado 1,5 milímetros.

B. Objetos de piedra

Por lo general, como parece, se los puede dividir en tres clases: esculturas, pequeños objetos de carácter decorativo y utensilios de varias clases.

Hubo un desarrollo del arte de labrar piedras en esta civilización, en todos los tres ramos. Superaba en esto respecto, al parecer, a todas las otras civilizaciones antiguas de la, Sierra ecuatoriana, habiéndose de exceptuar, probablemente, en este sentido, la civilización de los Incas.

I. Esculturas

Las mejores esculturas de piedra del Ecuador antiguo provienen de la región de Manabí, comparables, por su técnica y elaboración, en mucho sentido, con las obras monumentales en piedra de San Agustín en Colombia y de las islas del lago Nicaragua, casi en la región propia de los Mayas. Obras tan grandes, ni como las de Manabí, no provienen, en cuanto se conoce hasta ahora, de las estaciones de nuestra civilización en la Sierra. Muy poco también se ha conservado. Sin embargo, lo poco que existe bien se puede comparar en el grado de la técnica, y quizás también, en el grado del arte, con las conocidas esculturas de Manabí.

La gente de nuestra civilización plantó cerca de sus cementerios, -así, al menos, en la región de Cañar-, ciertos ídolos, esculpidos de piedra en la figura de cabezas de animales. Se descubrieron dos de éstos en los Puntos de Nar y uno parecido en el cerro Narrío (fig. 107). La técnica de estos trabajos está al grado de una cultura relativamente alta.

En Challuabamba se descubrió el fragmento de una escultura (fig. 108). Muestra una parte de una cara humana (frente, un ojo y una parte de la nariz) de tamaño casi natural. La cabeza, aparentemente algo corta, aunque de ancho regular, termina cerca del occiput en una cabeza humana más pequeña, pero bien elaborada, dirigida al lado, pareciendo esta segunda cabecita provenir de la cabeza principal misma. La rotura abajo permite suponer que el fragmento origina de una estatua humana entera, de tamaño regular, que, por el resto, parece haberse perdido. Hay dos fragmentos parecidos, mas, probablemente, restos de otras estatuas iguales, igualmente de Challuabamba.

La expresión de la reciprocidad de varias ideas figurativas en una sola estatua es un carácter común de las esculturas de las islas lago Nicaragua (isla Zapatero: Spinden, Maya Art., pág. 240; Ometepec: comp. Colección Jijón y Caamaño) y de San Agustín en Colombia (comp. K. Th. Preuss, Bericht ueber meine archaeol. und ethnol. Forschungsreisen in Kolumbien; Zeitschr. f. EthnoJ., 1920-21, pág.

100, fig. 5), originario en el arte maya (^{5*}). Por participar del mismo carácter la escultura (fig. 108) indica la presencia de la misma influencia maya.

Fig. 109. Torso de 10 centímetros de altura, de una estatua humana algo tosca. Los brazos dirigidos hacia el pecho como generalmente, en esta clase de civilizaciones. Aparentemente, en posición arrodillada.

Fig. 110. Piedra algo chata del río, con poca elaboración, transformada en la figura de un cuadrúpedo de pies muy cortos (armadillo?) con una cara humana.

El material de estas esculturas es, generalmente, piedra arenisca, lava andesítica metamorfizada.

Bastante común en esta civilización era también otra clase de esculturas: la producida por grabados muy hondos en faces aplana-das de piedras naturales. Muestran dibujos figurativos, a veces, poco claros y otros semejantes. Como ejemplos se reproducen aquí úna de Challuabamba (fig. 111) (^{**6}) y úna de Sigsig (fig. 112), en pose-sión del doctor Jesús Arriaga. Se encuentran en sepulturas.

I. Objetos pequeños de carácter decorativo

Tenemos pocas pruebas del desarrollo de un gusto para el uso de piedras extraordinarias y finas en otras civilizaciones ecuatorianas, fuera de la de los Incas. Pero en la presente civilización de Challuabamba etc. estaba bastante bien desarrollada. Además, había una considerable variedad formal allí en esta clase de objetos, en todo caso, enormemente superior a lo que en este ramo conocemos de otras civilizaciones ecuatorianas antiguas de la Sierra.

Escogido, aunque por su carácter en sí mismo naturalmente sencillo, era un material que más y uniformemente en las diferentes estaciones de la civilización, para esta clase de objetos, se usaban: una piedra calcárea, muy blanca y bastante fin, además de eso, relativamente fácil de trabajar.

Fuera de ésa se usaban varios materiales, tanto diferentes en dureza como en la dificultad de conseguidos. Silicato de cobre era para ellos un material común, calaita (turquesa) ya úno más raro. Un material como malaquita se encuentra. Collares de cuentas de cuarzo o cristal de roca, que en el cerro Narrío se hallaron, habrán sido probablemente, artefactos de la, misma gente. También del alabastro para adornos se hacía uso.

Pero entre todos los materiales el más curioso era, sin duda, la jadeita. Se encuentra en numerosos objetos pequeños de diferente forma labrada, especialmente en la hacienda Carmen (cerca de Gualaceo) y en el cerro Narrío (Cañar). La jadeita se halla en matices más claros y, otras veces, de color verde oscuro; pero, generalmente, siempre bien transparente. La jadeita es un material de exclusivo ori-

5 En las representaciones religiosas del arte protonazca (vasos pintados, relieve de la Piedra de Chavín) se repite en varias formas este mismo carácter de origen maya.

6 Algo parecido es un dibujo en la parte derecha del sello cilíndrico de Quevedo (valle de San Pablo. Provincia de los Ríos, en la Costa) que describió O. von Buchwald en este Boletín, 1922. III, pág. 155 y sig. Me permito considerar este sello como perteneciente a la misma civilización de origen maya que se trata arriba.

gen centro-americano. En el Ecuador y en Colombia no se encuentra. Muy usada fué por los Mayas (Spinden, Civilizations, pág 81), por los Zapotecas (compare 1. c., pág. 143) y también frecuentemente hallada en sepulturas costarricenseñas. El lugar de su procedencia natural no se conoce todavía con exactitud. A veces, se la supone como procedente del estado Oaxaca, a veces, su origen se busca en la región limítrofe entre Salvador y Guatemala. Ahora es curioso que en el cerro Narrío se ha excavado también un bloque natural de este material, de bonito color verde claro (fig. 113). Tiene 10 centímetros de largo, 9 de ancho, 7 de grueso y la forma del rodado de un río. Ya ha servido como material para trabajos artísticos del período de Chalhuabamba. Se ha quitado del bloque, mediante el uso bilateral del serrucho y hacer saltar en el medio el resto, un pedazo de 7 centímetros de largo y 5 de ancho. La separación de otro pedazo igual de 8 centímetros de largo, 5,5 de ancho y dos y medio de altura, por medio del trabajo bilateral, con el serrucho, estaba en preparación. Estando en esta condición, la gente lo perdió. Aprendemos, por el trozo que la gente interandina del período recibió, todavía el material crudo en las formas en que se encontró siempre en sus paraderos centro - americanos naturales, que labraba este material duro todavía con la misma destreza que las naciones centro-americanas de civilización bastante alta y que lo labraba también todavía como aquéllas, por medio del trabajo de ambos lados del trozo del serrucho y rompiendo al fin un pedazo no aserruchado en el medio por la fuerza. En su manera de trabajar la jadeita no hay, por eso, ningún distintivo de la de los Mayas.

1. Planchitas figurativas (fig.114b-e)

Estas se conocen, hasta ahora, sólo de la hacienda Carmen, al lado del río de Cuenca, al Norte de la desembocadura del río de Sig sig.

En la orilla inclinada del río existía antes una población algo extensa en este período, llevada ahora en gran parte por el río. Encima del barranco de unos doce metros de altura, causado por este acontecimiento, han quedado sólo pocos restos de la población antigua. En esta faja de terreno se nota un lugar, acompañado sólo a cierta distancia por los restos de algunas murallas, pero distinto de otros, por una rara acumulación de numerosos artefactos pequeños del período, mezclados con algunos fragmentos de la alfarería del mismo, en el suelo, dentro de un área de, más o menos, 3X3 metros. Mezclados con la tierra descienden en el suelo basta, más o menos, uno y medio metros. Numerosos objetos de todas las clases de artefactos pequeños descritos aquí, en seguida, acompañaron en este suelo a incontables figuritas y otros artefactos pequeños de *Spondylus pictorum* y *limbatus*, que se describirán más abajo en el capítulo: Objetos de concha.

En este caudal de objetos fué entregado allí, evidentemente, en la forma de ex-votos, uno por uno a la tierra, causando la repetida sepultación de objetos siempre nuevos en el suelo; además, como parece, el efecto del decreto paulatino en el número de los objetos enterrados hacia la hondura, del encuentro de una mayor cantidad de fragmentados en la parte superior de la tierra que en el fondo.

En este suelo se recogieron unas cuatro planchitas figurativas, (comp. fig. 114bc) más o menos, enteras, y más de cien fragmentos de otras iguales, quedando, por el momento, otras tantas todavía en el suelo. Exceptuando vestigios de algunas fabricadas de jadeita, (fig. 118 e), todas eran labradas de la piedra calcárea descrita arriba.

Son rectangulares de 3 a 5,5 cm. en el lado, y teniendo un grue-

so de 2 a 5 mm., están perforadas en el centro, de manera que se las podía llevar colgadas. Generalmente, menos bien trabajadas en el lado inferior (vestigios de la manera del trabajo como descrito del bloque de jadeita en su lado frontal muy bien pulido muestran, con cortes marginales e incisiones en la superficie, la figura abreviada, - y en la forma de las figuras de naipes, con simetría diagonal, dos veces repetida, -de un animal de cabeza larga, que tiene la pierna con su pie debajo de la boca puesta en el suelo (fig. 114 b). La cara del animal está dirigida, por lo general, a la derecha (fig. 114 d), sólo en un número menor de las representaciones a la izquierda, la nariz en varias doblada hacia arriba, (fig. 114 e), (compare arriba, pág. 28); la indicación del ojo y de los dedos en los pies, varias veces, se ha suprimido.

Los diseños de las planchitas son curiosos, porque muestran la misma reduplicación con simetría diagonal de la figura fundamental, como el dibujo del fondo de un plato sacado con objetos del período Proto-Pansaleo II por J. Jijón y Caamaño, en cerro Santa Elena, cerca de Ambato, y como muchas figuras de valor típico en la alfarería de los Chorotegas (compare W. Lehmann; 1. c., pág. 19, con figura en pág. 20, también en parte Spinden, Civilization, pág. 172, fig. 66). Igualmente, encuentra su paralelo en el objeto de Ambato y en el país de los Chorotegas aquel detalle técnico del dibujo, por el cual, cortes marginales que determinan casi el total de la figura están prolongados en forma lineal dentro de la misma. Debe de haber existido, por eso, una relación histórica estrechísima entre el arte de nuestro período, incluyendo el mencionado objeto de Ambato, y el arte antiguo del país de los Chorotegas (*7).

Numerosas planchitas, en parte, enteras, en parte, fragmentadas como las anteriores, cuadradas y, en parte, en las esquinas redondeadas, con 2 a 5 centímetros de largo de cada lado, se parecen a las anteriores; sólo que les falta, cualquier clase de la indicación de una figura (fig. 114a). Son, en parte, como la mayor parte de las anteriores, de la misma piedra calcárea blanca, y, en los tamaños medios y pequeños, muchas también de jadeita, a veces, también de turquesa. Se han encontrado tanto en Chalhuabamba como en el cerro Narrío. Se las puedo considerar como una simplificación formal y convencional del tipo de las planchitas, generalmente, figurativas, no faltando, como se ha visto ya arriba, transiciones del uno de los dos tipos al otro. Su empleo en forma ex-votos habrá sido, por eso, el mismo.

7 (*) S. K. Lothrop (*The Stone Statues of Nicaragua*, American Anthropologist, 1921, vol. 23, págs. 311- 319) considera el arte de los Chorotegas, tal como se manifiesta, por ejemplo, en las estatuas de piedra de piedra de las islas del lago Nicaragua y otras como uno ori ginal, independiente y, como tal, opuesto al de los Mayas. Es, por eso, mucho más extremo en su juicio sobre las condiciones históricas antiguas de estas regiones que H. J. Spinden, quienes, como hemos visto, pág. 1 arriba, reconoce, aun en las estatuas del lago, los efectos de las civilizaciones más setentrionales. Las influencias de la civilización de los Mayas se notan en las obras de los Chorotegas en todas partes. Nuestra civilización interandina de carácter maya muestra, además, en varios detalles, caracteres accesivos desarrollados en Nicaragua y otros, eventualmente, más o menos, propios de los Chorotegas mismos. Es inevitable suponer, por eso, que la civilización ecuatoriana interandina de tipo maya, oriunda en su fondo de la cuna de las civilizaciones mayas en el Norte, entró en el Ecuador por mar, tomando su camino del Norte por la vía de Nicaragua y arrastrando en ésta su marcha también caracteres particulares desarrollados posteriormente por los Chorotegas. Vista la extensión de las civilizaciones mayas en esta forma, no queda, desde luego, ningún lugar para una civilización chorotega original y, en su raíz, independiente de las Mayas.

2. Planchitas para colgar

De forma triangular, cuadrangular e irregular, perforadas para colgar cerca de uno de los lados cortos. De Hnancarcuchu, Carmen y del cerro Narrío. Material: la piedra calcárea blanca.

Una planchita de esta clase de Huancarcuchu (figs. 115 y 116 b) muestra cortada, en un lado, el dibujo de la cabeza de un animal, con labio superior doblado hacia arriba; compare sobre las relaciones mayas de este dibujo lo dicho arriba, pág. 28, y en el otro la figura tosca de un hombre, con un objeto (arco? saco?) en la mano.

3. Cuentas

Las cuentas de tipo más común se encuentran en esta civilización fabricadas de turquesa, silicato de cobre y de jadeita. Otras tres clases son también formalmente muy típicas para esta civilización, fabricadas de piedra calcárea blanca, jadeita y, en parte, también de silicato de cobre. Su representación de la hacienda Carmen (lugar de los ex-votos) y del cerro Narrío es casi igual; en Challuabamba y Huancarcuchu se encuentran ejemplares en la piedra blanca.

Los tres tipos especiales y muy características para la civilización son:

- a). Cuentas cilíndricas con perforación central, las blancas calcáreas, generalmente, 2 y medio cm. de largo;
- b). Cuentas cilíndricas con dos perforaciones submarginales en sus fines (comp. fig. 116 a), en la piedra blanca, generalmente, de 3 a 5 cm. de largo; más de 80, aisladas una de otra, del lugar de ex-votos en Carmen;
- c). Cuentas de forma irregular como de rodado; en su exterior provistas de varios labores, con una perforación submarginal en sus dos fines.

La clase c de las cuentas (fig. 117 a - h) es la más interesante. Hasta ahora no se han encontrado parecidas en ninguna otra de las civilizaciones. Cuarenta y cinco de éstas (piedras calcárea; aisladamente: jadecita, fig. 118 a-d; dos: de piedra calcárea cristalina) se hallaron sólo en el depósito de ex-votos en Carmen, varios (de piedra calcárea y jadeita) en el cerro Narrío, una en Huancarcuchu.

Las labores en las cuentas consisten en varios cortes y elaboración de prominencias irregularmente dispuestas, dependiendo, al parecer, en colocación en la piedra principalmente de las prominencias accidentales de la piedra natural que servía de substrato. Técnicamente, por su estilo, los cortos tienen mucha semejanza con los descritos arriba, págs. 35, 37. No cuesta tampoco ningún trabajo reconocer en el diseño de la cuenta (fig. 117a) el mismo animal de dibujos de vaso antiguo de Nicoya (Nicaragua, región de los Chorotegas), que Spinden, (Civilizations, págs. 168, fig. 61), considera como cocodrilo. Las relaciones con el país de los Chorotegas, por eso, también mediante la observación de la forma de estas cuentas, más se estrechan.

A primera vista, la disposición de los cortes y prominencias artificiales en la piedra podría parecer completamente arbitraria. Una observación más estrecha, sin embargo, hace descubrir que las líneas y prominencias determinativas de la cuenta figurativa (fig. 117a) se repiten también, sólo con mayor o menor claridad en todas las otras. En algunas la figura del animal se ha abreviado a la mitad (fig. 117 h); en otras la elaboración de un detalle la figura, como de un brazo,

ha ganado, a costa de la claridad, en otros detalles de la figura (117 d), ni faltan tampoco cuentas en que la idea de la figura parece completamente olvidada, y reemplazada por elaboraciones puramente convencionales (comp. fig. 117 fg).

III. Utensilios de varias clases

Los objetos conservados de este grupo no forman ninguna clase bien organizada. Hay un tablero de juego, platitos de piedra fina y otros utensilios, correspondidos, en parte, a los comunes de las naciones.

Fuera de los materiales corrientes, se encuentran los vestigios del uso de obsidiana, y el de alabastro (o «Kalkeinter») para objetos finos.

1. Tablero de juego (fig. 110) de una sepultura de Huanoarochu

Una loseta de piedra arenisca, de 8 y medio por 9 centímetros de ancho y largo y de dos y medio de espesor, grabada en el lado superior con diez casillas de ajedrez, en forma de un triángulo escalerado, y con un platillo de 5 centímetros de hondura en una de las esquinas; el espacio entre unas y otro está llenado con ornamentos: una faja decorada con puntos y otra ramificada como un árbol.

Una faja igual decorada con puntos ciño la boca del tigre en la (fig. 87 a, b), como indicación de la barba, y repitiéndose el mismo dibujo como pintura de la cara humana en (fig. 80), evidentemente, en forma significativa; es claro que también, en este caso, indica el tigre. Lo mismo ha de valer entonces para otras ocasiones de su aparición en obras de esta gente (compare figs. 14 y 59). La faja con puntos separa entonces en la piedra el platillo de las casillas de ajedrez, como en la cara del tigre se separa la boca del rostro de la faz entera. Sirve así el ornamento por sí mismo de ilustración del uso que se daba la piedra.

El ornamento ramificado como un árbol aparece, además, en dos fragmentos de barro: una vez al lado de la boca en una fuente con cara (fig. 49b), la otra vez entre ornamentos del tipo de los de las ollas descritas pág. 12 y sig. (fig. 120), también de una fuente. Se la puede atribuir, por eso, también cierto valor en relación con representaciones figurativas.

Con todo, es claro que el tablero se clasifica enteramente entre los objetos de precisas relaciones mayas.

Para la determinación del uso de la piedra se pueden tomar en consideración dos destinos posibles: el como contador, para facilitar operaciones aritméticas sencillas, y el de tablero de juego, sustrayéndose, naturalmente, los detalles del juego, a cuya ejecución el tablero servía para nuestro conocimiento.

El arreglo de las diez casillas en la piedra en forma de escalera por sí mismo corresponde poco a lo que de primera vista deberíamos esperar de un instrumento para ayudar en operaciones aritméticas. Además, un tablero de ajedrez, aunque quizás también podría servir de esa manera, sin embargo, no es por eso, en realidad, un contador y un instrumento aritmético, sino un utensilio hecho absolutamente para diferentes fines.

Hay que juzgar del uso del instrumento, por eso, independiente

de apariencias sencillas.

En nuestro caso, la decoración significativa entre el platillo y las casillas, por su carácter absolutamente inadecuado para un contador, pero muy apropiado, en todo caso, para el juego que en este tablero se jugaba, decide el uso que se hacía de la piedra en el último sentido mencionado.

En el momento se conocen ya algunos otros objetos de piedra y de madera; con divisiones, a manera de casillas del suelo sudamericano. Dependiendo también las civilizaciones peruanas en su origen de las civilizaciones centro-americanas, es claro que, en el fondo, todos forman una sola familia grande. La explicación de nuestra piedra de Huancarcuchu, en un cierto sentido, afecta, por eso, también la de todos los otros objetos parecidos peruanos y ecuatorianos.

R. Verneau y P. Rivet han tratado (*Ethnographie ancienne de l'Equateur*, 1912, pág. 244), en conjunto sobre los objetos peruanos de este tipo, en su discusión de la significación de un objeto de madera igual al de Chordeleg (*⁸), primeramente dado a conocer por el Sr. González Suárez. Ultimamente, publicó primero un nuevo tipo de esta clase de objetos, encontrado en varios puntos entre Cuenca y Sigüi, el Dr. Jesús Arriaga en los Apuntes de arqueología cañar, (1922, pág. 61 y sig.).

Los objetos peruanos y el de Patecte varían del nuestro, por presentar divisiones en forma de cajitas en lugar de grabadas. Las divisiones varían también en el número y, fuera de uno, también en el mismo tablero, en el tamaño presentado, además, como un nuevo detalle de estos tableros, la oposición simétrica de las divisiones en dos grupos. Uno de ellos (el objeto de Chordeleg) estaba, además, decorado por los lados con figuras de cabezas de los hombres decapitados y de cocodrilos, en el fondo con figuras de rosetas.

Los de tipo ecuatoriano publicados por J. Arriaga muestran la misma oposición de las divisiones en dos grupos; por el resto las divisiones son grabadas y en forma, de ajedrez, como en el tablero de Huancarcuchu, formando grupos de uno a nueve.

Los tres autores que han escrito sobre los tableros peruanos y ecuatorianos favorecen todos su interpretación, como contadores. Por ejemplo, R. Verneau y P. Rivet están listos a aceptar la teoría comunicada por Oh. Wiener, que las casillas pequeñas indican unidades, las mayores duplicaciones, triplicaciones, séxtuplos y duodécuplos, mencionando, así, que no se sabe en qué clase de autoridades se fundaba Oh. Wiener para su interpretación: pero no tomando en cuenta que una sistematización de cuentas, por multiplicaciones sólo de unidades a duodécuplos como arbitraria, sin duda, no habría merecido su expresión en tableros de piedra, y que, además, ni este sistema de contar cuadraría a todos los tableros existentes.

J. Arriaga trata de explicar los dos grupos de casillas de sus tableros de piedra como significativos por decenas y centenas, y dos grupos de líneas laterales como significativos por las unidades uno a cinco, y seis a diez, para atribuirles un valor únicamente en las operaciones aritméticas sencillas de sumar y restar.

Ninguno de los tres autores sabe justificar con su explicación la oposición simétrica de dos partidas de casillas en el mismo tablero. Aunque Arriaga la considera como casual y sin valor alguno en los

suyos, no es así, porque la oposición entre grupos y líneas en sus tableros es fundamental; ninguno de sus ejemplares forma, en este respecto, una excepción, y, además, corresponde exactamente a la usual en los tableros peruanos, cuyo uso para simples operaciones aritméticas ya por sí mismo nunca podría ser justificado. Pero la explicación sencilla de todos los tableros, incluyendo los del Dr. Arriaga, está a la mano en el momento que se los juzga como tablero usado en un juego entre dos partidos. También, sólo en este caso sería posible dar cuenta eventual del motivo de la curiosa decoración del tablero de Chordeleg con figuras de cabezas de decapitados, por ejemplo, en el caso de que prisioneros tenían que echar la suerte para no ser sacrificados.

Como nuestro tablero de Huancarcuchu por su turno corresponde al arte maya, el de Chordeleg con los peruanos de tipo igual procedían, sin duda, del período peruano de Tiahuanaco. El estilo de los ornamentos laterales del de Chordeleg, que es también igual al de ciertos objetos encontrados en un sepulcro de Patecte (Verneau y Rivet, 1. c., lám. 15, fig. 3, y lám. 23, figs. 4, 5, 6 y 10), a dos leguas al Sur de Chordeleg, indica como tiempo de su origen la fase epigonal de este período. Los publicados por J. Arriaga representan, sin duda, el período de Tiahuanaco, un período intermedio entre el de Tiahuanaco y el de los Incas, que está también bien representado en todos los lugares de donde procedieron estas últimas piedras.

2. Utensilios de alabastro

a). Platos.

En el cerro Narrío se encontraron un platito fino de, más o menos, diez centímetros de diámetro de este material y varios fragmentos de otros platitos formalmente y en el material iguales. En su parte media no tenían más que 3 a 4 milímetros de espesor, siendo, además, el trabajo tan fino como en los mejores artículos de producción europea.

b). Orejeras.

En Challuabamba se halló una parte de la circunferencia de un anillo finísimo de alabastro, de 5 centímetros en el diámetro, 2,3 centímetros en la altura, y de un espesor como vidrio, que en ninguna parte pasaba de 1-2 milímetros; el borde superior, horizontalmente pulido, se abría como en una flor o una pantalla (fig. 121). Hay que considerar este fragmento como parte de una orejera que se insertó para adorno en el lóbulo de la oreja perforada. Entre los objetos de concha se tratarán abajo de más ejemplares de esta forma de adornos, idénticos con el presente, con respecto a la finura del trabajo y a la forma general, y formalmente diferente del presente sólo por su mayor estrechez, combinada con un largo algo mayor. Puede ser que diferencias en el material y en las proporciones de esta clase de orejeras caracterizaban, al mismo tiempo, el diferente rango de las personas que con ellas se adornaban.

Las figuras de la obra de H. J. Spinden, *A Study of Maya Art*, dan muchos ejemplos del uso de orejeras muy parecidas entre los Mayas (comp. pág. 21 y sig. especialmente pág. 46, fig. 41); muy frecuentemente, estaba pendiente de la orejera en frente de ella un objeto como un palito o un hueso adornado.

⁸ Compare J. J. M. Matovelle, Cuenca de Tomebamba, Cuenca 1921, pág. 60. La procedencia de Patecte atribuida a este objeto por González Suárez y los autores franceses es equivocada.

3. Objetos varios

a). Hachas.

En la tierra mezclada exclusivamente con restos y sepulturas de la civilización que tratamos se hallaron, en Challuabamba, estos cuatro ejemplares:

1) Hacha del tipo de las enmuescadas (fig. 123).

2) Hachas del tipo de las hachas con orejas comunes (fig. 122ab). El fragmento de un hacha con vuelos triangulares, algo pa- recidos, por su elaboración artística en las frentes, a las hachas que Vernean y Rivet, 1. c., pág. 154, clasificaron como «a oreilles faisant saillie sur le plat». Pero las proyecciones son diferentes, porque son redondeadas, no mostrando ni el mínimo vestigio de una oreja pendiente (fig. 124).

De las tres primeras hachas consta su procedencia de la misma civilización, con cuyos restos fueron halladas, y de la cuarta, encontrada a pocos metros del recinto del altar antiguo, (arriba, pág. 7), lo idéntico es absolutamente probable.

R. Vernean y P. Rivet clasificaron las hachas enmuescadas («a encoches», 1. c., pág. 147, fig. 27) con las de anchas escisiones laterales (1. c., fig. 25), y las de orejas comunes (pág. 148) con las «de orejas elevadas» (1. c., figs. 28 y 29, y lám. 4, figs. 4 y 8-11). Pero, según nuestros hallazgos, formal e históricamente, las enmuescadas y las de orejas comunes han de entrar en una sola clase, formando las únicas evidentemente sólo un subtipo de las otras, mientras las dos formas combinadas por los autores franceses en las mismas clases con las primeras han de construir, formal e históricamente, dos clases completamente separadas.

Sorprendió encontrar hachas de los tipos 1 y 2, bien conocidos por muchos hallazgos de la región ecuatoriana interandina, en conexión con restos de una civilización, que, por su tipo, refleja, generalmente, sólo condiciones de puro tipo centro-americano, y esto tanto más, porque era también la primera vez que alguno de los numerosos tipos ecuatorianos especiales se había encontrado en condiciones de una civilización bien definida. Por los nuevos hallazgos, parece casi seguro que los tipos de hachas 1 y 2, como el resto de la civilización que acompañaban, son de origen centro- americano. Verneau y Rivet mismos mencionan que estos tipos son también colombianos y centro- americanos (págs. 149 y 154). Esta observación cambia completamente la faz del problema, después de haber defendido los mencionados autores franceses el origen oriental y amazónico de estos tipos y la teoría de su importación posterior a la región interandina. Por los trabajos lingüísticos de Rudolf Schuller conocemos ahora las estrechas relaciones de los Mayas con los Caribes y los Arawacos, en este sentido, aún más importante que la extensión de las civilizaciones colombianas y centro-americanas al Oriente y al Brasil, probada anteriormente. Ahora se puede considerar casi como seguro que tanto el Ecuador como el Este sudamericano recibieron estos tipos de hachas de la región centro-americana, pero independiente uno de otro, y no necesitamos la teoría, de todas maneras siempre forzada, de una importación de los tipos de hachas ecuatorianas interandinas de las tribus del Este.

b). Discos de la cabeza de porras.

Se encontró en Challuabamba uno, fragmentado (fig. 125), de 10 centímetros de diámetro y corte transversal triangular, con un canto exterior de 5 centímetros de ancho en la circunferencia.

Discos del mismo destino se han encontrado también en Yucatán y Guatemala, según Verneau y Rivet, 1, c, pág. 169.

Además, había morteros, manos de morteros y moletas de varios tamaños, grandes y pequeños. Repetidamente se han encontrado también bolas bien redondas de piedra, quedando en duda el uso que de ellas se hacía.

Algunas planchitas de piedra (fig. 126), de forma y uso igual con los instrumentos de barro, de probable uso en la alfarería (pág. 25), ya se han mencionado arriba.

Un tortero de piedra de 6 centímetros de diámetro es de forma sencilla.

Un objeto curioso, repetido dos veces, tiene la forma de un disco pequeño (diámetro de 42 a 65 milímetros), escotado, en forma trapezoidal por un lado (fig. 127). Los ejemplares provienen de Carmen.

c). Objetos de hueso.

El hallazgo de huesos y astas do venado (en algunos lugares, de varias clases) es muy común en todas las estaciones caracterizadas por esta civilización antigua. Estos formaron, por eso, también el material principal para muchos artefactos que en otras civilizaciones se encuentran, en parte, fabricados de metal o de madera (fig. 128). Artefactos de madera, además, en este clima no se han conservado.

De los cañutos de los huesos gruesos y delgados se formaron, cortándolos por uno o dos lados, cajitas de varios tamaños iguales, a las que en siglos muy posteriores también sabían hacer los Atacameños de Chile y de la Argentina, de huesos de llamas.

Además, se encuentran astas de venado labradas en forma de punzones, leznas, de huesos de diferentes formas, espátulas, huesos acanalados y perforados etc. Varios de los objetos están mejor labrados o decorados que objetos de igual carácter en otras civilizaciones, manifestando así, a su manera, también los niveles técnicos y artístico más altos en sus productores.

Tanto en Challuabamba, como en el cerro Narrío se halló un pedazo de humo cortado en forma de almendra (fig. 128 j). Habrán servido incrustados en estatuas de madera para indicar los ojos.

Un molar humano perforado para colgar origina de Challuabamba.

d). Objetos de concha y otros productos del mar.

Esta gente aprovechaba los productos del mar en diferentes sentidos: como alimento, en forma supersticiosa y también para artefactos de varias clases.

Sus relaciones para conseguirlos se extendían no sólo a la Costa pacífica vecina (cerca de ochenta kilómetros de distancia), sino también al mar Caribe y, probablemente, a costas todavía más lejanas del Océano Pacífico en el Norte. Parece que, como procedentes de esta civilización, se han excavado en el cerro Narrío también espinas de la cola de ciertos peces de los ríos del Oriente, iguales a las con que aquellas tribus acostumbran a armar sus flechas.

En Challuabamba, por ejemplo, recibían de la Costa pacífica vecina grandes cantidades de conchas marinas, como ostras, varias clases de pecten, almejas, mytilus, caracoles de varias clases y otras conchas todavía no determinadas; además, narvales (como muestra un cráneo de 11 centímetros de largo de esta clase, fig. 129) y

varios pescados de tamaño mediano, de los que han quedado en el lugar diferentes huesos y vértebra, como también la espina de una raya marina. El gran número de tales restos en el lugar hace opinar que gente emparentada y de la misma civilización vivía, en la Costa vecina, proveyendo a sus parientes en la Sierra, regularmente, con los productos del mar que querían.

Del mar Caribe, probablemente, les venían caracoles grandes, como *Strombus* sp., y otro caracol grande, como quizá *Fasciolaria princeps*. Estos servían para la fabricación de trompetas (quipas). En Chingulanchi los primeros se han encontrado también enterrados con fines supersticiosos.

Infinito es el número de artefactos producidos en todos estos lugares de las hermosas conchas rosadas, en partes espinadas, de *spondylus pictorum* y *spondylus limbatus* (*⁹) en parte, también, como se ha mencionado, de Chingulanchi arriba, de conchas enteras. Estas conchas viven en las aguas pacíficas más calientes del Norte. Pero desde los días de la floración de la ciudad maya de Copan en Honduras, en cuyos templos se han encontrado las mismas conchas de *spondylus* conservadas en cántaros, han conseguido también en una extensa zona de la Costa pacífica sudamericana que pasa la región de Antofagasta en Chile, una inmensa significación religiosa, activa todavía en los cholos de la Costa peruana (como cerca de Lima), que creen que la concha es un remedio eficaz «contra el aire». El amplio uso de estas conchas para fines religiosos y supersticiosos en nuestra civilización documenta, por eso, su íntima conexión con los centros centroamericanos más antiguos de la civilización maya. Pero es probable que también, en este caso, la importación se hizo por mar, como después hasta el tiempo de Pizarro, y no por Colombia, por tierra, en conformidad con tantos otros vestigios, que podrían indicar que, quizás, toda la civilización no había tomado este camino.

I. Objetos de adorno

Son de varias clases, materiales y formas. Representados están por: ojeras, piezas más grandes de colgar para el collar y planchitas que componían el collar más pequeño.

1. Orejeras (fig. 120A)

Varias de este material se han encontrado en las excavaciones del cerro Narrío. Son todas labradas de partes muy gruesas de conchas de *spondylus* (quizá *spondylus limbatus*), probablemente, especialmente grandes. Todas tienen la forma de tubos cilíndricos de uno y medio a dos y medio centímetros de diámetro y tres a tres y medio centímetros de largo, siendo la pared de los tubos finísima y, en ninguna parte, de más de medio a un milímetro de espesor. En el frente se abre el tubo un poco, como en el de alabastro (fig. 121), con un borde muy fino. La mayor parte de estas orejeras representan, según la dirección del tubo, cortes verticales por el grueso de la concha, con la parte exterior rosada de la concha en frente, formando excepciones algunas cortadas de la concha del largo.

2. Piezas más grandes para el collar

Hay dos piezas trapezoidales de esta clase, cada una perforada dos veces en la parte estrecha, la una sencilla sacada de una concha blanca parecida a la ostra, la otra bien esquinada de un pedazo de

spondylus, en cuyo lado llano exterior se grabó una figura humana vista de frente y aparentemente sentada (fig. 132c). Ambos objetos son de Challuabamba.

3. Planchitas que componían el collar

Eran frecuentes en Huancarcuchu y Challuabamba en la forma de planchitas redondas y cuadradas, perforadas úna o dos veces, y anillos planos, de madreperlas y pecten.

II. Objetos ceremoniales

En esta clase se comprenden todos los que podían ser usados, y se usaron también con fines religiosos, como ex-votos etc. Originan, en su mayor parte, de la acumulación de ex-votos encontrada en un lugar de la hacienda Carmen, que se describió ya. En todo iguales, se encontraron también en varios puntos del cerro Narrío, aislados objetos de úna que otra forma en otras partes, como Huancarcuchus etc.

1. Dos medianas conchas, úna de *spondylus*, otra de peoten, adornadas de figuras simbólicas. Carmen

Aunque se reconoce la identidad del dibujo en la superficie de la concha de *spondylus* con la de la pecten es, sin embargo, menos claro, por el carácter gastado que ya tenía la concha antes de ser grabada.

El dibujo de la otra participa en el carácter de la «reciprocidad de varias ideas figurativas en un solo objeto», propio de las artes derivadas de la original maya y definido ya arriba, pág. 32, casi como parece, en forma acumulada. El plano exterior de la concha muestra (fig. 130) una cara grande casi cuadrada, con ojos redondos y boca larga, de manera que casi se puede dudar de su carácter humano; dos brazos terminados en el pecho con mano de tres dedos ciñen toda la cara; una serpiente que origina del pecho levanta su cabeza encima de la cara humana; el gancho posterior de la concha cerca do la llave (fig. 131) muestra, con cara en dirección opuesta, aparentemente, la cabeza de un ave; las alas del ave se notan por los lados de la cara humana. Con respecto a la triplicidad de la representación se puede comparar también K. Th. Preuss, 1.c.

Las representaciones personificadas de cangrejos en vasos protochimus ofrecen estilísticamente curiosas semejanza con la figura principal de la concha.

2. Pedazos de *spondylus* de corte cuadrangular y triangular

Se han encontrado en cierto número, tanto entre los ex-votos de Carmen como en el cerro Narrío. Un lado, el exterior o el interior de la concha, es, por lo general, regularmente pulido (fig. 132 bd).

Se parece, en su forma, completamente a los 1500 pedazos de *spondylus* cortados que, originalmente como ex-votos encerrados en murallas de la cumbre del cerro, se cosecharon en las faldas del Cerro Blanco, cerca de Moche (ahora en el Museo de la Universidad de California en San Francisco). Pero estos últimos originaron sólo del último período chimú.

⁹ Verneau y Rivet, 1. c., pág. 264.

3. Piezas laterales de spondylus finamente labradas como hojas

Representan un tipo separado del anterior, por su forma siempre igual y por el finísimo pulimento rojo de su lado interior, casi sin excepción, repetido (fig. 132 a). Comunes entre los ex-votos de Carmen y en el cerro Narrío. En Huancarcuchu también encontrados.

4. Figuritas humanas elaboradas, generalmente, en spondylus, en parte, en pecten

Figuritas de esta clase no son completamente desconocidas, porque algunas de este tipo ya fueron reproducidas en la región de Chordeleg por González Suárez en su «Estudio histórico sobre los Cañaris», pero, naturalmente, sin conocer el carácter de la civilización de que provinieron.

Vernean y Rivet conocieron otras 14 de estas figuras, del río de Sigsig (Nagllij, Arcadia, Elvira-?, Chordeleg), del río de Azogues (Chuquipata), del curso inferior del río de Cuenca (Paute, Taday, Pindilic), de Oña⁽¹⁰⁾ y de la Provincia de Manabí (1. c., pág. 264, lám. 16, figs. 12-13, 15-16).

En el lugar de ex-votos ya varias veces mencionado de Carmen se han encontrado mezclados con la tierra, por cientos, y, evidentemente, formaron allí el tipo principal de los ex-votos que de diferente manera de la divinidad se ofrecieron. En Carmen todas eran labradas de spondylus, con excepción de tres, que eran de alabastro. En el cerro Narrío numerosas figuras iguales se han encontrado, pero tantas labradas en spondylus como en pecten (compare la concha labrada fig. 130, arriba, pág. 50). Representaciones de Challuabamba y Huancarcuchu todavía faltan.

Son elaboradas, generalmente, en el lado interior de un pedazo triangular de la concha, habiendo quedado al lado exterior, en los más de los casos, crudo (fig. 133 ab). Su tamaño varía sin regla de dos y medio a más de diez centímetros; aún parecen prevalecer las pequeñas. Algunas muestran una elaboración de la figura incompleta. Aún hay pedazos triangulares como de figuras, pero sin elaboración alguna (fig. 133 e), lo que confirma aún más el carácter de los ex-votos.

Muestran, por lo general, una cabeza y cara bien elaboradas, los brazos cortos puestos sobre el pecho, como de niños, elaborados en relieve. Pero no representan niños, porque hay figuras también en posición sentada (fig. 133 ed)^(11*). Por lo general, las piernas han quedado sin elaborarse; la faja está indicada algunas veces.

La cara es casi circular, a veces forma casi un triángulo. Los ojos son redondos y elaborados profundamente; en varios se reconoce todavía su incrustación anterior con madreperla. La frente y la barba son muy salientes; la nariz y la boca, raramente indicadas.

En varias se nota un adorno chato de la cabeza, como un gorro; en otras, un ornamento, como dos borlas en los lados de la frente (fig. 134), pero estando éste grabado, como en los pies suelen indicarse los dedos, debo tener un valor originalmente figurativo, como

de pies de un animal, o de colas de peces o serpientes.

El ornamento más curioso se observa en un animal que, en varios casos, directamente las acompaña.

A veces, un animal, como pescado o serpiente, está elaborado en relieve sobre el pecho, reemplazando, al mismo tiempo, uno de los brazos (fig. 135 a), mientras el otro está encorvado, como el de los lobos marinos (fig. 136 a).

En otro caso, sale un animal, como serpiente o tiburón, de la boca (fig. 137 b).

Repetidamente, un animal igual aparece indicado en la frente (figs. 134 bc, 135 b, 136 b, 138 a—d).

Una vez, es un animal igual completamente elaborado con cara humana, que se eleva, sobre la frente (cerro Narrío, fig. 137 a).

Son todos estos nuevos ejemplos de la expresión de la reciprocidad de varias ideas figurativas en una sola figura tan característica para los estilos derivados del original maya, en aumento de los que ya se podían describir arriba, págs. 32 y 50.

De las figuras monolíticas de San Agustín, cuidadosamente estudiadas por él, dice K. Th. Preuss, 1. c., pág. 101: «Una por ejemplo, lleva en las manos, otra un pescado, otra una media luna. Varias sacan de la boca una figura con cabeza humana¹², muchas llevan colgados del collar una cabeza humana» etc.

Con todo eso, no puede haber duda de que los monumentos de San Agustín en Colombia pertenecen a la misma clase de civilizaciones derivadas de la original maya como la presente y otras centro-americanas (**¹³), quedando al lado comparaciones con detalles de la civilización mexicana o de Tiahuanaco que K. Th. Preuss creía todavía necesarias (1. C., pág. 104) para preparar el terreno de una futura y hasta ahora todavía oscura determinación de su origen.

¹⁰ La procedencia de una de estas figuras de Oña debe ser equivoca, porque recibe en Oña otra figura igual con la indicación de su procedencia de Gualaceo.

¹¹ (*) Parecidas son también varias representaciones mitológicas en vasos de origen protonazca.

¹² La proporción reducida de los brazos forma un carácter constante en las figuras de piedra de esta civilización (compare el torso fig. 109) y de las mas próximas emparentadas (civilización de San Agustín en Colombia: comp. K. Th. Preuss, 1. c., por ejemplo, pág. 98 y sig.; estatuas del país de los Chorotegas: comp. S. K. Lothrop, 1. c.). Suponer que estas figuritas representaban niños es, por eso, también impracticable.

¹³ El sexo masculino elevado, mencionado por Preuss, encontrado en figuras de San Agustín, como también en figuras chibchas (vea las comparaciones hechas arriba para la figura de Huancarcuchu), se halla también en el vaso salvadoreño reproducido por H. J. Spinden, Notes, 1. c., pág. 456, fig. 59 b.

Informaciones No 4
Quito, 14. Nov. 1928

INFORMACIONES



SE CREE QUE LA PRIMITIVA CULTURA DE AMERICA VIENE DEL SURESTE DE ASIA

EL DOCTOR MAX. ULHE, DELEGADO DEL ECUADOR, EXPONE EL RESULTADO DE SUS ESTUDIOS AL CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

Las más altas manifestaciones del desarrollo de la primitiva cultura de América se debe atribuir a influencias del Sureste de Asia, particularmente de China e India, según el señor Max. Ulhe, Delegado del Gobierno del Ecuador al Congreso Internacional de Americanista que acaba de inaugurar su 23^a reunión en el Museo Americano de Historia Natural.

Diez y ocho Gobiernos estuvieron representados por sus delegaciones oficiales y se han inscrito, además, Instituciones científicas de diez y seis países. La reunión anterior tuvo lugar en Roma hace dos años y fué el único Congreso Internacional que discutió el origen de la cultura primitiva de América.

Dos Teorías opuestas

La teoría de Max. Ulhe, en contradicción con la de Franz Boas, Profesor de Antropología de Columbia y Presidente del Congreso, conviene con la general y aceptada creencia de que los primitivos pobladores de este Continente, vinieron probablemente del Asia, pasando por Alaska y el estrecho de Becher, y va más allá al atribuir al Asia el origen de la cultura americana.

De su disertación, leída en español, tomamos estos párrafos: "Las similitudes fundamentales entre América y Asia se remontan a los tiempos prehistóricos. El más alto desarrollo de la civilización en las Américas Central y del Sur puede perfectamente atribuirse a la penetración de ideas positivas del Sureste de Asia. Todo el desarrollo de la primitiva civilización americana manifiesta intercambio entre América y Asia".

El calendario lunar de trece meses y el "throwing stick", un instrumento primitivo usado como arma por los habitantes de Australia, fueron utilizados como pruebas de intercambio.

El doctor Boas y su escuela creen que la civilización centroamericana se desenvolvió independientemente.

El Congreso de Científicos que trabaja con el objeto de estudiar la aparición del hombre primitivo de América, oirá la diser-

tación de Barnum Brown, Paleontólogo del Museo, disertación que se la considera de verdadero interés.

En el noroeste de Nuevo México, se encontraron recientemente huesos del tipo bisonte, en la actualidad extinguidos, que había sido cazado con flechas, lo que indica un cierto grado de civilización en los cazadores.

Este descubrimiento de osamentas con punta de lanza es uno de los mejores hallazgos que se han hecho para fijar la época de la aparición del hombre americano. M. C. Nelson, del Museo, Secretario del Congreso decía ayer: "hemos recorrido desde el Canadá hasta la Patagonia y no hemos encontrado nada que pueda dejarnos perfectamente seguros, pero hemos encontrado un tipo imperfecto como el que se describe".

El descubrimiento realizado en Wolson N. N. indicaría una edad no menor de diez mil años, decía el señor Nelson.

Otros Tópicos sudamericanos

Otras disertaciones fueron leídas por M. H. Sackville sobre las culturas del Noroeste de Sud América y sus relaciones con Centro América, y de M. J. Herskovits sobre la organización social de los negros de Buch de Surinam, descendientes de esclavos que se escaparon de la Guayana Holandesa durante el siglo XVIII, siendo muchos de ellos africanos.

El doctor Nicolás Murray Buttler, Henry Fairfield Osborn, George G. Heye, Jefe de la Keye Foundation Museum, de las Indias Americanas y el doctor Franz Blom de la Universidad de Tulane, fueron elegidos Presidentes honorarios. El senador Hiram Bingham es delegado oficial de los Estados Unidos. La delegación Mexicana se ha demorado por un accidente marítimo. Se ofreció noche una recepción a los delegados, en el Museo, donde los 200 representantes fueron recibidos por el Prof. y la señora de Osborn, la señora Zelia Nuttall, Clarence L. Hay y el doctor Franz Boas y su señora. ("The World"—New York)

Setiembre 18—1928.

MAX UHLE Y EL TIEMPO EN LA AMÉRICA ANDINA

Evolucionismo, difusiónismo y medición del tiempo relativo

Dominique Gomis S.

"La primera cronología arqueológica para cualquier parte de este hemisferio se construyó en el Perú y Bolivia entre 1892 y 1908 y fue obra de Max Uhle"

John Rowe.

El presente artículo busca situar a este gran americanista dentro de la arqueología sudamericana, a partir de las ideas que dieron lugar a su formación académica en Alemania y a su incorporación a los círculos científicos internacionales de la época. Luego, trata de caracterizar los aportes del pensamiento y de la práctica de Max Uhle a la arqueología en general y ecuatoriana en particular, que marcaron una época comprendida entre finales del siglo XIX hasta mediados del XX. Finalmente, se centra en el legado que dejó al Ecuador en la primera mitad del siglo pasado y que se desvaneció con la influencia de la arqueología norteamericana en este país, más el abandono de ciertos temas difusiónistas, sin que se deje de lado esta teoría.

En la segunda mitad del XIX, que ve nacer a Max Uhle, se inicia una nueva era en la historia de la ciencia en general, heredada de los aportes humanísticos, artísticos y científicos, que empiezan desde el Renacimiento y durante los siglos posteriores. Al decimooctavo siglo de nuestra era le corresponde la construcción de los modelos filosóficos, económicos y político-ideológicos que, hasta ahora, nos gobiernan y rigen en la ciencia a nivel global.

Marcado por esta herencia y nutrido de alguna manera con la innovadora teoría darwiniana sobre la evolución biológica de las especies, el siglo XIX desarrolló una aproximación a la cultura, vista ahora desde las ventanas europea y norteamericana. La primera, la europea, partía de los procesos históricos vividos hasta entonces, pero concebidos estos como una evolución natural que debía inevitablemente desembocar en la creación de los estados-nación. A su vez, la colonización de África y Asia, sobre todo, trataba de imponer a los pueblos que construyeron y mantuvieron durante siglos sus territorios ancestrales y sus frágiles ecosistemas, la idea del Progreso, tal como Occidente la concebía. En ese marco de cosas, algunos de los administradores de las colonias, franceses e ingleses, se volvieron etnógrafos sobre la marcha y al ritmo de las necesidades de sus países. Mientras que, en Alemania, la educación se acentuaba sobre la rigurosidad de los estudios universitarios, elaborando sus propias teorías sobre la cultura y sus mecanismos de desarrollo, para experimentarlos luego en el terreno de las pocas colonias que poseía a partir de 1880.

En cuanto al modelo norteamericano sobre la cultura, este se estructuró a partir de un país que se construía poco a poco, del Oeste hacia el Este, reconociendo un territorio de escala continental y a la vez ignorando el frágil equilibrio de sus ecosistemas, mantenido desde milenios por los amerindios del norte. Así, mientras se arrasaba con los pueblos originarios o se los delimitaba en reservas vigiladas, los Estados Unidos perfilaba su reflexión desde la realidad de estas culturas vivas, aunque destinadas al genocidio y a la aculturación. Con el empuje del alemán Franz Boas, este pensamiento desembocó en la antropología cultural norteamericana compuesta a la vez por varias corrientes teóricas.

Es así como dos visiones se estructuraron y se complementaron en Occidente a partir del siglo XIX: la histórica, propia de Europa, estudiando la cultura pasada a partir del contexto histórico en el cual se había desarrollado y la antropológica, particular de los Estados Unidos, que construía leyes hipotéticas a partir de lo vivido en el presente, para luego deducir aquellas que habían regido las sociedades del pasado.

Cabe recalcar, sin embargo, lo apasionante que puede ser analizar los argumentos de ambos pensamientos, pues nos permite comprender de manera más profunda, cómo el siglo XIX y gran parte del XX han pensado la cultura, esforzándose por sistematizarla a través de obras teóricas de gran espectro, alimentadas por numerosos estudios detallados de casos precisos, tanto en Europa, en América del Norte y Latinoamérica. Se trata en efecto, de casi doscientos años de reflexiones sobre lo múltiple que puede ser la cultura en sí y que en la actualidad se ven opacadas por la globalización, el conformismo a-ideológico y el pragmatismo de las grandes corporaciones, que solo aportan a la intención deliberada de ignorar la Alteridad.

Dentro del contexto occidental, Max Uhle integraba el grupo de los científicos europeos, quienes en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, consagraron su vida en dar forma a la historia del hombre amerindio, en su dimensión histórica y antropológica.

Max Uhle: un hombre de su tiempo

Antes que nazca Max Uhle, en la primera mitad del siglo XIX, llamanada también por los etnógrafos “el primer siglo XIX”, en razón de la cantidad de nuevos enfoques científicos que se daban en aquella época sobre el mundo natural, se destacan igualmente los descubrimientos del arte prehistórico, los adelantos en la antropología física y las compilaciones de relatos de exploradores y naturalistas alrededor del mundo, recién reconocido en su totalidad. Max Uhle tenía tres años cuando falleció Alexander von Humboldt, en 1859. Antes de esta fecha, entre 1822 y 1843, se fundaron en Inglaterra diversas sociedades científicas interesadas en el estudio del Hombre: la *British Association for the advancement of science*, con una sección de Antropología y la *Ethnological Society of London*. En 1839, nacía también la *Société ethnologique* de París. El descubrimiento y el estudio del sánscrito llevaban así mismo al desarrollo de la lingüística comparada en una disciplina sistematizada, a la que años después Uhle dedicaría su tesis doctoral en Filología a la antigua gramática china.

Y es que dentro de este contexto científico, Alemania, tierra de la filosofía idealista por excelencia, está presente también con estudios de enfoque dedicados al hecho cultural: Gustave Klemm (1802-1867) publica en 1843 una *Historia Cultural General de la Humanidad (Allgemeine Kulturgeschichte der Menscheit)* dividida en tres secuencias temporales: la del salvajismo, la de la domesticación y la de la libertad sin sacerdotes y en dos tipos de sociedades, las que son “activas” porque innovan y las “pasivas” que son inferiores, pero sin las cuales no hay progreso. Otros científicos se interesan, en cambio, por la “psicología primitiva”. Theodor Waitz (1821-1864) publica igualmente seis volúmenes entre 1858 y 1871, bajo el título de *Antropología de los Pueblos Indígenas (Anthropologie der Naturvölker)*, cuya idea central se basa en las posibilidades que ofrece el medio ambiente al hombre, visto este como un actor creativo y con respuestas. Hecho que para la época era novedoso, pues definía el determinismo geográfico, que consideraba al Hombre como dependiente de la Naturaleza. No compartía en cambio, las ideas racistas en torno a los africanos ya que, para él, los hechos compilados por la etnología sobre las “sociedades primitivas” ayudaban a formular leyes generales sobre el psiquismo. Así, en 1859, fundó también la *Revista de Psicología de los Pueblos (Zeitschrift für Völkerpsychologie)*.

Mientras que, en Francia, el mismo año marca un nuevo giro en la concepción de los estudios etnológicos: Paul Broca (1821-1885), médico, anatómista y antropólogo, lanzó el programa integral de la ciencia etnológica, en la Escuela de Antropología de París. Esta se considera una síntesis, dentro de la cual se debían reunir varias disciplinas afines como la prehistoria, la lingüística y la etnografía. Cabe indicar que, años más tarde, este enfoque fue tomado por Henri Verneau, Ernest-Théodore Hamy y Paul Rivet, en sus respectivos estudios (Poirier, 1968).

También el trabajo de Max Uhle lo hace, tal como se puede observar en su tesis difusiónista sobre el origen maya de las civilizaciones de la América andina, puesto que, aparte del elemento iconográfico, él usa también el argumento lingüístico para apoyarla.

Analizado así, muy brevemente, este es el mundo académico europeo en el cual se formó y participó Max Uhle. Es decir, una suerte de crisol de ideas y replanteamientos teóricos, alimentado por las experiencias y prácticas político-económicas y culturales internas y coloniales de una nueva Europa siempre atada a los estudios clásicos y a la innovación en materia de ciencia. Esta última, iba moldeando los estandartes de vida a un ritmo mucho más intenso que

en los siglos anteriores, mediante la máquina de vapor, el telégrafo y la electricidad, por un lado; la fotografía, la cinematografía y la fonografía por otro lado, estas últimas concebidas como tecnologías de apoyo a la etnografía.

Históricamente, en esta primera mitad del siglo XIX, una vez venido el ejército napoleónico en 1814 y su imperio desmantelado en el Congreso de Viena en 1815, Alemania existía como Confederación Germánica, dirigida por su más potente estado regional: Prusia, que se había fortalecido en el siglo XVIII, bajo el reino ilustrado de Federico II el Grande. Luego, con Otto von Bismarck, quien unificó el territorio alemán bajo el Primer Reich en 1871, Prusia heredó la dirección política del mismo con todos los estados regionales bajo su mando. Max Uhle era de Sajonia, mas no prusiano, pero fue educado “a la prusiana”, esto es, de forma muy estricta, similar a lo militar (a título de comparación, como los espartanos lo eran frente a los atenienses). Él también vivió el poder económico de Prusia, situada en la orilla sur del Mar Báltico y con acceso al Mar del Norte desde 1814, porque se convirtió en el centro industrial más fuerte de la región continental de Europa, a partir de la explotación del carbón, del hierro y la fabricación de acero. Asimismo, fue testigo de la expansión colonial alemana en África, desde 1880. Esto, hasta 1892, año en el cual emprende viaje hacia América del Sur.

Max Uhle, la *Völkerkunde*¹ alemana y el difusiónismo

Max Uhle venía entonces de un país poderoso con una amplia historia intelectual marcada por la filosofía, las numerosas obras descriptivas de los geógrafos y naturalistas, la sistematización de lo cultural en grandes encyclopedias y un fuerte poder económico al lado de Inglaterra y Francia, también con pretensiones coloniales. Formado en la etnología por Adolf Bastian, considerado como “el padre de la *Völkerkunde*” (cuyo alumno fue también el prusiano Franz Boas) cuando estudió en Berlín, Max Uhle se desempeñó entre 1881 y 1888 como asistente del director del Museo de Dresde, su ciudad natal. Luego, pasó a Berlín a trabajar junto con Bastian, en el Museo Etnográfico que el último había creado sobre el concepto englobante de *Völkerkunde* o ciencia de los pueblos, que ahora se traduce como etnología.

Ya en un medio más cosmopolita y abierto como era el de la capital, se sintió atraído por la arqueología, gracias a su amigo el vulcanólogo Alphons Stübel, quien había excavado en la necrópolis de Ancón junto con Wilhelm Reiss, en 1875. En contacto con los dos científicos de gran fama en esa época y que conocían el Ecuador por haber escalado el Cotopaxi y el Tungurahua, es seguramente en este momento cuando Uhle empezó a intuir que el tiempo histórico podía medirse a partir de la estratigrafía. También el americanista se integra en la corriente difusiónista, que lo llevará como etnólogo en 1892 a América del Sur, enviado por el gobierno alemán y el Real Museo Etnográfico de Berlín, para estudiar como se había dado la difusión de la cultura kechwa en los Andes. Asimismo, Adolf Bastian le había encargado recolectar piezas etnográficas y arqueológicas para alimentar las reservas del Museo de Berlín y para poder seguir estudiando al Hombre visto a través de sus diversas culturas, en la búsqueda de una ley universal para explicar el desarrollo del pensamiento humano.

Por otra parte, el legado intelectual de la primera mitad del siglo XIX en Europa y América, había también desarrollado diferentes

¹ Etnología

teorías sobre la cultura, todas centradas sobre el hombre primitivo y la sociedad primitiva. Se trataba de entender cómo el ser humano, desde la infancia de su desarrollo, había trazado un camino hasta nuestros días. Dentro de esta percepción completamente evolucionista, sin embargo, había modelos diferentes, entre los cuales encaja justamente la *Völkerkunde* o ciencia de los pueblos de A. Bastian, en el cual se educó Max Uhle. Vale recalcar que, al inicio del siglo XIX, la academia alemana desarrolló también la *Volkskunde* o ciencia del pueblo, en la búsqueda hacia su propia identidad diseminada entre los varios estados de la Confederación Germánica.

Adolf Bastian, el profesor de etnología que formó a Max Uhle y a Franz Boas

A partir de 1850, como médico y viajero incansable, Adolf Bastian (1826-1905) integra la lista de los grandes pensadores de la etnología europea, puesto que inaugura la disciplina etnológica en 1869, en la Universidad Humboldt de Berlín.

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando Max Uhle se vuelve un actor en el mundo científico, Alemania se constituye en el bastión de la *Völkerkunde*, instalando cátedras e institutos de etnología y organizando museos etnográficos en numerosas ciudades, entre 1868 y 1904, todos creados por Adolf Bastian: Berlín y su *Völkerkundemuseum*, Leipzig, Bremen, Hamburg, Múnich, entre otras. En todos los lugares penetrados por esta disciplina, desde 1870 -71 hasta los años 20 del siglo posterior, se encuentran profesores de etnología, cuya formación inicial tiene que ver con la geografía, la botánica, la antropología física, la filosofía o la medicina.

Adolf Bastian crea entonces una corriente científica, rodeándose de jóvenes investigadores que los transforma en etnógrafos, para que recolectaran en diversas partes del mundo, informaciones y objetos culturales para el museo de la capital. El afán era el de sistematizar un patrimonio psíquico común a la humanidad y entender cómo funciona su pensamiento. Así, en Alemania,

no obstante, la tarea del etnólogo era la de dedicarse al estudio de la cultura, de la etnografía de los ‘pueblos naturales’, permitiendo captar su esencia. No como una parte del todo, sino porque la cultura de cada sociedad, concebida como un microcosmos, era compuesta y reflejaba, a manera de un espejo, un conocimiento sobre el hombre, tal la monada de Leibniz (Ivanoff, 2017, p. 63).

Con él, Uhle aprende a pensar sobre la Alteridad, buscando los vínculos existentes entre la unidad y la diversidad cultural a partir del trabajo de campo, sin el cual la objetividad en la colecta de información no existe. Igual sucede con Franz Boas, geógrafo, quién asiste a Bastian en la clasificación de los objetos amerindios presentes en el Museo de Berlín. Por otra parte, la *Völkerkunde* ofrecía formaciones en técnicas de etnografía, al tiempo que elaboraba cuestionarios e introducía en el trabajo de campo, lo que en aquella época podríamos llamar las nuevas tecnologías de la información y comunicación, esto es: la fotografía, la cinematografía y la fonografía. En 1892, Max Uhle es financiado por el Museo para trabajar en los Andes; Franz Boas, en 1887 para estudiar los indígenas de la isla de Vancouver. Otra gran figura científica auspiciada en sus estudios en América del Sur, es el sueco-finlandés, Erlan Nordenskiöld.

Lo interesante y sorprendente a la vez, de esta corriente alemana, es el hecho de que no se estableció como una escuela, a pesar de su peso académico. Más bien, dejó la libertad a que se construyan

otras corrientes derivadas de ella. Esto se debía a que la disciplina se había estructurado con Bastian y dos otras grandes figuras científicas de Alemania, cuyos intereses no coincidían siempre, salvo el de buscar la unidad del pensamiento en el Hombre: Rudolf Virchow y Robert Hartmann, ambos médicos como Bastian. Pronto, sus seguidores se orientan hacia el estudio de la morfología de las sociedades, de las formas adoptadas por el desarrollo cultural y empiezan a abandonar el concepto de evolucionismo por el de difusiónismo. En Estados Unidos en donde se radica definitivamente, Franz Boas crea la corriente de la antropología social y cultural, adoptada por sus alumnos norteamericanos, entre los cuales está Alfred Kroeber (1876-1960), una figura preponderante en la antropología norteamericana por su teoría sobre la existencia de áreas culturales (*cultural areas*) que, por cierto, hallaba en parte su inspiración en la de los círculos culturales (*Kulturmärkte*), elaborada en África, en 1905, por Leo Frobenius, otro alumno de Bastian (1873-1938).

Como Franz Boas en Norte América, Max Uhle se quedó en Sudamérica. No sabemos si Boas y Uhle se conocieron en Berlín y, si ese era el caso, si volvieron a verse cuando este último impartía clases de arqueología en la Universidad de Pennsylvania, en Filadelfia. Lo que sí se puede afirmar es que, las enseñanzas de Adolf Bastian cruzaron el Océano Atlántico junto con Boas y que se quedaron en el continente americano, tejiendo otras corrientes que marcaron el futuro de las investigaciones, tanto en antropología como en arqueología. En el caso de esta última, brilla la figura de Max Uhle en el centro de la teoría difusiónista y en la invención de la cronología relativa, a partir del estudio de los vestigios culturales presentes en la estratigrafía del subsuelo.

El difusiónismo, legado del evolucionismo, como teoría unificadora de la cultura

A sus 15 años, en 1871, Max Uhle vivió el proceso de unificación del país y fue educado en la idea de pertenecer a una identidad alemana con pleno derecho. Cuando viajó a Sudamérica, él estaba convencido no solo de la superioridad de la nación alemana en Europa, sino también, del rol civilizador que debía emprender fuera de sus jóvenes fronteras nacionales. Ya en el Congreso de Americanistas de Berlín en 1888, cuando participa como Secretario, Uhle había oído el discurso de Alphons Stübel acerca del hecho de que, si los españoles descubrieron América, era Alemania la que la había descubierto científicamente. (Gänger, 2006). Asimismo, toda la formación que había recibido de Adolf Bastian, lo llevaba a considerar la superioridad científica y tecnológica de Alemania para reflexionar sobre el Hombre, frente a las naciones sudamericanas ubicadas, para él, en un nivel inferior de educación.

El sentimiento de jugar un rol histórico en la educación de las naciones que no la tenían, legitimizado por la pertenencia a una sólida identidad, se debía a la creencia en el Progreso alcanzado por Alemania y Europa en general, mediante el perfeccionamiento técnico logrado a través de los siglos. Esto se articulaba con el cambio cultural observable desde los hallazgos de la prehistoria, seguido por los alcances filosóficos, jurídicos y tecnológicos de las altas culturas de la antigüedad como Grecia y Roma y finalmente, por el desarrollo de las ciencias y las máquinas, en Europa, estas últimas concebidas como el camino del hombre en su totalidad hacia la libertad social e ideológica para su emancipación. Elaborado por los filósofos de la Ilustración del siglo XVIII y luego perfeccionado por sus descendientes positivistas y pragmatistas del siglo XIX, este concepto que gobernaba el Occidente, dio paso a la teoría de la evolución cultural,

que concebía la vigencia de un camino unilineal a escala planetaria. Al inicio, dicha teoría trataba de integrar toda la diversidad cultural conocida en un solo todo ordenado, que permitiría alcanzar los orígenes del pensamiento y entender los mecanismos culturales que habían dado paso a la diversidad. Así, el evolucionismo procedía por establecer paralelismos entre las sociedades, para definir cuál se quedó “atrasada” en relación a otras, hecho muy útil para interpretar el pasado de las culturas “avanzadas”. Aunque, al final, los argumentos comparativos demasiado subjetivos de los evolucionistas llevaron rápidamente a una jerarquización basada sobre el concepto de razas superiores y razas inferiores.

En la Europa del siglo XIX y comienzos del XX, las sociedades pasadas se clasificaban a partir de los artefactos de origen etnográfico procedentes de las colonias. A éstos se añadían los objetos excavados por los primeros arqueólogos en varios lugares de Europa, Egipto, Próximo Oriente y Asia. A partir de este material, se organizó la cronología en: “Edad de la Piedra Pulida y luego, Tallada”, “Edad del Cobre”, “Edad del Bronce” y “Edad del Hierro”. El concepto de “edad” incluía además la idea de que las culturas evolucionaban de la misma forma que lo hace un ser vivo, con un nacimiento, una infancia o etapa de formación, una etapa adulta y consciente y después una fase terminal y decadente que las lleva a la muerte. Así, la sociedad que elabora herramientas de metal era considerada como más “evolucionada” que otra sin metalurgia; también, dentro de las culturas con metalurgia, las que fabricaban hierro se encontraban a la cima del desarrollo frente a los pueblos cuya especialización se centraba en torno al cobre y sus aleaciones. También se medía la madurez de una cultura según si disponía de escritura o no. De ahí, los nuevos conceptos de “Prehistoria”, “Protohistoria” e “Historia”, que se establecieron para clasificar al hombre antiguo, propio y otros. Es por ello que, incluso en la actualidad, los inkas y los romanos que construyeron, ambos, un imperio inmenso conectado en todas sus partes, por una red extensa de rutas, pertenecen los primeros, a la Protohistoria porque no tenían escritura y los segundos a la Historia Antigua, porque sabían escribir; esto, a pesar de que, en cuestión de cronología, los inkas estén mucho más cerca de nuestra época que los romanos.

Para el etnólogo francés Jean Poirier (1968) “El difusiónismo tiene su origen en la museografía: es la clasificación de los objetos y el análisis de la afinidad entre estilos, los que llevaron a subrayar la importancia de los fenómenos de difusión cultural” (p. 45). Se considera por lo mismo que la teoría de la *Völkerkunde* de Bastian, da inicio al difusiónismo con algo de evolucionismo, pero es el geógrafo, Friedrich Ratzel (1844-1904) quien establece la estrecha relación entre el Hombre y su medio e influencia a jóvenes etnólogos como Bastian. Así, Leo Frobenius, el especialista de África para la época, investigaba las manifestaciones culturales comunes que hubieran podido darse entre África, Asia y Oceanía y que eran visibles a través de la existencia de los *Kulturkreisen*, zonas culturales que funcionan como una fuerza centrípeta, comparable con las ondas provocadas por un guijarro lanzado al agua. Jean Poirier define al difusiónismo de la forma siguiente:

para él [el difusiónismo], la distancia geográfica, tan grande como puede ser, no importa para la difusión, que siempre es posible; (...) [mediante esta teoría], se admite poca imaginación al hombre y que las innovaciones tienden a propagarse mucho más de lo que se repiten; (...) cuando se identifica a un elemento en algún lugar – aún muy lejos de su origen – se puede inferir su desplazamiento en todo el complejo cultural (Poirier, 1968, p. 45).

Acerca del difusiónismo, podemos profundizar también el hecho de que, como heredero del evolucionismo, este considera la existencia de un tiempo único y unilineal. De suerte que, según esta concepción, si tenemos frente a nosotros, dos sociedades contemporáneas, la una con una forma de vida moderna y la otra, ancestral, el camino más corto para explicar tal situación, es que la segunda es atrasada en relación a la primera, y que solo logrará un salto tecnológico cualitativo y cuantitativo, de lo ancestral a la modernidad, por la difusión y la imitación. Por otra parte, si uno o varios elementos culturales existen en dos sociedades, sin importar la distancia entre la una y la otra, la teoría difusiónista impone que, una de ellas es la portadora y la otra, la receptora. No concibe entonces que el Hombre pueda desarrollar un elemento cultural, de forma independientemente, en dos lugares al mismo tiempo.

Recordemos a la arqueóloga norteamericana Betty Meggers, quién hasta el final de su vida, defendía el difusiónismo con vejementia: Valdivia en el Ecuador, con una cerámica de gran técnica de la cual no se tiene los albores, provenía de Jomón en el Japón, de la cual sí se dispone de toda la secuencia desde sus inicios. Meggers defendía esta teoría porque según ella, no se trataba solamente de rasgos cerámicos, sino también de otros elementos venidos desde esta isla japonesa como, por ejemplo, ciertos parásitos presentes en el Ecuador. Otro arqueólogo, Donald Lathrap, abogaba por el origen amazónico de las culturas andinas y mesoamericanas, en particular la de los Olmecas; algo totalmente imposible para Mesoamérica, pero no descartado para lo andino hasta la actualidad, aunque sería más probable, la existencia de varios focos culturales contemporáneos e independientes, como lo define la teoría hogenista de Luís Lumbreras.

Regresando a Max Uhle, cuando este investigador viene a América del Sur, trae consigo todo este bagaje académico que buscaba comprobar la unicidad psíquica del hombre, en el desarrollo de sus diversas culturas materiales. Así, en su artículo, “El estado actual de la Prehistoria ecuatoriana”, Uhle declara que:

El Ecuador, situado en la línea media entre Centroamérica y Perú, (...) estaba, por eso, más cerca del país de origen común de las civilizaciones y de esta manera en situación favorable para el control de los movimientos, que, viéndolo de Centroamérica, fertilizaban el desarrollo de todos los países occidentales del continente suramericano (1929, pp. 34-48).

Para él, entonces, la existencia de una “civilización mayoíde” en la zona de Chauallabamba (provincia del Azuay) y que era coetánea de la de Copán en Honduras (en dónde él había excavado), que mostraba también rasgos “Proto-Nazca” y “Proto-Chimú”, comprobaba una unidad cultural mayor en los Andes, bajo el componente primigenio maya.

Max Uhle, la medición del tiempo relativo y la definición de las Proto-culturas andinas

Cuando uno se centra sobre los aportes de Max Uhle al conocimiento del hombre amerindio, se pueden percibir varios legados de su formación, dejados por Adolf Bastian, quién en 1860, había publicado su gran monografía de tres volúmenes: *El Hombre en la Historia. Fundamentos de una concepción psicológica del mundo* (dedicada a Alexander von Humboldt).

Legado 1: La unidad del pensamiento en el hombre. En efecto, si retomamos la idea de una sola cultura que hubiera dado origen a las otras en América, no es difícil vincularla al andamiaje establecido por su mentor en Berlín, sobre los “pensamientos elementales” (*Elementargedanken*) que se transforman en “pensamientos de los pueblos” (*Völkergedanken*). A propósito de los cuales, Bastian se preguntaba ¿de dónde partían las “entidades universales”? (*Universalien*) expresadas bajo los diversos códigos culturales, que emanaban de los artefactos provenientes de todos los rincones del Globo (Fiedermutz-Laun, 2013, párr. 8). Apoyándonos en el artículo de A. Fiedermutz-Laun, resumimos a continuación el desarrollo de esta teoría en la obra de Adolf Bastian, porque pensamos que nos puede ayudar en entender qué argumentos subyacen al pensamiento de Max Uhle y que, en muchos casos, son implícitos y dados por hecho en sus escritos (Fiedermutz-Laun, 2013).

- Todas las sociedades tienen pensamientos elementales que se expresan de forma análoga, en cualquier parte del mundo y mediante variantes locales.

- En cada lugar, estos se transforman en pensamientos de los pueblos, por la interacción que se da, entre ellos y las condiciones geo-históricas que les definen, dibujándose entonces las “provincias geográficas”.

- Estos pensamientos elementales son, para Bastian, las predisposiciones psíquicas en “estado de germinación” que se desarrollan en términos de fenómenos culturales simples (en un primer nivel) y comunes a todos, volviéndose más complejos (en un segundo nivel), cuando “un contacto histórico” se establece entre culturas y las vuelven análogas.

- “Este instinto de evolución les permite franquear todas las etapas evolutivas de la humanidad y modificarse solamente en la superficie por los estímulos geográficos e históricos” (Fiedermutz-Laun, 2013, párr. 9).

- Esta concepción se deslinda de la idea de “pueblo original”, que sustenta, en cambio, la teoría de las áreas culturales (Fiedermutz-Laun, 2013).

Hacemos hincapié en el hecho de que, el concepto de la “unidad psíquica del hombre” fue retomado después por el norteamericano James Ford en 1968, en su extensa obra comparativa de las sociedades formativas amerindias, pero en la corriente difusiónista de un solo origen de la cerámica, que se encuentra en la Siberia.

Legado 2: El concepto de “Horizonte” en arqueología. Así, A. Bastian afirma que todas las etnias pueden analizarse sobre un mismo plano horizontal, porque el hombre en su totalidad, posee una sola psique que se atomiza en la diversidad cultural, creando estos “pensamientos de sociedad”. De hecho, él definió también, la etnología como “psicología científica”. A nuestro modo de ver, la concepción igualitaria de las culturas llevará a Max Uhle a desarrollar el concepto de “Horizonte” en arqueología, basado sobre las analogías

estilísticas que encontró en las producciones cerámicas e iconográficas de la América andina, apoyado por el estudio de la estratigrafía cultural.

Si seguimos el pensamiento de Bastian, la atemporalidad yacente en la unicidad del pensamiento humano en su conjunto, tiene su correspondencia en el tiempo vivido de las distintas culturas que la conforman. Esta primicia llevó a Uhle a desarrollar un sistema de medición cronológica relativa dentro de las excavaciones arqueológicas, controlando el espacio-tiempo cultural contenido dentro de cada capa estratigráfica. Este método que él puso en práctica en sus excavaciones en el sitio monumental de Pachacamac, cerca de Lima, era completamente nuevo para la época en América del Sur. Derivaba de lo que había leído en la mega obra de tres tomos de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss sobre la necrópolis de Ancón, quienes habían exhumado las tumbas en orden a fin de contrarrestar el pillaje de los huaqueros de la zona y salvar la información que aún quedaba ahí.

Es necesario indicar que Uhle no pudo hacer lo mismo en Cerro Narrío y que, para cumplir con lo que A. Bastian le había encomendado para alimentar las colecciones de Alemania, redujo su accionar a la compra de los artefactos, que salían en desorden de la superficie lunar en la que se había convertido la loma de Narrío. Este particular debió afectar profundamente su estado de ánimo como arqueólogo sistemático, lo cual podría explicar sus palabras bastante duras en contra de los huaqueros de Cañar, quienes, además, vendían a un mejor postor, los objetos que se le habían prometido. Igual indignación sentiría, cuando alguien le contó que, en la zona de Paute (provincia del Azuay), una sociedad de huaqueros había roto en cuatro, un recipiente elaborado en una piedra transparente (¿cuarzo?, ¿alabastro?) para poder repartirse la plata que recibirían a cambio en el momento de la venta de los pedazos.

Regresando sobre el método cronológico elaborado por Max Uhle, que le valió el calificativo de “padre de la arqueología andina” por el arqueólogo americano John Rowe, su resultado dio la definición de dos horizontes: “Tiahuanaco” (Tiwanku) e “Inca” (Inka), de los cuales, el primero representaba el “período megalítico” andino. El modelo se iniciaba con las sociedades de “pescadores primitivos” de Ancón, Supe, Pachacamac y Arica. Despues, ordenó el desarrollo cultural de la costa con tres “proto-culturas”: los “Proto-Chimú” (ahora Mochica), los “Proto Nazca” (ahora Wari) y los “Proto-Lima” (una parte del Horizonte cerámico, Blanco sobre Rojo), que se habían originado en el mundo maya y que eran anteriores al horizonte Tiahuanaco. Luego, venía el horizonte Tiahuanaco, seguido de estilos llamados “epigonales” (Wari) que descendían de esta última cultura. La secuencia relativa terminaba con el “horizonte Inca” dividido en dos períodos: el “legendario” y el “histórico”.

En el sur del Ecuador, las proto-culturas eran coetáneas con la “civilización mayoide” de Chaulabamba, mientras que *Tacalzhpacha* (provincia del Azuay) antecedía al horizonte Tiahuanaco que llegaba luego a Ecuador y finalmente terminaba con la presencia inka. Max Uhle se expresaba de la manera siguiente y debemos decirlo, de manera bien confusa:

La estructura de las civilizaciones ecuatorianas muestra, como en el Perú, varias civilizaciones, más o menos en cada región de cuatro a cinco estratificaciones, una sobre otra. Formaron parte en este contexto: en parte civilizaciones mayoides originales; en parte civilizaciones peruanas, como la de Tiahuanaco o la de los Incas, constituidas con la ayuda de elementos centroamericanos llevados por el Ecuador al sur, para volver de allá como en forma de una reacción al Norte,

de donde parte de sus elementos originalmente habían venido (1922, pp. 47-48).

El concepto de "Horizonte", que se aplicaba a la existencia de los mismos estilos en regiones alejadas las unas de las otras, permitía la comparación cronológica entre sociedades. Muy útil, este concepto se completó con la palabra *style* proveniente de la arqueología norteamericana, que entre los años 40 y 50, se había concentrado en cómo describir la temporalidad de los contextos arqueológicos dentro del cambio cultural. El Horizonte sigue teniendo un lugar importante para nosotros, porque en nuestros trabajos sobre la región kañari, es clave para mostrar los vínculos estilísticos entre la fase Tacalshapa II (300/200 BC – 800 AD) y el período Moche (100 – 600/700 AD). En el Perú, la palabra ocupa igualmente un lugar definido en la cronología oficial desarrollada por John Rowe: "Horizonte Antiguo" (nuestro "Formativo"), "Horizonte Medio" (nuestros "Desarrollos Regionales"), "Horizonte Tardío" (nuestra "Integración") y "Horizonte Inca".

Así, y tal vez sin pesar que podría caracterizar a la arqueología andina por tanto tiempo, Max Uhle había creado un concepto elástico como el tiempo y el espacio, capaz de ajustarse a cualquier cambio en el campo teórico.

Por su parte, el adjetivo "megalítico" que Uhle utiliza para caracterizar al horizonte Tiahuanaco, es también una forma de integrar los Andes peruanos a una expresión arquitectónica, ritual y residencial, perteneciente a los espacios del Mediterráneo y del Atlántico. Este término que abarcaba el período comprendido desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce fue concebido a comienzos del siglo XIX. Como término cronológico, está ahora abandonado, puesto que las construcciones de este tipo se hallan en varios lugares del mundo y en distintas épocas. Pero en el tiempo de Uhle, estaba considerado como una diferencia cultural que se repetía en varias regiones y, por lo mismo, su particularidad permitía analizar estas expresiones culturales consideradas como los átomos del pensamiento elemental, tal como era concebido por la *Völkerkunde* de Adolf Bastian.

El legado de Max Uhle: la vigencia de la teoría difusiónista en el Ecuador de la primera mitad del siglo XX

El paso del gran americanista por el Ecuador, dejó una herencia bastante nutrida entre los representantes de la intelectualidad científica. A tal punto que la ciudad de Cuenca brindó un homenaje a Jacinto Jijón y Caamaño, quien había tenido la brillante idea y la generosidad de auspiciar los estudios arqueológicos de Uhle en el sur del país. Este evento muestra el impacto que tuvieron las ideas y el método de investigación del científico alemán en el medio ecuatoriano y el rol dirimente y determinante reconocido por los cuencanos, en la resolución de la acalorada polémica suscitada en torno a la localización de Tomebamba, desde la segunda mitad del siglo XIX.

En su artículo titulado "Una gran marea cultural en el Noroeste de Sudamérica", publicado en París, en el *Journal de la Société des Américanistes* (1930), Jacinto Jijón y Caamaño desarrolla la secuencia cronológica de esta región, a partir del modelo de Max Uhle:

A la luz de todas las observaciones juntas en las páginas precedentes, aparece más clara la cronología prehispánica del NO. de Sudamérica. A una población primitiva, con cultura semejante a la de los actuales Fueguinos o a la de los pescadores primitivos de Arica, había sucedido otra, cuya civilización era irradiación de la arcaica (Proto-Panzaleo I;

Pre-Proto-Lima); luego, nuevas olas culturales, conexionadas con el avance hacia el sur de los Chorotegas, antes del año 100 anterior a Jesucristo, habrían producido una nueva fecundación (Proto-Panzaleo II): vinieron después otras mareas, entre ellas la más importante derivada del arte chorotega, ya influido por el de los mayas del antiguo imperio (100-600 AD), que se extendió por una región de América o influyó en los estilos de Chavín y Tiahuanaco; y otras conexionadas más bien con otras culturas superiores de más al Norte, que obraron casi simultáneamente o poco después (1930, pp. 117-118).

A parte de lo confuso que puede ser este modelo de cronología, ante lo cual hay que recordar que no existía todavía el método de radiocarbono para la estimación temporal de los hallazgos, se puede notar la similitud de escritura entre Jijón y Caamaño y Uhle (1930). Más aún, podemos decodificarla, comprobando su analogía con las teorías sobre la cultura, emanadas de las leyes biológicas y de la evolución natural: los términos "primitiva", "irradiación", "fecundación" y "derivada", son propios del argot usado en las ciencias naturales. Max Uhle usaba también el verbo "fertilizar" para describir el proceso de difusión.

Posteriormente, en su obra póstuma de 1952 *Antropología Prehispánica del Ecuador*, Jijón y Caamaño desarrolla la primera cronología ecuatoriana, sobre la base de sus excavaciones, principalmente en la sierra norte del país, de los trabajos de Paul Rivet publicados en 1912 y finalmente de las investigaciones de Max Uhle no sistematizadas, sino dispersas en sus notas y cartas. Su esquema se descompone en dos tipos de "civilizaciones" o "culturas", llamadas "Medias" y "Modernas", repartidas en cuatro períodos prehistóricos, que inician con las proto-culturas de la sierra y de la costa y las civilizaciones de Chauallabamba, de las "Sillas de barro de Narrío" y de otras manifestaciones culturales como son los "Sellos cilíndricos de Manabi", "Tuncahuán" y "Guangala". Las culturas pertenecientes a la época moderna, se agrupan alrededor de las "Tiahuanacoides de Cañar y Azuay", de las "civilizaciones" de "Puruhá", "Guano", "San Sebastián", "de los Paltas" y de los "Jívaros", por una parte. Por otra, reunía las culturas del extremo-norte, de las "sepulturas de pozo de Imbabura", de los "Manteños", "La Tolita", "Elen Pata" y "Tacalshapa". Otro grupo englobaba a las "civilizaciones de montículos", las "sepulturas de pozo", "Chaupi Cruz", "Panzaleo", "Huavalac", "Caschaloma", "Catamayo" y las amazónicas. El quinto período integraba a la "Protohistoria", en donde entran los pueblos de la Sierra y la Costa, más la conquista inka. A este panorama no muy claro, en donde la nomenclatura no sigue un patrón preciso, como el uso del término "civilizaciones" frente a otras especificidades como por ejemplo "Pintura negativa del Carchi" o los "Pastos protohistóricos", el autor ubica algunas fechas relativas: 0-100, 100-250 y 200-700 que incluyen los tres períodos de las culturas medias; 850-1450 AD para la cuarta y quinta época pertenecientes a la modernas.

Establecido en el afán de buscar las expresiones culturales elementales del Hombre en su totalidad, como Uhle se lo había enseñado, el arqueólogo ecuatoriano agrupaba además a las sociedades ecuatorianas mediante la comparación de los estilos y la relación cultura-estratigrafía, que sí utilizó en sus excavaciones. De hecho, los esquemas de las tumbas de pozo que presenta en su libro, tienen mucho que ver con las ilustraciones que A. Stübel y W. Reiss habían incluido en su libro sobre Ancón; mostrando así el afán de graficar científicamente sus descubrimientos. Para él, el Ecuador prehispánico entraba en lo andino, mediante un rostro a la vez particular y unificado bajo el término general de proto-culturas, a las cuales habrían

sucedido otras, emergidas de una primera ola mesoamericana de raigambre maya. Luego, otras olas mesoamericanas habrían llegado a los Andes, de las cuales la más importante integraría un carácter panamericano, a través de los pueblos chorotegas (Nicaragua) y cuyas marcas era posible ver en lo Chavín y lo Tiahuanaco. Surgiría al final, la influencia inka.

A manera de conclusión, esta gran confusión de pueblos y estilos no es más que el resultado de la convergencia de las teorías evolucionista y difusiónista, la última creada al inicio en las reservas de los museos europeos y aplicada a las realidades estratigráficas sobre la comparación estilística. Esta falta de nitidez en la reconstrucción de la historia precolombina de los Andes, también la compartía Max Uhle. Igual sucede con el sacerdote cuencano Miguel Durán, quien sigue el modelo cronológico de Max Uhle, para describir y categorizar las tumbas de los caciques de Huapán. No podemos, sin embargo, reprochar a estos hombres, en su afán por querer ordenar la historia, sin la ayuda de los métodos de datación que se utilizan hoy en día. Más bien, hay que tomar estas aseveraciones, que sabemos ahora que son erróneas, como los primeros pasos de la arqueología en el Ecuador y los Andes. En todo caso, el material que Max Uhle, Jacinto Jijón y Caamaño y otros, describen y presentan es real y sigue siendo muy útil para nuestros estudios.

Para concluir con este análisis sobre Max Uhle y el tiempo en los Andes, quisiéramos emitir una opinión, tal vez subjetiva, acerca de la diferencia existente entre los textos desordenados de las “Influencias Mayas en el Alto Ecuador” y “Ricas Sepulturas de Oro de Chordeleg”,

sobre todo en este último y la rigurosidad que caracteriza el estudio de los sitios de Pumapungo y Pachacamac, a lo cual se añade la fiel reproducción de los planos de muchos sitios del sur ecuatoriano, tales como Tambo Blanco o Vinoyacu (provincia de Loja). Nos parece que Max Uhle se sentía mucho más a gusto con los sitios monumentales característicos de la costa peruana y de la época inka, que con las instalaciones dispersas del universo kañari. Sin embargo, gracias a su empeño en caminar por zonas difíciles de acceso, aun cuando era ayudado en eso por los hacendados, Max Uhle nos ha dejado un legado invaluable sobre el cual, nosotros nos apoyemos todavía para seguir su camino, aunque sin la idea de la difusión en el centro de nuestras investigaciones.

Hemos abierto este artículo con una cita de John Rowe sobre Max Uhle y lo queremos cerrar con otra:

La cronología relativa de Uhle fue una hazaña intelectual de primer orden. La introducción de la idea del tiempo en la arqueología americana fue justo la tarea que él se había impuesto al ir a explorar la región andina (Rowe, 1998).

Referencias

- Fiederlutz-Laun, A. (2013). “Adolf Bastian, Robert Hartmann et Rudolf Virchow: médecins et fondateurs de l’ethnologie et de l’anthropologie allemandes”. En: Trautmann-Waller, Céline (dir.) “Quand Berlin pensait les peuples. Anthropologie, ethnologie et psychologie (1850-1890)”. París: CNRS Editions.
- Gänger, S. (2006). “¿La Mirada imperialista?. Los alemanes y la arqueología peruana”. *Histórica*, 2 (30). Lima, pp. 69-90.
- Gomis, D. (2019). “La constitution du territoire kañari dans les Andes Méridionales de l’Équateur, de l’époque du Formatif Moyen à la conquête inka (2500 av. J.C.)”. París: Tesis doctoral en Arqueología Sorbona.
- Ivanoff, H- (2017). “L’ethnographie: naissance d’une science de terrain en Allemagne à l’aube du XXe siècle”. En: Jean-Louis Georget, Gaëlle Hallair et Bertrand Tschofen : *Saisir le terrain ou l’invention des sciences empiriques en France et en Allemagne..* Presses Universitaires du Septentrion. Villeneuve d’Ascq, pp. 49-64.
- Poirier, J. (dir.). (1968). “Ethnologie Générale”. *Collection Encyclopédie de La Pleyade*. Paris: Gallimard.
- Rowe, J. (1998). “Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana”. En *Indiana* 15. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz., pp. 257-267.
- Uhle, M. (1922). “Influencias Mayas en el Alto Ecuador”. Quito.
- Uhle, M. (1922). “Ricas Sepulturas de Oro en Chordeleg”. En *Separata del No 9 del Boletín de la Academia Nacional de Historia*. Imprenta de la Universidad Central. Quito,
- Uhle, M. (1922). “El Palacio de Huayna Cápac”. Quito.

MAX UHLE

101132

SEPULTURAS RICAS DE ORO

EN LA
PROVINCIA DEL AZUAY

(TIRADA APARTE DEL NÚMERO 9 DEL BOLETÍN DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA)



QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1922

SEPULTURAS RICAS DE ORO EN LA PROVINCIA DEL AZUAY

por MAX UHLE

(Tirada aparte del Número 9 del Boletín de la Academia Nacional de Historia)

Una de las cosas más notables de la Provincia del Azuay son los grandes hallazgos de oro que se han hecho en varias partes hace ya muchos años, especialmente por huaqueros. Al descubrimiento inopinado de estos grandes tesoros en sepulturas, siguió casi siempre un período de afanoso escudriñamiento de toda la región. por tesoros iguales, durante el cual se revolvió el suelo de cuadras enteras; cualquier vestigio de una sepultura antigua, a distancias hasta de kilómetros, fué seguido, destruyendo todo lo que contenía y recogiendo sólo el oro, si rara y accidentalmente en ellas se encontraba.

Estos grandes hallazgos ya pertenecen a la tradición, que también en sus detalles está conocida ahora ya sólo por pocos de los mismos que tomaron parte en estas campañas. Habiendo estado en la condición de recoger algunos de los datos, los presentes anotados, en la seguridad que su conservación obedece también a un alto interés arqueológico.

Los puntos más famosos por los hallazgos de oro han sido: toda la región de Chordeleg (desde 1856); la de Sigsig (en 1899); la cumbre del cerro Tari (3.145 m. sobre el mar), cerca de San Juan, y la falda Oeste del cerro de Cojitambo. Sólo en la región de Chordeleg quedaron famosos, por las grandes cantidades de oro que en sus sepulturas habían proporcionado: los próximos alrededores al Oeste de la plaza (la plaza misma no había dado nada); los dos cerros de Chordeleg, el Chaurioji y el Llaver (el último en su base Oeste); el cerro Musmus, al Sudeste, y, a poca distancia, al Oeste, Callasa; el cerro Cazhalao y el plan de Nieves, al Sur del cerro Chaurinji; Ucur y Zhiu, más allá; por el otro lado del río, la pequeña colina de San Antonio. En Sigsig había sólo doce de tales sepulturas; pero éstas muy ricas, más o menos, una cuadra más abajo de la calle Corral del pueblo, a los dos lados de la prolongación de la calle Vega. Las doce sepulturas formaban tres secciones: un grupo de tres en línea, de arriba para abajo; el segundo, en línea horizontal; el tercero, de arriba para abajo, como el primero.

Otros puntos muy notables por los hallazgos de oro que han proporcionado, son entre Chordeleg y Sigsig: el cerro Zhiñang (cerca de la Cordillera), Ganzhun y un punto llamado Pajtente; cerca de Sigsig: la cumbre (3.200 m. sobre el mar) del cerro Huallil; más al Oeste, en la región de Cumbe; Cumbe mismo (hacienda del doctor Ambrosi), el cerrito "Calvario" sobre el pueblo, y un lugar Raranga, entre Jima y Cumbe; en la región de Quinjen: Curiloma (clonde se ha sacado "harto oro"), en la hacienda de las monjas; en la región de Cuenca: el cerro Guizhil, en el pueblo de Baños, el Cebo II ar (del Corazón de Jesús más arriba), el Bazhun (sobre Huajibamba) y Patamarca, al frente de Machángara (un cementerio rico que explotó

una familia García). En la de Azogues: fuera de la falda Oeste del cerro Cojitambo, Huapán (en un solo pozo, con mucha cantidad de cobre y oro).

El carácter de los lugares en que suelen hacerse hallazgos de oro es de dos clases: sepulturas; con cadáveres, o lugares de ofrendas, que, a veces, suelen hacerse a las divinidades, si n cadáver, como todos los de la cumbre del cerro Huallil, con objetos, como figuritas huecas incaicas, de llamas de oro, etc. Las primeras son las más comunes. Se encuentran formadas como cementerios, o en pequeños grupos; raras veces, se encuentran aisladas. Su posición es, generalmente, en llanos elevados o algo inclinados, también dotados muchas veces de hermosa vista. Menos frecuente es su posición sobre cerros altos, como el Tari y el Zhiñang. En estos lugares, el suelo es, o el común que sirve para los sembríos, o (y esto es con más frecuencia) cascajo blanco. Las sepulturas en peña son raras.

La forma de los pozos varía. En parte, son circulares; otros, como en Cumbe, cuadrados; a veces, colocados en este caso en el cuadro, uno en el centro y cuatro en las esquinas. Había también pozos de oro en forma de 8 (Zhiñang), como uno abierto recientemente en Tacalzhapa, que contenía, al menos, algunos cascabeles de plata, no conteniendo los otros nada de metal.

Los pozos son sencillamente cilíndricos o cúbicos, o, en el primero de los casos contienen al lado un bolsón. Su hondura varía. Algunos son muy superficiales, como en San Antonio, y estos últimos también, sin bolsón. Muy general en los pozos redondos es una hondura de, mas o menos, dos metros, como en Sigsig; pero había allá, también, pozos de cuatro lo mismo como en Chordeleg. En las alturas, los pozos son, muchas veces, muy hondos, como en el Tari, donde la profundidad, en el suelo suelto de las alturas, media hasta 16 varas. El diámetro de los pozos es variado: en general, de 1,20mt.

Por lo general, la forma de las sepulturas era, más o menos, como en Tacalzhapa (un período intermedio entre el de Tiahuanaco y el último), con gradas en el interior, con bolsones, etc.

Los bolsones tenían, de frente, tapas de piedra, cuando los pozos contenían poco oro; los bolsones de los que contenían mucho estaban tapados con cantidades de bastones, como enflautados de órgano de mayor a menor. El relleno se hizo, en los más de los casos, con capas de piedra, alternándolas con tierra; a veces, con pura tierra.

Al fondo del pozo, estaba el muerto recostado, con las piernas dobladas. La única excepción formaba un pozo muy rico en oro (18 arrobas), en Ucur, al Norte de Chordeleg, en el cual el muerto estaba

de pie, con un bastón muy grande, todo de oro, en forma de báculo, cuyo puño simulaba una piña.

El muerto solía estar en todas partes vestido de sus alhajas, hasta con mantos, con adornos cuadrados de oro, como en el Shíñang. El ajuar estaba al lado del cadáver: consistía en objetos de oro, también de plata y cobre, de mullus de oro, piedra y concha (mullus de piedra y concha en San Antonio). Ninguno de los pozos contenía alfarería, con excepción de los del cerro Tari (alfarería del período de Tacalzhapa). Los pozos de Sigsig contenían nada más que objetos y cuentas de oro, únicamente un vaso de plata, y más un "bastón" con plata y cobre. En Chordeleg, había también plata y cobre; en Ganzhun, plata; en mayor abundancia, cobre, en Huapán (especialmente hachas).

La riqueza de los pozos en oro, era, generalmente, muy grande, muchas veces, inmensa. Otros pozos daban oro sólo en poca cantidad; Pajtente, por ejemplo, dió algunas libras (entre otras cosas, una cinta como banda, puesta en el esqueleto, con una corona en la cabeza, y cascabeles en los brazos y en los pies). Algunos pozos eran quintaleros, como en Musmus y Ucur. Un pozo de Sigsig contenía 44 libras; otro, más de dos quintales de oro; úno de Ucur, excavado por Serrano, 18 arrobas de este metal precioso.

Las formas variaban. Había placas redondas de oro, zarcillos, narigueras, brazaletes, cascabeles, coronas o "llautos", escudos de defensa (sin madera) gruesos; también instrumentos de música, como rondadores y flautas, redondelas de oro macizo, fundido, de 3 libras, vasos de oro, medio globulares, de mayor a menor, en largas series. El espesor de los objetos era variado de 1 mm. a 1 cm. Los escudos de defensa eran gruesos.

Muchos de los objetos eran ornamentados con figuras, líneas, etc. En algunas partes (por ejemplo, en Chordeleg, una vez también en Dizha, cerca de Santa Ana), se encontraron vasos cilíndricos, en forma de timbales, mezclados el oro y la plata, así que cintas de oro y plata, cruzadas, en dirección diagonal, marcaban romboídes de diferente color, y no se encontró en ellos soldadura de ninguna clase.

Una especialidad interesante entre los hallazgos formaban los "bastones". Entre éstos, los había grandes, que tenían alguna significación como de cetros; y otros, bastante chicos de madera incorrupible (chonta y madera negra), que, cerca de la extremidad posterior, llevaban todos un gancho o un dije (figura) de oro o de piedra, de distintas clases, etc. La extremidad anterior no tenía nada. Estas eran, evidentemente, la clase de armas conocidas para nosotros con el nombre de estólicas. Tales se han encontrado en varias partes, por ejemplo, en el cerro Huizhil, 6 a 8; úna, por ejemplo, en Sayausi, etc. (hacienda Putuzhi).

Fuera de estos últimos, y en las sepulturas ricas, generalmente, estaban ellas vestidas de oro; ocasionalmente, de plata. El oro estaba grabado, lo mismo la madera debajo del oro, en figuras de diferente clase. En Sigsig, había estólicas sólo en los grupos de 3 sepulturas; en úna había 2 estólicas (úna con plata), y en otra la cantidad enorme de ellas, que no se podía abarcar con los brazos, como tapa del bolsón del pozo (véase arriba).

En Chordeleg y Sigsig había, fuera de los pozos de la clase rica, también otros de diferente carácter, muy pobres. Estaban situados éstos en Chordeleg más arriba, al Oriente del pueblo; en Sigsig, más arriba de las doce sepulturas ricas. Todos estos pozos de Chordeleg y Sigsig estaban en forma de sepulturas largas, formada la bóveda de piedras planas, la tapa también de piedra. No contenían más que el cadáver tendido. Parece que estas sepulturas ya tenían relación con

el tiempo hispano, por los avalorios europeos, que eran las prendas que, en parte, cargaban los cadáveres.

La manera de la explotación de los supuestos grandes tesoros en las sepulturas era la siguiente: para la explotación se necesitaban ciertos capitales, para pagar peones, etc. No existiendo estos capitales, sólo pocos trabajaban, solos, un pozo. Los otros formaban sociedades de 4 a 8, para trabajar en compañía. De esta manera, la excavación en un lugar dura ba poco tiempo o varios días. Pero las sociedades mismas, con este fin, duraban uno o varios meses, en cuyo transcurso variaban, repetidamente, el lugar de su acción, siguiendo su obra en otras partes. Al fin de una excavación, los huqueros se repartían proporcionalmente, o en iguales partes, su producto, despedazando los objetos para igualar las acciones, y de ninguna manera consentían en el precio para que úno quizás pudiera coger un objeto entero, ni tampoco consentían en vender pronto, por nada. Cada uno se contentaba con el objeto que había cogido. Los objetos vestidos de oro o plata se desvestían, aprovechándose sólo los metales; el resto se botaba. Esta es también la razón, por qué de aquella infinidad de objetos valiosísimos, cosechados en los pozos de oro, no ha alcanzado más nuestro tiempo, que unos tres o cuatro dibujos, además, insuficientes, de algunos objetos aislados, y absolutamente ningún objeto real. De la infinidad de "bastones" o estólicas descubiertas en aquellas excavaciones, también no se ha salvado ni la muestra.

Había varios huqueros, especialmente, expertos en estas explotaciones, como Manuel Iñiguez, Ignacio Serrano con su, hermano Antonio, un señor Vásquez, un San Martín, etc. Ninguno de estos, con sus, a veces, enormes hallazgos, ha hecho fortuna. Los primeros cuatro murieron pobres; el último, que vive, no tiene fortuna. El pueblo de Chordeleg, donde se hicieron los inmensos hallazgos de los años cincuenta, es todavía tan miserable como muchos otros y como si nunca hubiese pasado en él una cosa extraordinaria.

Dos cuestiones son de mucho interés especial en conexión con los grandes hallazgos de oro en aquellas sepulturas: la del origen natural de los metales en aquellos objetos aprovechados, y la de los períodos y de las civilizaciones que fueron los autores de entierros tan ricos. El oro provi-no de los lavaderos de oro del río Santa Bárbara, a seis leguas de Sigsig más arriba, explotados todavía por derecho e industrialmente por los indios de aquella región; además, provino, quizás, de Maila, en la falda Occidental de la Cordillera, al Este de Chordeleg. No es probable que con este fin se explotaran también los ricos yacimientos del Oriente en la región de Gualاقua; porque vestigios de oro de los lavaderos de Zhingata, en el Oriente de la región de Nabón, en el Oeste, tampoco se conocen. Minas de plata hay, por ejemplo, en el cerro Pilzhun, cerca de Azogues, aunque no se sabe si se han explotado antiguamente. La procedencia del cobre está todavía ignorada.

Los períodos de la antigua civilización de la región se conocen hasta ahora sólo en sus rasgos más grandes, desconociéndose especialmente el tipo de varios eslabones intermedios, y con eso naturalmente también la forma de la conexión de los otros, úno con otro. Algunas cúspides en el desarrollo general se dejan observar con una civilización muy antigua, de origen maya, con la influencia de la conocida civilización de Tiahuanaco en la región, con un tipo intermedio entre el tiempo de esta última y el tiempo de los Incas, y con un tipo último de la civilización indígena contemporánea, aunque en el origen local precedente, con los Incas. La civilización de los Incas está, en cierta manera, fuera del desarrollo interno de las civilizaciones antiguas de esta región. Por lo primero, faltan los vestigios de que en el primer período grande maya ya se han enterrado tesoros

en las sepulturas, aunque murallas grandes bien construidas deben ser originarias de este período. Al período de Tiahuanaco ha de atribuirse una parte de las sepulturas ricas de Chordeleg, por una placa de oro y un aparato de juego, de chonta y vestido de plata, ambos originarios del período de Tiahuanaco, reproducidos de Chordeleg por el señor González Suárez, en su estudio histórico sobre los Cañaris.

Una gran parte de las sepulturas ricas de la región debe ser atribuida al período intermedio entre el de Tiahuanaco y el último, que llamo el de Tacalzhapa, por razón de sepulturas muy características descubiertas en este punto, poco distante de Cuenca; por razón del tipo conocido de la alfarería de las sepulturas ricas del cerro Tari, de la forma más usual de los pozos ricos conocida para nosotros, y por la frecuencia de las sepulturas ricas en suelo de cascajo blanco, que era, comúnmente, preferido para sepulturas en este período. El carácter del período mismo no es de lo más fino; pero las pruebas del origen de una parte importante de las sepulturas ricas en este período son concluyentes. La alfarería del último período es todavía más gruesa, aunque tiene pintura que falta al período antecedente. Las ricas sepulturas de oro de San Antonio, por ejemplo, eran de este período, según los fragmentos de alfarería, diseminados en la superficie de todo este suelo. En el suelo de Chordeleg hay también muchos fragmentos de la alfarería de esta civilización, y es, por eso, demasiado probable que, también allí, el período ha contribuido con nuevas sepulturas ricas de oro a las existentes.

El período y la civilización de los Incas en toda la región de Chordeleg y de Sigsig no han dejado ningunos vestigios directos visibles. Se puede, por eso, con toda seguridad, considerar como cierto que ninguno de los pozos de sepulturas ricas de la región ha tenido un mismo origen incaico. Pero los pozos de ex-votos de la cumbre del cerro Huallil, por otro lado, le han de ser atribuidos en parte¹.

Mientras tanto, pude presenciar un nuevo período de explotación de un cementerio, con numerosas sepulturas de oro, en el cerro Narrío, cerca de Cañar, en Enero pasado, aprendiendo de él de varias maneras. Por lo primero, se ha confirmado que en las sepulturas del período maya, hasta ahora, el más antiguo conocido de la región Azuay y Cañar, no se encuentran objetos de metal, oro y cobre. En el cerro Narrío se han des cubierto numerosas sepulturas de este período, pero todas sin oro, ni cobre. Tampoco, en todo el cerro Narrío se ha encontrado ni un solo resto, que pudiera indicar una conexión de la historia del cerro con la de los Incas. Habiéndose, sin embargo, hallado objetos de oro y de cobre dorado en varias sepulturas abiertas, es probable que todo el oro sacado de sepulturas de la región Azuay origina también exclusivamente de los períodos indígenas intermedios entre los de los Mayas y los de los Incas (incluyendo, quizás, sólo algunas sepulturas originarias del período de Tiahuanaco).

Además, se ha aprendido a conocer, por las sepulturas del cerro Narrío, un nuevo período contribuyente a las clases de sepulturas dotadas, de cierta manera, de objetos de oro. El de pozos de oro del cerro Narrío es un período cercanamente derivado del de los Mayas. Por eso, poco después de la entrada de la civilización maya, habrá principiado en el país la explotación de los ricos lavaderos, probablemente, de los mismos que proporcionaron también el oro en las sepulturas de Chordeleg, Sigsig, etc., en la región

Azuaya. La civilización de pozo de oro del cerro Narrío es caracterizada por curiosas sillas redondas y bien ornamentadas de barro, cuya supuesta relación histórica con las curiosas de piedra de la civilización de Manabí tampoco, por eso, puede parecer idea extraña.

En las sepulturas del cerro Narrío había cantidades solamente pequeñas de oro, con seguridad, en todo, no más que quizás 1 1/4 a 2 libras, que, en cantidades siempre pequeñas, de diez a treinta y más gramos, estaban distribuidas por varias localidades. Su monto no está, por eso, en ninguna comparación con los riquísimos hallazgos de oro en pozos de Chordeleg, Sigsig y otros lugares de la región Azuaya. Puede ser que, por la distancia de los lavaderos azuayos de Maila y Santa Bárbara, de la región Cañar, al otro lado de una Cordillera de 3.300 metros, la cantidad del oro en aquellas sepulturas resultó tan exigua. De todas maneras, la causa no puede haber sido la relativa antigüedad del período, porque siempre había gran abundancia de cobre dorado. Hallazgos de esta última clase en sepulturas de oro quedaron, en la región Azuaya, restringidos a las excavaciones hechas en el cerro Tari (período de Tacalzhapa) y en Tugur (cerca de Dizha). Mucho cobre dorado parece haberse sacado, además, de tolitas de la región de Machala (Costa).

Las formas de los objetos de oro en el cerro Narrío se limitaron a narigueras, zarcillos, (siempre una sola planchita colgada de un anillo de alambre pequeño; hasta cuatro pares de éstos en una sola sepultura probablemente su uso de varios en cada una de las orejas), pinzas, figuritas de pájaros, como ornamento final de palos o cetros, planchitas ovaladas ornamentadas, colgadas dos o tres como hojas de un libro en una sortija, etc. No aparecieron patenas, cintas o coronas, o fajas de oro, sino sólo de cobre dorado. La técnica de los objetos de oro era, en ciertos objetos, curiosa. Había planchitas ovaladas en las que rayas de oro de medio centímetro de ancho alternaban con otras iguales de plata. Una planchita igual, ornamentada con triángulos escalonados, mostró, dentro de los triángulos, el oro artificialmente algo descolorido, como pareció, por aplicación de algún ácido desconocido para nosotros, por medio de una brocha.

De "bastones" (estólicas) se encontraron en estas excavaciones sólo algunos restos indestructibles, como ganchos de metal y piedra, y una que otra fajita espiral de cobre, que había decorado el palo.

Por el resto, la forma de la excavación por sociedades era la misma que la descrita de Chordeleg y Sigsig. La organización de las sociedades variaba continuamente, casi por horas, e inconveniente era la manía de despedazar, casi en el momento de la excavación, los objetos hallados, para distribuirlos por lotes. Así se procedió con fajas, cintas, coronas, discos, y cosas iguales de oro y cobre dorado. ¡Me cuentan de Paute que tres participantes en una excavación rompieron, en igual forma, un vaso trípode de, más o menos, 15 cm. de diámetro, de una piedra transparente fina, para que ninguno saliera engañado! ¡Innumerables restos de incalculable valor ya se habrán destruido por la huaquería!

¹ Debo la mayor parte de las notas antecedentes al señor Eloy Dávila, quien ha participado en varias de estas campañas de huaquería.



Penachos de Oro. Tomado de Malo Vega, B. (2015) "El Tesoro Precolombino de Sígsig". Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo Azuay. pp. 4243

El mensaje de Uhle

Dr. Benigno Malo Vega

La antropóloga Tamara Landívar Villagómez, Directora Ejecutiva del Museo Pumapungo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, tuvo la feliz y noble idea de conmemorar con diversos actos importantes el aniversario de los 100 años de fructífera permanencia en esta región del gran arqueólogo alemán Dr. Friedrich Maximiliano Uhle Lorenz. Uno de aquellos fue la reedición de tres de sus publicaciones relacionadas con sus investigaciones en esta área geográfica; “Tumbas ricas en oro en la provincia del Azuay” es uno de esos escritos y ella me ha honrado solicitándome que hiciera la presentación. Cumplio, pues, a continuación la inmerecida distinción con el respeto y admiración que se merece el ilustre personaje y agraciando la fina deferencia.

En la década de 1920, época de la estadía del Dr. Uhle en estas tierras sureñas, estaban todavía frescos los recuerdos de los últimos saqueos de tumbas precolombinas perpetradas entre los años 1850-1900. Además, él fue testigo presencial de lo ocurrido en Cerro Narrío, Cañar, en ese entonces perteneciente a la jurisdicción del Azuay, como lo afirma en “Las huacas de Cañar”:

Todo Cañar está en suma agitación por los hallazgos hechos más o menos desde los principios de la semana pasada. La gente huaquera ha invadido el cerro de Narrío de día en día en número más grande. Se consideran legítimos dueños de la situación; y ninguna fuerza provincial disponible, considerando además el carácter natural porfiado del cañarense, podría desalojar. El sábado, trabajaban en el cerro quizás doscientas personas; ayer y hoy ya eran quizás cuatrocientas. El populacho, presente solo con el interés de mirar los procedimientos, aún era más grande. Existen ahora cerca de cinco carpas sobre el cerro. Numerosa gente trabajó o trabaja todavía día y noche; amanecen cavando, viven, comen y duermen sobre el cerro. Todo el cerro parece de lejos y de cerca un solo hormiguero con excusiones radiales de gente huaquera a sondear las partes circunvecinas. El camino entre el pueblo y el cerro parece en todo el día un camino formado de hormigas trabajadoras: proveedores, espectadores y otros que regresan del trabajo con o sin hallazgo.

El tipo de la gente huaquera ha ennoblecido: ya son abogados y gente de la sociedad que forman empresas de excavaciones separadas. Una nueva sociedad, compuesta principalmente de abogados, treinta y dos personas en todo, con amplios recursos, se ha formado últimamente en el pueblo, lista para entrar en acción en cada momento que les pareciera oportuno. Otras sociedades se forman continuamente en el cerro mismo. Toda la superficie disponible ya se ha distribuido en lotes parciales y no se ve todavía el fin de la general locura.

En el fondo hay esto: se han hecho y se hacen todavía alguna vez hallazgos de oro, raras veces de muy buena ley y, lo que prevalece enormemente, de cobre, con un baño de oro encima el que brilla y ciega por la impresión de su apariencia a las masas. Puede que por todo se hayan encontrado unas dos libras de oro, lo que aún todavía es sumamente dudoso: objetos de oro mismo son bastante raros y lo que brilla, al verlo de más cerca prueba generalmente su carácter de cobre dorado (Uhle, 1922, pp. 242-244).

Así, él pudo recoger abundantes testimonios al respecto que eran consecuencia, no solamente de la natural y desenfrenada ambición humana por las riquezas, sino de un menosprecio a los haberes de “los gentiles”, del que no se excluyen los mismos aborígenes postcolombinos. Desde los inicios de la Colonia, los episodios de “huaquería” fueron una constante. El oro extraído de los ríos y proveniente de la erosión de las rocas auríferas de Los Andes, ofreció desde tempranas fechas una alucinante materia prima para los aborígenes que paulatinamente fueron instruyéndose en su trabajo y técnicas para la elaboración de objetos, sobre todo suntuarios. Estos bienes de altísima categoría engalanaron a sus poseedores en la vida y, después de la muerte, constituyeron materiales infaltables en sus ajuares funerarios. Recordemos a guisa de ejemplo de la actividad huaqueril que aquí se desarrolló, al presbítero Juan de Valladares y a Martín Bueno, en Cuenca, por los años 1560 y en Quito al licenciado Juan de Salazar Villazante, que por la misma época formaron con los antedichos una sociedad para cavar las tumbas antiguas de Jatuncañar (Salomon, 2013).

El saqueo de tumbas precolombinas, si bien disminuyó en determinados momentos, no cesó su ocurrencia. Su eventual incremento se debió cuando se localizaron necrópolis en cuyos enterramientos había oro: tal fue el caso de Chordeleg alrededor de 1850. Lo que ocurrió allí no pudo ser más aberrante, Uhle lo menciona; pero detalles adicionales, con el epílogo del derretimiento del cargamento de objetos de oro llevados a Lima para convertirlos en monedas y el robo de ellas a los ingenuos, candorosos y pueblerinos huaqueros encandilados por esa gran metrópoli peruana, lo narra el Dr. Gonzalo Serrano Iñiguez en el artículo titulado “Historia de las Famosas Huacas de la Parroquia Chordeleg”, publicado en la *Revista de Antropología* No. 6, de 1971. Pocos artefactos se salvaron del crisol: uno, la llamada “corona inca” que es parte de los Tesoros Reales de Inglaterra y otros, descritos por Heuzey, M. L. (1870), fueron a parar en Europa y parece que se encuentran en colecciones precolombinas de Francia y Bélgica, de lo cual no se ha realizado aún ninguna investigación.

En 1899 los huaqueros, entre los que había alcalde, juez, comisario y otros funcionarios, arremetieron en Sigsig y se dice que obtuvieron algunas arrobas de oro. Un poco más de una docena de esas

piezas hoy reposan en el Museo Nacional del Indígena Americano, en Washington D.C., debido a los buenos oficios de Marshall Saville que coincidencialmente estuvo en Guayaquil cuando Nicolás A. Rivadeneira, quien las había comprado en Sigsig, las exhibía en esa ciudad porteña. Una corona, similar a la que se encuentra en Washington, también procedente de ese cantón azuayo y de los referidos saqueos, es parte de la colección del Deutsches Museum für Völkerkunde de Munich, Alemania (Malo, 2015).

Y desde esos tiempos hasta el presente no ha cambiado la tendencia y continúa con ferocidad este accionar primitivo, a vista y paciencia de todas las autoridades patrimoniales, apenas se produce la oportunidad. Lo sucedido en La Tolita, provincia de Esmeraldas a fines del siglo pasado y, hace poco, en Alacao, cantón Huano, provincia de Chimborazo, en los inicios del siglo XXI, son una muestra que la triste lamentación de Uhle: "Innumerables restos de incalculable valor ya se habrán destruido por la huaquería", está vigente.

A esto habría que añadir hoy otro tipo de agresiones destructivas. Y ante todos estos hechos de barbarie urge que se tomen sabias previsiones legales tendientes a "hacer el bien y evitar el mal" y crear conciencia en las mayorías ecuatorianas que el amor patrio no es simple alarde ceremonial en efemérides con feriado; que una de sus mejores praxis es la convicción, que es necesario inculcarla por todos los medios, del respeto a lo invaluable de los bienes culturales.

El gran historiador peruano Raúl Porras Barrenechea, en su magistral prólogo a la obra de Miguel Mujica Gallo *Oro en el Perú*, además de abrumarnos con la exposición bien documentada de la cuantía incomparable de las riquezas áureas que asombraron al mundo depredadas en el vecino país, censura las "torpes prohibiciones legales" que, más que frenar el saqueo y la destrucción, los han alentado.

Con pomposas prohibiciones y declaraciones líricas, que soslayan la "acción por omisión", no se consigue el objetivo de preservar la riqueza cultural del pasado, que no solo es fuente de información histórica, mediante la seria y sistemática investigación, sino, a través de su racional uso social, un atractivo turístico generador de importantes ingresos económicos.

Obstaculizando con engorrosas y gravosas tramitaciones burocráticas, que constituyen las clásicas dificultades para predisponer a las facilidades corruptas en la obtención de permisos para ejecutar excavaciones arqueológicas y trabajos de preservación y restauración, se está ahuyentando el aporte de un valioso contingente humano preparado en los pregrados y posgrados, que en pacientes y esforzados años se imparten en afamados centros de estudios universitarios extranjeros, predisuestos a cooperar en este país con déficit de verdaderos profesionales en esta especialidad.

Es indispensable reconocer que no existe una Escuela de Arqueología en ninguna de las universidades del país, constituyendo un imperativo la creación de un centro de estudios de este tipo, bien fundamentado y dotado de adecuados medios físicos y, sobre todo, de maestros con gran experiencia y conocimiento. El mensaje profundo de Uhle, emitido hace un siglo, al señalar los haberes que se están perdiendo, es de carácter eminentemente práctico; él fue un brillante hombre de pensamiento, pero sobre todo, un personaje de acción. Ojalá que su ejemplo inspire a quienes intentan seguir sus pasos y su voz sonora atraviese los oídos tupidos de los dirigentes nacionales y seccionales, a fin de que se proceda urgentemente con adecuadas y racionales medidas cautelares, como lo han hecho con éxito las sociedades responsables de este mundo, para iniciar el camino de un auténtico rescate cultural.

Referencias:

- Heuzey, M. (1870). "Le trésor de Cuenca". *Extrait de la Gazette des Baux-arts*. Paris.
Malo, B. (2015). *El tesoro precolombino del Sigsig*. Cuenca: Casa de la Cultura Núcleo del Azuay.
Salomon, F. (2013). "Ancestros, huaqueros y los posibles antecedentes del Incaísmo Cañari", Revista de Antropología No. 20.
Uhle, M. (1922), "Las huacas de Cañar". Journal de la Société de Americanistes de Paris, vol. 14.

MAX UHLE

TOMEBAAMBA

*Academia Nacional
de Historia — Quito*

*Centro de Estudios Históricos
y Geográficos del Azuay — Cuenca*

Las Ruinas de Tomebamba

F. JUIC 1984

CONFERENCIA LEÍDA

POR EL

Dr. MAX UHLE

EN EL

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS
DEL AZUAY

COMPRA \$/3000-



QUITO

IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE JULIO SÁENZ REBOLLEDO
Tipógrafo - Editor

24, Carrera Mideros, 24

1928

Discurso de presentación por el Dr. Dn. Remigio Crespo Toral

Señores:

No por cierta ritualidad académica, si no en cumplimiento de imperioso deber de gratitud, debo inaugurar esta conferencia del eminente etnólogo y arqueólogo alemán Dr. Max Uhle, que honra a esta ciudad con su residencia en ella desde hace algún tiempo, dedicando su empeño de sabio investigador al estudio de la antigua región Cañar y especialmente al de su capital Tomebamba.

La ciencia alemana, extendida hacia todos los matices del saber y dispersada en colonias y sobre todo desde época remota, no nos fué desconocida. El más grande de los poetas de la ciencia, Humboldt, aquel amante intelectual de América, después de la hermosa Venezuela, quizás se encariñó más con las tierras ecuatoriales de trágica belleza y de sublime elevación. Humboldt habitó también esta ciudad, colocada en el derrotero obligado de las peregrinaciones de la sabiduría. A poca distancia de la plaza mayor vivió aquel personaje: no debe pasar esta generación sin que se coloque una piedra que perpetuamente enseñe a los viajeros y a los habitantes de esta comarca, que en ese rincón feliz, se albergó uno de los genios indiscutibles de la humanidad, que supo hermanar con soldadura perenne la ciencia y la poesía.

Recuerdo indeleble han dejado en la antigua Quito los profesores Reiss, Stübel, de cuyas exploraciones y estudios quedan para nosotros datos y normas definitivos.

En Cuenca se dieron las primeras conferencias habidas tal vez en Hispano-América: las dió a más de cuarenta años el famoso geólogo y geógrafo Dn. Teodoro Wolf. Niños tuvimos en raro placer de escuchar las revelaciones del simpático profesor: nos asomábamos por primera vez en la ventana, desde donde aparecía infinito el horizonte de la ciencia.

En jornada de investigación llegó también a estas montañas, para interrogar el secreto de las tumbas prehistóricas, el distinguido arqueólogo Adolf Bastián.

Por entonces el profesorado alemán regentaba nuestra difunta Escuela Politécnica, y se hacían populares los nombres de Dressel, Menten, Kolberg, König y el mismo Wolf.

A la de tan dignos predecesores se ha seguido la labor del honorable arqueólogo y etnógrafo Dr. MAX UHLE, a quien tendréis el honor de escuchar breves instantes por él hurtados a una intensa campaña de cultura, por exigencia del **Centro de Estudios Históricos y Geográficos** que ha obtenido el noble huésped la generosidad de su enseñanza, que la conocéis empero por sus excavaciones metódicamente practicadas, al servicio de síntesis de hermosa y sólida arquitectura.

Brevemente os haré conocer las carreras científicas de nuestro conferencista.

Nació en Dresden en 1856, haciendo sus estudios en las famosas Universidades de Goettingen y Leipzig. En aquellos grandes centros de estudio, divídese éste, para corresponder a todos los matices del conocimiento. El señor Uhle enderezó entonces su energía hacia los estudios orientales.

Doctor ya, dedicó sus fatigas de los mejores años a la Etnología, ejercitándolas primeramente en los museos de Dresden y Berlín, dedicados a aquél ramo del saber en cuestiones etnológicas del sudeste de Asia, la Polinesia, y de la Nueva Guinea.

En 1883 comenzó su campaña de americanista, que había de ser su labor definitiva, asociado al Dr. Alfonso Stöbel cuyas colecciones sudamericanas llamaron vivamente la atención del nuevo campeón.

Diez años más tarde comenzaron sus expediciones científicas: la primera a la Argentina y Bolivia y el Perú, por cuenta de la Universidad de Pensilvania; en 1899 a 1901, a la misma República del Perú, por cuenta de la Universidad de California. En 1903 hasta 1905 la segunda expedición al Perú a orden de la misma Universidad. En 1906 hubo de entrar al servicio del gobierno de Perú, hasta 1911, encargado de organizar el museo histórico de Lima, centro de alta cultura histórica, sobre todo en arqueología incaica.

Desde 1912 hasta 1916, aceptó igual cargo, para la formación del museo etnológico de Santiago de Chile. En esta República, dedicóse a estudiar las regiones inexploradas y, sobre todo, Arica y Tacna.

En 1919 hizo el Dr. Uhle su aparición en el Ecuador, comisionado por el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, para exploraciones arqueológicas en nuestro territorio.

Las publicaciones de este profesor modesto e incansable son numerosísimas y han contribuido a determinar orientaciones nuevas en la Etnología, sobre todo en la americana. Recuérdense sus primeras publicaciones sobre razas y costumbres de Nueva Guinea, Islas Holandesas, etc.

Desde 1890 comienza su obra en cooperación de la famosa de Alfonso Stöbel sobre la civilización e industrias del continente americano y sobre las ruinas de Tiahuanaco (1892).

En 1903, su expedición al Perú por la Universidad de Filadelfia, se tradujo en su onografía en inglés titulada Pachacamac.

Acerca de asuntos americanistas, la obra del Dr. UHLE es variadísima y extensa:

Las ruinas de Moche. Ancón. Conchales de la Bahía de San Francisco. Lima, Chancay. Organizaciones indígenas. Intihuatanas. Origen de los Incas. Influencias peruanas en las civilizaciones Argentinas. Esfera de influencia del país de los Incas. Restos paleolíticos de Taltal, Arica y Tacna. Civilización atacameña. Quipus, Estólicas. Lengua de los Uros. Ica y Nazca. Análisis de las antiguas civilizaciones peruanas y otras sudamericanas. Origen y orden de las antiguas civilizaciones americanas. Lenguas indígenas, etc., etc.

En el Ecuador las investigaciones del Dr. UHLE han contribuido a enriquecer el acervo arqueológico, y no han sido pocas las sorpresas que en el undo de tales conocimientos han causados algunos hallazgos felices del profesor alemán.

Ha estudiado ampliamente la provincia de Loja, apreciando la extensión de carácter, así como el origen de los remotos Paltas, reconociendo restos venerables de cerámica y otras antiguedades que darán a los museos contingente antes desconocido.

En nuestra región, la antigua Tomebamba de los aborígenes, la tarea del Dr. UHLE ha tenido gran amplitud; y dada la porción que queda por hacer, resulta que sus investigaciones se encuentran quizás al principio.

En Sudamérica, después de la comarca del Cuzco, tal vez no se presentará un núcleo más extenso de vestigios prehistóricos que el de la antigua región Cañar-Tomebamba, desde Saraguro hasta Tiquizambe y desde Macas y Suna hasta Machala y Balao.

En esta vasta región, donde presiden las dos montañas, adoratorios del culto del sol, el Puñay al norte y el Fasaiñán al sureste, se extiende una dilatada necrópolis. En los bosques isos hoy impenetrables y en los páramos desiertos, nos sorprenden los sepulcros, las ruinas y las vías de comunicación. Indudablemente en las épocas primitivas, estas comarcas han poseído población nutridísima y cultura bastante adelantada que hubo de perfeccionarse con la conquista de los emperadores del Cuzco, que al cabo habían de dar aquí el ejemplar más exelso y soberano, Huainacápac.

En las cercanías mismas de la ciudad, habéis visto cómo el profesor de Dresden ha puesto a la vista las inmensas cimentaciones de templos y palacios, para comprobar el dato tradicional y la historia escrita de los primeros cronistas de Indias. Tomebamba, la imperial, resucita en la historia, y fácil es reconstruir en la imaginación las plazas y gigantescas construcciones, trasladando las innumerables piedras diestramente labradas con que llos primeros pobladores y constructores de Cuenca hicieron los templos, las casas, los cercados.

Digna es de admiración la destreza del anticuario que ha sorprendido, de una ojeada, los secretos ocultos bajo la tierra labrantía, y ha determinado el sitio del subsuelo en que escondieron sus mortales restos, con utensilios y tesoros, los remotos antepasados.

Los estudios del Dr. UHLE en la antigua Tomebamba, han confirmado sus conclusiones sobre la unidad de las razas americanas; pues aquí ha encontrado el paso de la cultura Maya al través de los Chibchas, formando la cadena no interrumpida, que desde el Méjico va al Cuzco, a Tiahuanaco, a Chile y a la pampa Argentina.

Acepte el distinguido profesor, nuestra calurosa adhesión a su persona y el respeto a sus conocimientos.

Y sea ésta la ocasión solemne de tributar homenaje, sobre todo homenaje, al Presidente de la **Academia de Historia** de Quito Sr. Jijón y Caamaño, quien costea espléndidamente las expediciones

y excavaciones científicas del Dr. UHLE, haciendo solo él lo que en países más prósperos e ilustrados, hacen los gobiernos y las universidades. Hasta la conservación de las ruinas descubiertas en esta ciudad la paga a los dueños del suelo, el patriota presidente de tan benemérita Academia. El, como uno denlos más reputados anticuarios americanos, sabe lo que importan las ruinas como documento histórico, y ha fundado además uno de los museos más notables, digno de una institución pública y ha escrito libros de pasmosa erudición sobre puntos los más intrincados y oscuros del gran problema arqueológico.

Siquiera sea de este modo modestísimo, pero profundamente sincero, cumple el **Centro de Estudios Históricos y Geográficos** con los respetables hombres de ciencia señores MAX UHLE y JACINTO JIJÓN Y CAAMAÑO.

Las Ruinas de Tomebamba

Conferencia del Dr. Max Uhle

SEÑORAS, SEÑORES:

La presencia de los restos de una ciudad antigua de la importancia de Tomebamba en la inmediata vecindad sureste de Cuenca, ofrece por sí misma un timbre de gloria para la ciudad moderna. Se prolonga con esto su historia hacia la antigüedad, y una región escogida libremente por los monarcas del imperio más culto de la antigüedad sudamericana para, la construcción de la segunda sede de su poderoso gobierno, debe poseer en sí misma valores geo y etnográficos que en todo momento deberían predestinarla para el desarrollo de una alta cultura.

Con las excavaciones efectuadas en el año pasado y llevadas por el momento a cierto fin preliminar, en que el amparo prestado por el Director de la Academia Nacional de Historia, Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, constituía también importantísima ayuda, se ha determinado definitivamente el emplazamiento de la antigua ciudad, litigado en siglos. Vemos reaparecer el plano original en forma de inesperada grandeza, y mientras se aumenta por un lado, con los descubrimientos, la fama desde antes firmemente establecida del imperio de los Incas, por otro lado se pone en relieve con aquellos la importancia de la prehistoria ecuatoriana, a la que llamó, a la que llamó primero la atención general del Ilmo. Sr. González Suárez en Cuenca.

Las crónicas del tiempo de la conquista nos pintan la importancia de la antigua ciudad, en colores subidos. «Estos aposentos famosos de Tomebamba, dice Pedro de Cieza, eran de los soberbios y ricos que hubo en todo el Perú y adonde había los más ricos y primorosos edificios.» Cabello Balboa nos describe con muchos pormenores el riquísimo Palacio Mullucancha erigido en la misma ciudad por el Inca Huaina Cápac, añadiendo al mismo tiempo numerosos templos que se levantaron a su lado, al Sol, al dios Viracocha y al Rayo conforme al modelo de los que existían en el Cuzco.

«Muy grandes cosas,» dice Cieza, «pasaron en el tiempo del reinado de los Incas en estos reales aposentos de Tomebamba, y muchos ejércitos se juntaron ellos para cosas importantes.» «Cuando el rey moría, lo primero que hacía el sucesor, después de haber tomado la borla o corona del reino, era enviar gobernadores a Quito y a este Tomebamba, a que tomasesen posesión en su nombre, mandando que luego le hiciesen palacios dorados muy ricos, como los habían hecho a sus antecesores.»

Sólo por la desaparición de los restos de la ciudad, de la superficie del suelo, ha sido posible que el historiador Velasco en el siglo antepasado la emplazase en las orillas del río Jubones, donde la colocó aun el gran mapa del Dr. Wolf. Otros creían identificar Tomebamba con el Hatún Cañar antiguo (1).

(1) El primer escrito que alza en el inicio XIX la investigación sobre el asunto es el del Dr. Julio Matovelle «Las Ruinas de Tomebamba» publicado en la «Luciernaga.» El Dr. Matovelle insiste en su tesis Tomebamba – Jubones,

El emplazamiento de la ciudad cerca de Cuenca ha tenido siempre un partido en prominentes cuencanos que han expuesto también sus ideas al respecto, numerosas veces, en artículos bien meditados. Y en realidad, los indicios de que ésa era la verdad parecían estar siempre a la mano en los millares de piedras labradas al modo antiguo que se observan en todas partes, sobre todo del Sureste de la ciudad, encajadas en paredes de templos y casas privadas, y en las aceras.

Con mucha agudeza dedujo también indicios el Sr. Dr. Jesús Arriaga de la homonimía de numerosos lugares de la vecindad, como Huanacaure, Huatana, Cashapata, Monay, etc., con otros del Cuzco, para probar que los Incas fundaron un segundo Cuzco.

Concluyente me pareció al fin la abundancia de razones expuestas por el Sr. Dr. Octavio Cordero Palacios en una serie de artículos eruditísimos, y dirigidos a llevar a la evidencia que el antiguo Tomebamba estuvo en la proximidad de la Cuenca de ahora.

La posibilidad de que no toda la ciudad antigua de Tomebamba hubiese estado en Cuenca, - existiendo quizás al mismo tiempo una parte de ella en el valle de Yunguilla y otra quizás en la región de Hatun-Cañar, - se puede rechazar perentoriamente con pocas palabras.

Lorenzo Aldana, viniendo en comisión de Francisco Pizarro desde Tumbes, descansó en Cañaribamba, prosiguiendo después su camino para llegar a Tomebamba. Si descansó en el valle de Yunguilla o, eventualmente, en Uduzapa, en cualquiera de los dos casos la ciudad de Tomebamba estaba lejos hacia el norte, cerca de Cuenca.

En Hatun Cañar no había ningún palacio del Inca, sino sólo un tambo, donde el dormía en sus viajes al norte. Porque la casa cuyos restos han quedado encima del famoso óvalo de Ingapirca, tenía por la pared que la dividía en el medio, la forma conocida en los tambos en todo el imperio de los Incas. Por su arquitectura, el óvalo era apenas superior al encontrado en otras tantas ruinas incaicas del país de los Cañares, como en Socarte, cerca de Cuenca y en Molleturo. Hatun Cañar era, según Cieza, una de las estaciones situadas en el camino que por Tomebamba conducía al Sur, y por eso no puede considerarse jamás como Tomebamba.

Había por eso un solo Tomebamba, y éste se hallaba al Sureste de Cuenca. El hecho que se ha descubierto no sólo aisladamente el basamento de un palacio y otro de un templo prominente, sino también la extensión de la plaza que, como en una ciudad, separaba un edificio del otro, prueba suficientemente que los edificios descubiertos con otros, que esperan aún salir a la luz, representaban la ciudad entera.

en su último cruditó trabajo «Cuenca de Tomebamba.»

La fundación de una ciudad de la extensión e importancia de Tomebamba, tuvo naturalmente por condición el que la provincia incorporada al imperio estaba totalmente apaciguada. De eso hay en el país de los Cañares muchas señales más que en varias otras. Despues de un primer rechazo, que evidentemente el ejército del Inca había sufrido en esta misma región- porque las historias nos cuentan los combates habidos con los Quinoas, Macas, Pumallactas y el cacique Duma unidos- de manera que primero tuvo que retroceder a la provincia de los Paltas, antes de emprender nuevos ataques, - y despues de haber vencido una nueva rebelión de los ya conquistados en que los Cañares rebeldes habían dado muerte al Gobernador del Inca, probablemente en la misma región, porque el Inca entró por el camino que conduce de Guayaquil a Cuenca para castigarlos; - toda la resistencia de parte de los indígenas parece haber estado definitivamente vencida.

Unos setenta años despues de la entrada de los Incas en el Ecuador, encontróse la provincia de los Cañares organizada por ellos como pocas en su imperio. Tres caminos conducían, al parecer, del Sur al Norte que se reunieron en la región de Cuenca, para pasar de allí en varias direcciones al Norte y Oeste. Uno subía por la hoya del río Piscobamba, al Oeste de Malacatos, por la del río Catamayo, la del río Gonzabal, a las Juntas, para seguir de allí por el campamento incaico de Tambo Blanco al Este de San Lucas, el cerro Acacana en su falda este, Paquihapa, Oña, Uduzhapa, Dumapara, Nabón, Zhiña, etc. al Norte. Parece que otro seguía en la cordillera al Este de la quebrada de Malacatos al Norte, quizás el mismo que más al Norte ha dejado vestigios en la cordillera al Este de Oña y cerca de Zhingata al Este de la hacienda El Paso. Un tercero vino de la región de Tumbes, pasaba en las Minas el río Tamalanecha o Jubones, y siguiendo el río para arriba, y cruzando el paso de Chaylla, caía en la quebrada del río León al Oeste de Oña para seguir de allí más al Norte.

Edificios incaicos se notan en muchas partes: en Uduzhapa, Dumapara, antes de Oña, quizás también en Zhiña, restos de varios, con un palacio, en Paquihapa. Fortalezas defendieron la región de los Cañares contra los habitantes siempre intranquilos de la Costa, en varios puntos de la Cordillera Occidental, como en Pucará, sobre Molleturo, en Socarte y Joyaczhi cerca de Huigra. El valle Yunguilla y partes adyacentes de la hoya del río Tamalacecha se habían transformado bajo la acción de los Incas en una vasta colonia agrícola, cuyas enormes chacras antiguas se dan aún a conocer por arreglo en fajas separadas por líneas de piedras, según el descenso del terreno, y por acueductos tendidos desde mucha distancia, para el regadío. Edificios incaicos en la misma región, según el clima, hay pocos: unos tres pequeños cuarteles en Minas para la gente que custodiaba el puente, y uno grande, ahora muy arruinado, en Sulupali, destinado quizás antes para el servicio de Mamaconas.

No hay cómo olvidar tampoco los restos del antiguo Hatun Cañar, que en su mayor parte han desaparecido. Los numerosos Collocros, adoratorios de diferentes aillus en su culto de los antepasados, existentes todavía en la vecindad de las poblaciones incaicas traídas por el Inca de otras partes, demuestran la rapidez con que sus costumbres cuzqueñas se habían acomodado al nuevo terreno.

Las razones del Inca para fundar una ciudad tan grande que imitaba en parte el modelo de las construcciones del Cuzco, en medio de una provincia recientemente conquistada, tan lejos del antiguo centro del imperio, habrán sido varias. Difícil parecería, aún para el Inca mismo, el gran trayecto de 300 leguas entre el Cuzco y el país de los Cañares para colocarse frecuentemente, según las necesidades lo pedían, en medio de naciones nuevamente conquistadas. El acceso a la región, por las selvas y climas calientes entre Piura

y Loja, ofrecía sin duda, varias incomodidades. El clima general del país de los Cañares, comparado con el de su capital peruana, sin duda también le pareció preferible; ni se puede negar la posibilidad de que, habiendo noticia de la existencia de reinos poderosos y de avanzada civilización en el Norte, esperaba entrar en relación con ellos.

Por todo eso no se contentaba con la construcción de un simple palacio de recreo, de los que habían muchos a su servicio en otras provincias del imperio, desde la isla Titicaca hasta Cajamarca tanto en la Costa como en la Sierra, y prefería la de una segunda ciudad, al modelo del Cuzco en la que podía permanecer años, sin volver continuamente al centro.

El Sr. Dr. Julio Matovelle, en un paseo a la quinta Pumapungu, llamó mi atención sobre numerosos fragmentos de alfarería incaica dispersos en la falda que allá cae hacia el río, y así debo a este primer investigador de los problemas conectados con el antiguo Tomebamba, también el primer estímulo para hacer en aquella localidad excavaciones que de principios originalmente pequeños, se desarrollaban más y más, hasta dar los resultados que me cabe el honor de describir en seguida.

La gran hoya de Cuenca inclinada suavemente en dirección al Tahual fué originalmente el fondo de un lago terciario y diluviano. Desciende de cerros del Noroeste, como plataforma, una pampa algo elevada, con inclinación también suave al Suroeste, bordeada en el Sur por el rápido río y torciendo su borde desde la quinta de Pumapungu al Noroeste, limitada en el Este por la depresión honda y fértil de Monay. Desde la plaza de San Francisco, más o menos 2500 metros sobre el mar, la pequeña altiplanicie hasta Pumapungu desciende de unos 28 metros, y desde Todos Santos 10 metros, formando algunas gradas, la última de las cuales, parecida a una ondulación de varios metros de altura, sigue en línea recta, de Todos Santos al Corazón de María, pasando desde allá más al Noroeste. En Todos Santos, la altura de la planicie se aparta poco a poco del río, pero sólo para salir otra vez, en forma semicircular, como promontorio hacia el mismo río en la quinta Pumapungu, en el punto donde una alturita de 4 metros y medio y de unos 120 metros de largo, como plano elevado sobrepuerto al nivel del general de la altiplanicie, soporta la casa de la quinta Pumapungu. La elevación es natural. Su cumbre dista del río unos 90 metros, elevados sobre él más de 23, y así quedan para la elevación general sobre el río, todavía 18. Hubo originalmente una depresión de 1 y ½ metro al Norte de la alturita que soporta la casa-quinta. Por lo demás, la planicie desde la quinta Pumapungu hasta el Corazón de María va en dirección al Norte absolutamente horizontal, formando una pequeña excepción la inmediata vecindad del lugar llamado Úsno, elevación artificial de 120 metros de altura al lado de la avenida Huaina Cápac.

El fin Sureste de la gran pampa sobre la cual, más al Noroeste, está tabién edificada hoy la ciudad de Cuenca, forma por eso un gran triángulo isósceles, de ángulos más o menos iguales en el Este, de 700 metros de extensión Oeste a Este, y de 500 del Norte al Sur; completamente horizontal de Norte al Sur suavemente inclinado del Oeste al Este, y limitado en el Este y Sur por los bordes de la planicie, y hacia el Noroeste por la ondulación, con que aquella principia su ascenso a las partes más altas del Norte y del Oeste.

Este triángulo elevado y vistoso hacia el Sur y Este fué el lugar que el Inca Tupac Yupanqui escogió para la plaza y centro de la ciudad que iba a denominar Tomebamba. Tumi era entre los indios antiguos el cuchillo formado como T, que también les servía para decapitar, como a nosotros las espadas o las hachas. Puede ser que

el nombre de la ciudad significaba entonces algo como el campo de las Espadas, en el sentir de los aborígenes.

El Inca guarneció la plaza triangular de construcciones de varias clases, cuyos basamentos se notan todavía en varias partes del suelo. El ascenso a la ciudad se hizo por un puente que antes estaba en el mismo lugar del nuevo llamado Huaina Cápac, y cuyos vestigios se pudieron notar todavía antes de la construcción del nuevo. De allí se subía a la plaza antigua, también por una calle, en la dirección de la avenida Huaina Cápac, y por el Este de la plaza, el camino iba al Norte hasta Hatun Cañar, Riobamba, Latacunga, Quito, etc.

La manera de la fundación de la nueva ciudad, sobre una terraza elevada, cerca de un río u otro curso de agua natural menos abundante, corresponde a otras fundaciones hechas por los Incas. La forma triangular, a consecuencia de las condiciones del terreno, se repite, en condición parecida, en las ruinas del Tambo Colorado. La plaza del Cuzco, con su extensión de más o menos 170 por 300 metros, no puede haber alcanzado en su proporción la de la plaza de Tomebamba con sus 500 por 400 metros. Toda la ciudad se habrá extendido en su parte central desde el río, al menos por media milla, y del Oeste al Este, de Todos Santos a la chacra de Solís, al menos por un kilómetro. Seguían hacia fuera las partes exteriores de la ciudad, en términos todavía insuficientemente conocidos.

En el curso de las excavaciones que pude emprender se descubrieron los fundamentos y la planta total de un palacio en la quinta Pumapungu, y de un templo del Dios Viracocha en la quinta Ledesma al Oeste del Convento del Corazón de María: los dos edificios alzan sus frontis en oposición el uno al otro. El palacio en el Sur da su frente a la plaza antigua principal.

Falta todavía la determinación del sitio y de la planta del antiguo templo del Sol, según las historias, uno de los más famosos del imperio. Probablemente estaba emplazado al Este de la plaza grande, extendiéndose desde allí las chacras del Sol que siempre suelen acompañar al templo, hasta la fértil planicie, hasta la fértil planicie de Monay. No me parece probable que la pequeña elevación artificial de 1,20 metros de altura y de 26 por 28 metros de largo y de ancho, del llamado Usno al lado de la avenida Huaina Cápac, se hallase coronado en tiempos antiguos con el templo del Sol, porque en su superficie y también en el interior de su suelo, faltan absolutamente vestigios y restos antiguos, sin los cuales la elección de tal localidad casi no puede imaginarse.

Planeando la edificación del palacio en el terreno conocido hoy con el nombre Pumapungu el Inca había escogido para sí el mejor situado, el más vistoso y, en cierta manera, también el más dominante de la antigua ciudad. Aquí estaba él, cerca del puente que daba acceso a la población, pudiendo observar a todos los que entraban o salían, tenía a la mano las tropas en caso de necesidad de defender el puente o la orilla del río. Gozaba de hermosa vista sobre el río y los cerros de en frente. También en otras partes, los Incas construían así sus palacios sobre la inclinación o falda de los cerros, como en el hoy llamado Tambo Colorado en el vistoso valle de Pisco.

No hay duda que el constructor del palacio de Pumapungu fué Huaina Cápac. Las proporciones grandes del palacio corresponden a sus conocidas inclinaciones al lujo. Es cierto que el tipo de la albañilería conservado en el interior del palacio corresponde en el Cuzco, más bien a la forma usada en el palacio de Tupac Yupanqui que a la de Huaina Cápac. Pero el tipo de las construcciones depende también y, en gran parte, de los materiales disponibles, y aquí vemos que las rocas que han entrado en las construcciones eran la mayor parte volcánicas y plutónicas, rodados de esta clase encontrados en

el subsuelo de la planicie, o también del río, y sin discernimiento de su varia coposición, incorporados en las construcciones. Materiales de esta clase se prestaban poco para formar piedras paralelepípedas, como las que componen la fachada del palacio de Huaina Cápac en el Cuzco.

En el barro, entre las piedras que componen la pared de uno de los cuartos frontales adentro, se pudieron notar, pegados algunos fragmentos de conchas, recordándonos el famoso palacio Mullucancha decorado de esta manera y erigido por el Inca Huaina Cápac, según la descripción que nos ha dejado de él Cabello Balboa.

Dos generaciones deben, de toda manera, de haber contribuído a la obra de las construcciones de Pumapungu. Detrás de la espalda del palacio grande, se notan en la cumbre, los restos de varias construcciones confusas, pero también incaicas que no pueden haber sido obra del mismo tiempo. Entre éstas, hay también dos semicirculares, como belvederes, parecidas a otras que existen en algunos palacios de Tambo Colorado, obra sin duda del tiempo de Tupac Yupanqui.

El palacio antiguo, con andenes y chacras, cubría aparentemente todo el terreno de la quinta presente. Alcanzaba hasta el río, en el Este bordaba la parte Sur de la presente avenida Huaina Cápac, y terminaba en el lado Norte en el cerco que al presente separa la propiedad del Sr. Vázquez, de la pequeña que Dr. Salvador Alvear en la esquina intersección de la avenida Huaina Cápac con la avenida Pumapungu. El espacio entre el palacio y la avenida Pumapungu en el Oeste, estaba ocupado por un palacio más pequeño y más sencillo, con el frente dirigido al Este, probablemente ocupado por el cacique indígena de la región, entonces Leopulla o su predecesor inmediato, como también en Tambo Colorado se notan construcciones pertenecientes antes a indígenas en inmediata vecindad del palacio grande.

Al curso del río seguía, en el Sur, a la distancia de 6 a 8 metros una muralla compuesta en su mayor parte de rodados muy grandes y de 2,80 metros de espesor. La muralla se eleva en parte, hasta el día, a la altura de dos a tres metros. En el tiempo antiguo habrá estado coronada por un corredor, como parapeto para la defensa contra agresores.

El cerco que ceñía el palacio por los lados Este y Norte, construido de piedras de canto, tenía sólo el espesor de un metro. Está conservado en parte, pero generalmente muy alterado. Desembocan por él a la calle del Este varias troneras, cuyos vestigios, en los basamentos del cerco, se han conservado a la vista hasta el día. En una parte por el lado Norte el cerco impide acceso al portal original del palacio, y por eso en aquella parte no puede ser muy antiguo. Había originalmente un portal grande y una a dos puertas falsas, por los lados Este y Norte. Por el lado Oeste; flanqueaban el palacio los andenes de los declives de la planicie hacia el río, y quizás una que otra muralla larga encima.

De esta manera las construcciones se extendían por 141 metros del Este al Oeste, y por 122 metros del Norte al Sur, superando, al parecer, en el área total, los palacios más grandes de Huaina Cápac y Tupac Yupanqui en el Cuzco.

Todo, en este palacio, respira un carácter incaico muy familiar a nosotros. Tan grande como es, de tipo original en numerosos detalles, en el fondo no significa más que una enorme ampliación lógica, en el procedimiento sencilla, del plano de la casa incaica común, tal como se presenta, por ejemplo, en todas las del pueblo antiguo de Ollantaytambo cerca del Cuzco; en el Ecuador, en la casa incaica de Vinoyacu cerca de San Lucas, en la de Dumapara y en otras.

El tipo más original presenta este aspecto: un patio cuadrado con cuatro cuartos dispuestos en sus cuatro lados adentro, y en las esquinas otros cuatro espacios que como cuartos accesibles sin puertas del lado del patio, restan entre los cuatro cuartos construidos.

En otros palacios, como en los de Tambo Colorado, y en Tambo Blanco cerca de San Lucas, la ampliación del tipo común y más sencillo se ha efectuado en lo principal por medio de la combinación de varios patios, dos o tres, uno tras otro. Aquí, fuera de la enorme ampliación de las proporciones del patio principal, se la ha hecho de tal manera que dos palacios cada uno en sí mismo organizado como los palacios comunes, quedan en el fondo de la plaza, lado a lado, en lugar del uno de los cuartos de la casa sencilla. Las proporciones de cada uno de estos dos palacios interiores corresponden, por el resto, a las del palacio total del Tambo Blanco, sin sus anexos en el fondo.

Como siempre, en los palacios un pasaje con una puerta da el acceso al edificio, en la parte central del frente. Varios cuartos, en lugar de solo uno de la casa sencilla, cubren los flancos de la plaza en todos sus lados. Nuevos en este palacio parecen los pasajes y comunicaciones laterales en los dos principales edificios, organizados también como palacios independientes, en el fondo.

Como en otras partes, donde se observan casas construidas por los Incas, los cuartos individuales muestran generalmente las proporciones de 1 a 1 y medio, o 1 por 2. Sólo en cuarteles, por lo general, las proporciones suelen ser más grandes, alcanzando en este caso muchas veces las de 1 por 5, o 1 por 6.

Los Incas no observaron en sus construcciones las direcciones naturales del cielo. También en este palacio, todas las direcciones de murallas son independientes de la referencia astronómica.

Por otra parte, observan muy bien, aunque no siempre practicaban, los ángulos rectos. Las murallas y paredes son perfectamente alineadas, cualquiera que fuera su largo; los ángulos siempre perfectos, sean ellos, como en la mayoría de los cuartos construidos por ellos, exactamente rectos, o sólo oblícuos por una disposición trapezoide intencional de todo el cuarto; pero aún en este caso, las paredes opuestas suelen ser siempre absolutamente paralelas. Muy diferentes son en todo eso las construcciones indígenas cañares, como las de Chanasana, Copzhi cerca de Sigüig y otras.

El lado Este del palacio tiene la dirección de la avenida Huaina Cápac que reemplaza hoy al camino antiguo. Por la dirección Este-Oeste de la elevación natural en la que se arrimaron los aposentos del fondo, el frente de estos palacios interiores no podía unirse, por el lado del patio, con las construcciones del Este, en ángulo recto, sino sólo en sentido oblicuo, en un ángulo por 6 grados y medio menor del recto. Quedó la completa libertad de dirección sólo para el frente del palacio entero, y éste se unió entonces, por el lado del patio, con las construcciones del Este en un ángulo absolutamente recto. Así la forma, con un ángulo recto en una de las esquinas era ventajosa para el patio entero. Al mismo tiempo, la dirección de todo el palacio de 247 grados en el frente no era muy diferente a los 239 grados del frontis del templo del Dios Viracocha opuesto en el opuesto lado de la plaza, al Norte.

El patio interior del palacio tuvo que servir para grandes paradas, revistas, recepciones y asambleas de varias clases. A la realización de tales propósitos la depresión original del terreno hasta 1,30 a 1,50 metros debajo del nivel de las partes adyacentes, tuvo que presentar naturalmente un impedimento muy grave. Pero los Incas acostumbrados a nivelar terrenos y modelar sus superficies a sus gusto, se mostraron en esto también dueños de la situación. Nivelaron la plaza

rellenando esta vasta depresión con tierra calzada, traída de otras partes. Por consiguiente, la superficie del suelo original se encuentra en varias partes sólo a la profundidad de 1,50 metros debajo de la superficie de ahora, y los fundamentos de numerosas paredes, buscando siempre el suelo firme de abajo, tuvieron que descender hasta la hondura. Por lo mismo también, en los bordes, la planta del antiguo edificio está hoy todavía en el Noreste, por 50 centímetros y más a mayor altura que las partes circunvecinas.

Las paredes muestran, en todas partes, un grosor minuciosamente igual de más o menos 85 centímetros. Es éste el mismo que encontramos en muchas otras construcciones de los Incas. Las variaciones que se notan eran siempre intencionales.

Nuevas son, en muchas de estas paredes, los bordes exteriores de 30 a 35 centímetros de ancho que dan vuelta a los cuartos como una acera y quizás servían de protección a los muros.

Las partes frontales de los palacios interiores estaban construidas de aquella hermosa albañilería que admiramos todavía en el óvalo de Ingapirca, como lo muestra un resto que ha sobrevivido a las degradaciones, continuadas, aún en Pumapungu mismo, hasta el día. Como en todas las grandes construcciones de los Incas, el tipo de la albañilería variaba también en este palacio, y es probable que varios de los muros, especialmente de los cuartos habitados por el séquito del Inca, estaban construidos según tipo inferior, como, por ejemplo, los muros de los palacios de Tambo Blanco, Paquizhapa y otros.

En parte, estas paredes estaban lustradas con barro, como lo demuestran vestigios conservados en el interior de uno de los cuartos del palacio de Pumapungu, al Sureste.

Generalmente las habitaciones tenían una sola puerta en el medio del frente ancho del cuarto, vestigios de los cuales se han conservado en unos que otro cuarto de los palacios interiores. Las salas largas, que por dos de sus lados flanqueaban el patio, habían tenido, como cuarteles, más puertas, de tres a cinco cada una, y parece que este mayor número de puertas ha dejado también varias señas reproducibles todavía en la superficie de los cimientos.

Conocemos el variado uso por los Incas de troneras y acueductos semejantes de varios de sus edificios erigidos en la Sierra y Costa peruanas, como de Machu Pichu, y de los edificios de los valles de Pisco y Chincha en la costa peruana. Raras deberían de ser en sus construcciones redes tan amplias de acueductos y troneras como las que caracterizan sus edificios en la antigua ciudad de Tomebamba. Estos acueductos eran, generalmente, subterráneos, provistos en parte con una plantilla y tapados con piedras y tierra encima. En lo principal, toda la extensa red de acueductos, en estas ruinas y en otras, sólo puede haber servido para desagües. Por ejemplo, el sistema de acueductos, en la parte Sur del palacio, no puede haber tenido conexión con canales de agua fresca en la parte del Norte, porque la cabeza de estos últimos está a 15 centímetros más baja que la de las primeras. Un canal bajo, en el palacio central, siguiendo su muralla Sur, de la parte más alta, de la elevación natural, y por eso tampoco puede haber servido de otra cosa que para desaguadero. Al parecer, seguían los acueductos, en todos los edificios, la fila de los techos de media agua, recibiendo, de esta manera, el agua que de ellos caía.

Conociéndose bien las troneras de otros edificios de los Incas, las pavimentaciones hechas por ellos, por otra parte, se presentan aquí como un hecho no observado todavía en otras ruinas. Usaban la pavimentación del suelo en dos formas: con piedras rodadas en las proporciones de las que sirven para el piso de nuestras ciudades—y éstas, por mucha sabiduría de ellos, fueron usadas sólo para

las partes de adentro—, y con capas de chinas, muy iguales una a otra, que en esta forma encontraron, probablemente, en el fondo del río,—usadas por ellos para las pavimentaciones del suelo, al aire libre. Los contornos inmediatos a los cuartos y casas aisladas, como también todos los corredores abiertos y cuartos no techados eran pavimentados en esta última manera. En los contornos de las casas, la pavimentación alcanzaba un ancho de 1 a 2 metros, pero en los flancos del patio grande, sin duda muy traficados, 8 metros.

En los corredores que conducen a los aposentos particulares del Inca, estas pavimentaciones están bordadas con una fila de piedras más grandes, que, a manera de orlas, les daban un aspecto como de pasadizos.

La descripción técnica de la planta del edificio sería incompleta, si no se mencionase todavía la observación de un hecho curioso: a la mitad del frente de los palacios interiores se encontró, al lado interior de la muralla, la sepultura de un hombre, enterrado con las piernas dobladas en posición horizontal. Los basamentos de la muralla estaban en este lugar visiblemente abultados hacia afuera. El individuo había sido de nacionalidad cañar, porque los de nacionalidad cuzqueña se sepultaban siempre en forma diferente. Sin duda se trata, en este caso, de uno de los ejercicios de la curiosa costumbre, encontrada en muchas partes alrededor del mundo, y conocida también del Perú antiguo, de sepultar a un hombre vivo en los cimientos de un edificio nuevo para darle solidez y duración para todos los tiempos. ¡Dependerá ahora del Gobierno, el que duren los cimientos de este famoso edificio, dentro de la antigua Tomabamba!

El que penetraba en el palacio de lado de la plaza del Norte, pasaba primero una gran esplanada triangular, teniendo el frente del palacio del cacique indígena a la derecha y el gran frente uniforme de 140 metros del palacio del Inca, adelante. En su centro, se abría delante de él, la portada de nueve metros de ancho, que daba acceso al interior del palacio, flanqueada por dos muros, que, dirigidos hacia adentro, a una distancia de 5 metros, se apoyaban hacia los lados, en los muros interiores de las construcciones del frente, y dividida por una muralla de 1,15 metros de espesor. Esta, casi del mismo largo que los muros del flanco, encontraba su término interior en un muro delgado de sólo 40 centímetros de ancho, tras del cual una muralla de 1,50 metros de espesor formaba la barrera definitiva. Más adentro, la portada en un largo de 7 metros, estaba completamente abierta con una anchura de 10 metros. Estando los flancos de la portada completamente cerrados por los muros que cortaban las distancias entre el cerco y los muros laterales de las construcciones del frente, nadie podría haberse introducido clandestinamente, aún dado el caso que hubiese pasado la explanada, sin ser observado desde el palacio lateral en frente o por el centinela del palacio mismo. Además, un guardia especial de la puerta estaba acuartelada en la casa inmediata a la portada, a la izquierda provista, para este fin, con una división especial, que en otras casas iguales falta. Las dos divisiones de la portada en frente tienen la anchura de 4,25 y 3,60 metros, cerradas antiguamente, sin duda, por piedras de 4 y 3 metros de largo, en la altura de 2 metros sobre el suelo. Los caminos de los Incas, en muchas partes, según las noticias antiguas y ejemplos existentes todavía en las Costa, tenían dos divisiones. Por la única viajaba sólo el Inca, por la otra la gente. De la misma manera, la división izquierda más ancha, flanqueada también por dos muros, mientras que la otra sólo por uno, habrá servido aquí para la entrada del Inca, y la otra para los de su comitiva.

El nombre presente de la quinta Pumapungu significa «puerta de león», evidentemente recuerdo de una puerta decorada con figuras

de leones que existía en el mismo suelo, como existen todavía puertas, en este caso monolíticas, y de otro tiempo, decoradas con figuras de leones, en Tiahuanaco, y antes otra incaica de carácter igual en la isla Titicaca, que han dado a sus lugares el mismo nombre. «Amarucancha», patio de serpientes, es el nombre del palacio de Huaina Cápac en el Cuzco, derivado de las figuras de serpientes, que se encuentran en la puerta Oeste del palacio todavía existente. De la misma manera, esta puerta habrá tenido antes una decoración con figuras de leones, que, por la puerta, primero al palacio, y después a toda la quinta habrán dado el nombre.

El que había pasado la portada se encontraba primero delante de un enorme patio de 100 por 76 metros, con un hermoso frente de dos palacios opuestos, donde residía el Inca, aún más alejado de la aproximación de los profanos. Al menos dos de los lados del patio, del Este y Sur, se presentaban guarneidos con siete enormes casas, cada una de 23 a 25 por 10 metros, todas iguales con varias puertas, y, probablemente, todas uniformes. Estas eran los cuarteles, las habitaciones del ejército que acompañaba al Inca y formaba también su guardia personal. Estas casas estaban separadas una de otras por un callejón pavimentado, con excepción de las del Noroeste, que eran más unidas, y todas separadas del cerco. Un octavo cuartel igual formaba, fuera del patio, la prolongación de la fila de cuarteles del Este hacia el Sur y protegía, al mismo tiempo, el flanco de los aposentos reales hacia el Este. Otro noveno, también parecido, llenaba, en la línea del frente, el espacio entre los palacios interiores y los cuarteles del Este. En este último, se alojaba la guardia más inmediata del Inca; porque tenía una salida pavimentada hacia aquellos palacios en su esquina Noroeste.

Pavimentado está también todo el último cuartel Sur del patio hacia el Este.

Tres murallas atravesadas en el callejón entre el séptimo y el octavo cuartel indican, además, la existencia de una puerta falsa en la esquina Sureste del patio hacia el camino largo que venía del puente.

La guarnición cocinaba cerca de los acueductos, en frente a los cuarteles. Allí se han encontrado, distanciados uno de otro, numerosos montones de ceniza con restos de ollas de cocinar, platos, y de tinajas grandes y pequeñas, con y sin tapa, en que se guardaba el agua fresca. A lo largo de los cuarteles del Este y Noreste son todos estos restos de puro tipo incaico, el mejor que había en el Cuzco. Tropas elegidas cuzqueñas deben haber sido por eso aquellas que acompañaban al Inca en esos cuarteles. En la esquina Noreste donde se reúnen varios acueductos, también se encontraron «compoteras» de tipo indígena decoradas con pinturas de tipo mezclado, mostrando así cierta influencia de gente indígena incaizada, y en los montones y en otros desperdicios delante de los cuarteles del Noroeste aún prevalecían los restos de ollas redondas de tipo común indígena, de manera que se pone en evidencia el alojamiento, en aquellos cuarteles, de tropas mitimaes u otras cañares.

El resto del plano del edificio presenta algunos problemas resueltos insuficientemente todavía.

Tenemos que preguntar, ¿por qué en el fondo del patio había, como habitación del Inca, dos palacios en lugar de uno? Cada uno de éstos tiene una organización como casa de habitación completa en sí mismo. Cada uno tiene por separado su puerta principal en el frente, y un corredor largo del Sur al Norte, con otra puerta falsa al Este. Sólo en poco los cuartos del lado interior Sur son más completos, en el palacio Oeste, que en el del Este. Los dos palacios estaban, por pasajes, en perfecta comunicación uno con otro, y en el Oeste

el uno tenía una salida en dirección a los andenes. Es imposible suponer que uno de los palacios hubiese servido de habitación al Jefe del Imperio, y el otro al Gobernador de la Provincia. Porque, en este caso, los palacios no se habrían comunicado uno con otro. Recuerdo que en el palacio de Tambo Colorado, hay dos patios interiores, uno para el ceremonial, y otro que conducía a las habitaciones del Inca. Es posible, por eso, que el palacio Oeste represente el Mullucancha, en uno de cuyos cuartos se guardaba la estatua de oro de la madre de Huaina Cápac, de la que nos ha hablado Balboa (1), y que en el otro habitaba el Inca.

Completamente oscuro es el significado de las curiosas construcciones que cierran el patio al Oeste. Se coponen de tres muros de 40 metros de largo y 1 de espesor, dos de ellos paralelos y distantes solo 40 centímetros uno de otro, el tercero convergente con los otros hacia el Sur, y antes del fin unido con el próximo. Algunos muros más delgados seguían casi la misma dirección, más al Oeste. Y otras construcciones, como dos cuartos, unían los muros en el Norte.

Entre los muros y el palacio, quedaba, además, en el Sur, un vacío, por donde se podía llegar a algunas gradas para descender a los andenes, y en el Norte un pasaje de 25 metros de largo por 4 a 5 de ancho.

En el palacio de Tambo Colorado, en el valle de Pisco, hay varias torres y una galería elevada en conexión con una de ellas, de donde el Inca gozaba la buena vista sobre el valle. Cosa igual podrían haber significado las presentes construcciones, aunque nos faltan casi todos los medios de probarlo.

Lo único que se ha buscado en balde en estos palacios son los baños, tan comunes en todos los otros de los Incas. Quizá el terreno no era muy apropiado para ello y se construyeron, por eso, en otra parte, al pie de los andenes. Pero curioso es otro baño al Norte del palacio pequeño, fuera del recinto del de Huaina Cápac: con un largo de 2 metros y un ancho de uno y un cuarto y la pequeña profundidad de 50 a 60 centímetros. Su fondo algo inclinado se hizo de losas rectangulares y está muy bien labrado. El agua entraba del lado Oeste y fué llevado, después de su uso, por un canal recto de 90 metros hacia el Este.

La triste suerte que corrieron la ciudad y su palacio principal es conocida. Muerto Huaina Cápac, su hijo Atahualpa determinó, como se expresa Balboa, conservar la herencia de sus padres, pero en contradicción a los derechos adjudicados a él por su padre. Por el intento de Atahualpa de hacer construir palacios en esta misma Tomebamba, que no le pertenecía estalló la guerra entre él y su hermano Huáscar, heredero legítimo de Tomebamba.

En el curso de la guerra, el pueblo de Tomebamba, como dijo Atahualpa en Cajamarca a Pizarro, «se le puso en defensa».

Atahualpa entonces, de carácter vengativo, más todavía que los otros Incas del Cuzco, ganada la batalla, y entrando victorioso en la ciudad, como confesó a Pizarro: «la asoló y quemó y mató toda la gente».

Belalcázar vio los restos de la ciudad en 1538, todavía en estado relativamente satisfactorio. Cabello Balboa, basándose en los recuerdos que de la visita de aquél habían quedado en Quito, apenas se podría haber expresado sobre ella sin tal antecedente, en forma detallada, como los hizo en su Historia del Perú, desgraciadamente no publicada aún en el original.

Cieza vió la ciudad en 1547. Y aún él dice de ella ««Bien se ve lo mucho que fué»». De los aposentos de Tomebamba asegura «que están» a las juntas de dos ríos, y no que «estaban».

El daño primero infligido a la ciudad por Atahualpa habrá consistido principalmente en quemar sólo los techos y en otros perjuicios de esta índole. Hasta el día, se notan vestigios de incendio en varios muros del supuesto palacio Mullucancha: un cuarto vecino al Oeste está lleno de ceniza, en medio de la cual se hallaron también hacijas y estrellas de piedra.

Otras señales de la destrucción violenta y sorpresiva del palacio son los grandes fragmentos de tinajas para agua fresca, de ollas, y de las tapas grandes de las tinajas, que han quedado en los escombros delante de las casas, probablemente en el mismo lugar en que la servidumbre se ocupaba en los trabajos cotidianos.

Un palacio en plena función y movimiento se transformó, por eso, por el espíritu de venganza y la violencia de Atahualpa, súbitamente en una ruina, y los advenedizos españoles la completaron, usando de esta ciudad como de todo el antiguo Perú, como si fuera una cantera.

Todo el terreno entre la quinta Pumapungu y la quinta de Don David Ledesma, al Oeste de la presente avenida Huaina Cápac, a una distancia de más o menos 380 metros, es completamente horizontal, de manera que la planicie al pie Sur de la quinta Ledesma, más al Norte, muestra la misma altura de 18 metros sobre el río Tomebamba que el palacio de Huaina Cápac en su rincón Noreste. También faltan en este trayecto ruinas intermedias.

La ondulación del suelo que desde Todos Santos se dirige al Noreste, pasa por la quinta Ledesma y es en este punto donde su cima se eleva más sobre el terreno de la plaza adyacente que en otras partes al Este y Oeste. Por eso, la presente avenida Huaina Cápac, después de haber seguido, por la antigua plaza, la dirección observada más al Sur tuerce allá también un poco al Este para, elevándose a la ondulación del suelo, seguir desde allá más al Norte.

La ondulación natural, como borde de la plaza antigua, se guardó, en muchas partes de su extensión Oeste-Este, con una muralla, formando ésta con el terreno contiguo una terraza, lo propio que en las quintas de Don Manuel Díaz, Alvarado y Ledesma mientras en algunas otras parece haber desaparecido. Ocasionalmente se explota también esta muralla donde existe, como una cantera, hasta el día. La terraza tras de la muralla se formó, como se ve en la quinta Ledesma, mediante un relleno de piedras rodadas, con un espesor, a veces, de más de dos metros. Donde falta, el suelo se eleva paulatinamente hacia el Norte, alcanzando en la quinta Ledesma por ejemplo, a cien metros la altura ya de seis metros sobre la plaza. En esta misma quinta, declina la elevación más allá, hacia un pequeño arroyo que al Norte se dirige, del Oeste al Este.

Probablemente toda la terraza que bordaba la plaza antigua del Norte estaba ocupada originalmente por edificios. Hace unos 4 o 5 años Don iguel Álvarez excavó en su quinta al Este de la avenida, una construcción semicircular de regular tamaño que le pareció impedimento para la agricultura y la destruyó. Muros antiguos se encontraron también por toda la anchura de la quinta de Toral en la elevación del terreno.

La continuación de la avenida Huaina Cápac al Este de la quinta Ledesma reemplaza ahora el caino antiguo que, como continuación del que venía del puente, salía en este punto de la plaza de Tomebamba, para seguir desde allí hasta Cañar, Riobamba, Latacunga y Quito. Encima de la terraza artificial que, al Oeste, de una altura de

3 metros asciende a 6 o 7, el Inca erigió el templo dedicado al Dios Ticsi Viracocha Pachacamac, que también Cabello Balboa menciona entre los edificios más notables del Tomebamba antiguo. Así el palacio del Inca en el Sur tenía enfrente al otro lado de la plaza el santuario del Dios más estimado después del Sol en el imperio. Se consideraba a esta divinidad como el origen y organizador de todas las cosas en el mundo, criador del Sol y de la Luna, rector de las tempestades, dueño de las fuerzas volcánicas de la tierra, y quizás también como el más poderoso protector en las guerras. Conocido es el templo erigido en honor de este Dios en medio de descombros erupciones volcánicas bastante modernas cerca de Rajchi en el valle del río Volcanota, al Sur del Cuzco, tributo de la gratitud de los Incas después de la victoria alcanzada sobre los Chancas. Otro templo importantísimo del mismo Dios estaba originalmente en la plaza del Cuzco, también, como parece, sobre una terraza. Refugiados en él, soportaron los conquistadores con su ejército tremendo sitio que les hicieron los indios del Cuzco. Hoy se eleva en el mismo lugar la hermosa catedral moderna de la antigua Capital de los Incas.

El templo del mismo Dios en Tomebamba ocupaba, en forma irregular, una área de más de 130 metros de largo y de más de 80 metros de fondo, encima de la terraza que desde el camino antiguo, ahora avenida Huaina Cápac, se extendía al Oeste. Existe todavía la muralla frontal de la terraza con una altura de 3 metros en una longitud de más de 120 metros, que ahora se extiende desde la avenida hasta el límite de la quinta Toral. Una pequeña muralla que a 70 metros de la avenida sale en ángulo recto al Sur, forma la única interrupción de esta línea. Una faja de 16 metros de ancho con un suave ascenso de 3 a 3,50 metros sobre la plaza, dilatada al Este entre el camino antiguo, las construcciones del templo, y la grada, enfrente a una plaza de 40 metros de ancho y 60 de fondo, formaba una hermosa explanada junto al edificio imponente del templo.

El majestuoso frontispicio de éste tenía en una sola línea el largo de 102 metros. Sólo la parte posterior de todas las construcciones salía, en 40 metros hacia el Este cerrando, de este modo, la plaza oriental del Norte. El lado Norte, antes determinado por una cerca, presentaba una salida en la forma de las acostumbradas de los palacios. El fin Oeste de todas las construcciones no aparece ahora bien determinado.

El plano de todo el edificio se descompone en dos partes principales: una de carácter puramente ceremonial en el frontis, y otra de verdadero culto, incluyéndose en esta, como parece, también las habitaciones de los sacerdotes, y las de las mamacomas previstas para el servicio del templo.

Separaba las dos partes un largo corredor recto de 75 metros, 2,50 de ancho, cuya dirección del Oeste al Este seguía un acueducto de 100 metros, compuesto en su mayor parte de piedras calcáreas blancas. El corredor estaba pavimentado con chinas y una orla de piedras más grandes al lado.

El frontispicio se componía de dos edificios separados. Ocupaba la parte mayor un gran edificio rectangular de 72 metros de largo y 12 de fondo. Sus paredes rectas de 1 metro de grueso encerraban un solo patio inmenso. Tras de un corredor de 2,25 metros de ancho, que sin duda por una puerta se abría hacia la explanada, seguía, hacia el Oeste, otro edificio de 23 metros de largo y 9 de fondo, con muros proporcionalmente menos gruesos y tres divisiones en su interior, flanqueando en éstas, al parecer, dos salas laterales simétricas, un pasaje intermedio.

Además, las construcciones del frente presentan otros curiosos detalles.

En el patio grande, sale de su esquina Suroeste un muro grueso, en dirección oblicua, distinta de la del muro frontal, solo en tres grados. Así, alejándose hacia el Este más y más del muro fronterizo, presenta una distancia de este último en el Este, no mayor de tres metros, y una menor en todos los puntos intermedios, siendo todo el intervalo entre los dos muros cuneiformes. En unos cuatro a seis puntos, estaba conectado con el muro frontal por otros muros transversales, igualmente gruesos, pero más cortos. Correspondían a estos últimos, interrupciones como pasajes del muro oblicuo al lado, de manera que la única función del muro puede haber sido la de preparar algunas cámaras trapezoidales o pasajes interiores.

El frontis total estaba decorado con once construcciones en forma de herradura de 3,10 a 3,35 metros de anchura y de 2 a 2,25 en el fondo. De éstas faltan ahora la segunda y tercera en el Oeste, pero por sus vestigios, se puede reconstruirlos. Una duodécima de 3,70 metros de ancho se dirigía en la esquina Sureste al Este. De los intersticios cuadrados entre estas casitas, de 5,70 a 6,10 metros de ancho, sólo la media entre la sexta y séptima presenta un ancho mayor de 6,90.

Estos intersticios estaban pavimentados con chinas, dándoles vuelta, como en el palacio de Huaina Cápac, una orla de piedras más grandes como de tapiz. Una pavimentación rectangular igual se encuentra también en la mitad del frente dirigido al Este. Al lado interior del tapiz, se conserva aún, entre la novena y décima casitas, una grada de más de un metro de ancho, formada de piedras blancas. Igualmente habrán existido antes en todos los puntos correspondientes, y con eso resulta, que, entre las doce casitas, había antes once entradas correspondientes a los once tapices, y otra duodécima en la mitad del frente Este. Correspondían, además, con estas entradas en el interior del edificio grande los intersticios del muro oblicuo.

La masa de las construcciones al Norte del corredor grande habrá tenido, sobre 63 metros de fondo, una extensión de 130 metros del Este al Oeste. En su conjunto ofrece el aspecto de un conglomerado irregular de varios cuartos generalmente, pequeños con paredes de orientación en parte insegura y de anchura muy variada, entremezclados con dos patios; todo eso atravesado por una densa red de acueductos y circuito de una muralla exterior derecha, aunque delgada, en varios de sus lados. Los dos frentes que presenta a la plaza del Este estaban guarnecidos, en vez de decoración, con algunas construcciones sueltas, como torres, pero posiblemente no había ninguna entrada a esta parte del edificio por el mismo lado.

El primero de los patios, en el interior del edificio, forma el centro de una construcción conocida por su semejanza con los palacios erigidos al Sur de la plaza de Tomebamba. En sus proporciones corresponde a los del palacio situado enfrente del grande del Inca. Tenía su salida hacia el Norte. Allí, entre algunos muros enfrente, indican los restos de guano de llamas, el lugar a donde llegaron los indios, con cargamentos de lugares distantes.

El flanco interior del palacio se presenta dividido en varias salas sueltas y paralelas, cruzando en parte las construcciones con otros muros que, con dificultad, se entenderían como parte del mismo plano original o ejecutados al mismo tiempo.

El segundo de los patios al Oeste forma el centro de otra construcción, en cierta manera separada. Una sala grande, dividida en su longitud por un muro tiene semejanza con varias de esta clase, que originalmente existían en un edificio incaico, en Sulupali, en el valle de Yunguilla, en el cual me permití suponer un tipo de casas de mamacomas. Es tanto más probable que también en el presente caso,

se trata de una casa de mamaconas que hacían el servicio en el templo, porque, pegada a una de sus paredes del Este, se encontró la sepultura de una mujer, reconocida con facilidad por los alfileres o topos de su aderezo. Y, dentro del recinto de un templo, apenas podía haber habido lugar para tal sepultura, salvo la de un mamacona.

Además, se nota una parte de construcción muy densa y menuda en el medio, pegada a la misma muralla que separa, en el Sur, las construcciones del corredor largo. Ocupa ésta una área de 23 por 26 metros, conteniéndose en ella, cuando menos, unos 10 cuartos diferentes. Un cuarto de 7 por 8 metros con muros gruesos y ceñido en los cuatro lados por acueductos, ocupa, como en cinco puntos, el centro. Tiene patios pavimentados por tres de sus lados. Una pequeña construcción, en forma de herradura, dirigida al Norte, se nota en su límite Sur.

Un patio de 4 por 6 metros, ocupa el espacio entre el mismo y la muralla larga, que ciñe por este lado, las construcciones. En su flanco Norte, se advierte otra construcción en forma de herradura, más grande. El cuarto tiene, al lado Este, otro todavía más pequeño, pavimentado, de 3 por 3,25 metros. Tres de sus paredes son dobles. La entrada era del lado Oeste, del patio anterior, que, evidentemente, le servía de vestíbulo, y una grada, formada entre las paredes de varias piedras, aun marca allí esta entrada.

Diseminadas estaban al pie de las paredes, alrededor, unas 10 lajas de 60 centímetros de largo por 30 de ancho y 6 de grueso, perforadas cerca de su lado más estrecho exactamente como pesas. Considero que se usaban para pesas en los lados de un techo, que, ocasionalmente o siempre, sobre el pequeño cuarto se tendía. Otra curiosidad del lugar era una hacha de piedra de tamaño más que normal, que se halló entre los muros del respaldo del cuarto.

No puede haber duda de que el cuarto pequeño marca la celda del Dios que en el templo se veneraba. Su imagen miraba en dirección de la puerta, al Oeste. El hacha habrá tenido aplicación en los ejercicios litúrgicos del templo. Los sacrificios se ejecutaban en honor del Dios en el vestíbulo de la celda, al Oeste, donde también la construcción en forma de herradura indica el asiento del Inca, al presidir la ejecución de los sacrificios, según el rito.

Conociéndose el tipo de varios templos del Sol del Imperio de los Incas, parece difícil considerar el presente como uno de ellos; porque en ninguno de los otros se repite, como parte de su construcción, una sala de las dimensiones de la que parece formar en frente, una parte principal de sus construcciones. Por otra parte, se encuentra un enorme edificio, también de proporciones parecidas, en el templo de Viracocha construido en Rajchi. Este último templo es de tres pisos; el piso bajo construido de piedras finísimamente labradas; los superiores, de adobe.

Edificios de proporciones tan enormes son raros en todo el Imperio de los Incas. Esta misma es la razón porque también considera un enorme edificio, un parecido en sus proporciones y en numerosos detalles, que Erland Nordenkioeld encontró en la fortaleza Incallacta, en el Oriente boliviano, como templo del ismo Dios Viracocha. El templo del Dios en el Cuzco debe haber sido igualmente de proporciones muy grandes, que podía servir de asilo a todo el ejército de los conquistadores.

Pero las semejanzas con el templo de Viracocha de Rajchi son todavía más notables. Describe Garcilaso de la Vega el templo de Rajchi, entre otras cosas, de la siguiente manera:

«La puerta, que miraba al Oriente, servía de entrada y salida del templo; estaba en medio del hastial, y porque no supieron aquellos indios hacer bóveda, para hacer soberano encima de ella, hicieron paredes de la misma cantería, Eran doce los callejones, que estas paredes hacían..... Entrando por la puerta del templo, volvían a mano derecha por el primer callejón, hasta llegar a la pared de la mano derecha del templo, luego volvían a mano izquierda por el segundo callejón, hasta la otra pared. De allí volvían otra vez sobre mano derecha por el tercer callejón, y desta manera (como van los espacios de los renglones de esta plana) iban ganando todo el hueco del templo de callejón, en callejón, hasta el postrero, que era el doceno, donde había una escalera para subir al soberano del templo.»

Garcilaso describe, en estos renglones, una ceremonia evidentemente característica del culto del Dios en Rajchi, y no usada en el culto cuzqueño de otras divinidades. Esenciales a esa eran las procesiones, que, avanzando en líneas serpentinas, ganaban, úna por úna, doce entradas del templo, y, sin tal ceremonia, estas últimas habrían carecido de fundamento. Encontrándose ahora en este templo de Tomebamba igualmente doce entradas muy amplias y, quizás, sólo utilizables en la forma indicada, y correspondiendo, además, las proporciones del edificio largo a las de los restos del templo del Dios Viracocha, existentes todavía en Rajchi, justificado parece determinar el templo descubierto en Tomebamba como uno también destinado al culto de esta divinidad.

Únicamente faltan en este templo, como en otros de la misma clase, las señales de haber existido un sobrado.

Se pudo identificar la construcción en forma de herradura, descubierta en el vestíbulo de la celda del Dios, con asiento ocupado por el Inca, al presidir la ejecución de los sacrificios. De igual forma son las doce construcciones que separan los tapices de piedras con sus entradas. También, en este caso, es probable que se trata de asientos ocupados por el Inca, durante la procesión, desarrollada desde la primera entrada, hasta la duodécima del templo.

He dicho

MAX UHLE.

Anexos

Las Ruinas de Tomebamba

Conferencia del Dr. Max Uhle



1



2



2,3



4

Lám. I.

- 1: La iglesia de San Blas, en el Este de Cuenca, construída con materiales de las ruinas de Tomebamba. Vista del Suroeste.
- 2: Una esquina noreste de la misma iglesia.
- 3: Una esquina en el lado noreste de la iglesia.
- 4: Pared con nicho en las ruinas de Uduzhapa (entre Oña y Cochapata).
- 5: Las ruinas de Minas, a orillas del río Jubones, vistas del Oeste.
- 6: Camas para la agricultura, la parte principal de las ruinas de Minas. Enfrente las ruinas de dos pequeños cuarteles. Vista del Sur.
- 7: Parte de los palacios interiores con la parte oeste del patio, en las ruinas de Pumapungu (palacio de Huaina Cápac). Vista del Sur. Tomebamba.





8



9



10



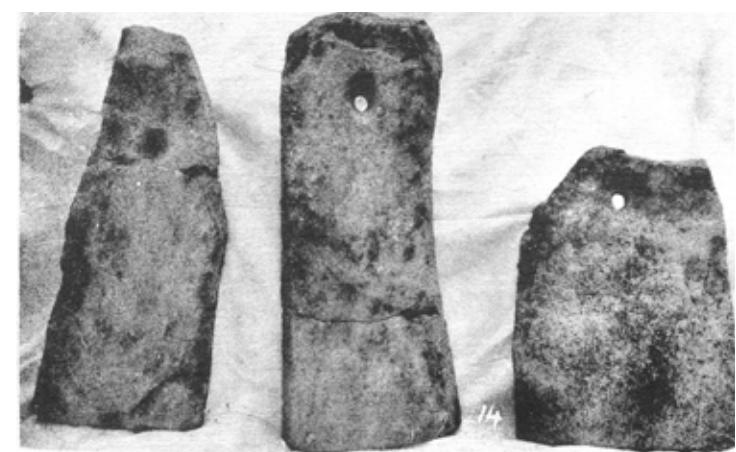
11



12



13



14

Lám. II.

8: Cuartos frontales del palacio interior oriental, con restos de buena albañilería, igual a la del palacio de Túpac Yupanqui en Cuzco. Ruinas del palacio de Huaina Cápac, Tomebamba.

9: Una esquina frontal en el palacio interior oriental. Palacio de Huaina Cápac, Tomebamba.

10: Las tres murallas largas que limitan el patio del palacio de Huaina Cápac en el Oeste, vistas del Norte. Tomebamba.

11: Pavimentación de chinas, con orla, en uno de los corredores transversales del palacio interior oriental. Palacio de Huaina Cápac, Tomebamba.

12: El frente del templo del Dios Viracocha, con los altares y la explanada, vistos del Este. Tomebamba.

Foto 13: La celda con el vestíbulo y altar en el templo del Dios Viracocha, vistos del Noroeste. Tomebamba.

Foto 14: Algunas de las losas perforadas, encontradas en la celda del Dios Viracocha. Tomebamba. Cerca de 1/10 de tamaño natural.

Lám. III.



Fig. 15. Restos típicos encontrados en Tomebamba.

1. Parte de un jarrito rojo con asas.
2. Cuello de una tinaja incaica. $\frac{1}{2}$ de tamaño natural.



Fig. 16. Resto típico encontrado en Tomebamba.

Fragmento del cuerpo pintado de una gran tinaja incaica. $\frac{8}{8}$ de tamaño natural.

Lám. IV.

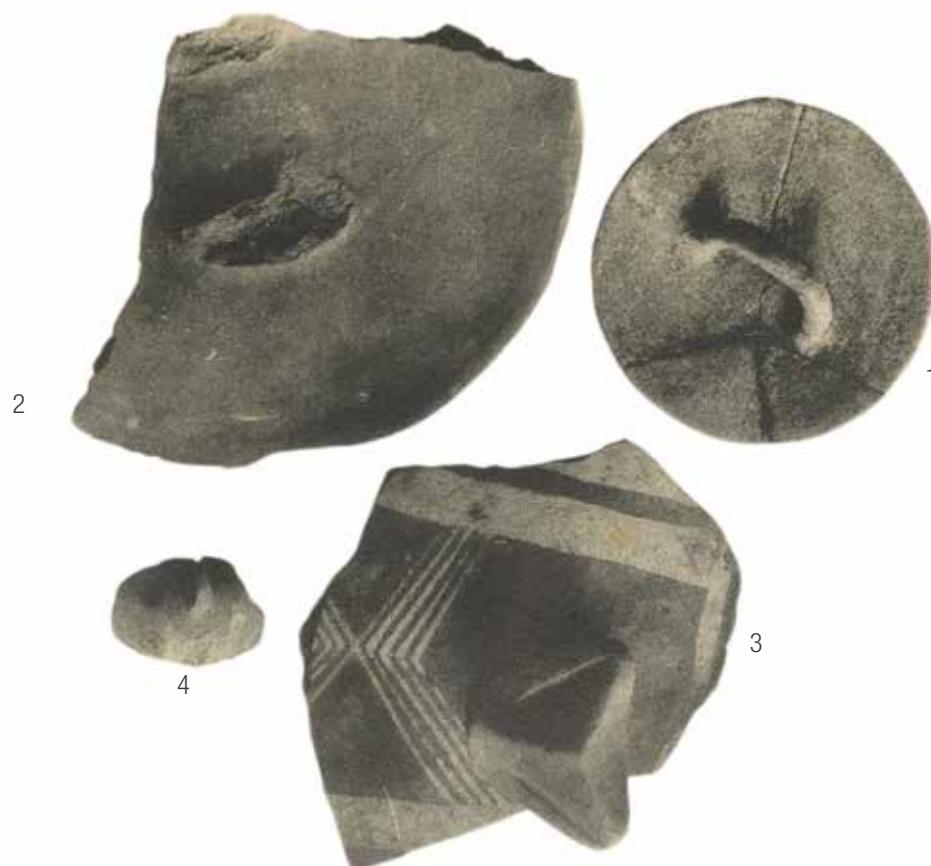


Fig. 17. Restos típicos encontrados en Tomebamba.
1 y 2. Tapa y fragmento de tapa, de tinajas incaicas. 3. Fragmento de tinaja con la cabeza de gato típica.
4. Cabeza de gato muy natural, de otra tinaja. Fig. 1-4 1/3 de tamaño natural.



Fig 18. Restos típicos encontrados en Tomebamba.
1. Lámina de cuarzo, cuchillo. 2-8. Asas de diferentes formas, de platos incaicos.
9. Fragmento con la representación de un brazo. Todos ½ de tamaño natural.

Lám. V.

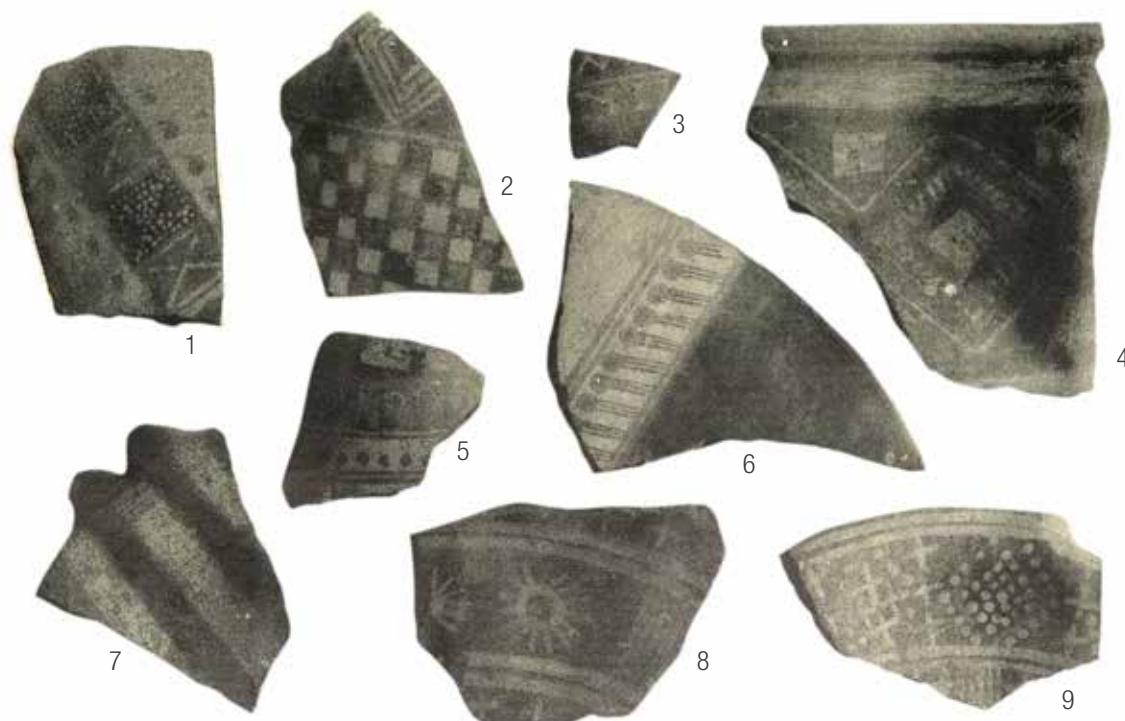


Fig. 19. Fragmentos típicos encontrados en Tomebamba.

1-3, de tinajas incaicas pintadas. 4, de olla con dibujo de rango. 5, de un vaso pintado. 6-9, de platos pintados; 8 y 9 con dibujos híbridos, de la mezcla del estilo incaico con el indígena. Todos 3/7 de tamaño natural.



Fig. 20. Fragmentos típicos encontrados en Tomebamba.

1, pie de una «comportera» de forma indígena; ornamentación en el estilo híbrido de fig. 19, 8-9. 2, parte inferior de un «timbal» incaico, pintado de rojo. ½ de tamaño natural.

Lám. VI.



Fig. 21. Restos típicos encontrados en Tomebamba.

Cuello de silbado de una botella silbador chimú negra. Figura de gato sin brazos. Instrumento de barro en forma de hongo, usado en la alfarería. 4 y 9. Fragmentos con caras. 5. Fragmento de un plato trípode de tipo indígena. 6-7. Pies de ollas trípodes de tipo indígena. 8. Base de un «timbal» finamente pintado con un dibujo de rango. Todos $\frac{1}{2}$ de tamaño natural.



Fig. 22. Restos típicos encontrados en Tomebamba.

Mano de moler. Hacha encontrada en el canal al Este de la celda del Dios Viracocha. 3-4. Cabeza de porra, y hacha, encontrada en la ceniza del cuarto sureste del palacio interior occidental, del palacio de Huaina Cápac. $\frac{1}{2}$ de tamaño natural.

ANOTACIONES A VARIOS PLANOS

4.- *Plano de las ruinas incaicas de Vinoyacu.*

La ruina consiste de una sola casa, con dos cuartos o torres aislados delante de su frente sur.

Está situada a una legua de distancia al Sureste de San Lucas, en la entrada a una pequeña quebrada regada por un riachuelo, a unos 300 metros al Norte de la quebrada del río San Lucas mismo. Corona una pequeña altura de 30 metros que, como un centinela, se adelanta de los cerros del flanco este en la quebrada, ceñida en medio círculo por el riachuelo. La altura está perfectamente visible de la quebrada del río San Lucas.

Sigue la quebrada de Vinoyacu por más o menos una legua y media al Norte hasta las ruinas de Tambo Blanco situadas en su cabecera. De manera que aquella casa forma la llave de acceso a la otra ruina más importante.

El tipo de la construcción se parece al de las ruinas de Uduzhapa (lámina I, fig. 4), etc.

5.-6. *Planos de las ruinas de Tambo Blanco.*

Estas ruinas mencionadas ya por Pedro Cieza en el capítulo 57 de la primera parte de su Crónica del Perú, son las más importantes de la provincia de Loja. Su nombre antiguo no se ha conservado. En la región se conocen comúnmente sólo con el nombre de ««La Ciudadela»».

Están situadas en la quebrada de Vinoyacu, al pie del cerro Acacana (ca. de 4000 metros de altura), en un pequeño estribo de este cerro, entre dos riachuelitos, que se unen a la distancia de unos 10 minutos al Sur.

Del pueblo de San Lucas, a una legua al Suroeste, las separa el cerro Buco (también un estribo del cerro Acacana), en cuya cumbre una fila de casitas incaicas, usadas posiblemente como depósitos, o como alojamiento de centinelas, da frente a las ruinas de Tambo Blanco. Al este tienen las ruinas el ««cerro de Tambo Blanco»», también de altura considerable.

Consisten las ruinas de un palacio, con dos patios y una huerta formada de varias gradas al Sur; de un cuartel abierto antes por siete puertas en frente; y de una construcción larga, formada de dos filas de cuartos con un corredor intermedio. Una particularidad del último edificio consiste en que ninguna puerta que daba al corredor correspondía con otra enfrente. Desconócese el destino exacto de este edificio (para el alojamiento de mujeres, mamaconas provinciales, u otro).

Las tres casas flanqueaban en forma irregular un patio grande situado en el medio.

Es curioso que las ruinas de Villamarca, situadas a media legua al Norte de Paquinzhapa detrás del morro Quihuil, repiten exactamente el plano general de Tambo Blanco, con la única diferencia del aplazamiento del tercer edificio largo al Oeste, en lugar de Este.

Las ruinas de Tambo Blanco sirvieron hace unos 25 años de cantera en la construcción de la iglesia de San Lucas. Al tiempo de mi visita el sitio del palacio se conoció solo por un sistema de montones altos de tierra. Por su excavación se determinó el plano del edificio en la forma como lo muestra el plano N° 6. Se descubrieron

de esta manera los muros de la piedra blanca de la región, bastante bien labradas, que con la altura de más o menos 1 metro se habían erigido encima del suelo blanco y duro original, continuados hacia arriba por paredes de adobes, en parte amarillos, en parte negros, a veces en filas de color alternado, hasta más o menos dos metros sobre el suelo. A la descomposición de los adobes que taparon de esta manera los cimientos de piedra se debió la conservación de la ruina hasta el tiempo de la visita. Los techos de madera descansaban sobre cornisas o filas de piedras bien labradas de más o menos 80 por 30 por 8-10 cm cada una. Un gran número de estas se encontró en las excavaciones, pero probablemente ya no se hallan en su sitio, por la continuación de la depredación de las ruinas para el uso de la iglesia distante.

Además se observaron numerosos rollos de piedra de más o menos 70 a 80 cm de largo, con un destajo en su parte media, aparentemente en su origen plantados en todas las esquinas de los cuartos, con el fin de sujetar el techo. Iguales se han encontrado en una ruina incaica de Joyaczhi, y vestigios de los mismos también en las ruinas de Tomebamba.

7.- *Plano de una casa incaica en las ruinas de Dumarpa.*

Compare Fernando Montesinos, Memorias antiguas del Perú, cap. 24: (los Cañaris) ««habían elegido por caudillo a un Señor llamado Dumma»». Las ruinas de Dumarpa entre Cochapata y Nabón consisten en su mayor parte de un número de galpones grandes de origen cañar, diseminados irregularmente por una pampa bastante extensa. Al lado de estas construcciones, en su punto más setentriodal y en el mismo camino de los Incas de Cuenca y Quito se implantó la casa incaica reproducida en el plano. Estaba dotada de agua, por un canal muy artificial conducido de una lagunita situada más arriba en el Este.

8.- *Parte inferior del valle de Yunguilla, y parte adyacente del río Jubones.*

9.- *Plano de algunas ruinas a orillas del río Jubones.*

10.- *Plano de las ruinas de Minas a orillas del mismo río.*

11.- *Plano de las ruinas de Ingapirca en la hacienda de Sullupali.*

El valle de Yunguilla, en su parte inferior, desde Tucña para abajo en la vecindad de su río, y la orilla de la parte adyacente del río Jubones contienen varias ruinas, en parte de origen indígena, en parte incaicas. De origen indígena son varias construcciones de casas al Sur de la confluencia del río Rircay con el de Saraguro, y en la orilla del río Rircay mismo, como también una de 75 por 24 metros, ceñida por dos muros, al Este de la confluencia de los dos ríos. Las construcciones de la más oriental de las colinas Tucña tienen el mismo origen.

Restos de una antigua ciudad incaica en toda la región no existen. Ni hay continuidad de construcciones ni casi hay edificios de los Incas. Los extensos vestigios de obras que, sin embargo existen, examinados de cerca, se reducen a indicaciones de antiguos trabajos de agricultura por largas filas de piedras que separaban, casi siempre paralelas, camas muy largas, en parte pequeñas y cuadradas, de diferente nivel, una de otra. Las famosas ruinas de Minas (plano 10) se componen de esta manera sólo de una falda de cerro sometida a la agricultura por la distribución de su pendiente entre once camas largas y algunas cuadradas, todas completamente horizontales. Restos extensos del canal, por el cual se condujo el

agua de partes superiores del río de Minas a estas chacras, se han conservado visibles hasta el día en las partes superiores del cerro.

Todas estas obras tenían por autores a los Incas, quienes trataron de desarrollar de esta manera las riquezas del país, tanto en su propio interés, como en el de los indígenas.

Se pueden distinguir cinco grandes distritos de chacras de esta forma en el valle indicados en el mapa por pequeños cuadros: Minas; Sumajpamba (se regaron estas chacras por un canal de varias leguas de largo que bajó junto al río Uchucay); la orilla derecha del río de Saraguro cerca de la desembocadura del río Rircay; la orilla del río Rircay cerca del río Mandur; y un extenso terreno al Sur de las colinas de Tucña. Por otra parte, edificios de origen incaico son raros en toda la zona. Se reducen a tres o cuatro cuarteles pequeños (compare el plano 10) ocupados sin duda por la guardia del puente cercano sobre el río Jubones y uno, ahora muy arruinado (véase el plano 11) en la hacienda Sulupali. Por su extensión e íntima conexión con las chacras antiguas que lo bordaban en varios de sus lados se podía creer que estaba antes ocupado por mamaconas. Un trapiche ahora instalado en medio de estas ruinas contribuyó a arruinar sus muros originales de tal manera, que una garantía de la exactitud de todos los ángulos en el plano no puede ya darse.

Los Incas fueron, además, los autores del camino marcado por piedras, cuyos restos se notan todavía en numerosos puntos, desde Minas para arriba, en la orilla derecha del río Jubones. Tenía este camino una anchura variable de tres a cinco y medio metros. En numerosos puntos se reconocen también todavía los estribos de los puentes, por medio de los cuales el camino pasó en nivel igual los cortes naturales del terreno algo más de 6 metros de ancho. Tienen la forma de estratos de más o menos un metro de espesor en el ancho del camino entero, producidas por piedras de grueso calibre.

También del puente grande sobre el Jubones, más abajo de Minas, ha quedado el vestigio del estribo en la orilla izquierda del río, a unos 12 metros sobre el agua. El río se estrecha allá entre peñas a unos 25 a 30 metros de ancho.

El camino, viniendo del interior de la tierra en la orilla izquierda, condujo, pasando el río, por Minas y la orilla del Tamanalecha a lo largo del río Rircay a los establecimientos incaicos de la hacienda Sulupali; subiendo de allá al paso de Challal, por el otro lado habrá caído al río León enfrente de Oña. Varios vestigios de una presencia de los Incas se notan todavía en esta línea encima de los cerros.

INDICE

Págs

Discurso de presentación por el Dr. Dn. Remigio Crespo Toral
Las ruinas de Tomebamba, Conferencia del Dr. Max Uhle

PLANOS

Ruinas de la ciudad de Tomebamba. Plano de situación 1:5000.
Plano del palacio de Huaina Cápac. Tomebamba. Escala 1:250.
Plano del templo del Dios Viracocha, Tomebamba. Escala 1:250.
Plano de las ruinas incaicas de Vinoyacu. Escala 1:400.
Plano general de las ruinas de Tambo Blanco. Escala 1:500.
Plano del palacio en las ruinas de Tambo Blanco. Escala 1:250.
Plano de una casa incaica en las ruinas de Dumarpa. Escala 1:250.
Mapa de la parte inferior del valle de Yunguilla y parte adyacente del río Jubones. Escala 1:60000.
Plano de algunas ruinas a orillas del río Jubones. Escala 1:5000.
Plano de las ruinas de Minas a orillas del ismo río. Escala 1:1000.
Plano de las ruinas de Ingapirca en la hacienda Sulupali, valle de Yunguilla. Escala 1:250.

LÁMINAS

A. VISTAS

Vistas relacionadas con el problema de las ruinas de Tomebamba.
Vistas de las ruinas de Tomebamba.

B. REPRESENTACIÓN DE OBJETOS

3-6. Restos típicos encontrados en las excavaciones.
Anotaciones a varios de los planos



Retrato de Max Uhle. (0)

Max Uhle y sus huellas en la Arqueología Austral del Ecuador

Dr. Jaime Idrovo Uriquen



Concentración indígena en Cuenca; Foto: Max Uhle, 1920. (1)

Max Uhle y sus huellas en la Arqueología Austral del Ecuador

1 Cuenca; la ciudad a la que llegó Max Uhle en la transición de los siglos XIX y XX

Cuenca puede definirse como una realidad multiétnica y multicultural, en donde diversos sectores sociales han ido construyendo un complejo tejido, con prácticas que corresponden a cada estrato y condición social, según sus propios intereses y necesidades. La urgencia de una auto definición colectiva pasa entonces por esta dinámica de clases con direcciones generalmente opuestas entre sí; es decir, casi siempre contradictorias. La supremacía de una parte de la sociedad sobre las restantes es igualmente de carácter coyuntural, hecho que sucedió durante la transición de los siglos XIX y XX, cuando una burguesía media y alta que preparaba su derrotero hacia la modernidad, buscaba encontrar el camino para entenderse mejor al interior del conjunto y entramado cultural de la época, pero siempre bajo el peso ideológico de la Iglesia Católica.

Han pesado además, en este intento, las especiales condiciones geográficas de la zona, lo cual significa la estructuración de sistemas organizativos, de funcionamiento y expresiones vivenciales propias a cada grupo humano. Esto sin duda resultó en formas de respuestas provenientes tanto desde los sectores dominantes como de los dominados, ya se trate del pasado prehispánico, colonial o republicano, con un marcado acento en los prejuicios y las subvaloraciones con las que se han visto, desde arriba a las clases populares y, en nuestro caso, con mayor fuerza a los indígenas.

Revisando las décadas terminales del Siglo XIX, puede decirse que Cuenca y la región vivían de su propia economía, fundamentada en la agricultura, una incipiente ganadería y otras actividades, sobre todo artesanales. Las dos primeras gracias a la explotación de pequeños fundos campesinos e indígenas, al igual que de las haciendas existentes principalmente en la provincia del Cañar, más otras consideradas medianas y pequeñas en el Azuay, cuyos dueños eran personas asentadas en las ciudades principales de ambas provincias. Estaba por lo tanto aislada del centro y norte del país, lo cual no significaba la inexistencia de un comercio activo con



Avenida Chile; Foto Serrano. Década de los años 20 (2)

Loja y el norte del Perú, que se dinamizó luego hacia el litoral sur, especialmente con Guayaquil y Machala; desde donde, llegado el Siglo XX y la apertura del comercio marítimo con Europa y los Estados Unidos, comenzó la exportación de la cascarilla y los sombreros de paja toquilla. Todo ello por caminos generalmente heredados del pasado kañari e inka, pero que apenas subsistían como senderos olvidados por las autoridades de turno y por donde se transportaba la mercadería a lomo de mula.

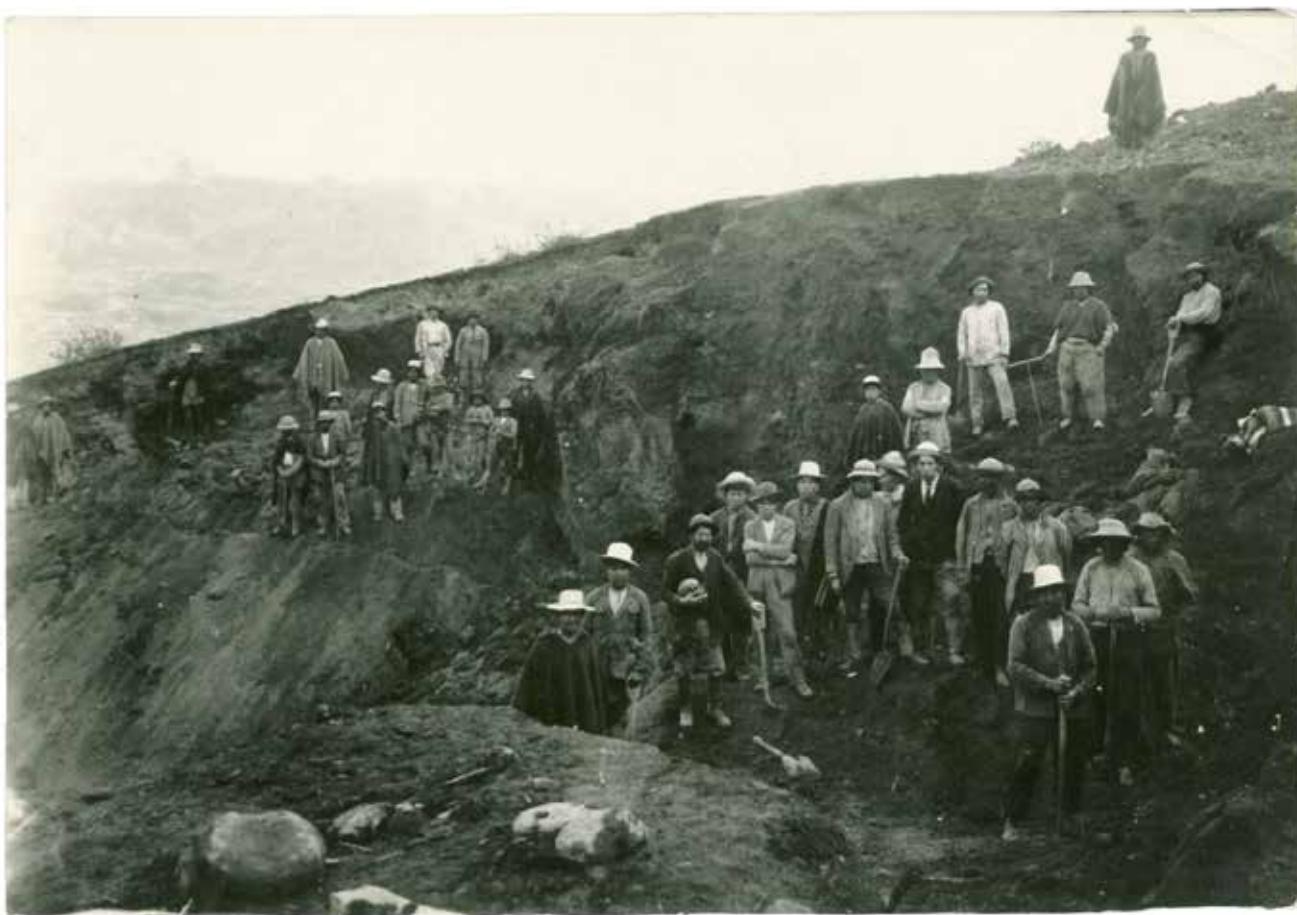
Poco tiempo después, los signos de la modernidad llegaron con la electricidad, las primeras avenidas empedradas para los paseos señoriales y los parques públicos diseñados bajo modelos europeos, sobre todo franceses. Igualmente, la influencia extranjera se impuso con la construcción de edificios de idéntico estilo y los primeros carros que subieron la cordillera en verdaderas odiseas, cuyo peso descansaba sobre los hombros de los indígenas.

Grupos de ellos conocidos como los “guardos o huandos” -cargadores- transportaban, además, las pesadas máquinas, una por una, de la misma manera los pianos, muebles finos y cuanta exigencia de las familias enriquecidas por el comercio marítimo venía en los barcos, que luego regresaban a nuevos puertos de destino portando sombreros artesanales y materia prima como la cascarilla que tanta falta hacía en los países que buscaban asegurar sus propios beneficios con la colonización de los antiguos estados y sociedades que vivían sobre todo en las zonas desérticas y los trópicos de África y Asia, en donde el paludismo campeaba.

Mientras, los habitantes comunes hábiles artesanos de herencia kañari y también de los oficios llegados con los españoles que se asentaron con la Colonia, iniciaban una serie de actividades productivas, acorde con las exigencias del nuevo siglo. Se abría un nuevo escenario en donde dos realidades se juntaban, pero al

mismo tiempo se alejaban de manera casi natural: el pasado era más un ejercicio cotidiano del imaginario colectivo y en muchos casos había dejado de ser un peligro. Hay que recordar que a pesar de que Cuenca, Azogues o Cañar estaban cercadas por comunidades indígenas sumidas en la dominación y la servidumbre de tipo feudal, dentro de las haciendas, incluso ellas estaban a las puertas de un supuesto progreso por venir, mediante la educación y su incorporación a los nuevos paradigmas de la sociedad capitalista que comenzaba a visualizarse. En efecto, desde los grupos acaudalados que habían comenzado una carrera por superar el atraso y la necesidad de alcanzar ciertos niveles de la cultura occidental, se pensaba en el futuro como una dimensión casi mágica, en la que se resolvían los conflictos heredados del colonialismo español, tanto económicos, sociales, como culturales, aunque la realidad permanecía inalterable para los segmentos más humildes y pobres de la sociedad cuencana y regional.

Curiosa paradoja, pues fue desde estos mismos estamentos económicamente sólidos y otros de raigambre que pretendían ser de origen aristocrático, que se dio inicio a la construcción de un ideario pensado desde las ciencias del pasado. El influjo de figuras como González Suárez y Jijón y Caamaño, tuvo quizás mucho que ver en este esfuerzo, aunque debe subrayarse la propia iniciativa de una intelectualidad local, proveniente sobre todo del clero y de los hacendados, ahora convertidos en prósperos hombres de negocios, que en fuerza común comenzaron a construir espacios de consulta y debate, cuyos resultados tuvieron eco a nivel nacional y desde luego local. Los continuos viajes de negocios hacia París, Londres, New York y otras capitales ilustradas del mundo, también habrían influido sobre esta corriente, puesto que muchos de ellos y luego los hijos de esta burguesía en ascenso, habían comenzado a nutrirse y educarse especialmente en Europa, asimilando los avances que en distintos



Buscadores de Oro (Arqueológico) en Narío; Foto Max Uhle (3)

órdenes de las ciencias se estaban dando, incluyendo naturalmente las ciencias sociales e históricas. En este orden de cosas, varias eran las características de los dos productos estrella de exportación que habían abierto una ventana a los nuevos tiempos, mediante su comercio vía oceánica, con tierras lejanas:

La cascarrilla

De nombre científico: *Sinchona Sp.* Proviene de los flancos orientales y occidentales de Los Andes, aunque los mejores especímenes se hallan justamente en las tierras bajas orientales de la cordillera sur ecuatoriana. Incluye en su composición química a la quinina, que resulta ser el principio activo que combate a la malaria o paludismo, típico de las regiones tropicales del mundo. Se dice que en 1630, Pedro Leiva, indígena y curandero asentado en Malacatos, provincia de Loja y de ascendencia Palta, había salvado de esta afección a varios españoles, entre ellos a la mujer del conde de Sinchón, usando como medicamento la cascarrilla o árbol conocido originalmente como *Yara Chuccho* en kechwa. Poco tiempo después, la planta fue reconocida por sus propiedades medicinales, convirtiéndose en materia prima de exportación a España y al resto de Europa. En los bosques de las estribaciones andinas de Azuay y principalmente en la provincia de Loja, se hallaban los mejores ejemplares de este árbol que puede alcanzar entre 5 y 15 m de altura. Ya en tiempos modernos, su demanda se amplió hacia Estados Unidos, de manera significativa, a raíz de la Primera Guerra Mundial, pero decayó su comercio e importancia cuando se sintetizó la quinina a partir del descubrimiento de la penicilina, realizado por Alexander Fleming en 1928.

La paja toquilla

Palma ecuatoriana que convertida en sombreros, adquirió fama mundial debido a su liviandad, plasticidad y frescura. Fue utilizada desde tiempos prehispánicos por los pueblos del centro y norte de la costa ecuatoriana, con distintos propósitos. A partir de las décadas finales del Siglo XIX se ha utilizado para la confección de los sombreros mal llamados *Panama hats*, con centros de producción en Manabí, de donde los mejores especímenes eran originarios; y luego, en Azuay y Cañar, gracias a la apropiación de las técnicas de fabricación enseñadas por maestros manabitas, asimiladas por los artesanos locales. La apertura del Canal de Panamá fue el detonante para la masificación de estas piezas que servían para proteger de las inclemencias del clima tropical panameño a los miles de trabajadores empleados en esta empresa. La calidad de la materia prima y el excelente acabado de estas prendas, hizo posteriormente que se popularice el uso de los sombreros finos de paja toquilla que ocuparon sitios de prestigio y distinción en los catálogos de los centros mundiales de la moda, ampliando significativamente los capitales de aquellos sectores locales que se beneficiaron con su comercialización y exportación.

Así, con estos antecedentes, surgió una nueva clase económica con características diferentes a los hacendados tradicionales, generalmente poco cultivados y de comportamiento casi feudal, de los cuales, una buena parte siguieron manteniendo el régimen hacendatario y agrícola como base de la subsistencia local. Los desplazamientos constantes hacia las capitales europeas, en donde los comerciantes se nutrían de las nuevas tendencias intelectuales de la época, cambiaron las perspectivas de vida, ya que después de cerrar sus negocios disponían del tiempo libre para la diversión,



Miguel Heredia Crespo Exportadora de Sombreros, Agentes Comisionados entregando sombreros en 1924. (4)

pero también para objetivos de naturaleza distinta. La visión de las sociedades de origen comenzó a percibirse ya no solo desde afuera sino también desde adentro, incluyendo tibiamente la búsqueda de raíces nacionalistas propias. Había que trazar un nuevo derrotero, como se hacía en estos países del mundo moderno, más allá de un presente diseñado desde las grandes conquistas; por ejemplo lo greco-latino como punto de partida de la civilización occidental y cristiana, que había ocultado la existencia y desarrollo de los pueblos originarios en cada una de esas sociedades; es decir, las identidades de los celtas, galos, los ibéricos, lusitanos, godos, ostrogodos, etc.

Por lo mismo, a esta corriente propia de los países capitalistas, se sumaron pequeños brotes de un reconocimiento de las raíces históricas locales, incluso si pesaba en ello la negación de una identidad común, pues lo indígena seguía siendo un objetivo de estudio, muy aparte de lo que se veía como matriz propia desde el lado de lo español.

Muy temprano se unió al grupo de intelectuales cuencanos que habían comenzado a sondear este difícil capítulo, sin mucha dirección o norte, una parte del clero ilustrado, formándose el núcleo de todo un despertar de historiadores y aficionados a la arqueología, cuando el siglo XX comenzaba a sentirse con alguna fuerza en Cuenca. La casa señorial de Remigio Crespo Toral, intelectual conservador y hombre de prestigio por sus dotes de político, poeta, ensayista e historiador, fue el centro que convocó a un selecto grupo de notables, en cuyas tertulias y eventos culturales se discutían temas políticos, históricos, literarios, entre otros; siempre amparados por el manto y los postulados de la Iglesia Católica, omnipresente en la vida de todos los estratos sociales de la ciudad y en particular de estos sectores que se identificaban claramente con un pensamiento conservador, al estilo ecuatoriano.

Los trabajos iniciales en la arqueología ecuatoriana de Federico González Suárez

Los trabajos pioneros sobre la arqueología americana y ecuatoriana en particular, tienen como punto de partida la obra del arzobispo quiteño, Federico González Suárez. Sus permanentes desplazamientos por el territorio nacional, cumpliendo labores pastorales, le permitieron enterarse de las diferentes manifestaciones materiales del pasado, existentes especialmente en las provincias serranas del Ecuador. En este proceso pudo conocer igualmente sitios y monumentos dejados por los distintos pueblos que habían habitado el Ecuador anterior a la invasión española, aunque puso particular empeño en la parte austral del país, en donde habían desarrollado una cultura de especiales características: los kañaris, a los cuales dedicó buena parte de sus investigaciones.

Habiendo sido parte esencial de una sociedad que transformaba su estructura política y económica, sus estadías prolongadas en Cuenca, reconocida como ciudad eminentemente conservadora, pronto empató con su visión del mundo y de la presencia de los pueblos indígenas. Se trataba de toda una corriente que de acuerdo a los cambios que se operaban en una matriz local, eminentemente agrícola, hacía frente a la apertura del comercio internacional. Eran sobre todo, los productos manufacturados y de materias primas, los que despertaban el interés de estos sectores, que se modernizaban y receptaban al mismo tiempo, las necesidades impuestas desde la intelectualidad cuencana, aun sin un norte definido, pero embarcados en la búsqueda por descubrir y entender los alcances del pasado prehispánico y preinkaico de toda la región identificada como kañari.

Anteriormente, Juan de Velasco en el Siglo XVIII, en una mezcla de reminiscencias, nostalgia y mucho de fábula, había sostenido

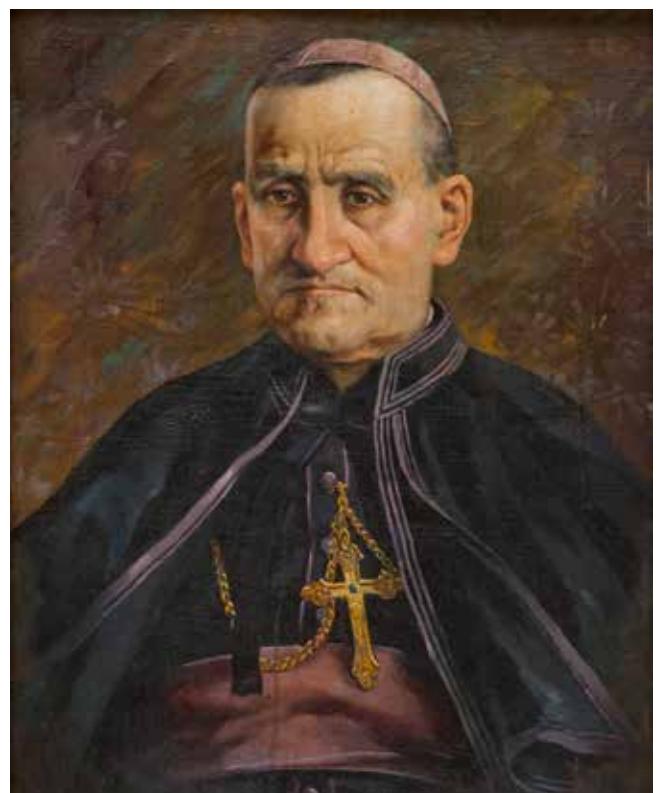


El puerto de Guayaquil en 1862-1866 (R. Castro Ordoñez) (5)

la existencia de un supuesto Reino de Quito (1789), tesis que el sacerdote quiteño puso en duda, iniciando el estudio de piezas y sitios arqueológicos localizados en las provincias del Azuay y Cañar. Culminó con la publicación del libro *Estudio Histórico sobre los Cañaris, pobladores de la antigua provincia del Azuay*, aparecido en el año de 1878 y, poco después, el *Atlas arqueológico* de 1892, en donde amplía su visión de la arqueología ecuatoriana, tocando las provincias costeñas de Manabí y Esmeraldas principalmente.

Fue a partir de las dos obras publicadas que podemos marcar el punto de arranque de esta disciplina en el Ecuador que, para los parámetros, tanto teóricos como metodológicos de la época, representan, sin duda, los esbozos mejor estructurados de todo cuanto se había escrito hasta el momento, dando inicio a la arqueología ecuatoriana, pero también constituyendo los referentes que podrían catalogarse entre los más antiguos de la arqueología andina y americana.

Posteriormente, cuando el grupo de intelectuales y aficionados cuencanos a esta ciencia comenzaron a publicar sus propios trabajos, la obra de González Suárez se volvió polémica, con seguidores y detractores, especialmente en torno a temas que en las primeras décadas del Siglo XX despertaron un debate que trascendió incluso las fronteras locales, como fue la ubicación de la antigua capital inkaica de Tomebamba y el origen de los cañaris. Julio María Matovelle, clérigo cuencano, se presenta como una figura relevante en este período rico en ideas y que puso al descubierto sitios y materiales culturales antes no tomados en cuenta, que formaban parte del corpus desligado de la tradición inka. También se había destacado como historiador iniciado en los estudios arqueológicos de la zona. La polémica sobre la antigua Tomebamba inka, tuvo finalmente su desenlace con la llegada del arqueólogo alemán, Max Uhle, bajo los auspicios de Jacinto Jijón y Caamaño.

Retrato de Federico González Suárez,
Óleo sobre lienzo, César Villacrés, Siglo XIX. (6)



Fundadores del Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay. Cuenca, 01 Noviembre de 1920. De Izquierda a Derecha, Sentados: Rafael María Aríaga, Honorato Vásquez, Julio María Matovelle, Remigio Crespo Toral, Alberto Muñoz; De pie: Francisco Talbot, Octavio Cordero, Alfonso Borrero, Ezequiel Márquez, y Agustín Iglesias. (7)

La obra de Jacinto Jijón y Caamaño

Personaje de trayectoria resonante en la historia de la primera mitad del Siglo XX del Ecuador. Proveniente de una familia acaudalada y poseedora de numerosas haciendas en la sierra central y norte del país, su proximidad al sacerdote quiteño, historiador y arqueólogo, González Suárez, pronto inclinó la balanza de sus preferencias por el estudio del pasado prehispánico del país, y de América en general.

Hacia 1909, Jijón y Caamaño realiza las primeras excavaciones en una de las haciendas perteneciente a su familia, ubicada en Urcuquí, provincia de Imbabura. De esta manera, inicia su interés por esta disciplina, trasladándola hacia otras zonas como Chaupicruz, al norte de Quito. Comienza a partir de esta fecha una larga y fructífera lista de trabajos arqueológicos, históricos y etnolingüísticos. Estos estudios, conjuntamente con la llegada de Max Uhle al país a partir de 1921, marcan el eje directriz de la arqueología ecuatoriana hasta la década de los años cuarenta (Idrovo; 1990, p.18). Durante los años 1912 y 1916 vivió en Europa, pero principalmente en París, junto con su madre y su entrañable amigo, igualmente aficionado a la historia y la arqueología, Carlos Manuel Larrea. Ambos seguían cursos de arqueología en La Sorbona y participaron en diversos eventos científicos en varias de las capitales europeas.

Militante conservador desde 1924, sufrió destierros y persecución que le llevaron a otros países e incluso a la clandestinidad, pero no perdió su tiempo e inicio estudios, principalmente en Bolivia y Perú, publicando varios trabajos como: *Notas de arqueología cuzqueña* (1929), *Maranga, contribución al conocimiento de los aborígenes del valle del Rímac, Perú* (1949), más otros trabajos sobre Centro América, Colombia e incluso el austro americano, así: *Las civilizaciones del sur de Centro América y el noroeste de Sud América* (1951) o, *Las*

culturas andinas de Colombia (1951). Tras una fructífera existencia como político conservador, insigne investigador en los campos de la arqueología, la historia y la etnolingüística, Jacinto Jijón y Caamaño muere en agosto de 1950.

Por otra parte, pese a la amistad que guardó con Remigio Crespo Toral, especialmente debido a las simpatías doctrinales y políticas mantenidas a lo largo de sus vidas, Jijón y Caamaño nunca se interesó a profundidad por el pasado kañari, quizás debido a que en esos años, un viaje de Quito a Cuenca, más su retorno, duraba largos y penosos días por caminos insospechados, atravesando frías cordilleras y tupidos bosques, casi siempre a caballo, lo que significaba una verdadera aventura comparable con los viajes a Europa por alta mar. De suerte que prefirió interesar a Max Uhle que se hallaba para entonces en Chile, desempleado, para que realice trabajos en la provincia de Loja, sobre la cual se desconocía casi por completo su historia antigua y, de paso también, como ya dijimos, despejar camino sobre la polémica en torno a la ubicación de la antigua Tomebamba.

Podemos entonces afirmar que, si hubo alguna influencia de su parte en el grupo de interesados en la arqueología regional, esta debió concretarse a partir de sus escritos que venían con cierta periodicidad a través del *Boletín de la Academia Nacional de Historia* que dirigió el propio Jijón y Caamaño, ayudando a financiar casi por completo su publicación. Pues fue además el presidente vitalicio de dicha entidad, que en mucho contribuyó para esclarecer distintos tópicos sobre la antigüedad de los pueblos andinos y sobre todo del Ecuador, al igual sobre otros temas de carácter histórico, lingüístico, etc.



Segunda Misión Geodésica Francesa, en la Hacienda Isa-vieja, Cañar, 1903. De izquierda a derecha: Cap. Francisco Iglesias (1), Cap. G. Peyronel (2), Dr. Antonio Valdivieso (3), Dr. Paul Rivet (4), y Cap. Lallemand Lucien. (8)

Julio María Matovelle

Sacerdote cuencano fundador de la orden de los Oblatos. Destaca como una de las figuras más prominentes de la capital azuaya, tanto por sus dotes de intelectual, historiador y arqueólogo, como por su apasionada militancia política al frente del conservadorismo propugnado por la Iglesia Católica de ese tiempo y por las clases dominantes de la sociedad local.

Sus trabajos como arqueólogo lo sitúan como el primero en sospechar y promulgar la tesis sobre el pasado de los kañaris, culturalmente ligados de forma estrecha con los Chimu de la costa norte peruana. Los comentarios en su libro *Cuenca de Tomebamba* (1921) publicado por el Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, ponen en relieve el vasto conocimiento geográfico de la región, especialmente de la hoya del Jubones, lo que le permitió negar la hipótesis de la ubicación de Tomebamba en ese territorio, al igual que la conformación de un conjunto de elementos, que permiten visibilizar el tema de las relaciones entre el norte del Perú y el sur del Ecuador.

Cuenta también el hecho de que fue él quien guió a Max Uhle en la localización de los restos más sobresalientes de Tomebamba, tanto en Pumapungo como en las cercanías, habiendo así mismo servido de enlace para que el arqueólogo alemán pudiera orientar sus pasos en la búsqueda y posteriores investigaciones, ya sea en la provincia del Azuay como del Cañar. Al respecto, Uhle señala:

El Sr. Dr. Julio Matovelle, en un paseo a la quinta Pumapungo, llamó la atención sobre numerosos fragmentos de alfarería inkaica dispersos en las faldas que allá cae hacia el río y así

debo a este primer investigador conectado con los problemas del antiguo Tomebamba, también el primer estímulo para hacer en aquella localidad que de principios originalmente pequeños, se desarrollaban más y más, hasta dar con los resultados que me cabe el honor de describir en seguida (León; 1983 [1923], p. 162).

Fue por ello y por toda su trayectoria de historiador y estudioso del pasado kañari, que puede decirse que se constituyó en el centro mismo de convocatoria de los intelectuales de la urbe, quienes, a título de reconocimiento, podrían identificarse como el Grupo de Cuenca, sumados en la necesidad de realizar trabajos de campo y estudios sobre la arqueología regional.

Así, el grupo identificado por una misma ideología y la obediencia doctrinal a los dictámenes de la Iglesia Católica, se organizó en torno a intereses comunes y a las figuras centrales de Matovelle y Crespo Toral. El primero como líder intelectual, el segundo como anfitrión y personaje político y social que legitimaba su aceptación en todos los círculos científicos locales e incluso nacionales. Como parte del propio esfuerzo de sus miembros, salieron a la luz importantes estudios en torno a la arqueología, historia y geografía del área kañari, publicados en la Revista del *Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca/Azuay*, que entregó un nutrido número de artículos de Matovelle, Miguel Durán, Agustín Iglesias, Francisco Talbot, Alfonso Jerves y Octavio Cordero Palacios, entre los más destacados.



Max Uhle en Europa, hacia 1940 (9)

Paul Rivet y Max Uhle

En esos mismos años llegaron a Cuenca dos figuras extranjeras de renombre internacional: el médico y etnólogo francés, Paul Rivet, quien formaba parte de la Segunda Misión Geodésica Francesa y, luego, Max Uhle, bautizado posteriormente como el *padre de la arqueología andina*. De Rivet, que trabajó conjuntamente con René Verneau, destaca su obra *Ethnographie ancienne de L'Équateur* (1912), cuya traducción publicada en el año que transcurre (2019) es muy poco conocida. Se trata de una obra voluminosa, bien estructurada y concebida en los términos en los que se había definido a comienzos del Siglo XX la etnografía; esto es, un ordenado y riquísimo legado sobre el pasado de los pueblos prehispánicos del Ecuador, con especial acento en la zona cañari, más el estudio de sus monumentos, materiales culturales y costumbres legadas de estos tiempos.

Mientras que de Uhle, sobresalen en torno a esta área cultural, *Las Ruinas de Tomebamba* (1921), “*Influencias Mayas en el Alto Ecuador*” (1922), “*Sepulturas ricas de oro en la Provincia del Azuay*” (1922b). Todas ellas marcadas por la persistencia en el origen mayoide de las culturas australes del Ecuador, aunque algo confusas, en particular las dos últimas.

Ambos investigadores señalaron nuevas temáticas y puntos de vista sobre el desarrollo de las antiguas sociedades del Ecuador y Los Andes, frente a una sociedad contemporánea como la cuencana, que había permanecido durante largos siglos aletargados y olvidados en medio de la cordillera ecuatoriana. Igualmente enseñaron parte de las modernas técnicas de investigación científica, tanto en el dominio de la etnografía como de la arqueología y su combinación con otras disciplinas, entre ellas la naciente etnohistoria.

Para terminar, la obra de los investigadores y aficionados de la arqueología de la época que tratamos, a los cuales se suma el paso de varios investigadores de los siglos XVIII, XIX y comienzos del XX, especialmente extranjeros, dejó como resultado un legado sumamente importante para la posteridad. Pues, muchos de sus escritos y en especial los planos de los sitios monumentales que visitaron, dibujaron y los dejaron impresos, han servido de guía para investigaciones recientes como las que se han realizado en los complejos de Ingapirca en la provincia del Cañar, el barrio de Pumapungo en la antigua Tomebamba o Dumarpa en el cantón Nabón de la provincia del Azuay; más otras que dan cuenta de sitios que han desaparecido casi por completo, como los que se hallaban en el valle del Jubones, cuyos únicos referentes y testimonios están plasmados justamente en los planos dejados, primero por Rivet y luego por Uhle.

2 Max Uhle. Síntesis biográfica y su ingreso en la arqueología andina

Europa en la segunda mitad del Siglo XIX vivía un período en el que se intensificaba la acción colonizadora del mundo, sobre todo en los tres continentes: África, Asia y Australia, mientras se establecían diversos mecanismos para el control de los vastos territorios de América, una vez que España fue expulsada de sus antiguos dominios. En Alemania, la consolidación de una sociedad de claro estilo militarista -espartano- que afectaba sobre manera la educación en todos sus niveles, buscaba consolidar su hegemonía continental, luego de la derrota de Francia en la guerra Franco-Prusiana (1870-1871).



Ilustración de Fardo Funerario. (10)

Además, la unificación de todo el territorio alemán bajo el reinado de Guillermo I de Prusia, permitía el control de la población civil, que desde décadas atrás buscaba otro tipo de sociedad enmarcada en los modelos socialistas de la época.

Es por lo tanto una época de control y disciplina impuesta a los ciudadanos, en donde nace en 1856 Friedrich Maximilian Uhle en Dresde (Sajonia), quien fue educado bajo los preceptos imperantes. En 1875, Uhle hace su servicio militar y seguidamente ingresa a la universidad de Leipzig, graduándose en 1880, con una tesis sobre algunos problemas lingüísticos que se presentaban en el chino de la Edad Media.

Con su doctorado que lo obtuvo a los 24 años, ingresa en calidad de asistente al Real Museo de Zoología, Antropología y Etnografía de Dresde, iniciándose por corto tiempo en el estudio de estas disciplinas, hasta trasladarse con la misma asignación al Real Museo de Etnografía de Berlín en 1888, cuando la dirección de aquella institución estaba a cargo de Adolf Bastian, antropólogo que había visitado y tenía un acercamiento con las culturas antiguas de Guatemala y América del Sur. Durante esta misma época, estalla la "Guerra del Pacífico" entre Perú y Chile que trae como consecuencia la fuga de importantes colecciones arqueológicas peruanas que llegan hasta Europa y al Museo en donde trabajaba Uhle; es así como estudia la Colección Zenteno, una de las más importantes del Cusco,

que le permitió al futuro arqueólogo familiarizarse con el material inkaico, antes de conocer el Perú.

Por esos años, su amigo Moritz Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, ambos vulcanólogos, habían presenciado la destrucción masiva de tumbas en la costa central peruana de Ancón, decidiendo intervenir en el sitio, a fin de salvar algunas de las sepulturas sobrantes. Procedieron a realizar excavaciones sistemáticas, cuyos resultados se publicaron en tres tomos (1880-1887) que Uhle conoció.

Los alemanes en Ancón abían concebido una suerte de estudio estratigráfico para desentrañar la superposición cultural, que nunca antes se había entendido. Dirigieron su interés en el tema a partir del desconocido mundo andino. Poco después, Stübel trabajó en Tiwanaku (1876-1877) y registró de forma minuciosa los edificios y esculturas visibles, siendo precisamente Max Uhle por pedido de su amigo quien contextualizó y buscó el significado de los monumentos, en lo que sería su primera publicación sobre arqueología andina, que incluía citas del cronista temprano Pedro Cieza de León. Todo ello antes de su primer viaje a tierras andinas.

Finalmente, en 1892, se concretó su viaje con destino a Bolivia, en calidad de encargado del Museo de Etnografía de Berlín para la compra de colecciones arqueológicas destinadas a esa institución, en una época en donde las leyes de patrimonio cultural eran inexistentes

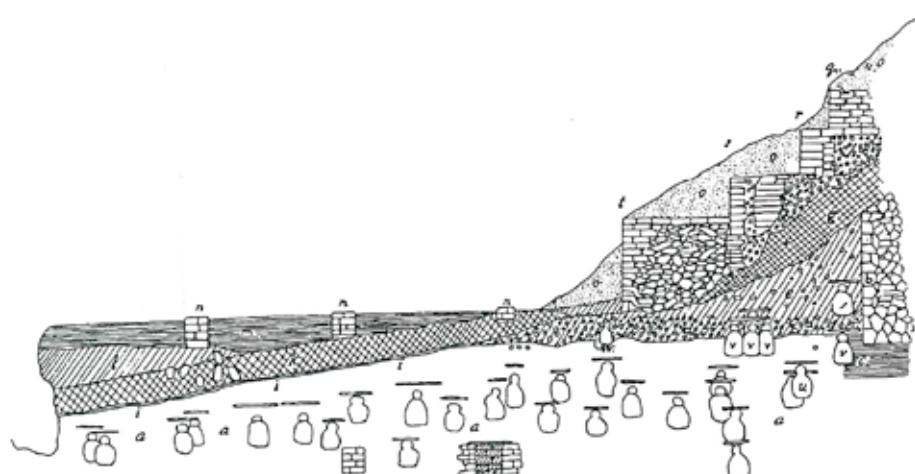


Fig. 3



Fig. 4

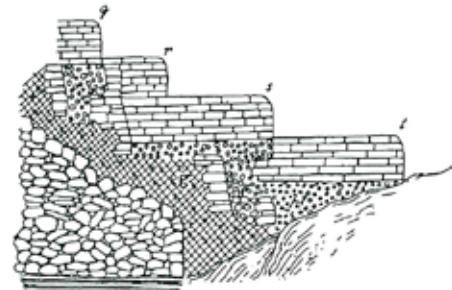


Fig. 5

Perfiles del cementerio al pie y debajo del cementerio de Pachacamac y sus terrazas, Max Uhle 1902. a. entierros del cementerio; c. restos de la muralla; d. estrato de adobes fragmentados; e. estrato de tierra con fragmentos de adobes; g. estrato lleno de fragmentería para cimiento de edificios tardíos; i. estrato delgado de hojas de pacae; K. estrato con fragmentería; l. capa con basura; m. estrato entre m y los muros de n; n. muros; o. material erosionado de la última ocupación; u. fardo en cementerio original cerca del templo. (1)

y se consideraba más bien un privilegio que este material cultural, poco valorado en su medio, forme parte de las exhibiciones en los museos de Europa, los Estados Unidos y otras capitales colonialistas del mundo. Viajó, además, interesado en la difusión de la cultura kechwa en Los Andes.

Ya en Sudamérica, fue contratado por el Museo de la Universidad de Pennsylvania, viajó finalmente al Perú, en donde excavó dentro del complejo monumental de Pachacamaq en las afueras de Lima. John H. Rowe sintetizó la metodología que utilizó Uhle en las excavaciones de la siguiente manera:

La estratificación geológica en este caso fue la superposición de la capa de escombros sobre la capa de tierra en la cual se había cavado las tumbas del cementerio antiguo. Uhle relacionó sus tumbas a sus respectivas capas observando de cual capa se había cavado cada tumba, un paso lógico más allá de la simple superposición de capas (1998, p.10).

Es decir, se había establecido el principio lógico de la moderna estratigrafía cultural, quizás bajo el influjo de los trabajos anteriores de Reiss y Stübel, que continuó perfeccionándolo hasta su llegada a Ecuador en 1919, cuando el método fue claramente definido. Los años pasaron y el científico alemán incursionó en la arqueología del noroeste argentino, Chile y otras regiones de Perú y Bolivia. Deja así una huella imborrable en la naciente ciencia histórica, razón por la cual fue justamente catalogado como el precursor de la arqueología científica andina.

Max Uhle en el Ecuador y su permanencia en Cuenca y la región

Max Uhle llegó al Ecuador en los últimos meses de 1919. Dos vías de acceso eran posibles en ese tiempo: desde Paita hasta

Machala por vía marítima y desde aquí a caballo hasta Cuenca o Loja; caso contrario habría que utilizar los caminos polvorientos de verano, cubiertos de lodazales en invierno, casi siempre solitarios y peligrosos, por donde el trayecto era obligatorio a "lomo de bestia", pues el transporte colectivo aún era inexistente. Al respecto no tenemos datos precisos, pero sí es seguro que, por cualquiera de las dos opciones, su primera parada ya en suelos en donde debía desplegar su futura actividad, debió ser alguna de las haciendas que dominaban los sectores de Uchucay, Sulupali, La Unión o el mismo pueblo de Chaguarurco, actual Santa Isabel, capital del cantón del mismo nombre. Además, debemos considerar que el arqueólogo alemán no era el joven que llegó por primera vez a tierras bolivianas, pues en la época contaba ya con 63 años de edad y venía después de haberse quedado sin trabajo en Chile.

Luego de permanecer en Loja por poco tiempo, Uhle se trasladó a Cuenca que seguramente no se diferenciaba en mucho de las ciudades serranas del Perú. Aunque una descripción realizada dos décadas más tarde dice del paisaje social que:

No obstante, el terrible aislamiento en el que ha vivido Cuenca y las demás poblaciones del Azuay, casi todas habían alcanzado cierto grado de progreso... tuvimos la impresión de haber llegado a un país extraño y casi exótico, ya que la indumentaria, el dialecto, la idiosincrasia, las costumbres, la artesanía y las actividades industriales de estos pueblos eran diferentes a las de las demás poblaciones de la Sierra ecuatoriana (León, 1983 [1923], p.23).

Esta era la comarca y la ciudad en donde Max Uhle debió residir en los primeros tiempos, luego de su llegada al Ecuador, bajo la invitación de Jacinto Jijón y Caamaño. La imagen aceptada ha sido aquella en la que vemos al mecenas que pagaba los trabajos del arqueólogo alemán, a fin de realizar investigaciones arqueológicas en el austro del país. Particularmente en la provincia de Loja de la

Lámina 13



Cerro Narrio en 1941. Collier y Murra. (12)



Jacinto Jijón y Caamaño, su esposa y su hijo, en 1923 (13)

cual, a más de los escasos datos etnohistóricos disponibles, casi no se tenía conocimiento de su poblamiento antiguo, peor de sus formas de organización social, cultura y demás. De paso debía despejar las dudas que sobre la ubicación de la Tomebamba Inka, se habían establecido en el Ecuador e incluso en el norte del Perú.

Dejada de lado la idea generalizada sobre la generosidad de Jijón y Caamaño, en calidad de mecenas, algunas dudas se ciernen sobre el tema de las relaciones personales entre los dos sabios que no duraron mucho tiempo. De hecho, se produjo el rompimiento pocos años después de su llegada y de haber recibido los estipendios necesarios para solventar su estadía y los trabajos de investigación.

De suerte que queda mucho por andar a fin de despejar los complejos momentos que vivieron ambos investigadores, pudiendo señalar que la estadía de Uhle en el país no fue del todo fácil. Francisco Febres Cordero, pariente directo del acaudalado investigador quiteño dice por ejemplo que, en 1919, éste "contrata a Uhle" (2016, p.165), afirmación que al provenir de un periodista serio como es el autor citado, plantea algunos problemas. En efecto, es sabido que Uhle instaló en ciudades como Cañar, un pequeño letrero junto a la entrada del modesto hotel en donde se hallaba alojado cuando investigaba el cerro de Narrío, el mismo que decía "se compra arqueologías" (comunicación personal del Dr. Ezequiel Clavijo en 1976). Con esta misión había ingresado a Bolivia por encargo del Museo de Berlín y lo propio haría en Ecuador, al menos en los primeros años de su estadía. Uhle subraya en esos años el estado de cosas que se vivía con relación a las piezas arqueológicas compradas o donadas a instituciones y gobiernos extranjeros.

Esto significa que el arqueólogo alemán, a más de entregar las poquísimas piezas o, mejor el material fragmentado que fue objeto de sus recolecciones en determinados sitios, más otros que fueron producto de sus excavaciones, al parecer nada sistemáticas y que en el caso del austro serrano no reportaron mayor cosa, debía conseguir objetos arqueológicos mediante la compra en sitios específicos como la ciudad de Cañar, para alimentar así la colección privada que Jijón y Caamaño había comenzado a construir en su ciudad natal. Se justificaría entonces el hecho de haber contratado la presencia del

investigador alemán, más allá del interés científico de sus trabajos en distintos puntos del país.

Igualmente, surge la interrogante en referencia a las posibles distancias que pudieron observarse en términos políticos y sociales entre Max Uhle y Jijón y Caamaño. Este último de extracción social alta y pensamiento derechista, organizó y le dio vida al Partido Conservador Ecuatoriano, luego de su afiliación, al tiempo que mantenía posiciones progresistas frente a los indígenas y los obreros. Pues creó la primera Asociación Obrero Juvenil, apoyado por la Iglesia Católica en prevención del naciente movimiento obrero de ideas socialistas, que había tenido ya su bautizo de sangre en Guayaquil, en 1922. Francisco Febres Cordero, consigna los siguientes comentarios que fueron transmitidos, sin duda, a partir de esa suerte de herencia oral de tipo familiar y que el periodista reproduce un poco con acento novelesco, involucrando fundamentalmente a la esposa del aristócrata, Doña María Luisa Flores Caamaño, su prima, cuando le incrimina diciendo:

Su relación con Max Uhle, por ejemplo. Aparece clara, transparente, sin recovecos: usted lo invitó, pagó su estadía, él hizo sus excavaciones, rindió informes, le entregó las piezas encontradas, y se marchó en santa paz... ¿Usted le hizo un préstamo a Uhle por un alta suma de dinero con el que se marchó de vacaciones a Alemania, pasó allá algunos meses y después, al momento de pagarle, no lo hizo? ¿Es cierto que Uhle afirmó que había entendido mal y que ese dinero lo había entregado usted como regalo y no como préstamo?

Mientras le reprocha a Uhle: "¿Qué tiene usted que andar opinando sobre las actividades *privadas o públicas* de mi marido? Usted no es más que un sirviente de Jacinto...No vuelva a entrar aquí" [se refería al palacete llamado La Circasiana, residencia de la familia Jijón y Caamaño-Flores] (2016, p. 137).

En tanto que sobre el comportamiento de Uhle poco sabemos, pues, aunque había visto de cerca y en calidad de científico la realidad de explotación y miseria en la que estaban sumidos los indígenas

andinos, fue criticado igualmente por su apego a las tesis que ya se habían consolidado en Alemania, desde su visión ultranacionalista y de dominación del mundo. Puntos que quizás incomodaban o chocaban entre sí, pues el primero giraba en torno a un pensamiento progresista, cierto, pero dependiente con sumisión a los dictámenes de la Iglesia Católica; mientras que Uhle, poco sociable, vivía más en el campo y la soledad de sus reflexiones, pero no exento de los acontecimientos que determinaban el inicio del fin del colonialismo europeo y las promesas de un nuevo orden mundial. Un texto publicado por Stefanie Gänger apunta a la visión del arqueólogo en relación a lo que ocurría por entonces en la Alemania de 1936, a las puertas del inicio de la Segunda Guerra Mundial:

Años más tarde, en 1936, encontrándose en Alemania, Uhle prometió en una carta dirigida a Adolf Hitler -quien lo había honrado por sus méritos académicos- que iba a seguir trabajando, en el nuevo "Reich", 'para los ideales egregios de la ciencia alemana, que abraza al mundo'. La prehistoria americana, afirmó, le debía mucho a la erudición alemana (2006, pp. 80-81).

Se trata sin duda del período que sigue a su viaje a Europa, el mismo que habría dado origen a los reproches a los que fue sometido Jijón y Caamaño por parte de su esposa, dejando ver igualmente con claridad la posición asumida por Uhle en relación al Nacional Socialismo y, desde luego, al rol protagónico desempeñado por los alemanes en ciencias geográficas, sociales e históricas como la etnografía, la antropología o la arqueología. Contrario a estos hechos, no hay que olvidar que el alemán había dado muestras de ser un ferviente defensor del patrimonio arqueológico, situación que le puso fuera de las fronteras de Bolivia, cuando denunció la destrucción de los monolitos de Tiwanaku empleados como polígonos de tiro por el Ejército de ese país. Opción distinta del supuesto con el que veía a los cañaris en particular de la provincia del Cañar, cuando afirmaba que:

La gente del Cañar es lo más mentirosa que conozco, más mentirosa que los bolivianos. Los bolivianos mienten por interés, los cañaris en forma completamente desequilibrada, sin interés, sin método, sin objetivo ninguno. No se los puede creer en la más mínima cosa, especialmente al vulgo. Pero hay también entre la gente, que miente, no se sabe, si por gusto, o por cualquier otra cosa, sin consideración perjudican los intereses del otro muy severamente. En el negocio no hay que creer a la gente común ni la más mínima cosa, son perfectos trampos, ni parece que conocen el valor de la verdad. ¡Cuánto trabajo habrá traído el Inka con esta gente tratándoles! (Oyuela-Caicedo y otros, 2010, p. 365).

Algo que nos lleva a pensar que su visión, como la de muchos investigadores europeos, no estaba dirigida al indígena contemporáneo, sino a una suerte de espacio casi vacío sobre el cual se estudiaban sus huellas. Mientras que lo mestizo, esa mezcla híbrida de indios y españoles ignorantes que ya no contaban en la historia reciente, solo quedaba para los epítetos. Había que desconfiar, pues eran además los que gobernaban los países andinos y de la América hispana. No queda claro entonces, si Uhle trata por igual a los indígenas del Cañar y a los mestizos urbanos que habitan la capital de la provincia, puesto que no los menciona de forma separada.

3 Las investigaciones de Max Uhle en el sur del Ecuador

Existe una clara diferencia entre el texto que Uhle dejara sobre Tomebamba, presentado en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, sobre lo que él denominó *Los Palacios de Huayna Capac, El Templo de Viracocha* y el plano general de Tomebamba, publicado posteriormente en 1923 y el resto de artículos que aparecieron sobre todo en el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*. En el primer caso, contamos con textos ordenados y con una clara metodología que se refleja en el seguimiento de las distintas etapas de su investigación, que contrastan con los demás artículos sobre la región, desde Tambo Blanco (Provincia de Loja), hasta Narrío (Provincia del Cañar): adolecen de un ordenamiento pre establecido, mezclando las evidencias y su designación. Así, por ejemplo, sobre el mismo sujeto descrito, a veces se refiere como tumbas y en otras como pozos de ofrenda. Nos lleva a pensar que se tratara de textos que evidencian ser quizás sus notas de campo ligeramente arregladas, además de que, salvo en Tambo Blanco, Chaulabamba y Narrío, se publicaron las observaciones y testimonios de terceros hechos sobre el terreno, sin un respaldo basado en sus propias excavaciones que debieron realizarse de manera sistemática.

Sobre lo último, Dominique Gomis señala en su tesis para la obtención del doctorado en Arqueología (2019) que, durante su permanencia en estos lugares, Uhle fue propenso a tomar los testimonios, especialmente de los huaqueros, casi al pie de la letra, por lo que sus escritos adolecen de fallas continuas en su consistencia.

¿Podemos atribuir esta característica al hecho de que nuestro personaje realizaba, él mismo, los distintos trabajos, incluidos los levantamientos planimétricos y que por ello no existen pormenores ni la secuencialidad que exige un informe arqueológico planificado, más aún si tomamos en cuenta la rigurosidad en el orden y el detalle con que formaban a los estudiantes y lo siguen haciendo las universidades alemanas?. Al respecto, sabemos que en Cuenca siempre estuvo acompañado por un indígena, que era quién limpiaba los muros y realizaba alguna excavación menor, como veremos más adelante. Igual ocurrió en Tambo Blanco, posiblemente con la ayuda de los indígenas de la comuna ahí asentada; en Chaulabamba en donde una foto muestra la excavación de un pozo que sin duda no fue obra física del arqueólogo, pues en esa época era normal que estos personajes, impecablemente vestidos, con terno y corbata, no intervinieran más que para dar órdenes, sin tocar siquiera la tierra.

Pero, si esta es la causa de la diferencia entre *Las ruinas de Tomebamba* frente a las *Influencias Mayas en el Ecuador* o las *Sepulturas ricas de oro en la Provincia del Azuay* ¿por qué este divorcio a la hora de la revisión de las notas que se publicaron?. Es decir, aspectos que quizás indican una cierta fatiga intelectual o simplemente los efectos de una larga estadía en la región, que no era la más placentera, aunque sobre el tema no tenemos más que simples conjeturas.

De todas formas, sus investigaciones de 1919 comienzan en la provincia de Loja, luego Cuenca y posteriormente las provincias del Azuay y Cañar, en una secuencia por nosotros organizada y que va de la siguiente manera:

Provincia de Loja: Chinguilanchi, Tambo Blanco y Vinoyacu

Sin duda en las notas o diarios de campo de Max Uhle o como parte de la correspondencia que mantuvo especialmente con Jacinto Jijón y Caamaño, se deben encontrar referencias a varios sitios arqueológicos visitados durante su permanencia en la provincia sureña. Pero en concreto, sólo se publicaron dos de ellos, de manera muy sucinta. En lo que respecta a Chinguilanchi, el texto que sigue y que se halla inserto en el estudio *Influencias Mayas en el Alto Ecuador* describe las principales características del lugar:

En Chinguilanchi, cerca de Loja, se descubrió, a 80 centímetros debajo de la superficie presente, un piso de tierra blanca, con 11 metros de largo y, más o menos, 4 de ancho. A dos metros de distancia de su borde Sur se observó en el piso mismo una mancha cuadrada roja de 88 centímetros de ancho y otro ojo blanco excéntrico (distancia 7 centímetros de dos de sus lados) en una extensión propia ovalada de 45 por 48 centímetros adentro. La tierra blanca del ojo y la roja del cuadrado presentaban, en su corte vertical, la apariencia de sectores de 5 y 8 centímetros de altura. Evidentemente, se trató, en este caso, de uno de los altares usados en el período [de influencia Maya según Uhle y que, en nuestro caso estaría cotejado con el Formativo Medio, aproximadamente entre el 2.500 y 1.000 a.C.] para el culto. Todo el subsuelo del piso contenía numerosas conchas *Spondylus (pictorum)* votivas rellenadas con mullus verdes, colorados, blancos, de piedra y concha y objetos de otras clases. En varias partes del subsuelo se encontraron también grupos de las diferentes clases de mullus, en estado libre; debajo del altar mismo, un grupo de, más o menos, 40 conchas *spondylus* amontonadas. Otro altar parecido existía, evidentemente, antes en Chaullabamba... (1922, p.4).

Más adelante, Jijón y Caamaño transcribe parte de una carta dirigida por el autor desde Loja, fechada 21 de septiembre de 1919. Un segmento de la comunicación dice:

Texto de Jijón y Caamaño:

Chinguilanchi es una cantera de cal, con tres excavaciones hechas para explotarla, cuyas paredes verticales permiten examinar la composición del terreno [Texto de Uhle:]... Sobre la capa original de piedra calcárea, de superficie y altura muy variable, existe una capa gruesa de arcilla (mergel) y a esa siguen diferentes capas de tierra de distinto color: la superficie de más o menos 1,20 de espesor, es también rica en arcilla. Allí habían los restos de un adoratorio... Bajo el piso de arcilla amarillenta había ofrendas encerradas en conchas enteras de *Spondylus*, agrupadas hasta en el número de ocho, que contenían placas cuadradas, con una perforación central, de albastro, silicato de cobre y concha, y de piezas sueltas de collar; a 7 m del altar había unas trompetas de *Strombus*, dispuestas simétricamente en rumbos diferentes de 89 ó 90 grados (1951, pp.146-147).

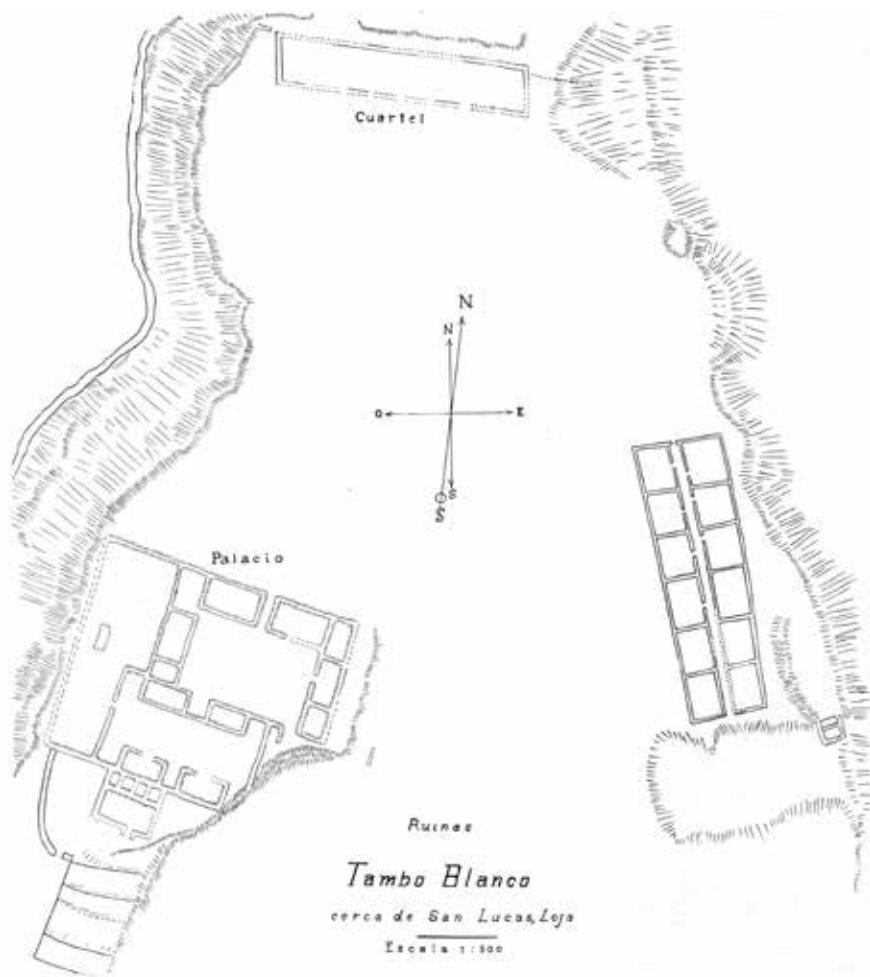
Se desprenden de estos textos dos posibilidades: Uhle excavó el lugar, dadas las precisiones que incluye en los textos respectivos o, recibió información de la persona o personas que lo hicieron. Pues resulta extraño que un hallazgo de tal magnitud se reduzca a lo transcrita y peor aún, que en las planchas que acompañan al artículo no aparezca el material encontrado, por lo cual, sopesando ambas posibilidades, nosotros nos inclinamos por la segunda opción.

Años más tarde, Jorge Marcos recapituló el sitio en una publicación intitulada *Max Uhle y la arqueología del Ecuador: precursor, investigador y profesor* (1998), encontrando los argumentos para, asumiendo una franca defensa a los postulados difusionistas de Uhle, apoyar igualmente su tesis sobre la expansión del comercio del *spondylus* hacia los Andes Centrales, dentro del mismo principio.

Podemos concluir indicando que la disposición del hallazgo y el tipo de material reportado, ciertamente tienen que ver con un espacio sacro con características muy próximas a Chaullabamba y otros



Conchas *Spondylus princeps* y
Strombus galeatus (13,14)
Placa Narrío trabajada en *Spondylus* (15)



Plano de Tambo Blanco, realizado por Max Uhle en 1919 (16)

espacios del Formativo Medio de las provincias del Azuay y Cañar. La presencia de las placas cuadradas con un agujero al centro, que por su descripción serían de calcita, empatan exactamente con otras similares, típicas de las expresiones culturales de Chaulabamba, en donde igualmente se han reportado conchas spondylus y strombus (Gomis, 2019, pp. 310-311). La ruta de ingreso de este material costeño, tanto para el consumo interno como para el comercio a larga distancia, en el caso de Chinguilanchi sería la cuenca del Jubones, antes que la del Malacatos, debido a la mayor cercanía de la primera con las fuentes de abastecimiento.

En el caso de Tambo Blanco, conjunto arquitectónico de origen Inka, éste aparece como un apéndice algo aislado en las páginas de su estudio sobre *Las ruinas de Tomebamba* y es descrito en los siguientes términos:

Estas ruinas mencionadas ya por Pedro de Cieza...son de las más importantes en la provincia de Loja. Su nombre antiguo no se ha conservado. En la región se conocen comúnmente sólo con el nombre de 'La Ciudadela'. Están situadas en la quebrada de Vinojacu, al pie del cerro Acocana [Acacana]... Del pueblo de San Lucas, a una legua al sur-oeste, las separa el cerro Buco (también un estribo del cerro Acocana), en cuya cumbre una fila de casitas inkaicas, usadas posiblemente como depósito, o como alojamiento de centinelas, da frente a las ruinas de Tambo Blanco...Es curioso que las ruinas de Villamarca [¿Ingapirca de Saraguro?], situadas a media legua al norte de Paquizhapa [actual Urdaneta], detrás del morro de Quihuil, repiten exactamente el plano general de Tambo Blanco, con la única diferencia del aplazamiento del tercer

edificio largo al Oeste...Por su excavación [lo que significa que en este sitio sí intervino, al menos en la limpieza de los muros que conservaban una altura visible] se determinó el plano del edificio en la forma como lo muestra el plano N° 6...Las ruinas de Tambo Blanco sirvieron hace unos 25 años de cantera en la construcción de la iglesia de San Lucas (León, [1923] 1983, p.173).

Ahora bien, en un estudio anterior sobre el sitio también inkaico de Dumapara al sur de la provincia del Azuay (Idrovo, 2015), habíamos señalado la constante aplicación de los patrones urbanísticos que impusieron los cusqueños a lo largo del Tawantinsuyu, pero que en el caso del área kañari se ve alterada la norma, apareciendo anomalías como las que vemos en San Lucas. En efecto, es común observar la distribución de conjuntos arquitectónicos como las kallankas, qhollqas, aqllawasis y uzhnus, junto a otros edificios de tipo suntuario o religioso en complejos de tipo urbano, mientras que, en el austro ecuatoriano, los mismos elementos se hallan incluidos generalmente junto al Qhapaqñan, pero en espacios pequeños y próximos a asentamientos de concentración humana de origen local.

Resalta en el plano levantado en 1919, hacia el norte de Tambo Blanco, un espacioso edificio estilo kallanka (Cuartel, según el autor), o lugar de alojamiento para personas de rango militar relativamente importante; igualmente un conjunto de 12 qollqas o bodegas de almacenaje hacia el este (sin identificación en el plano), separadas de dos conjuntos de edificios (Palacio), cada uno con su propia kancha, posiblemente el lugar de vivienda de un grupo de burócratas y quizá incluso de sacerdotes inkas, asentados aquí para ejercer funciones relacionadas con el control político y tributario,

más el ejercicio de rituales y ceremonias propias de la religión solar impuesta desde el Cusco. Aunque de hecho no están presentes ni el uzhnu o plataforma multi usos que debía hallarse en medio del área central del complejo arqueológico a manera de una enorme kancha o lugar de grandes concentraciones, peor el templo solar o qhorikancha que sólo se encuentran en lugares de alto valor político, social, económico y religioso. Esto es, en las ciudades principales que se construyeron en la época y de las cuales los únicos ejemplos en la zona que estudiamos se hallan en lo que fue Tomebamba, hoy Cuenca y Hatun Cañar, conocido en la actualidad como Ingapirca, en la provincia del Cañar.

Uhle, en la única página destinada a Tambo Blanco, no da detalles de los usos que tenían estos edificios, aunque en el caso de la kallanka se aproxima en la identificación de la estructura, que desde luego no es un cuartel, pero está asociado a una función militar. Mientras que en lo que toca a su Palacio, no se indican detalles y quizá ocurre aquí lo mismo que sucedió en Pumapungo, también identificado como el Palacio de Huyna Capac en Tomebamba, cuando los vestigios que ahí se concentran reúnen las características arriba mencionadas pero en una escala mucho mayor, faltando las qollqas que en este caso ocupaban todo un barrio localizado en lo que actualmente es Cullca (o Kollqa), barrio de Cuenca localizado al norte, aproximadamente a dos kilómetros de Pumapungo.

Por último, en el caso de Vinuyacu, también de origen inka y referenciado mediante un levantamiento planimétrico bastante completo, pero cuyo texto no se expresa con mayores detalles, leemos:

La ruina consiste en una sola casa, con dos cuartos y una torre aislados delante de su frente sur [está situada a] unos 300 metros de la quebrada del río San Lucas. Corona una pequeña altura de 30 metros que, como un centinela, se adelanta de los cerros del flanco Este en la quebrada. (...) El tipo de Construcción se parece al de las ruinas de Uduzhapa (León, 1983 [1923], p. 169).

Este último sitio también vinculado con la presencia cusqueña en la zona, se halla al sur de Domapara y muy cerca del límite provincial entre el Azuay y Loja.

Provincia del Azuay 1: Valle del Jubones, Domapara, Sigsig-Chordeleg

Es en esta parte en la que los sitios aparecen mezclados, aunque suponemos que lo que buscaba el autor era señalar un panorama de conjunto dentro de un área extensa, que él supone es en donde se encuentran las huellas del período, cuyos orígenes se remontarían a una época de contactos con los mayas de Meso América. Los datos forman parte de los dos documentos: *Tomebamba y las influencias Mayas*. Proponemos entonces organizar este material de acuerdo al orden sugerido en el título que antecede:

El Valle del Jubones.

De su trabajo *Influencias Mayas en el Alto Ecuador* se extrae:
Valle de Yunguilla y río Jubones:

Alrededor de Chahuarurco: Cahahuarurco mismo (1.600 m.), río Naranjo, Lunduma (1.800 m.); río Rircay, orilla izquierda cerca de su desembocadura en el Jubones (1.000 m.); a mitad de camino entre el río Rircay y las ruinas de Minas, orilla derecha del río; hacia Uchucay en el río Uchucay, afluente del Jubones (900 m.s. El m.) (1922a, p.176).

Los planos denominados: *Valle Yunguilla y Río Jubones*; *Ruinas a orillas del río Jubones*; *Ruinas de Minas en el Valle del Río Jubones* y *Ruinas Ingapirca, Hacienda Sulupali, Valle de Yunguilla* que aparecen como separatas en el trabajo de Max Uhle sobre las ruinas de Tomebamba (León; 1983 [1923]), no son similares a los que en 1912 habían publicado los franceses René Verneau y Paul Rivet como parte de su *Ethnographie Ancienne de L'Equateur*, bajo los títulos de *Chauaururco* (1912, p.106); *Sumaypampa* (p. 109); *Minas* (p.110) y *Uchucay* (p.111), este último original de González Suárez, reproducido en esta obra. Igualmente, los arqueólogos norteamericanos D. Coller y J. Murra publicaron un plano bastante esquemático en el que señalan las tres ubicaciones de los vestigios de Sumay Pampa, en distintos lugares según los autores; esto es, marcando con la letra A la de Verneau y Rivet, con la B la de Uhle y C la que ellos consideraron era la correcta (1943, p.30).

Ambos juegos de cartas representan un importante legado para el reconocimiento de lo poco que queda en la región, puesto que en su mayoría estos vestigios han sido destruidos en el curso de los últimos años. Igualmente este particular pone en claro que el sector fue visitado por el arqueólogo alemán con detalle, puesto que los dos primeros planos ocupan espacios considerables, aunque son menos precisos que los de Verneau y Rivet, pudiendo subrayar lo mismo en referencia a aquellos edificios sobre los cuales se realizaron levantamientos planimétricos, visiblemente sin el empleo de un teodolito, a excepción de las ruinas de Ingapirca localizadas en la hacienda Sulupali, en donde se observa la simetría de los muros, sin duda logrado gracias a una medición bastante precisa y mecánica.

Sobre este conjunto arquitectónico y otros explorados y registrados, leemos en su obra *Las ruinas de Tomebamba*:

El Valle de Yunguilla, en su parte inferior, desde Tacna para abajo en la vecindad de su río, y la orilla de la parte adyacente del río Jubones, contiene varias ruinas, en parte de origen indígena, en parte inkaicas (...). Restos de una antigua ciudad inkaica no existen. Ni hay continuidad de construcciones, ni casi edificios de los Inkas. Los extensos vestigios de obras que, sin embargo, existen, examinados de cerca se reducen a indicaciones de antiguos trabajos de agricultura por largas filas de piedras que separaban, casi siempre paralelas, camas muy largas, en partes pequeñas y cuadradas, de diferente nivel, unas de otras. Las famosas ruinas de Minas se componen de esta manera de sólo de una falda de cerro sometida a la agricultura por la distribución de la pendiente entre once camas largas y algunas cuadradas, todas completamente horizontales. Restos extensos de canal por el cual se condujo el agua de partes superiores del río Minas a estas chacras se han conservado visibles hasta el día en las partes superiores del cerro.

Todas estas obras tuvieron por autores a los Inkas, quienes trataron de desarrollar de esta manera las riquezas del país, tanto en su propio interés, como el de los indígenas...

Los Inkas fueron, además, los autores del camino marcado por piedras...Tenía este camino una anchura variable de tres a cinco y medio metros (León, 1983 [1923], pp.194 -195).

Lo que no deja de ser exacto en relación a la escasa presencia inka en la zona, sobre todo por la ausencia de evidencias arquitectónicas, tal como lo comprobamos en una prospección que realizamos de todo el cantón Santa Isabel (Idrovo, 2005, 2006 y 2011), con la presencia de una sola estructura rectangular descubierta, de clara filiación inka, junto al camino mencionado por Uhle.

Mientras surgen numerosas dudas en torno las instalaciones de tipo agrícola referidas, porque si el área, tal como lo afirma el propio autor, no tenía "ni casi edificios de los Inkas", ¿cómo suponer entonces que semejantes obras se hayan construido bajo su mandato si su presencia parece haber quedado invisibilizada? En tanto que las ruinas de Minas y otras, o bien pertenecen a un período anterior a las últimas décadas del siglo XV y ya estaban abandonadas en tiempo de la ocupación Inka o, simplemente sirvieron como infraestructura para los funcionarios cusqueños que reglamentaban el orden político y religioso, cuidando en lo económico de la tributación de todo el valle en donde señoreaba Kañaribamba, una de las capitales kañaris.

Finalmente ¿cómo concebir tierras de cultivo mediante un sistema de cercados con muros de piedra en las cimas, trayendo el agua de distancias considerables, si por debajo de los cerros, a poca distancia corren el río Jubones y otras quebradas con amplias orillas propensas para el riego directo? Condiciones adicionales que pueden sugerir que, si bien Max Uhle estuvo en todos estos lugares, sus observaciones no contaron con el apoyo de un examen más minucioso a través de excavaciones, incluso si las mismas eran de poca monta.

Como característica principal en torno a la arquitectura, el científico alemán precisa que se hallarían en todo este espacio, al igual que en las provincias de Loja, Cañar y el resto del Azuay, edificios construidos con material pétreo proveniente de los ríos, tipo cantos rodados, con graderíos laterales en las faldas de los cerros en donde están asentados. Prosigue: "Ninguno de los períodos subsiguientes de la región hasta el último de los Kañaris y de los Inkas parece, igualmente, haber legado restos de tales construcciones" (1922a, p. 4). Afirmación que tiene mucho de cierto, puesto que en los períodos que le siguen al Formativo Medio y Tardío de la región, la piedra ya no es necesariamente de río, pues hallamos rocas de distinta naturaleza y siempre con retoque en la cara que se ubica en los paramentos exteriores de los muros. Continúa el texto:

En la hacienda Huchucay quedaron de este período cinco montículos de tierra con unas pocas piedras adentro. Tienen un diámetro que varía de seis a diez y siete metros [de diámetro, puesto que son de forma circular] y diversas alturas, desde medio metro hasta un metro y medio (fig.5). Posiblemente soportaban viviendas...Iguales fundamentos [cimientos] de un edificio del período se nota todavía sobre el suelo en el lado derecho del río Jubones, entre el Rircay y Minas (1922a, p.4).

Los cuales se hallaban aún a manera de montículos de poco más de un metro de altura, hasta hace algunos años, pues fueron registrados por nosotros. En lo que tiene que ver con el material alfarero y piezas con distintos usos, tanto domésticos como suntuarios y/o religiosos, poco se puede opinar, pues, la descripción de vasos, ollas, platos, fuentes, tazas, copas, botellas y cántaros, se concentra en mostrar el corpus en general del período identificado por él como *mayoide*, con la inclusión de determinadas piezas que harían relación a semejantes mesoamericanas. Así:

un dibujo original [que] representa la cabeza en perfil de un Dios-Calavera en estilo maya (...) La forma de los jaguares agachados recuerda el dibujo costarricense de origen maya (...) las cabezas de animales con labios enrollados hacia arriba tienen en este detalle semejanza con el dibujo de Copan (1922a, pp. 8, 17-18).

y otros ejemplos. Igual cosa ocurre con el resto de materiales, tanto utensilios, objetos de piedra, decorativos y más. Concluye el examen diciendo que:

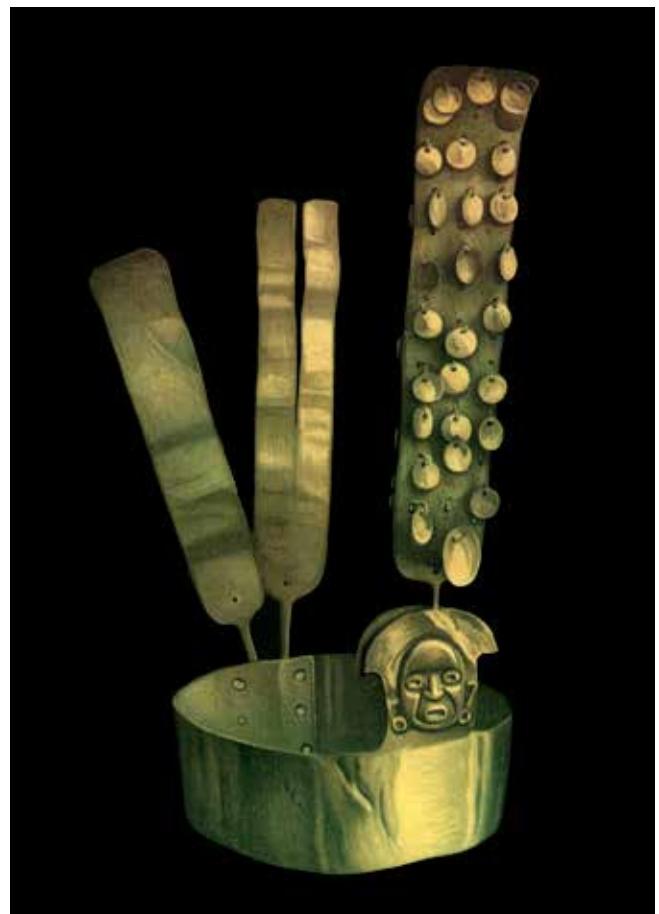
enseñan [las piezas de cerámica] un gran adelanto artístico y técnico (al parecer, sin uso simultáneo de moldes) en la aplicación de la alfarería para la formación de los vasos figurativos, que nos hace aparecer a esta gentes casi en el mismo grado de cultura que en el Perú los protochimus [que en este caso se trataría de los mochica, desconocidos como tales en esa época], los representantes de la mejor desarrollada de las civilizaciones sudamericanas y al mismo tiempo, en su forma artística como muy parecidos (1922a, p. 15).

Otro plano dibuja los vestigios de Dumarpa, localizados al sur de Nabón y junto al Qhapaqñan, sobre los cuales el cuencano Francisco Talbot, otro de los miembros del "Grupo de Cuenca", ya había trabajado años atrás (1916) realizando un estudio preliminar, bastante completo en la descripción de sus componentes, a los que acompañó con varios planos y dibujos realizados con relativa exactitud. Nosotros regresamos al sitio cien años más tarde y pudimos aseverar lo que Talbot propuso (Idrovo, 2015), mediante una campaña de excavaciones y restauración monumental, concentrada en el área de las kallankas.

Por su parte, Uhle, que pudo estar de paso por el lugar siguiendo el camino troncal inkaico, señala que:

Las ruinas de Dumarpa entre Cochapata y Nabón consisten en su mayor parte en una serie de galpones grandes de origen cañar, diseminados irregularmente por una pampa bastante extensa. Al lado de estas construcciones, en su punto más septentrional y en el mismo camino de los Inkas de Cuenca a Quito se implantó una casa incásica reproducida en el plano. Estaba dotada de agua, por un canal muy artificial conducido de una laguna situada más arriba en el Este (León, 1983 [1923], p.178).

De este comentario nosotros concluimos que el sitio no es kañari sino enteramente inkaico, al menos en la parte monumental; y pese a que guarda un patrón de ordenamiento de los conjuntos arquitectónicos, resulta anacrónico en relación al modelo que se implantó en el resto del imperio; así se señaló en páginas anteriores y en el libro sobre nuestra intervención en Dumarpa (2015). Además, la escueta descripción sólo menciona los galpones que pueden ser interpretados como las qhollqas del sitio. Se incluye un plano parcial del complejo en donde consta una parte mínima de los edificios localizados al otro lado del Qhapaqñan y frente al conjunto de las kallankas, sin mencionar estos edificios ni las qhollqas muy similares a las de Tambo Blanco, que en este caso incluye a un costado otro conjunto de estructuras, posiblemente ocupado por burócratas inkas que administraban las bodegas de almacenaje. La identificación de las estructuras dibujadas como una *casa incásica* parece ser acertada, pero en este caso tampoco identifica una espaciosa estructura contigua que nosotros la tenemos como una kallanca lateral de mayor tamaño que la que presenta su investigación. Dadas las fechas de publicación del trabajo de Talbot y del autor que analizamos, todo parece indicar que se trata de una copia del primero, poniendo en duda incluso su paso por el sector, ya que el monumento no está realmente descrito ni interpretado funcionalmente, como es el caso de otros complejos arqueológicos.



Fotografía de Muro de piedra en Yaver, Chordeleg, Provincia del Azuay. (17)
Corona de Oro Laminado, encontrada en el Cantón Sigsig en 1906. Ilustración de Rudolf Cronau, para el artículo de Marshall Saville (1924). (18)

Más detallada resulta en cambio la arqueología de Sigsig y Chordeleg, aunque de todo este territorio no tenemos plano alguno que represente sus monumentos arquitectónicos y de otra naturaleza, que no faltan. El texto que mejor recoge los materiales y en general la arqueología de la región nororiental de la provincia del Azuay, se encuentra sin duda en su corto artículo sobre las *Sepulturas Ricas de Oro en la Provincia del Azuay* (1922b). En términos generales subraya:

Una de las cosas más notables de la provincia del Azuay son los grandes hallazgos de oro que se han hecho en varias partes, hace ya muchos años, especialmente por huaqueros (...) [Los puntos más famosos han sido] toda la región de Chordeleg (desde 1899); la cumbre del cerro Tari (3.145 msnm), cerca de San Juan y la falda oeste del cerro de Cojitambo [en la provincia del Cañar, muy cerca de Azogues]... los dos cerros de Chordeleg, el Chaurinji y el Llaver... el cerro Musmus, al sudeste y, a poca distancia, al Oeste, Callasa; el cerro Cazhalao y el plan de Nieves, al sur del cerro Chauriji; Ucur y Zhiu, más allá; en Sigsig había sólo doce de tales sepulturas; pero estas muy ricas, más o menos una cuadra más abajo de la calle Corral del pueblo...[sigue una larga lista de puntos más] (Uhle, 1922, pp. 108-109).

De los depósitos de piezas de oro, se distinguen dos clases: "sepulturas con cadáveres, o lugares de ofrenda" (Uhle, 1922, p.109). La descripción de estos pozos es bastante detallada y fue el fruto de la información dada por los propios huaqueros y testigos directos de los hallazgos. Los describe cilíndricos o cúbicos y cuando se trata de tumbas con tapas de piedra, ubicadas en cementerios

o formando pequeños grupos, rara vez aisladas, algo que resulta muy importante en el entendimiento de estos pueblos; pues difieren los modelos funerarios de aquellos estudiados en el período de las influencias mayoídes y quizás también se presentan las evidencias de un esquema de organización social más concentrado, con aldeas y centros religiosos bien identificados. Igualmente precisa que mientras más ricas son las sepulturas, mayor es su profundidad, en tanto que:

La riqueza de los pozos de oro [¿tumbas o de ofrenda?], era, generalmente, muy grande, muchas veces inmensa... Algunos pozos eran quintaleros [expresión empleada por la gente del lugar], como en Musmus y Ucur. Un pozo de Sigsig contenía 44 libras; otro, más de dos quintales de oro (Uhle, 1922, p.110).

Dos cuestiones son de mucho interés especial en conexión con los hallazgos de oro de aquellas sepulturas: la del origen natural de los metales en aquellos objetos aprovechados y la de los períodos y de las civilizaciones que fueron los autores de entierros tan ricos. El oro proviene de los lavaderos del río Santa Bárbara... La procedencia del cobre está todavía ignorada... Al período Tiahuanaco ha de atribuirse una parte de las sepulturas ricas de Chordeleg, por una placa de oro y un aparato de juego de chonta y vestido de plata, ambos originarios del período Tiahuanaco, reproducidos de Chordeleg por el Sr. González Suárez... (Uhle, 1922, pp. 111-112).

Lo que significa una clara distinción dentro del esquema diffusionista de Uhle, con una etapa en donde se engloban los

hallazgos de Chaullabamba, Narrío, Huangarcucho e incluso Chinguilanchi dentro de las influencias mayas mesoamericanas y, por otro lado, más tardía, esta región del Azuay como portadora de una herencia desde el lejano Tiwanaku, en Bolivia.

Queda claro igualmente que fue la propia geografía nororiental de esta provincia, la que suministró el material aurífero para la construcción de tantas y variadas piezas, desconociendo la procedencia del cobre que, sin embargo, contrario a lo que sucede con el período anterior que no cuenta con piezas trabajadas en este metal, ya está presente en la zona de Sigsig y Chordeleg.

Descontado el trasfondo ideológico de los postulados históricos con los que se interpretaba el mundo a comienzos del Siglo XX, ya en la actualidad, con mayores datos y mejor informados, nos atrevemos a señalar un origen local en los desarrollos culturales de los pueblos que en este caso los denominamos proto kañaris, no sin antes consignar la existencia de una red de contactos con direcciones múltiples y en el sentido de ida y vuelta; así se habrían dinamizado las relaciones inter étnicas antiguas. Para el caso de las ricas tumbas estudiadas, de las cuales solo han sobrevivido los relatos y algunos dibujos de las poquísimas piezas que sobrevivieron a la barbarie e ignorancia de quienes las descubrieron, dejamos en claro la proximidad de este período inscrito en lo que se llama en el Ecuador, los desarrollos regionales (más o menos entre el 500 a.C y 500 d.C) con las áreas culturales del norte peruano, en particular con las expresiones de los pueblos Mochica (Idrovo-Gomis, 2009), al igual que con la costa central y sur del país, la región serrana al norte del Nudo del Azuay, más el sur de la Amazonía ecuatoriana.

Provincia del Azuay 2: Los trabajos en Chaullabamba, Huangarcucho y Tacalshapa

Por testimonios fotográficos, sabemos que Max Uhle excavó en Chaullabamba y otros sitios localizados a pocos kilómetros al norte de Cuenca, en la línea del río del mismo nombre, que más adelante se transforma en el caudaloso Paute, con cauce hacia el este. Con el auxilio de peones puestos a su disposición, que no debieron ser más de uno o dos, recuperó algún material que luego se complementó para su estudio con piezas provenientes de pequeñas colecciones existentes en Cuenca. Hecho que nos permite comprender el por qué son analizados numerosos fragmentos de alfarería y piezas en diversos materiales que se incluyen además con las respectivas ilustraciones, en su obra *Influencias Mayas en el Alto Ecuador*, tantas veces mencionada. Veamos a continuación lo que se consigna a propósito de los sitios y el material disponible:

Región Cuenca:

Orilla derecha del río Cuenca, desde Chaullabamba (12 km. de la ciudad) hasta la hacienda de Huangarcucho; altura 2.400-2.350 msnm; algunos restos también en el cerro de Huahualzhuma (más de 3000 m de altura); hacienda Sra. Marta, orilla izquierda del río de Azogues, afluente del río Cuenca; enfrente de la hacienda de Monjahuaco; haciendas El Carmen (y Cahuazhun). Orilla derecha del río Cuenca, 2.200 msnm; sepulturas también en la hacienda Bulcay... parece que los restos de la civilización [mayoide] en el curso inferior del río Cuenca por Paute a Pindiliq y Taday (1922a, pp. 2-3).



Botella antropomorfa Cultura Chaullabamba (19).
Estatuilla de cobre zoomorfa que representa un felino,
Cultura tiahuanacoide del país Palta y del Cañar. (20)

Más adelante prosigue una serie de análisis como: "En varias partes –Chaulabamba, Huangarcucho, El Carmen- se encuentran en el suelo, dejados por esta civilización, cimientos, formados, generalmente, de piedras de río, que como fundamentos [cimientos], indican todavía la traza de sus edificios antiguos" (1922, p. 15).

Algo que igualmente fue reportado por Dominique Gomis (2019) y por Grieder y otros en 2008. Asimismo, comparando el altar de Chinguilanchi sugiere la presencia de otro parecido en Chaulabamba: "una excavación de 4 metros de hondura, y de más de 10 metros de extensión en la superficie, había sido rellenada desde 3 cuartos a 2 y medio metros para arriba con piedras de río" (Uhle, 1922, pp. 3-4). Entre el material cerámico destaca: "Una botella bastante artística, pero de tipo extraordinario [que] es la figurativa reproducida en (fig. 76). Se sacó junto con una olla (fig. 38) y la fuente (fig. 46), que cubría, como un gorro, el cráneo del muerto de una tumba en Huangarcucho" (Uhle, 1922, p. 14).

Debiendo anotar que, al parecer estas piezas o al menos la primera que representa un personaje con un enorme instrumento batiendo el contenido, posiblemente chicha, de un enorme recipiente globular, fueron adquiridos para la colección de Jijón y Caamaño, ya que la primera se halla en dicho Museo de la ciudad de Quito. También incluye un tipo de ceramios que él les llama teteras, "representado por dos tubos cortos (uno de Chaulabamba, fig. 76A, y uno de Narrío) que tenían una posición lateral en un vaso formado como fuente" (Uhle, 1922, p. 14), que no aparecen en las láminas y que quizá reposan igualmente en Quito.

Describe seguidamente un cuerpo considerable de rodelas de cerámica trabajadas a partir de fragmentos de piezas rotas y que servían como pesas para el hilado o fusayolas y, por lo mismo, con una función ligada a la producción textil, pues son abundantes en el área y sobre todo en las excavaciones de Gomis y Grieder, lo cual marca un punto de interés sobre la importancia de los tejidos en estas sociedades.

Cita por igual la presencia de una serie de sellos redondos de arcilla, grabados en su cara exterior, los cuales a decir de Dominique Gomis (2007), representan una clara muestra de los contactos con los pueblos de Chorrera, localizados en la costa ecuatoriana y posiblemente también, por extensión, con la costa norte peruana, aunque este particular estaría aún por discutirse, pues en general se trataría de un material de fabricación y autoría local. Uhle propone como segunda opción la posibilidad de que se trate, "incluso de brazaletes", dado el diámetro que alcanzan (Uhle, 1922, p. 18). En fin, estamos frente a un repertorio de esculturas con representaciones antropomorfas y zoomorfas, objetos pequeños de carácter decorativo, planchas cuadrangulares pequeñas y figurativas como las encontradas en Chinguilanchi, cuentas de diversos materiales, formas y representaciones, utensilios, objetos de hueso y asta de venados, hachas de piedra e instrumentos relacionados con la agricultura, más otro tipo de piezas que son un ejemplo de la variedad de productos elaborados por sociedades altamente especializadas y complejas.

Se incluye un tablero de piedra que en la actualidad es interpretado como un contador o taptana, hallado en una sepultura en Huangarcucho, cuyo uso se extiende hasta la llegada de los inkas; pero que queda respaldada como originaria del Formativo, debido a otros hallazgos más o menos similares que se han reportado en Pirinkay, otro sitio importante del cantón Paute en la provincia del Azuay, que no fue visitado por el arqueólogo alemán.



Pieza Cupisnique encontrada en El Descanso. (21)

Por último, hay que consignar su preocupación por las conchas marinas que encuentra casi en todos los depósitos y sitios visitados, con lo cual el científico europeo se anticipa a una serie de hipótesis que se desarrollaron en la segunda mitad del Siglo XX y que, poco a poco, han ido demostrándose en torno a los vínculos entre dos regiones: el norte peruano y el sur ecuatoriano, más el intenso comercio practicado desde épocas más tempranas. De ellos dice:

En Chaulabamba, por ejemplo, recibían de la Costa pacífica vecina grandes cantidades de conchas marinas, como ostras, varias clases de pectén [¿?], almejas, mytilus, caracoles de varias clases y otras conchas aún no determinadas; además, narvales (como muestra un cráneo de 11 centímetros de largo de esta clase, fig. 129) [lámina inexistente], y varios pescados de tamaño mediano, de los que han quedado en el lugar diferentes huesos y vértebras, como también la espina de una raya marina. El gran número de tales restos en el lugar hace opinar que gente emparentada y de la misma civilización vivía en la costa vecina, proveyendo a sus parientes en la Sierra, regularmente, con los productos del mar que querían (Uhle, 1922, p. 31).

Concluiremos señalando que en el año de 1946 Wendell Bennett, arqueólogo americano, siguiendo las pistas de Uhle trabajó en dos sitios próximos a Chaulabamba, esto es, Huangarcucho y Monjashuaico. Provisto de una mejor comprensión del manejo de los materiales, especialmente de la cerámica fragmentada, realizó una seriación del mismo, obtenido mediante excavaciones con capas artificiales de 50 cm de profundidad cada una, sistema que sabemos ahora, destruye definitivamente la estratigrafía cultural de un sitio.



Área arqueológica destruida en Cerro Narrio en 1941. Foto Collier y Murra. (22)

Pese a ello, los resultados alcanzados mediante esta metodología, generaron un ordenamiento temporal diferente a lo construido durante años, lo que lo alejaron de aquello propuesto por el alemán.

Provincia del Cañar 3: Narrío

Sin mayores comentarios, puede afirmarse que Narrío es uno de los asentamientos neolíticos más importantes de la antigüedad ecuatoriana, incluyendo su condición de gigantesca necrópolis, saqueada y destruida, especialmente a partir de las décadas finales del Siglo XIX e inicios del XX. Su fama hizo que pronto, Uhle ponga los ojos en el lugar, trasladándose hasta la ciudad de Cañar ubicada en las faldas del cerrillo de forma redonda y ocupada por la comunidad indígena de Quilloaq, aunque el mismo ya había sido comentado por su amigo Stübel a su paso por la sierra sur del país. Debiendo enfatizar además que, si nos referimos al tipo de los asentamientos, la arquitectura, los enterramientos y los materiales culturales aquí encontrados, en poco varían, desde la perspectiva de 1922, con relación a aquellos de Chaullabamba y los demás sitios del Formativo del Azuay.

Por esta razón nos concentraremos en los resultados que obtuvieron Augusto Oyuela-Caycedo (2012) y otros investigadores al revisar el tema: Cerro Narrio y Max Uhle, pues se preguntaron sobre el descubrimiento del sitio, la explicación mayoide de los hallazgos y cómo se desarrolló su trabajo. Comienza este artículo en torno a lo que manifiesta el propio investigador alemán sobre el pillaje colectivo que desde la ciudad de Cañar había estado presente ya en 1914, aunque una descripción de Adolph Bastián de 1875 habla de Nario (Narrío) con "montículos de entierros" (Oyuela-Caycedo, 2012, p. 360).

En torno a la primera demanda, los estudiosos de este capítulo sobre Uhle, afirman que, "Su recorrido se limitó a caminos bastante circulados y a visita de haciendas de relativo fácil acceso. El conocimiento local de la huaquería fue otro componente importante para el hallazgo de sitios" (Oyuela-Caycedo, 2012, p.362). Sobre la segunda pregunta, sostienen que esta hipótesis no era suya, pues

tenía sus raíces en el propio González Suárez. Ante ello, debemos responder que el diffusionismo como tesis latente en el origen mayoide de las expresiones culturales formativas de la sierra sur del Ecuador, era por igual el punto de partida para cualquier interpretación sobre el desarrollo histórico de las llamadas culturas inferiores, que en el siglo XIX y comienzos del XX, siempre fueron comparadas con aquellas llamadas mayores. Esto es, cuando las ciencias sociales como la etnografía y la antropología estaban en pleno proceso de estructuración. Además de que Uhle, ya había tenido un largo tránsito en la formulación de un esquema evolutivo para Los Andes que incluía la presencia de lo Tiwanaku y Proto Chimu o Mochica actual, desde su larga estadía en el Perú, por lo que no necesitó del apoyo del historiador y mucho menos si el mismo era ecuatoriano.

Por último, el tercero y más delicado cuestionamiento surge en torno a cómo realizó su trabajo y su metodología, pero poco se aclara en el artículo que comentamos, salvo algunos datos que nos permiten inferir que Uhle en realidad no excavó nunca. Como habíamos señalado inicialmente, su estancia en esta parte de la sierra austral del Ecuador se concentró en la visita de sitios arqueológicos, casi siempre bajo el amparo de algunos de los hacendados del área que no reunían para nada las exigencias intelectuales de su talla, más la recopilación de información por parte de los huaqueros. En este sentido, un texto incluido en una de las libretas de campo que guarda el Instituto Ibero-americano de Berlín (Libreta Nº131, con signatura N-0035 w 363), permite a los estudiosos del tema sugerir que:

La libreta de campo nos ayuda a ver un Uhle, con frustraciones frente a lo que ocurría, en especial frente a las dificultades que tenía para conseguir artefactos con el fin de incluirlos en la colección de Jijón y Caamaño. En una de sus notas describe su rabia y esgrime con odio su situación frente a los locales, que bien reflejan la distancia entre el arqueólogo y los pobladores locales (Uhle; s.f., p. 364).

De esta forma corroboramos nuestra percepción ya expuesta sobre uno de los objetivos que le trajeron al Ecuador, al ser contratado por Jijón y Caamaño, sobre todo cuando en su estancia anterior en Chile se había quedado sin trabajo, debido a sus exigencias que no



Foto de la casa en la Quinta Pumapungo, tomada desde la "Pampa" por Max Uhle en 1919. (23)

habían sido convenientemente satisfechas. El retorno a su tierra natal, después de la muerte de su mujer y los resultados nefastos para Alemania en la Primera Guerra Mundial, pintaban un panorama adverso para su futuro en Europa.

4. Las investigaciones en Cuenca

El discurso sobre las Ruinas de Tomebamba

Poco sabemos sobre los detalles en torno a la publicación de *Las Ruinas de Tomebamba*, escrito a manera de un largo discurso preparado para los miembros del Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, también conocido como Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca. ¿Corrió su publicación a cargo de los fondos propios de este organismo? ¿Contó con el apoyo del Municipio de Cuenca? o ¿fue pagado por el mismo Jijón y Caamaño?. Sea cual sea el financiamiento de la obra, el empeño desplegado en conseguir este objetivo fue sin duda el esfuerzo de muchas voluntades, ya que, para esos años, solo imaginar su costo y características, debió sugerir toda una empresa quijotesca, que desde luego alcanzó la meta esperada.

Por lo pronto, sabemos que el trabajo tipográfico se realizó en la Imprenta y Encuadernación de Julio Sáenz Rebollo, pero no estamos seguros si incluso la más moderna de las imprentas del país estuviera en condiciones de trabajar el plano correspondiente al Palacio de Huayna Capac, dadas sus dimensiones y porque se trata de un trabajo sumamente esmerado. Así, la inclusión de 13 planos, algunos realizados con bastante exactitud y con la ayuda de un teodolito, tal el caso del Palacio de Huayna Cápac de 1.90 m

x 0.80 cm, dividido en dos cuerpos pegados en el centro, de 0.40 cm x 1.90 m cada uno, más el Templo de Viracocha de 0.93 cm x 0.55 cm, resultan excepcionales para la época, en particular el primero dado su tamaño. Se trata además de una serie de planos muy novedosos en el ámbito de las publicaciones sobre arqueología ecuatoriana. Sobresale también el tipo de documento incluido dentro de un enorme sobre que contiene la publicación y los planos aludidos.

Un número de ejemplares de los que llegaron a la urbe y que no debió ser tampoco mayor, al poco tiempo cayó en el olvido, lo que supone que una vez distribuida la publicación entre los miembros y allegados del Centro de Estudios, autoridades y quizás algunos estudiosos o interesados en el tema, una parte significativa de los sobres con los documentos se archivaron, quien sabe dónde; volviendo a la circulación solo en los años setenta, a través de un librero de la ciudad, cuyo local se hallaba frente al cuartel de Policía. En ese local, nosotros adquirimos uno de los estudios por la suma de cinco sures, al tiempo que observamos todo un paquete con numerosos ejemplares dispuestos a la venta.

Por otro lado, el hecho de que, con algunas correcciones, su impresión incluya varios textos que están en cierta manera fuera del contexto temático, se justifican plenamente porque se mantienen dentro de la línea del interés fundamental. Pues, aparte de la descripción de los vestigios de Tomebamba, estaba también la necesidad de demostrar que era en Cuenca en donde se había asentado la segunda capital del Tawantinsuyu. Entonces, adentrarse en la arqueología del valle del Jubones, asiento de la urbe inkaica según el criterio de Juan de Velasco, al que se sumó tiempo después González Suárez, se justificaba plenamente. Otras referencias a sitios como Ingapirca del Cañar o las ruinas de Tambo Blanco, Ingapirca



Muros de edificios, que corresponden posiblemente a las Kallancas orientales, 1919. Foto Max Uhle. (24)

de Saraguro, Domapara, Uduzhapa y otros sitios, son igualmente de interés, pues están dirigidos a apoyar la tesis de Tomebamba en Cuenca, ya defendida anteriormente por los trabajos de Matovelle, Jesús Arriaga, Octavio Cordero, entre los más importantes, sobre los cuales, Uhle deja sentado su reconocimiento.

Antecedentes al estudio de Tomebamba

Como en toda investigación de un sitio de ocupación antigua, los antecedentes históricos son de suma importancia, puesto que permiten generar un marco referencial de apoyo a los puntos de vista y las hipótesis que se desarrollan y comprueban. Es el caso de las primeras páginas del trabajo de Max Uhle, en el que recoge la información etnohistórica, aún escasa en esos años, pero suficiente para cimentar su esbozo sobre los motivos por los cuales considera la presencia inka en esta parte de los Andes y su decisión de fundar una segunda capital imperial en estas tierras. Recorre así una parte de la geografía de las provincias del Azuay y Cañar, describiendo los distintos monumentos que visitó y emplazándolos dentro de una visión de conjunto, en especial, dentro de los años de dominación cusqueña.

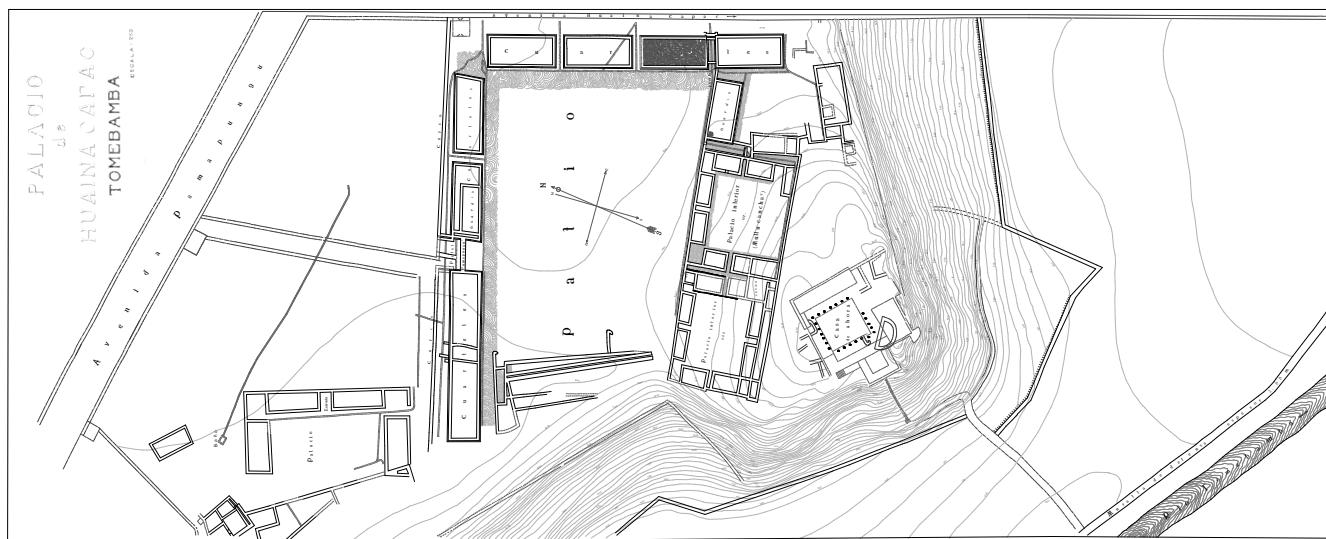
No se halla en cambio una cobertura histórica de la región oriental de la Cordillera y brillan por su ausencia los lugares de ocupación kañari o inka de esta importante zona. A nuestro criterio este fue uno de los bastiones de la resistencia local, en donde los cusqueños, si bien estuvieron presentes, nunca consiguieron consolidar su presencia. Prueba de lo cual son escasos o inexistentes, los lugares en donde se puede afirmar la presencia de los conquistadores por largo tiempo, pues en la mayoría de los casos, estos vestigios se

reducen a pequeños emplazamientos que quizás fueron ocupados temporalmente, ya que pronto las poblaciones locales recobraron su independencia, manteniendo luego un estado de guerra permanente contra los inkas.

¿Sospechó este particular el investigador alemán? No lo sabemos. Pero sí se puede decir que tal vez debido a su corta permanencia en el sur ecuatoriano o porque los trabajos en Tomebamba le ocuparon la mayor parte de su tiempo, esta región no fue visitada y peor estudiada. Debido a ello brillan por su ausencia en las páginas de su obra, los conjuntos y complejos arqueológicos existentes en todo este sector. Además de que, hasta bien avanzado el Siglo XX, todo el oriente andino permaneció casi en aislamiento con respecto a Cuenca, sin vías de comunicación y con una población, a excepción de los centros cantonales, bastante dispersa. Se incluye además la existencia de las haciendas en torno a estos poblados, pero escasamente en zonas más alejadas. Todas estas circunstancias habrán incidido en la posibilidad de organizar expediciones científicas hasta estos parajes olvidados y de los que poco se hablaba en términos históricos.

El Palacio de Huayna Cápac

Comienza el estudio de Tomebamba con una descripción de la geografía de la "gran hoyo de Cuenca inclinada suavemente en dirección al Tahuil [y que] fue originalmente un lago terciario y diluviano" (León, 1983 [1923], p.162), centrándose luego en un detallado análisis sobre las características físicas del sector que concentra los vestigios al sureste de la urbe.



Plano del Palacio de Huayna Capac elaborado por Max Uhle. Foto del autor en 1922. (25)

En el curso de las excavaciones que pude emprender se descubrieron los fundamentos [cimientos] y la planta total de un palacio [de Huayna Capac] en la quinta Pumapungo, y de un templo del Dios Viracocha en la quinta Ledesma al Oeste del convento del Corazón de María: los edificios alcanzan su frontis en oposición el uno al otro. El palacio en su frente a la plaza antigua principal (...) Falta todavía la determinación del sitio y de la planta del antiguo templo del Sol, según las historias, uno de los más famosos del imperio (León, 1983 [1923], p.164).

Prosigue el texto con un acercamiento a otros vestigios de origen inka localizados en la región, a los cuales identifica como casas, entre ellos los de Vinoyacu, Domapara y Tambo Blanco, pero con una apreciación que posteriormente será una constante en la definición de la arquitectura inka que, ya se trate de simples conjuntos o enormes complejos arquitectónicos como el de Pumapungo, "en el fondo no significa más que una enorme ampliación lógica, en el procedimiento sencillo, del plano de la casa común" (León, 1983 [1923], p. 195). Es decir, el concepto de lo modular que se aplica indistintamente a las pequeñas construcciones igual que a las de gran tamaño y, por extensión, a las urbes mismas que aparecen como un todo organizado en base al modelo cusqueño que implica una kancha en las dimensiones de un simple patio o una gigantesca plaza, en torno a la cual se ubican las estructuras, en un juego espacial de unidades que se prolongan, ya se trate de áreas abiertas o cerradas.

En el caso de los palacios, los entiende además como espacios cerrados con una puerta de acceso al edificio o mejor, como un conjunto de edificios, en la parte central del frente. Varios cuartos, en lugar de uno sólo de la casa sencilla, que cubren los flancos de la plaza en todos sus lados. Nuevos en este palacio parecen los pasajes y comunicaciones laterales en los dos principales edificios, organizados también como palacios independientes en el fondo (León, 1983 [1923], p. 168). En referencia clara a los Aqllawasi Oriental y Occidental.

Identifica igualmente a las kallankas; grandes estructuras presentes en Pumapungo, de uso militar y que son identificadas como cuarteles, "por lo general, las proporciones pueden ser más grandes, alcanzando en este caso muchas veces las de uno por cinco o uno por seis" (León, 1983, p. 168), en relación a las estructuras o

edificios comunes, aunque en realidad eran locales de alojamiento transitorio reservado a los mandos altos de los ejércitos inkaicos que se hallaban en continuo movimiento por todo el territorio del Tawantinsuyu.

Resulta interesante así mismo la afirmación que hace Uhle, acto seguido, en el sentido de que:

Los Inkas no observaron en sus construcciones las direcciones naturales del cielo. "También en este palacio, todas las direcciones de las murallas son independientes de las referencias astronómicas" (León, 1983, p. 174). Aspecto sobre el cual podemos profundizar, pues si bien es acertada la primera parte de la observación, no lo es la segunda, puesto que muchos de los corredores, canales y otros elementos inscritos al interior de Pumapungo señalan el uso de los mismos con fines astronómicos y religiosos, ya que apuntan a determinados hitos de la geografía sagrada del valle de Cuenca-Azogues o, a fechas claves relacionadas en especial con los solsticios y equinoccios.

La descripción de cada uno de los conjuntos arquitectónicos, sin ser excesivamente detallada, se resume en los principales elementos:

El lado Este del palacio tiene la dirección de la avenida Huaina Cápac que reemplaza hoy al camino antiguo [referencia al Qhapaqñan en su paso por Tomebamba]. Por la dirección Este-Oeste de la elevación natural sobre la cual se arrimaron los aposentos del fondo, el frente de estos palacios no podía unirse, por el lado del patio, con las construcciones del este, en ángulo recto sino en sentido oblicuo, en un ángulo seis grados menor que el recto. Quedó la completa libertad de dirección sólo para el frente del palacio entero, y éste se unió entonces por el lado del patio, con las construcciones del este en un ángulo absolutamente recto. Así la forma, como como un ángulo recto en una de las esquinas, era ventajosa para el patio entero al mismo tiempo, la dirección de todo el palacio de 247 grados en el frente no era muy diferente de los 239 grados del frontis del templo del Dios Viracocha opuesto en otro lado de la plaza, al norte...

El patio interno del palacio tuvo que servir para grandes paradas, revistas, recepciones y asambleas de varias

clases. A la realización de tales propósitos, la depresión original del terreno hasta 1.30 a 1.50 metros debajo de las partes adyacentes, tuvo que presentar naturalmente un impedimento muy grave. Pero los Inkas acostumbrados a nivelar terrenos y modelar su superficie a gusto, se mostraron también en esto dueños de la situación. Nivelaron la plaza rellenando esta vasta depresión con tierra calzada, traída de otras partes. Por consiguiente, la superficie del suelo original se encuentra en varias partes sólo a la profundidad de 1.50 metros debajo de la superficie de ahora, y los cimientos de numerosas paredes, buscando siempre suelo firme de abajo, tuvieron que descender hasta esta hondura. Por lo mismo también, en los bordes, la planta del antiguo edificio está hoy todavía, en el Noroeste, por 50 centímetros y más a mayor altura que las partes circunvecinas (León, 1983, pp. 170-171).

Argumento último que necesita ser revisado, puesto que a la luz de nuestros trabajos (Idrovo, 2000), no encontramos evidencias sobre esta afirmación. Todo indica que el espacio sobre el que se levantaron los edificios y kanchas de Pumapungo era bastante plano, con una ligera inclinación en dirección sur-norte, a excepción de la "Colina" que es en realidad un promontorio de no más de 2 m de altura con relación al suelo del Aqllawasi Oriental, más bajo que el Occidental, en donde se asentó de acuerdo a nuestras investigaciones el Qhorikancha o templo solar. Por lo mismo, solo en algunas partes pudo suceder el terraplenamiento mencionado, siendo la mejor prueba de esta afirmación el hecho de que, salvando las kallankas del norte del Complejo amurallado, todos los cimientos no superan los 40/50 cm de profundidad, mientras que en este sector, los mismos bajan a no más de 1 m de profundidad, horadando una parte del cascajo que en general, marca el límite de las construcciones que se levantan por encima de este estrato de consistencia arenosa y lleno de rocas de gran tamaño, lo que dificulta la estabilidad de las cimentaciones.

El texto continúa:

Las paredes muestran, en todas partes, un grosor minuciosamente igual de más o menos 85 centímetros. Es este el mismo que encontramos en muchas otras construcciones de los Inkas. Las variaciones que se notan eran siempre intencionales (...) las pavimentaciones hechas por ellos, por otra parte, se presentan aquí como un hecho no observado todavía en otras ruinas. Usaban la pavimentación del suelo en dos formas: con piedras rodadas en las proporciones de las que sirven para el piso de nuestras ciudades (...) solo para las partes de adentro y con capas de chinas [chinitas o piedra de río de pequeñas dimensiones: hasta 4 y 5 cm de diámetro] (...) usadas por ellos para la pavimentación del suelo, al aire libre (Idrovo, 2000, p.174 -175).

Sobre este último detalle, hay que decir que en nuestras excavaciones (Idrovo, 2000) no se halló la primera modalidad de empedrado, mientras que la segunda está presente en buena parte de la plaza principal de Pumapungo, en el Aqllawasi Occidental y en otros espacios exteriores, tal como señala Uhle.

Terminaremos señalando que la descripción de su palacio de Huayna Capac continua después dibujando con exactitud las medidas de los edificios más sobresalientes, junto con algunos muros, corredores, acueductos o canales e incluso algunas piezas de cerámica rescatadas durante los trabajos de limpieza y sondeos.

Por lo mismo, la lectura de los vestigios aparece como un ejercicio bastante completo en el que se reproducen los conocimientos y reflexiones que Max Uhle había acumulado en su paso por Perú y Bolivia, pero sobre todo durante su estancia en el Cusco. Presenta igualmente algunos detalles complementarios, como el hallazgo de la sepultura de un "individuo que había sido de nacionalidad cañari", localizado en el Aqllawasi "al interior de la muralla" (León, 1983 [1923], p.175); esto es, posiblemente en condición de sacrificio ritual, similar a otra sepultura que nosotros localizamos en la misma área, pero en posición sentada y en cuclillas, apoyado a uno de los paramentos interiores del muro (Idrovo, 2000).

El estudio deja así mismo algunos cabos sueltos, cuando se pregunta "¿Por qué en el fondo del patio había como habitaciones del Inka dos palacios en vez de uno?" (León, 1983 [1923], p.180). Y si bien este punto tiene que ver con la presencia de los Aqllawasis Oriental y Occidental, de hecho, todavía no se ha clarificado en donde se hallaba la residencia del Sapan Inka o soberano supremo del Tawantinsuyu; tal vez ¿en uno de los conjuntos de edificios dedicado tradicionalmente a las aqllakuna o mujeres escogidas?, ¿en el Qhorikancha o Templo del Sol? Quizá en otro conjunto que aún no ha sido identificado, por ejemplo, al interior del Templo de Viracocha?. La respuesta sigue entonces pendiente. Más adelante puntualiza:

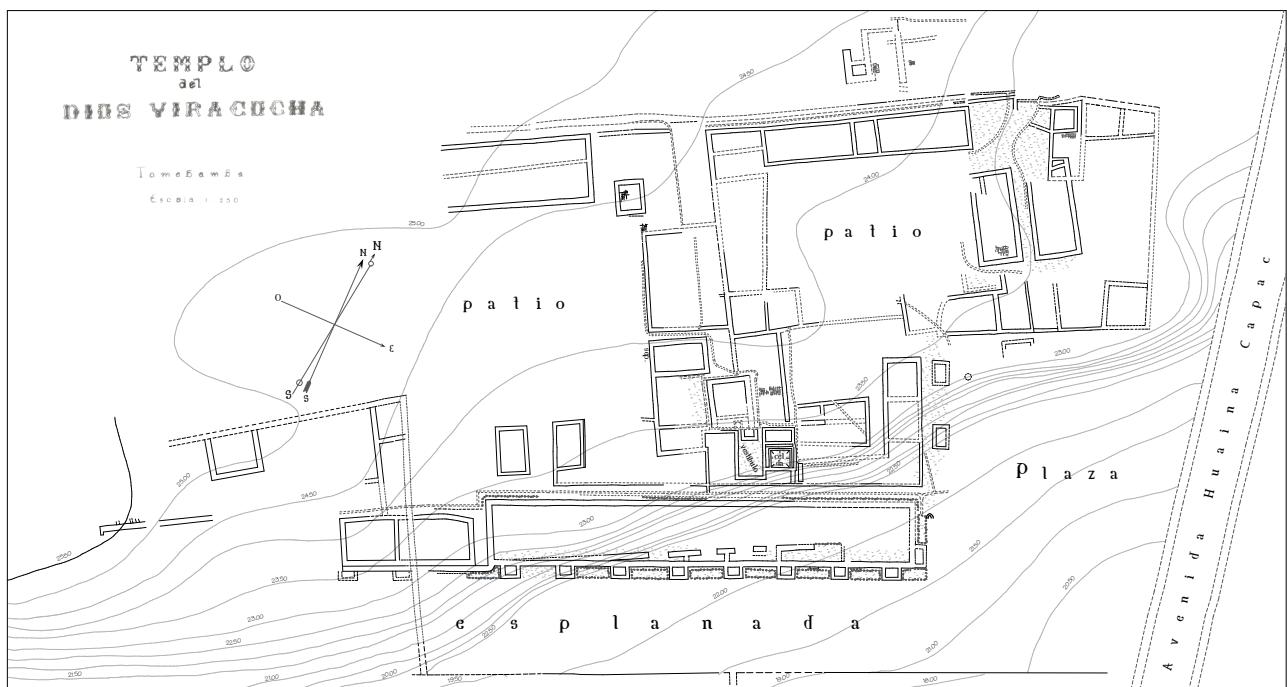
Lo único que se ha buscado en balde en estos palacios son los baños, tan comunes en todos los otros de los Inkas. Quizá el terreno no era muy apropiado para ello y se construyeron, por eso, en otra parte al pie de los andenes. Pero curioso es otro baño al norte del palacio pequeño (León, 1983 [1923], p. 182).

Con lo que se plantean tres cuestiones. Primero; en efecto el baño principal se halla en la parte baja de Pumapungo y sobre la llamada Pampa, un poco más al sur de los andenes, zona que no fue explorada sino parcialmente en 1919, en las orillas del río Tomebamba, mientras que este elemento fue recuperado por nosotros en la década de los años ochenta. Segundo; no se dan detalles sino muy escuetos sobre los andenes que así mismo fueron enteramente descubiertos en los trabajos que se iniciaron en 1980 y solo terminaron en el año 2000. Tercero; sobre el baño en el pequeño conjunto arquitectónico que se describe y se dibuja en el plano como Palacio Exterior, nuestras excavaciones en esa área localizaron la misma estructura en idénticas condiciones como las que describe el arqueólogo alemán.

Por último, se toca el tema de la destrucción del sitio durante la batalla de Pumapungo que dio la victoria a las tropas de Atawallpa, quien acto seguido, ordenó la matanza de las huestes de Waskar y sobre todo de los cañaris aliados al monarca, así como también el incendio de los edificios cuyas huellas fueron encontradas por Uhle, y de igual forma por nosotros.

El Templo de Viracocha

La continuación de la avenida Huayna Cápac al Este de la quinta Ledesma reemplaza ahora el camino antiguo que como continuación del que venía desde el puente, salía desde punto de la plaza de Tomebamba, para seguir de allí hasta Cañar, Riobamba, Latacunga y Quito. Encima de la terraza artificial que, al Oeste, de una altura de tres metros asciende a seis o siete, el Inka erigió un templo dedicado al Dios Ticsi Viracocha Pachacámac, que también Cabello



Plano del templo de Viracocha, elaborado por Max Uhle en 1922. (26)

Balboa menciona entre los edificios más notables de Tomebamba (León, 1983 [1923], p.185).

Sin embargo, la construcción de numerosos edificios contemporáneos en el mismo espacio en el que se hallaba la quinta Ledesma, hizo que, con el paso de los años, luego de la intervención de Uhle, desaparezcan una a una las evidencias del Complejo Arqueológico.

Después de un análisis que centra su atención sobre el carácter de los conjuntos religiosos levantados por los inkas en Los Andes, en homenaje a Tiksi Wiraqocha o Ticsi Vitacocha, sigue el texto en torno a este emplazamiento señalando que:

El templo del mismo Dios en Tomebamba ocupaba en forma irregular un área de más de 180 metros de largo y más de 80 metros de fondo, encima de la terraza que desde el campo antiguo, ahora avenida Huayna Cápac, se extendía al Oeste. Existe todavía la muralla frontal de la terraza con una altura de tres metros en una longitud de 120 metros, que ahora se extiende desde la avenida hasta el límite de la quinta Toral. Una faja de 16 metros de ancho con un suave ascenso de 3 a 3.50 metros sobre la plaza, dilatada al este entre el camino antiguo, las construcciones del templo y la grada, frente a una plaza de 40 metros de ancho y 60 de fondo, formaban una hermosa explanada junto al edificio imponente del templo.

El majestuoso frontispicio de éste tenía en una sola línea de largo 120 metros. Sólo la parte posterior de todas las construcciones salía de 40 metros hacia el este, cerrando de este modo, la plaza oriental del norte. El fin Oeste de todas las construcciones no aparece ahora bien determinado.

El plano de todo el edificio se descompone en dos partes principales: una de carácter puramente ceremonial en el frontis y otra de verdadero culto, incluyéndose en esta como parece, también las habitaciones de los sacerdotes y las

mamaconas previstas para el servicio del templo (León, 1983 [1923], pp.187-188).

La descripción de los componentes del complejo arquitectónico se hace luego, de forma minuciosa y con medidas que corresponden a lo consignado en el plano respectivo, de tamaño inferior al del palacio de Huayna Capac. Todo indica que su levantamiento fue realizado con el uso de un teodolito, mientras subraya que la dimensión de este conjunto arquitectónico resulta extraña en todo el imperio de los inkas, además de la imposibilidad de que el mismo sea un *ghorikancha*.

Adicionalmente hace un acercamiento del templo estudiado en Tomebamba con otros dedicados a la misma divinidad, existentes, el primero en Rajchi, Cusco, el siguiente en Inkallaqta, en el oriente boliviano:

una ceremonia evidentemente característica del culto del Dios de Rajchi y no usada en el culto cuzqueño de otras divinidades. Esenciales a esa eran las procesiones, que, avanzando en líneas serpentinas, ganaban, una por una, doce entradas del templo y, sin tales ceremonias, estas últimas habrían carecido de fundamento. Encontrándose ahora en este templo de Tomebamba igualmente doce entradas muy aptas y, quizás sólo utilizables en la forma indicada (León, 1983, p. 196).

Valga decir que los cultos a Wiraqocha son propios de los Andes Centrales, cuyo epicentro se asentó en el Cusco y que, su práctica en tiempos del Tawantinsuyu, no entraron en rivalidad con los cultos al Inti o Sol, pues resultaban complementarios. De suerte que no nos extrañarían las coincidencias con Rajchi, aunque desgraciadamente el plano de Uhle no clarifica del todo este particular.

El espacio de Tomebamba

No contamos con mayores datos sobre la extensión urbana de



Limpieza de muros en el sector del Templo de Viracocha. Fotos de Max Uhle en 1919. (27)

Tomebamba, ni la densidad poblacional que caracterizaba a los barrios que se habían planificado desde el Cusco, para que esta urbe sea, efectivamente, la segunda capital del Tawantinsuyu y cuyo crecimiento estaba en la mayoría de los casos, recién iniciándose. Tampoco Max Uhle incorporó en su estudio y, sobre todo en sus exploraciones y prospecciones, los otros barrios que Jesús Arriaga (1922), a quien nuestro personaje con seguridad conoció y dedicó en su Discurso sobre Tomebamba, comentarios elocuentes, había señalado, en similitud con otros barrios copiados de la traza urbana del Cusco.

Basado exclusivamente en sus prospecciones y observaciones que se concentraron en el suroriente de Cuenca, aparte del Palacio de Huyna Capac y el templo de Viracocha, dibujó igualmente el plano "Ruinas de la Ciudad de Tomebamba" con la inclusión de áreas que dicen Restos antiguos, con lo cual se conforma el núcleo urbano de Tomebamba en torno a una enorme kancha o plaza principal:

con sus 500 por 400 metros. [mientras que] Toda la ciudad se habrá extendido en su parte central desde el río [Tomebamba], al menos por media milla, y del Oeste al Este, de Todos Santos a las chacras [cultivos] de Solís, al menos por un kilómetro. Seguían hacia afuera las partes exteriores de la ciudad, en términos todavía insuficientes" (León, 1983 [1923], p. 180).

Esto es un área que quizá tomó en cuenta lo señalado por Arriaga en su libro *Apuntes de Arqueología Cañar*.

Comparaciones entre el Plano del Palacio de Huyna Cápac de Uhle y el del Complejo Arqueológico Pumapungo

En 1981, el Museo del Banco Central del Ecuador decidió realizar lo que sería una simple prospección arqueológica tendiente a verificar lo que quedaba -si algo quedaba- de los vestigios del Palacio de Huyna Capac, estudiado décadas atrás por el alemán Max Uhle. Ernesto Salazar estuvo al frente de la primera temporada de excavaciones que duró alrededor de un mes, mientras que después y hasta 1993, en un primer período, seguido de 2000 a 2001 en una segunda etapa, nos tocó estar al frente de un proyecto durante el cual se prospectó, excavó y restauró los vestigios encontrados, sumándose el rescate de un cuerpo de piezas que superó los mil objetos trabajados en oro, plata, cobre, piedras de diverso tipo,

hueso, conchas y, sobre todo cerámica, más un adicional de tres millones de tiestos de alfarería, que comparten orígenes desde el Formativo Medio hasta el período Kañari, Inka, Colonial y desde luego, la presencia republicana en el lugar.

Un análisis de los hallazgos de 1919 en comparación con lo que localizamos en las décadas siguientes, teniendo como guía central el propio plano dejado por Uhle, ponen en evidencia que:

En lo que tiene que ver con el denominado *Palacio*, también entendido como Palacio Exterior o Palacio del Cacique, nada nuevo se halló, pues se incluyen los edificios, el baño y el dibujo de una calzada empedrada que, suponemos, unía Pumapungo con el Templo de Viracocha; pero que después del levantamiento total de su superficie, pudimos comprobar, se dirigía paralelo al muro exterior de las estructuras orientales del Palacio y terminaba exactamente en donde Uhle había señalado el ingreso único al complejo. El referido vano de acceso dibujado a comienzos del siglo pasado, también demostró ser exacto, puesto que en la limpieza del frente norte del antiguo colegio Borja, encontramos el dintel que sin duda adornaba la entrada.

En la excavación de la kallanka oriental, perteneciente al grupo de estructuras con función militar localizadas al norte del espacio cerrado, se encontraron los cimientos que por debajo de estos edificios señalaban la existencia de una traza anterior a la misma y que, por lo tanto, el complejo arquitectónico había sido remodelado. El texto de Uhle coincide con este argumento cuando dice que: "Dos generaciones deben, de todas maneras, de haber contribuido a la obra de las construcciones de Pumapungo" (León, 1983 [1923], p. 166). Esto es, la primera bajo el mando de Tupaq Yupanki y la segunda, bajo el régimen de Wayna Qhapaq.

Más hacia el sur, dentro de un conjunto de estructuras que son identificadas como *guardia*, se observa en el dibujo inicial tres edificios, de los cuales, aquel que se halla pegado a la esquina sur oriental del Aqllawasi Oriental, muestra la superposición de cimientos con una doble orientación: la inferior con un ligero desvío hacia el noreste, la que se halla por encima, en cambio, claramente dirigida al este. Dos cimientos más correspondientes a la primera traza del sitio se ubican a continuación del muro oriental de la estructura descrita y también algo más hacia el norte. Ninguno de estos elementos

aparece en el plano de Uhle, lo que indica que el sector no fue excavado sino únicamente limpiado y que la estructura de abajo está relacionada con los restos de las construcciones probablemente realizadas bajo las órdenes de Tupaq Yupanki.

A continuación, en la colina en donde se asentó la casa de la quinta Pumapungo, propiedad del Sr. Agustín Vázquez, nuestro personaje precursor de las investigaciones en Pumapungo, solo consigna el muro semicircular, localizado en el extremo sur occidental del montículo, más una serie de segmentos de cimentación de difícil interpretación, localizados por debajo del plano de la edificación contemporánea. Las excavaciones sistemáticas practicadas años después, revelaron la existencia de la estructura circular, más dos pares de edificios que levantados los unos frente a los otros, dejan visible una kancha; un poco más hacia el este, se descubrió otra cimentación incompleta y próxima al corredor que separa la Colina del Aqllawasi Occidental, que había sido techada, pues subsistían las bases de piedras que soportaban los pilares de madera; al parecer se trata de un elemento reutilizado.

Finalmente, en la quebrada que separa la parte alta de la baja en Pumapungo, el plano dibujado en 1919 contiene un juego de terrazas bajas, que solo fueron descubiertas por nosotros en el año 2000, cuando intervenímos en el diseño de los Jardines del Inka, mientras que en los años precedentes se descubrió todo un sistema de terrazas posiblemente de función agrícola ceremonial, que no constan en ese año.

Más hacia el sur, casi en el centro de la planicie, descubrimos igualmente los "Baños del Inka" que había buscado Uhle, más un canal que, proveniente de un reservorio, cuya pared de contención se halla situada al occidente del sitio, fue así mismo dibujado. Nuestras excavaciones finalmente localizaron el muro de cerramiento y defensa de las crecientes del río Tomebamba, pero que a diferencia de lo que sostiene el estudio anterior, no consiste en un solo cuerpo de más de dos metros de ancho, sino de tres cuerpos separados y muy cercanos entre sí.

Luego de nuestra intervención que terminó en 2001, se realizaron nuevos hallazgos en la parte baja que tampoco constan en Las Ruinas de Tomebamba. Se trata de un cuarto en medio de las terrazas de Uhle y un muro de especial significado en la base de la quebrada, casi al frente de la pared del reservorio.

5 El legado de Max Uhle en torno a la identidad cuencana y el período Inka

La memoria del olvido

Las ciudades suelen ser las mejores catalizadoras de la conflictividad humana. Desde el Neolítico, nos hemos organizado para resolver problemas entre los miembros de agrupaciones que se debatían por la subsistencia simple: vivir ahora, solventar la prole y darle continuidad a la comunidad. Por otro lado, Cuenca se está convirtiendo en una mini metrópolis en construcción, llana de futuros inciertos, que no recuerdan con claridad el derrotero seguido hasta llegar al presente y que por ahora se puede leerlo parcialmente en las muestras expuestas en la Casa-Museo Remigio Crespo Toral, un espacio en donde con seguridad estuvo Max Uhle, al igual que en otros espacios culturales como el Museo Pumapungo.

La supervivencia, junto con las particularidades que se formaron

en torno al paso del sabio alemán por estas tierras, están aún por entenderse y valorizarse, puesto que en esa época ¿quién de los intelectuales de lo que llamamos El Grupo de Cuenca montaba a caballo por días, soportando las inclemencias del clima y los conflictos sociales, sobre todo entre grupos tan disímiles como los que debió conocer y tratar nuestro personaje?

La memoria de los que dejan una impronta en el tiempo, debe ser buscada con mucha discreción y sin apasionamientos, es cierto, pues no caben ni la desvalorización, peor la supra valoración. Su reconocimiento mediante monumento y nombres de calles y avenidas puede convertirse en un simple recordatorio, pero ocurre que las nuevas generaciones casi nada saben de la vida y obra de esos personajes, mientras otros terminan arrinconados en espacios que nadie visita, como fue el caso del busto de Max Uhle en Cuenca, olvidado en una bodega municipal, pero que por fin reposa en donde debía estar: Pumapungo. Se trata de un pequeño busto, pero ahí está y permanece vigilante de cuanto ocurre.

Por ello es imperioso saber, cuando transcurre acelerado el nuevo milenio, quién fue este caballero obsesionado por desentrañar una parte del pasado andino que ni siquiera le pertenecía. Y sin preámbulos decir que Cuenca le debe al menos un saludo en su historiografía, incluyendo la comprensión de los sinsabores que le tocó experimentar por estas tierras, con puntos a favor y otros que deben entenderse dentro de la dinámica de un tiempo lleno de prejuicios y muy poco tolerante. Porque nadie podrá decir que su tránsito, vestido de terno negro impecable y corbata, no fue sincero. Al contrario, seguramente insoportable para él mismo, como parecen haber sido los últimos años en estas tierras, aunque lo que le interesaba realmente, era interpretar un espacio tan amplio y complejo como el andino prehispánico, mezclado con los problemas de índole personal y familiar que son inherentes al ser humano, complejo estandarte con el que se identifican muchos profesionales, poco comprendidos por su entorno.

En un pergamino emitido por el Municipio de Cuenca, con fecha 12 de diciembre de 1922, al que se suma el Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, cuyos miembros firman con fecha enero de 1923, se rinde homenaje a Jacinto Jijón y Caamaño en los siguientes términos:

Que el Señor Don Jacinto Jijón y Caamaño, ha verificado por medio del sabio alemán, Max Uhle, en el territorio del antiguo Cañar y especialmente en la región del Tomebamba, excavaciones que importan positivo adelanto en la arqueología Americana y han resuelto notables problemas de la prehistoria nacional, Resuelve: Rendir homenaje de gratitud al distinguido arqueólogo ecuatoriano, a quien reconoce como ciudadano benemérito (Pergamino de reconocimiento a Jacinto Jijón y Caamaño, s.f.).

Lo que significa un reconocimiento a quien financió o contrató los trabajos de Uhle, más no al que con su esfuerzo abrió las puertas para una interpretación de la historia antigua del austro ecuatoriano, enmarcado, claro está, dentro de los conceptos y teorías que eran las que se imponían en esos tiempos. Lo cual no le quita mérito, puesto que sus investigaciones parcialmente publicadas, con los errores que comportan, no dejan de ser pioneras en muchos casos, habiendo marcado toda una época de influencia en los estudiosos que vendrían después.

Pero tal como ocurrió con la publicación sobre *Las Ruinas de Tomebamba*, el tiempo que todo lo silencia, igualmente, pasados

los años de interés que despertaron los hallazgos en la quinta Pumapungo y la quinta Ledesma, dejaron en el olvido los trabajos de Max Uhle. Mientras en la década de los cincuenta, Pumapungo, pasó a manos de la comunidad Jesuita que construyó sobre el terreno las instalaciones del colegio Borja, terraplenando una parte del suelo en el que se hallan los cimientos del Aqllawasi Oriental y luego con el edificio levantado se sepultó otra parte de los vestigios en donde, poco años antes, los niños del barrio jugaban a las escondidas entre los muros aún visibles de los vestigios inkaicos.

La memoria se fue perdiendo y solo a comienzos de los años ochenta, por iniciativa de Hernán Crespo Toral, cuencano, entonces Director de los Museos del Banco Central del Ecuador, se dio inicio al rescate de lo poco que había sobrevivido como huellas de ese pasado trascendental en la historia de la ciudad y la región. No quedaba mucho, pero mucho se hubiera podido rescatar si los cuencanos hubieran regresado la mirada a sus propias raíces en esos años en los que comenzaba el Siglo XX. Vale en este punto recordar lo que decía justamente Max Uhle, en referencia indirecta a esa intelectualidad conservadora que dominaba Cuenca, y que, con algo de exotismo había abordado el pasado indígena de estas tierras, sentenciando de forma categórica: “¿Dependerá ahora del gobierno, el que duren los cimientos de este famoso edificio [el palacio de Huayna Capac] dentro de la antigua Tomebamba?” (León, 1983 [1923], p.175).

Aunque ahora, casi un siglo después, quizá debemos subrayar aquello de que nunca es tarde para emprender acciones como las que se hicieron a partir de 1980, pues, ¿qué hubiera pasado con todo el material cultural recuperado, estudiado y en sana custodia dentro de la reserva del Museo Pumapungo, si se hubieran emprendido expediciones pseudocientíficas en aquella época, en la que no existía siquiera el concepto de patrimonio cultural? Posiblemente las piezas hubieran desaparecido y los escasos conocimientos técnicos que se poseían entonces, solo hubieran ocasionado la pérdida de casi todas las evidencias materiales; que son pocas, es cierto, pero de inmenso valor histórico y cultural.

Breve anecdotario

Mi padre, el Dr. Juan Idrovo Aguilar, médico de algunos de los miembros del que hemos denominado Grupo de Cuenca, nació en esta ciudad en el año de 1896. Cuando Uhle llegó a Cuenca, quien sabe si por primera vez o después de alguna excursión arqueológica realizada entre 1919 y 1920, tenía en uno de sus pies larvas de *iñu* (designación en kechwa de la nigua o *Pulex penetrans*). Remigio Crespo Toral le llevó a su consultorio, en donde se practicó una cirugía bastante simple, hasta sacar los ácaros diminutos que producen, según se dice, una agradable comezón. Al finalizar la intervención, Max Uhle pagó con un billete de diez sucrens los servicios médicos; una cifra exorbitante en la época, sobre todo porque se había tratado de una operación por demás sencilla. El galeno no aceptó el dinero, pero luego de corto tiempo se impuso la exigencia del arqueólogo, ya que, según mi padre, el *gringuít* consideraba que el trabajo de cada quién debía ser justamente reconocido.

Referencias

- Arriaga, J. (1922). *Apuntes de Arqueología Cañar*. Cuenca: Imprenta del Clero.
- Bennett, W. (1946). *Excavations in the Cuenca Region, Ecuador*. New Haven: Yale University Press.
- Collier, D. & Murra, J. (1943) Survey and Excavations in Southern Ecuador. *Anthropological Series Field Museum of Natural History*. 35.
- Febres Cordero Jijón, F. (2016). *El Sabio Ignorado*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial Colombia.
- Gänger, S. (2006). La mirada imperialista. Los alemanes y la arqueología peruana. *Revista Histórica*, 30(2), pp. 69-90.
- Gomis Santini, D. (2019). *La Constitution du Territoire Cañari dans les Andes Méridionales de L'Équateur de L'époque du Formatif Moyen à la Conquête Inka (2500 av. J.C. - 1470)*. París: Tesis doctoral para la Université Paris I Panthéon-Sorbonne.
- González Suárez, F. (1878). *Estudio Histórico de los Cañaris, Antiguos Habitantes de la provincia del Azuay, en la República del Ecuador*. Quito: Imprenta del Clero.
- González Suárez, F. (1892). *Atlas Arqueológico Ecuatoriano*. Quito: Imprenta del Clero.
- Grieder, T., et al. (2008). *Art and Archaeology of Chaullabamba, Ecuador*. Texas: University of Texas Press.
- Idrovo Urigüen, J. (1990). *Panorama Histórico de la Arqueología Ecuatoriana*. Cuenca: Fondo de Cultura Ecuatoriana.
- Idrovo Urigüen, J. (2000). *Tomebamba; Historia y Arqueología de una Ciudad Imperial*. Cuenca: Banco Central del Ecuador.
- Idrovo Urigüen, J. (2006). *Prospección Arqueológica del Cantón Santa Isabel*. Cuenca: Municipio de Santa Isabel – FONSAL – INPC.
- Idrovo Urigüen, J. (2006). *Villa Jubones, un Sitio Formativo Ecuatoriano*. Cuenca: Municipio del Cantón Santa Isabel.
- Idrovo Urigüen, J. (2015). *Dumapara; Un sitio Cañari-Inka atravesado por el Qhapaqñan*. Cuenca: Gobierno Autónomo Descentralizado Municipal de Nabón y Fundación INKA.
- Idrovo Urigüen J. & Gomis Santini, D. (2009). *Historia de una Región Formada en el Austro del Ecuador y sus conexiones con el Norte del Perú*. Quito: GAD Provincial del Azuay.
- Idrovo Urigüen J. & Gomis Santini, D. (2011). *Cañaribamba; Historia Antigua y Moderna de una Sociedad de origen Ancestral*. Cuenca: Gobierno Municipal de Santa Isabel.
- Jijón y Caamaño, J. (1929). Notas de arqueología Cuzqueña. *Revista Dios y Patria*, 22-23.
- Jijón y Caamaño, J. (1949). *Maranga, contribución al conocimiento de los aborígenes del valle de Rímac, Perú*. Quito: La Prensa Católica.
- Jijón y Caamaño, J. (1951). *Las civilizaciones del Sur de Centro América*. s/c: s/e.
- Jijón y Caamaño, J. (1951). *Las culturas Andinas de Colombia*. Quito: Imprenta del Colegio Salesianos Don Bosco.
- Jijón y Caamaño, J. (1951). *Antropología Prehispánica del Ecuador*. Quito: La Prensa Católica.
- León, Luis A. (1983). *Compilación de Crónicas, Relatos y Descripciones de Cuenca y su Provincia. Primera Parte*. Cuenca: Centro de Investigación y Cultura de Cuenca; Banco Central del Ecuador.
- Marcos, J. (1998). Max Uhle y la arqueología del Ecuador: precursor, investigador y profesor. *Revista Indiana* 15. Berlín, pp. 197-216.
- Matovelle, J. (1921). *Cuenca del Tomebamba*. Cuenca: Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay.
- Oyuela-Caycedo, A., et al. (2010). Cerro Narrio y Max Uhle: El Arqueólogo como Agente de Desarrollo de la Arqueología Ecuatoriana. En: Kaulicke, P., et al., *Max Uhle, evaluaciones de sus investigaciones y obras*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Rowe, J. (1998). Max Uhle y la Idea del Tiempo en la Arqueología Americana. En: Kaulicke, P. *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- Uhle, M. (1922a). Influencias Mayas en el Alto Ecuador. *Boletín de la Academia de historia del Ecuador*, IV (10, 11) y V. (12, 13 y 14).
- Uhle, M. (1922b). Sepulturas Ricas de Oro en la Provincia del Azuay. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 9.
- Uhle, M. (1923). *Las Ruinas de Tomebamba*. Quito: Centro de estudios históricos y geográficos del Azuay.
- Velasco, J. (1946). *Historia del Reino de Quito en la América meridional*. Tomo II. Quito: Empresa Editora El Comercio.
- Verneau, P. (1912). "Ethnographie Ancienne de L'Équateur". *Mission du Service Géographique de l'Armée pour la Mesure d'un Arc de Méridien Equatorial en Amérique du Sud*. París: Gauthier-Villars.

Referencias Archivo:

Pergamino de reconocimiento a Jacinto Jijón y Caamaño [Archivo]. (s.f.). Colección Gustavo González.
Cuenca: Casa-Museo Remigio Crespo Toral [Repositorio].

Ilustraciones

- (0). Retrato de Max Uhle. Pueblos Originarios (www.pueblosoriginarios.com/biografias/)
- (1). Concentración indígena en Cuenca; Foto Max Uhle, 1920. Archivo del Instituto Ibero-American de Berlín (www.iai.spk-berlin.de)
- (2). La Av. Chile, Cuenca en la década de los años 20. Foto Serrano. Fondo de Fotografía Patrimonial, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (www.fotografiapatrimonial.gob.ec)
- (3). Buscadores de Oro (Arqueológico) en Narrío; Foto Max Uhle. Archivo del Instituto Ibero-American de Berlín (www.iai.spk-berlin.de)
- (4). Miguel Heredia Crespo Exportadora de Sombreros, Agentes Comisionados entregando sombreros en 1924. para la exportación. Foto de Serrano. Fondo Fotográfico, Archivo Histórico del Museo y Parque Arqueológico Pumapungo, MCYP. Cuenca.
- (5). El puerto de Guayaquil 1862-1866. Tomado de: INPC (2014) "Un legado del siglo XIX: Fotografía Patrimonial Ecuatoriana". Segunda Edición. Quito: Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. Proyecto de Fotografía Patrimonial.
- (6). Retrato de Federico González Suárez, Óleo sobre Lienzo, César Villacrés, Siglo XIX. Colección Nacional, MCYP. Quito. Tomado de: Coronel Valencia, V. (2018) "Contienda y estética radical en el Ecuador Republicano y la izquierda de interguerras: Ciclos y campos conectados de la revolución nacional". En: MUNA. Guión Académico. Quito: Museo Nacional del Ecuador. Pp. 173-196.
- (7). Fundadores del Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay. Cuenca, 01 Noviembre de 1920. De Izquierda a Derecha, Sentados: Rafael María Arízaga, Honorato Vásquez, Julio María Matovelle, Remigio Crespo Toral, Alberto Muñoz; De pie: Francisco Talbot, Octavio Cordero, Alfonso Borrero, Ezequiel Márquez, y Agustín Iglesias. Fondo Fotográfico, Archivo Histórico del Museo y Parque Arqueológico Pumapungo, MCYP. Cuenca.
- (8). Segunda Misión Geodésica Francesa, en la Hacienda Isa-vieja, Cañar, 1903. De izquierda a derecha: Cap. Francisco Iglesias (1), Cap. G. Peyronel (2), Dr. Antonio Valdivieso (3), Dr. Paul Rivet (4), y Cap. Lallemand Lucien. Fondo Fotográfico, Archivo Histórico Museo y Parque Arqueológico de Pumapungo, MCYP. Cuenca.
- (9). Max Uhle en Europa, hacia 1940. Foundations of Anthropology at the University of California (http://bancroft.berkeley.edu/Exhibits/anthro/6curriculum2_uhle.html).
- (10). Ilustración de Fardo Funerario. Stübel, Alphons; Reiss, Wilhelm; Koppel, B.; Uhle, Max. Kultur und industrie Sudamerikanischer volker, nach den im Besitze des museums fur VolkerKunde zu Leipzig Be-findlichen Sammlungen, 1889-1890. Fondo de Ciencias Humanas del Banco Central del Ecuador.
- (11). Perfiles del cementerio al pie y debajo del cementerio de Pachacamac y sus terrazas, Max Uhle 1902. a. entierros del cementerio; c. restos de la muralla; d. estrato de adobes fragmentados; e. estrato de tierra con fragmentos de abodes; g. estrato lleno de fragmentería para cimiento de edificios tardíos; i. estrato delgado de hojas de pacae; K. estrato con fragmentería; l. capa con basura; m. estrato entre m y los muros de n; n. muros; o. material erosionado de la última ocupación; u. fardo en cementerio original cerca del templo. Original de Max Uhle, 1902. Tomado de: Kaulicke, P. (1998) "Max Uhle y el Perú Antiguo" Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial. p. 11.
- (12). Cerro Narrío en 1941. Foto Collier y Murra. Tomado de: Collier y Murra (1943) "Survey and Excavations in Southern Ecuador" Publications of the Field Museum of Natural History. Anthropological Series. Vol. 35, p.12.
- (13). Jacinto Jijón y Caamaño, su esposa y su hijo en 1923. Tomado de: Febres Cordero, F. (2016) "El Sabio Ignorado". Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial Colombia.
- (14). Ejemplares de *Spondylus princeps* y *Strombus galeatus*. Colección particular Jaime Idrovo.
- (15). Placa Narrío trabajada en *Spondylus*. Tomado de: Cordero Iñiguez, J. (2007) "Tiempos Indígenas o los Sigales". Cuenca: Municipalidad de Cuenca.
- (16). Plano de Tambo Blanco realizado por Max Uhle en 1919. Tomado de: León, L. (1983) "Compilación de Crónicas, Relatos y Descripciones de Cuenca". Cuenca: Banco Central.

- (17). Fotografía de Muro de piedra en Yaver, Chordeleg, Provincia del Azuay. Archivo Jaime Idrovo.
- (18). Corona de Oro Laminado, encontrada en el Cantón Sigsig en 1906. Ilustración de Rudolf Cronau, para el artículo de Marshall Saville (1924). Tomado de: Malo Vega, B. (2015) "El Tesoro Precolombino de Sigsig (Azuay Ecuador)". Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo Azuay.
- (19). Botella Antropomorfa Cultura Chaullabamba. Tomado de: Jijón y Caamaño, J. (1997) "Antropología Museo Jacinto Jijón y Caamaño. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- (20). Estatuilla de cobre zoomorfa que representa un felino, Cultura tiahuanacoide del país Palta y del Cañar. Tomado de: Jijón y Caamaño, J. (1997) "Antropología Prehispánica del Ecuador". Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- (21). Pieza Cupisnique encontrada en El Descanso. Reserva Arqueológica Museo Pumapungo, MCYP. Cuenca.
- (22). Área arqueológica destruida en Cerro Narrío en 1941. Foto Collier y Murra. Tomado de: Collier y Murra (1943) "Survey and Excavations in Southern Ecuador" Publications of the Field Museum of Natural History. Anthropological Series. Vol. 35.
- (23). Foto de la casa en la Quinta Pumapungo, tomada desde la "Pampa" por Max Uhle en 1919. Archivo del Instituto Ibero-Americanano de Berlín (www.iai.spk-berlin.de).
- (24). Muros de edificios, que corresponden posiblemente a las Kallankas orientales, 1919. Foto Max Uhle. Archivo del Instituto Ibero-Americanano de Berlín (www.iai.spk-berlin.de).
- (25). Plano del Palacio de Huayna Capac elaborado por Max Uhle. Foto de Max Uhle. Archivo del Instituto Ibero-Americanano de Berlín (www.iai.spk-berlin.de).
- (26). Plano del Templo de Viracocha elaborado por Max Uhle en 1922. Tomado de: León, L. (1983) "Compilación de Crónicas, Relatos y Descripciones de Cuenca". Cuenca: Banco Central.
- (27). Limpieza de muros en el sector del Templo de Viracocha en 1919. Fotos Max Uhle. Archivo del Instituto Ibero-Americanano de Berlín (www.iai.spk-berlin.de).

AGRADECIMIENTOS

Francisco Salgado, René Cardoso, Freddy Domínguez
Santiago Vanegas Peña, Cristian Sotomayor Bustos, Esteban Ayala
Álvarez, Evelyn Guarango Chalco, Andres Campoverde Baculima
Universidad del Azuay, Museo Remigio Crespo Toral.

